
ALFAGUARA
Blanco Trópico
Adrián Curiel Rivera

ALFAGUARA

Adrián Curiel Rivera

Blanco Trópico

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A todos aquellos que, como Juan Ramírez Gallardo, sobrellevan la esquizofrenia de trabajar arduamente en proyectos estériles mientras anhelan la felicidad.

A Caro, por todo lo que hemos pasado juntos.

Para Jorge Volpi, a quien hace años debo una dedicatoria.

En el trópico hay que mantener sobre todas las cosas la calma.

JOSEPH CONRAD, *El corazón de las tinieblas*

Por fin, a sus flamantes cuarenta años, se ha hecho acreedor a un premio. No es exactamente el tipo de recompensa que esperaba cosechar después de tanto romperse el lomo, pero a estas alturas más vale mostrarse agradecido con lo que venga. No es, desde luego, resultado de sus arduas investigaciones socioeconómicas plasmadas en su ensayo *Sustentabilidad equitativa*, ni un reconocimiento a su manuscrito *Riqueza para todos*, que por desgracia sigue inédito, aunque planea someterlo a la consideración de su nuevo jefe, el doctor Paris Berlanga Pereira, tan pronto éste ocupe el trono de la dirección tras la renuncia intempestiva del antropólogo sueco Sören Ström y la salida escandalosa de Consuelo Sánchez, sucesora de Ström y también antropóloga y posgraduada. Tampoco lo están premiando por ser un padre ejemplar de un niño de año y mes cuya conducta beligerante (a saber, meter los pies en una fuente decorativa en clara contravención a los altos estatutos del colegio, con el efecto pernicioso y antisocial de que el resto de los compañeritos se hayan zambullido de pies a cabeza en las aguas ante la mirada impotente de la maestra) le ha granjeado ya la expulsión de la primera guardería a la que ha asistido en su corta existencia. Ni por ser buen esposo, que a veces lo es, ni por el amor que profesa a una señora agobiada por un segundo embarazo. Mucho menos, qué más quisiera, consiste en un espaldarazo a su talento de cuentista furtivo empeñado desde hace años en la redacción angustiante, llena de correcciones y tachaduras, entre las diversas ocupaciones y el montón de papeles y trámites inútiles que engendra la vida cotidiana, de *La garza ojona*, un libro siempre en proceso inspirado por una pesadilla recurrente —que le provoca un insomnio atroz antes de desvanecerse por completo— en la que ese pajarraco de cuencas saltonas se sitúa sobre la cabecera de la cama y le picotea el claro que ha comenzado a formarse alrededor de su coronilla. Nada de eso. Se trata de un premio sui géneris, muy de nuestros tiempos. Un premio

por haber usado un monedero electrónico.

El premio

Mi nombre es Juan Ramírez Gallardo. Soy hijo de León Ramírez Rubio e Isolda Gallardo Páez, hermano de Genoveva Ramírez Gallardo. Algunos viejos amigos —pocos, la verdad — me dicen Juancho. Mi abuelo materno, sólo por molestar, solía llamarme pequeño Juanete. Julián Zavala Dilinger, la única persona con quien he podido trabar una relación de camaradería desde que llegamos aquí en diciembre de 2003, me aplica el hipocorístico Juanuco. En la infancia, un amiguito de barrio, inmigrante de Rusia, me gritaba Iván cuando jugábamos en el parque. Un chico norteamericano que conocí en España me saludaba: "Hello, Johny". Cuando cursaba la carrera en Economía, algunos envidiosos me apodaban la Mr. Montes. Durante una época me dio la fiebre del gimnasio. Como hacía muchas lagartijas y repeticiones con mancuernas, se me inflaron los pectorales. Hoy me he puesto aceptablemente flaco y todavía me crece el cabello, lo que con probabilidad abonaría la envidia de mis detractores de antaño, si al menos hubiésemos mantenido algún tipo de comunicación (que les den por culo a Facebook y Twitter). Un puñado de colegas me llama por el nombre de pila. Marcia de Francisco, mi mujer, me dice Claudito. Transcurren los últimos días de mayo de 2007. Es martes 29, para ser exactos.

Mis suegros, Pablo de Francisco e Isabel Mayoral, igual que Marcia y su hermana menor María Cristina, son originarios de Río Gallegos, provincia de Santa Cruz. Ellos viven allá bien al sur, en la Patagonia argentina (María Cristina radica en Atlanta). Cuando Marcia y yo residíamos en Madrid se las arreglaban para que no pasara un año entero sin visitarnos. Todavía hacen enormes esfuerzos para vernos, pero Pablo me ha confesado que a Blanco Trópico, aunque les queda más cerca que España, lo concibe psicológicamente como un lugar remotísimo, quizá por emerger de la nada en medio del mar. Supongo que las engorrosas combinaciones de rutas aéreas y los numerosos aeropuertos en que hay que hacer escala antes de aterrizar en la isla contribuyen a crear esa sensación de

lejanía. No es extraordinaria la distancia que, hacia el oeste, nos separa de República Dominicana, Cuba o las Bahamas; ni de Miami, ni siquiera de México, DF. Tampoco del septentrión de Sudamérica. El periplo aeronáutico desde Europa, en todo caso, debiera ser más corto. Pero en la práctica esos cálculos fallan. Blanco Trópico parece subordinarse a una misteriosa voluntad superior, y sus habitantes a una implacable lógica milenaria de la dimensión tempo-espacial, a un riguroso no discurrir de las leyes físicas que, entre obstáculos que se multiplican como conejos en una madriguera, afecta cualquier proyecto. La fruslería más sencilla. No sé, por ejemplo, alquilar una bicicleta. Como hicimos mi suegro y yo. Todo se complica endiabladamente.

Creo que fue el año pasado, a finales de abril de 2006, por las fechas en que nació mi hijo Emiliano. Yo estaba por fichar por la Unidad de Desarrollo Regional Interdisciplinaria (UDRI) y a esa excitación se sumaba la paternidad recién estrenada y la presencia de mis suegros. La idea era simple. Las mujeres estaban en lo suyo —calostro, los peligros de la leche en fórmula, la mollerita, baños de luz a través de la ventana para quitarle a Emiliano su aspecto amarilloso— y Pablo de Francisco y yo decidimos dar un apacible paseo por el muelle para sacudirnos un poco el estrés luego de la vorágine del parto de Marcia. Divisamos el negocio “Velocípedo”, una vieja casona sobre cuyo techo se levantaba un cartel que ofrecía descuentos especiales a “grupos y turistas”. Entramos en la cochera atestada de trebejos. Primero no había nadie detrás del mostrador; luego, se cayó el sistema (siempre se cae el sistema); el encargado tardó otros cuarenta minutos en encontrar una hoja donde escribir nuestros datos, pero la boliatómica —la pluma— no pintaba. Nos sugirió que mejor pasáramos mañana. Ante nuestra insistencia, optó por consultar el problema al gerente, por teléfono. Estuvo pulsando sin resultado otros quince minutos las teclas del aparato. Nos obsequiaba una mirada muy extraña, como si a través de nuestros rostros contemplase la hidrocefalia de Angelina Jolie. Por fin lo convencimos de que aceptara el cobro por adelantado, y bueno, una propina. Acto seguido, nos comunicó que, entre tanto cachivache, sólo había una bici disponible. Ése no era el único inconveniente:

le faltaba un neumático y el otro estaba pinchado. Tenía, eso sí, un triciclo de carga. Así que mi suegro y yo acabamos pedaleando por turnos a lo largo del malecón. Uno dentro de la canastilla de hierro y el otro reclinado atrás en el incómodo sillín, sudando la gota gorda sobre el manubrio y la espalda del compañero, como novias de pueblo rodeadas por nubes de mosquitos. Fue imposible encontrar repelente, las farmacias llevaban semanas en huelga. Nos resignamos a sobrellevar el recorrido hasta que el toldo sujeto a un improvisado techo de alambres se nos vino encima y tuvimos que empujar el pesado armatoste de vuelta al local, que ya había cerrado. Tampoco pudimos consolarnos con cerveza. Una gazmoña disposición del municipio prohíbe la venta de alcohol los domingos después de las cinco de la tarde. Volvimos a casa hechos una mejilla carmín, sedientos, con ronchas y pegajosos, preocupados por haber abandonado el triciclo fuera de "Velocípedo", como si esa decisión (¿había alternativa?) pudiera acarrearnos para colmo alguna consecuencia jurídica.

Quizás ese incidente haya influido en el distanciamiento psicológico que reconoce experimentar mi padre político cuando hablamos de Blanco Trópico y lo comparamos con otros países que hemos conocido. En mi caso, es sólo un botón de muestra de muchas otras situaciones que han generado, de forma análoga, una sensación de extrañamiento íntimo, un angustiante percibirse aislado (lo que, en sentido estricto, es literal). No se me malinterprete. No se trata de soledad ni de melancolía. Adoro a Marcia y a Emiliano, a mi familia inmediata, y he aprendido a aceptar con talante razonable mis actuales circunstancias. Hay algo, sin embargo, que persiste de manera soterrada. Una sospecha vaga pero firme de que mi entorno no coincide con la imagen que me he trazado de él. Ni siquiera en las apariencias. ¿No le ha ocurrido alguna vez al despertar? La efímera certeza —pero al fin y al cabo certeza— de estar habitando una vida ajena que no alcanza a comprender. Juro que me empeño en concebir el asunto de otro modo, pero la suspicacia persiste. A casi tres años y medio de habernos afincado aquí. Cuando he cumplido ya los cuarenta. A ocho de haberme matrimoniado. Pese a estar a punto de recibir el primer premio de mi vida.

“Geografía y geopolítica”. Con latitud 20° 58′ 12″ y longitud 45° 05′, Blanco Trópico es una isla emplazada (casi podría decirse extraviada) en pleno corazón del Atlántico. Las Antillas y el Caribe le quedan al oeste. Al este, Cabo Verde y las costas de África. La cornisa oriental de Sudamérica hacia abajo. Al norte, la inmensidad oceánica. Más arriba, desde los confines polares, Groenlandia amenaza con caer a plomo.

Blanco Trópico tiene una superficie aproximada de ciento ochenta mil kilómetros cuadrados, constituida por una planicie de piedra calcárea coralina cubierta por bosques achaparrados y carrizales —al poniente—, y una tupida selva tropical al este. La vegetación cubre numerosas cuevas y grutas y esconde ojos de agua o cenotes debajo de los cuales fluyen ríos subterráneos originados por filtraciones de lluvia que desembocan por distintos puntos en el mar. La corteza continental se extiende en una placa uniforme que en algunos tramos —sobre todo en la franja del centro— forma pequeñas estribaciones montañosas. La más alta se llama Colina de la Atalaya, cuyo ápice se eleva ciento setenta metros sobre el nivel del mar. La altitud media apenas alcanza los veinte metros. A tres kilómetros de Cabo Madreperla, la punta más septentrional al oriente, se encuentra Isla Morgan, bautizada así por los españoles (el célebre pirata inglés haría aguada ahí antes de zarpar hacia Panamá para saquearla). Esa reducida ínsula constituye una extensión selvática del litoral. En ella reside el grueso de las tribus yomas que, desde el siglo XVI, se han rehusado a renunciar a sus costumbres y adaptarse a los cambios de la modernidad. Otros grupos de la etnia se asientan también en la ribera este de Blanco Trópico, tierra adentro, entre las frondas de lo que se denomina Selva Oriente. Las zonas arqueológicas no se localizan ni en Isla Morgan ni en las regiones colindantes sino en el área de las colinas centrales, con cuyas anfractuosidades se confunden. Fueron abandonadas, por motivos desconocidos, en la época que corresponde al posclásico mesoamericano. Castro Yoma fue la ciudad más desarrollada, aunque sus contemporáneas Balbalbak y Gehena, de dimensiones más reducidas, rivalizan con ella en belleza arquitectónica. Todavía hoy atestiguan el esplendor que debió alcanzar la cultura prehispánica

vernácula.

A lo largo de las primeras décadas del siglo XX, pese a las ocasionales visitas de geógrafos y viajeros, la existencia de Blanco Trópico pasó prácticamente inadvertida a los pueblos de América y Occidente. En la Segunda Guerra Mundial sirvió como estación clandestina para repostar combustible. A partir de entonces las fuerzas aliadas tergiversaron sus coordenadas precisas, refiriéndose a ella como “una de las ínsulas más al este del archipiélago antillano”. En la Crisis de los Misiles de 1962, John F. Kennedy ordenó activar un operativo encubierto para que se instalaran ahí bases militares. Era del dominio público que la Unión Soviética apuntaba sus baterías hacia el norte de América, pero las potencias a ambos lados de la Cortina de Hierro mantuvieron en secreto que los Estados Unidos orientaban sus cañones hacia Cuba desde Blanco Trópico.

Durante la Guerra Fría, la Central de Inteligencia Americana se empeñó en escamotear la ubicación exacta de la isla (los soviéticos, por supuesto, acabarían determinándola de manera matemática). Sus agentes trabajaron bajo la consigna de suprimir las señas cartográficas de mapamundis y globos terráqueos. En paralelo a esas maniobras, un contingente de marines se trasladó a la isla a efectos de salvaguardarla.

El artificial anonimato que se quiso imponer a Blanco Trópico comenzó a declinar con la caída del Muro de Berlín en 1989.

Me anudo la corbata frente al espejo del botiquín, para ir a recibir mi premio. Los anaqueles están atestados de remedios y placebos para la hipocondría. Si me preguntaran cómo he llegado a coleccionar semejante vademécum inútil no sabría qué responder. Es verdad que también hay unos cuantos potes y cosméticos de Marcia, barnices, artilugios desmaquilladores (que rara vez usa, pues casi nunca se aplica colorete); unas pinzas depilatorias. Si a los dieciséis o a los treinta hubiera sabido que padecería tantas ñañas imaginarias a los cuarenta (ataques de pánico, bradicardias asociadas), que acudiría con frecuencia a tal arsenal de químicos para tranquilizarme

luego de que los doctores me despacharan con fastidio de sus consultorios, sin duda me habría avergonzado. O peor: habría entonado uno de esos imponentes juramentos: “Jamás”. Recuerdo unas vacaciones con Marcia. Era el verano de 2001, un par de meses antes del atentado contra las Torres Gemelas. Deshojábamos el penúltimo año en España tras una estancia de casi seis. Nos habíamos acercado a una agencia de viajes pues queríamos visitar a mis padres en la ciudad de México. Mientras comprábamos los billetes de avión la empleada insistió en que aprovecháramos una oferta: un viaje gratis previo al retorno, a Cancún o Mérida, Yucatán. Despotriqué contra el primer destino, sus tarifas delincuenciales, la abusiva práctica hotelera de cerrar ilegalmente las playas al público y marcar a la manada de turistas con pulseras identificadoras del precio pagado y las prestaciones a que tenían derecho. Acabamos, pues, en Mérida. Pasaron dos cosas dignas de memoria. Una, recién instalados en la habitación: Marcia y yo nos vimos a nosotros mismos detrás de la tenue estática de la tele encendida, mezclados entre la multitud que abarrotaba las butacas de la matritense iglesia de San Jerónimo. El azar objetivo de los surrealistas nos hacía disfrutar por segunda vez —y contemplar como lo hicimos la primera— un concierto de música antigua al que habíamos asistido apenas unos semanas antes de llegar a México. Lo otro fue que nos pasamos toda la estadía meridana bebiendo cervezas y deshidratados. “Jamás viviría en un lugar tan caluroso como éste”, promulgué con traicionera seguridad. “Jamás”. Escuchen a Júpiter Tonante. Casi seis años después: más calor, más intenso, más sostenido, más insoportable. Blanco Trópico.

Cuesta horrores acomodarse el nudo, hasta las huellas dactilares se humedecen. Veo en el reflejo cómo el sudor me perla las sienes y se escurre en hilillos presididos por una gruesa gota hacia la nariz. La luna está empotrada en el revés de la pequeña puerta del botiquín abierto, dentro de un marquito de madera dorada desportillado. Los cristales de mis gafas se empañan alrededor del armazón y me dificultan la visibilidad. El espejo tampoco presta gran servicio: me devuelve una imagen opaca y sutilmente vibratoria, como de azogado. Es demasiado viejo, igual que casi todo en la

vivienda de alquiler. Por suerte los trámites para la hipoteca tienen visos de prosperar. La perspectiva de mudarnos a una nueva casa nos infunde ánimo para seguir adelante. Acudí en primera instancia a una oficinita piloto que Banamex abrió en la isla —no me pregunten por qué— y que ya cerró. No me extraña, eran igual de pendejos que en México. De hecho, el personal había sido traído de allá. Me pidieron veinte mil veces constancias de nómina, el permiso migratorio, comprobantes de domicilio, etcétera, para remitirlos de manera incompleta otras tantas y entregarme tres meses después un escrito plagado de faltas de ortografía por el cual se me informaba que no cubría el perfil. "¡El perfil!", les escribí una carta airada replicando que quienes no cubrían el perfil eran ellos y su puta madre, pero nadie la quiso recibir. El gerente era el único autorizado, pero había que pedir una cita, y como me tomé el desaire financiero como un duelo de honor en Castilla, me personaba en las oficinas lunes, miércoles y viernes, flamígera epístola en mano. Por fin fastidié lo necesario para que me "agendaran" al siguiente martes. A Marcia le sigue asombrando mi proclividad a convertir en grandes temas incidentes olvidables. Yo tenía toda la razón, pero por qué mejor no buscaba alternativas, mandaba por correo la carta al edificio central en México, con suerte ni siquiera respondían y me dejaba de hacer mala sangre y podía pensar en otra cosa. Volví más sosegado el día previsto. Durante el fin de semana habían desmantelado el desastroso experimento de la sucursal y en la entrada un letrero anunciaba: "En venta". Entré desmoralizado en el banco vecino, el Canadian Associated. Para mi sorpresa, me trataron como persona, a los quince minutos habían preaprobado mi solicitud y tres días más tarde la autorización de hipoteca había sido confirmada. En esas andamos. Hay esperanza.

¡La corbata, Dios mío! Ayer por la noche la saqué de una maleta donde guardamos la ropa de invierno. Donde se enmohece y pudre, más bien. En Blanco Trópico te descuidas y te salen hongos hasta en el ano. Así estaba la pobre prenda. Hace tiempo leí un cuento acerca de dos chicos que discutían sobre su futuro como pareja. Ella estaba disgustada porque el novio se negaba a vestir corbata, lo que a su entender era un

signo visible de su falta de compromiso. Él, por su lado, interpretaba esa exigencia como una amenaza a su libertad, como una claudicación a sus verdaderos sentimientos en aras de la hipocresía social. Era un texto muy raro de un autor desconocido. En ese entonces me había sentido identificado con el muchacho. Hoy mataría por que la temperatura descendiera lo suficiente para usar corbata todos los días. Pensaba lavarla con agua y jabón pero Marcia me dijo que sólo pasara encima de la tela un trapo húmedo. Las manchas desaparecieron, o al menos parece que desaparecieron desde esa visión nublada que tengo de mí mismo. Listo, el nudo ya está. Un poco de perfume, pshi, pshi, presentación Calvin Klein ella/él atomizador. Falta abotonarme la camisa por arriba. Y secar las riadas miniatura que se arremolinan por todos los poros de mi cara.

"Clima". El viajero precavido consultará una guía para tener una idea acerca del guardarropa adecuado durante una visita a Blanco Trópico. Leerá probablemente, con sensación de alivio ante la perspectiva de una maleta ligera, que el tiempo es cálido y moderado la mayor parte del año, que los vientos alisios ejercen una influencia benéfica sobre la isla durante las cuatro estaciones, que la temperatura promedio nunca es superior a los 30°C. Estas aseveraciones, que pueden justificarse a la luz del comprensible interés turístico en allegarse divisas, son del todo falsas. El termómetro rara vez marca por debajo de los 40°C antes de la puesta del sol y asciende con frecuencia a los 42 o 45 entre las once de la mañana y las 6 pm. Los alisios soplan con relativa regularidad, pero son neutralizados por los polvorientos solanos y el siroco sahariano. El bochorno es una constante atmosférica, acompañado por calina. Cuando hay humedad se levanta un vapor pegajoso en forma de niebla por la madrugada, y de bruma translúcida y rojiza al anochecer. Chaparrones, turbiones y trombas dejan tras su estela cumulonimbos de voraces mosquitos, y al lloviznar se produce un efecto climático parecido al de verter dos gotas de agua en una sartén precalentada. Este fenómeno es conocido coloquialmente como el Calabobos Asesino, porque apenas

salpica pero malhumora en grado mayúsculo. El imaginario popular no titubea al atribuirle la causa de la mayoría de los percances automovilísticos, sonados crímenes y sorpresivas rupturas conyugales. Las estaciones operan más a nivel especulativo que real. La oscilación térmica entre primavera y otoño, verano e invierno, éste y aquélla o el otoño y el estío es virtualmente hipotética. En la isla ha cobrado carta de naturalización una curiosa nomenclatura meteorológica paralela que también divide el año en cuatro temporadas: calor, agua, huracanes y heladez. La cronometría de cada una de ellas no se equipara a la convencional de tres meses y, dependiendo de mil factores, incluso puede ocurrir que sólo una dure el ciclo anual. No obstante, la temporada de calor parece subyacer o subsistir en las otras tres, pues aun en los días tenidos por invernales la temperatura aumentará de modo considerable al salir el sol. El índice anual de precipitaciones ronda los mil quinientos mm. Un año en que una tríada de huracanes consecutivos azotó la isla, se registró un máximo histórico de siete mil setenta mm.

El huso horario GMT-3 rige en todo el país.

Continúan los preparativos. Marcia termina de escribir un correo electrónico en el cuarto lindante con nuestra habitación. La idea era habilitarlo como estudio en tanto yo conseguía una situación laboral más estable. Funcionó más o menos dos meses, hasta que apareció Enriqueta a finales de febrero de 2004 (nosotros llegamos a Blanco Trópico en diciembre de 2003). Es una perra weimaraner adorable. El problema: suelta unos meados ácidos de salve sea la patria. No sé en virtud de qué propiedades químicas mortíferas los orines se han ido sublimando desde el patio hasta impregnarse dentro. He pensado en descubrir la fórmula de esa reacción y vendérsela a un ejército terrestre o alienígena. Podrían apropiarse del universo si consiguen reproducirla a escala industrial, no tendrían que detonar uranio ni matar a todos. Sólo con la amenaza de diseminarlo el mundo se declararía súbdito del nuevo poder. Si uno entra muy temprano, como ahora, o ya por la noche, la nariz poco entrenada con probabilidad no perciba la pestilencia. Pero

conforme el sol va calentando las lajas del piso exterior, el asunto se va poniendo feo. Marcia dice que soy un exagerado, como ella normalmente se va al vivero antes de las diez. Enriqueta no tiene la culpa de que su morada allá afuera en el patio, al otro lado de la ventana, sea un espacio rectangular de cemento alrededor de cuyo contorno interior crecen unos pinchurrientos arbustos que aquí llaman crestas de gallo (por sus florecillas carnosas y apretadas). Tampoco abunda la vegetación en el pasillo que, entre la pared del costado y la tapia del vecino, conecta con la parte frontal de la casa. Cierto que ahí hay un pequeño arriate, delante del muro del *living*, junto al garaje. Y que Enriqueta pudo haber hecho mejor uso del mismo y apiadarse de mí y de las largas horas que, hasta que recibí una oferta de trabajo, hube de pasar confinado en la cámara de gases de nuestra biblioteca cuarto de huéspedes (más bien escasos, y quienes, gracias a los atractivos de la isla, por lo regular tienen la suerte de marcharse al alba y volver por la noche). La pobre vive siempre con alergias y las almohadillas de las patas cuarteadas; varias veces, para evitar que se muerda las llagas o lama los ungüentos medicinales, la hemos tenido que someter a la humillación del collar isabelino, el cual le confiere un cómico aspecto de lámpara perruna. Quizá con la hipoteca de la Canadian Associated podamos proveerla de un mejor entorno, con fortuna Emiliano podrá crecer disfrutando de un jardín.

La ventana del estudio comienza a iluminarse ahora tras las persianas a medio cerrar. El escritorio se extiende debajo del alféizar. Encima del mueble descansa la computadora sobre la que teclea mi mujer.

—Marcia, ya está el baño. Por favor apúrate. No quiero llegar tarde a la ceremonia.

—Voy, Claudito. Dame un minuto. Estoy por terminar.

La veo de espaldas en el asiento ergonómico, en camiseta azul y pijama bermudas rojo, con esa melena renacentista, crespa y sutilmente dorada cayendo sobre sus hombros en tensión. El gen de los piamonteses africanizados, suelo decirle de guasa. Aunque no lo escucho adivino la yema del dedo haciendo *click* al pulsar el botón izquierdo del *mouse*. El mensaje surcará las autopistas invisibles de las ondas hasta

introducirse en la cuenta de Rafaela Pirezzi, su mejor amiga. Su nene, Fabricio Adolfo, es unos meses mayor que Emiliano. Creo que a él también lo han expulsado ya de su primera guardería, por morder a un niño en la oreja o escupir a su maestra, o ambas incivilidades. Marcia y Rafaela son coevas exactas y paisanas. Rafaela reside en Buenos Aires. Con seguridad se estarán poniendo al corriente de los últimos avances de los retoños, incluso habrán intercambiado unas cuantas bromas sobre mi dichoso premio. Ahora la miro levantarse. Pasa junto a mí.

—¿No le regalas un besito a tu señor esposo?

—Quién te entiende, Claudito. ¿No tenés prisa?

Me deja con los belfos fruncidos al aire, va de aquí para allá con aire acucioso. Hace días que su panza de treintaiochoañera embarazada por segunda ocasión ha empezado a definirse bien, a redondearse desde la base del vientre entre las caderas. Luego de casi seis meses. Ocurrió en la punta sur de América, en Río Gallegos, durante las vacaciones de diciembre de 2006. Isabel y Pablo habían salido de casa para atender unos asuntos. Entonces aprovechamos, cual adolescentes pecaminosos, junto a la cuna del gorjeador Emiliano, ya casi en su octava mensualidad de leche. Y ¡zaz!, debió de ser el clima patagónico. Ahora zangolotea la barriga con elegancia, remueve dentro de la cómoda en busca de bombachas y brasier; la camiseta se iza sobre el ombligo y el abdomen se ondula carismáticamente cuando cierra el cajón y reanuda la marcha hacia la ducha. Cruza frente a mí el vestíbulo rectangular que comunica con los tres aposentos y el baño, de donde arranca el corto pasillo hacia la cocina, la sala y el comedor. Todavía alcanzo a contemplar, con enorme simpatía, sus vaivenes soberbios que se despliegan como si colmaran todo el espacio, y me imagino dentro de ella, a ratos perdido y flotando en un flexible bule gelatinoso —como habrá estado Emiliano—; luego, a bordo de un yate en alta mar envuelto por las placenteras (literalmente) caricias de la brisa, me balanceo tendido desnudo sobre cubierta bajo la indescriptible tibieza de un atardecer soleado. Cierra la puerta tras de ella. Minutos después escucho el chorro de agua golpeando contra los mosaicos del piso.

—¡Juaaan!

Alguna cagada habré hecho. La voz de mi esposa resuena con una calidad extraña, como si procediera no del otro lado del muro sino amortiguada en una burbuja detrás de mi tímpano. Un curioso efecto de proximidad remota, distinto a la franca sonoridad de clarín de guerra a la que acude cuando mi obsesiva terquedad consigue sacarla de quicio.

—¡Juaaan, te llevaste mi toalla!

Es cierto, la tengo en la mano. Usé la mía para el cuerpo, antes de vestirme, pero como ya estaba muy húmeda tomé la de Marcia para secarme el sudor de la cara luego del complicado operativo de anudamiento de corbata. Toco tímida e inútilmente con los nudillos, el caudal sigue fluyendo y cae a intervalos irregulares hacia la rejilla del desagüe. Entro y las gafas se eclipsan nuevamente. En Blanco Trópico uno pasa parte del día retirando con pañitos o papel higiénico el vapor de los cristales. Y de otros lados. Cuelgo la toalla en la percha y abro un poco la cortina de plástico. A Marcia la deprime horrores, pero el cancel lleno de moho que utilizaban los anteriores inquilinos, y que tuvimos que descartar, la inhabilitaba incluso para acercarse a las llaves del agua.

—Ya la puse en su sitio. Perdóname. Si quieres la cambio por una seca.

La espío un momento con la cortina en la mano, hasta donde me permite la neblina alrededor de los anteojos. Está de espaldas, inclinada hacia la pared, la planta de un pie elevada unos treinta centímetros contra los desvaídos azulejos cerca de la jabonera. La piel humeante luce una tersura ligeramente rosácea bajo la lluvia doméstica propulsada desde fuera por el calentador a gas. La cabellera escurre y se alacia recubriendo los omóplatos. Apoya la palma cerca del grifo de agua caliente, el anillo de matrimonio cubierto de temblequeantes gotitas. Con la diestra pasa la maquinilla sobre la pierna en vilo, en una concienzuda maniobra depilatoria. Termina y se da la vuelta. Sus pezones, los hombros mojados, el cabello dividido que se derrama en dos trenzas sobre las clavículas, los senos firmes y plenos sobre la prominencia estomacal, las caderas y el pubis en que concurren diminutas avenidas acuáticas que luego divergen

cuesta abajo entre los muslos y las rodillas. Se me pone tiesa antes de que pueda interiorizarlo, concibo un proyecto que daría al traste con nuestra importante cita.

—¿Juan, se puede saber qué hacés ahí de pie?

Me visualizo ridículamente parapetado detrás de la cortina, asomado por esa rendija innecesaria que yo mismo he abierto en patético y hasta cierto punto involuntario plan *voyeur* de los aseos. Hecho además un lamparón arrebolado, porque otra vez estoy sudando como loco a través del saco y la corbata. Comienza a hacer un calor de perros.

—¿Te invado?

—Un poquito.

—Se me acaba de ocurrir…

—Sí, ya sé.

—¿Y si sólo me echas la mano?

—No. Luego te quejarás por no haber llegado a tiempo.

Es muy probable que eso ocurriera. Marcia me conoce todas las mañas. Me quejaría pero, por otra parte, estaría más que satisfecho. Aunque tiene razón, nunca me he ganado un premio y sería lamentable desperdiciar la oportunidad. Pese a tratarse del premio de que se trata. Pero por algún lado hay que empezar. Hoy este reconocimiento al consumo, mañana quizá a las complejas doctrinas económicas que sobre el mismo, criticándolo, he elaborado; o al menos, la dicha de ver por fin publicado mi estudio visionario *Riqueza para todos* (confío en que el nuevo director de la UDRI tenga la perspicacia suficiente para comprender sus alcances). O —¿por qué no soñar?— conseguir que alguna editorial de prestigio (cualquier editorial) se interese en la versión definitiva, pulcra y esférica de *La garza ojona*, aclamada posteriormente por la crítica internacional como el primer y grandioso libro de cuentos de un desconocido economista.

—¡Juan! ¿Vas a quedarte ahí? Pasame la toalla, que debe estar toda embebida. Andá, ve a ver a Emiliano, así te ocupás en algo mientras termino. Cerrá la puerta al salir. Y por amor de Dios quitate ese saco, vas a llegar empapado.

“División territorial y forma de gobierno”. Tres provincias conforman el territorio: Blanco Trópico, Ciudad Litoral y

Ciudad Norte. La primera, que apunta hacia el Septentrión, bautiza al país entero. Su capital, homónima, es además sede de los poderes de la Unión. La segunda se ubica en la región noroeste. La tercera, Ciudad Norte, ocupa en realidad la franja sureste de la isla. La capital de Ciudad Litoral es Ciudad Litoral. La de Ciudad Norte, Ciudad Norte. Municipios rurales como Cultrún, Raque y Breñal, circunscritos a la provincia de Blanco Trópico, o como Aspillera, que se localiza muy cerca de Zona Baluarte en Ciudad Litoral, han ido adquiriendo una presencia económica cada vez más activa en los últimos años.

La nación existe como estado soberano desde el 19 de marzo de 1812. En esa fecha, coincidente con la promulgación de la Constitución de Cádiz, Blanco Trópico se declaró independiente de la Corona española y estableció su propia Carta Magna, ordenamiento bajo el que se rige, con un centenar de enmiendas, hasta hoy. Blanco Trópico se asume como una república representativa, católica, democrática y federal.

El poder se organiza de acuerdo con el sistema de contrapesos instituido por Montesquieu: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Hay una cámara de senadores, con un total de treinta, diez por provincia. Y otra de quinientos ochenta y ocho diputados federales, electos de manera directa por los doce municipios, cuatro por entidad federativa. A cada ayuntamiento corresponden cuarenta y nueve diputados representantes. La figura de diputado local fue suprimida en 2000 por considerarse subsidiaria, onerosa y francamente parasitaria.

El timonel de la República es, desde 2000, una mujer: la licenciada Inge Aguerreberre González. Se hace llamar gobernadora, no presidenta, porque ella no preside, gobierna. A tal efecto, al principiar su administración, promovió una enmienda constitucional para adquirir oficialmente ese título, suprimiendo el anterior. Los periodos gubernamentales duran cuatro años. La reelección indefinida es legítima, pero al superarse tres etapas consecutivas (doce años ininterrumpidos en el cargo) debe mediar un cuatrienio de receso. La gobernadora asume también, de forma concomitante y por el mismo lapso, la titularidad del cabildo de Blanco Trópico, en

funciones de alcaldesa.

La población, según el Censo Nacional de 2000, se contabiliza en tres millones de habitantes. De esa cifra, corresponde a Blanco Trópico un millón doscientos mil; un millón cien mil a Ciudad Litoral y sólo setecientos mil a Ciudad Norte.

Emiliano ya no tiene aspecto de zanahoria rubia. Como en los primeros meses, debido a la ictericia, con esos pelitos translúcidos formando una corona alrededor de la mollera (¿se han fijado en la manera en que palpita y oscila la mollera de un recién nacido, por arriba y bajo los huesos del cráneo todavía en proceso de amalgamar?). César Marín, el pediatra y neonatólogo, dijo que no había nada que hacer salvo ponerlo en su cunita mirando a la ventana, con la cortina y la persiana abiertas. En Blanco Trópico, si uno tiene recursos, coloca cortinas y persianas en cualquier vano por donde pueda colarse el sol. Y ventiladores. Y aires acondicionados. Y hay que encenderlos al mismo tiempo. Todo el día.

Seguimos las instrucciones. Mientras lo sometíamos a sus baños de luz me complacía acariciarle su nuquita de anciano, que hoy se ha transformado en cabeza de bebé. Poco a poco su piel fue perdiendo el naranja y cobrando esa textura de pálida morenez atezada que ha heredado de su padre. Al levantarme a la seis de la mañana, me acerqué a mirarlo. Camina desde los diez meses y ahora que tiene año y mes la cuna comienza a quedarle pequeña. Por eso hemos encargado ya a un carpintero una cama infantil con barrotes. El problema es que aquí uno no puede fiarse de quienes ejercen los oficios tradicionales, ni de los operarios, por lo que hacer un cálculo resulta siempre frustrante. El mismo carpintero, para no ir más lejos, quedó en pasar un lunes y apareció el jueves, dijo que vendría a casa a las seis y eso sí lo cumplió, sólo que con una breve diferencia de doce horas (llegó no a las 6 pm sino a las 6 am). Cabe inferir, de cualquier forma, que antes de que transcurra su infancia Emiliano podrá contar con un nuevo lecho. Cuando desperté Emiliano dormía a pata tendida, como su madre a un costado en la cama. Fui al baño a expulsar la meada de la noche. Las abluciones de rigor

primero y luego la ducha y a prepararse en forma para el gran acontecimiento (desde la noche de ayer tengo la ropa lista, con todo y corbata ya desenmohecida). Entonces creí escuchar que Marcia se levantaba y caminaba hacia el estudio, ahora sé que para escribir un correo a Rafaela.

Me he quitado el saco, siguiendo las instrucciones de mi mujer (oigo que abre la puerta del baño, se perfila hacia la cocina, con seguridad para servirse un café). Tengo a Emiliano aúpa entre mis brazos y estoy recostado en nuestra cama sobre las almohadas, con los zapatos cruzados sobre el borde del colchón para no ensuciar. Pesará ya sus buenos 10 kilos. Me mira con sus ojos melosos muy abiertos y un esbozo de sonrisa, en plan remolón dejándose querer. Pronto querrá que lo suelte y me entrará la locura y me revolcaré sobre él jugando a Papi Gladiador contra Moco Voraz. Vaya si se sedimentan unos mocazos en sus diminutas fosas nasales. Debe ser porque está desarrollando anticuerpos y toda esa historia de las primeras reacciones a virus y bacterias. No sé cómo pudieron echarlo del Workshop de Blanco Trópico. Escuela “social-constructivista”, los padres de la isla debíamos sentirnos privilegiados porque acababan de abrir la guardería. De ahí, los infantes pasarían al kínder, también “social-constructivista”, y más adelante a la primaria “social-constructivista”, cuyos más distinguidos alumnos “social-constructivistas” habían ganado la prueba *enlase*, según se leía en una oronda cartulina a la entrada del colegio. Cuando fuimos a conocer las instalaciones había un bote de veneno de ratas en el pasillo que salía al patio de recreo. “Cómo podés tener veneno al alcance de los niños”, preguntó Marcia a una tal Pamela, la educadora en jefe esa mañana. A lo que ésta respondió: “Aquí les enseñamos a ser conscientes de que no deben manipular sustancias peligrosas”. “Para qué querés tentar al diablo, no dejan de ser niños”. “Veré que lo retiren”, dijo días más tarde una tal María Teresa, con pedante autosuficiencia, cuando fuimos a pagar una millonada de inscripción y vimos que el bote seguía ahí (el cartel promocional, en cambio, había sido corregido. El Workshop era el indiscutible vencedor de la prueba “enlace”). Emiliano estuvo ahí un par de semanas. No quería obedecer, chupaba juguetes en vez de hacer ejercicios en el cuaderno, se rascaba

las partes pudendas y exploraba el lugar metiéndose indebidamente en las aulas de otros grados. Chapaleó con los piecitos en una fuente decorativa junto a la escalera central que lleva a los pisos superiores, con el caótico efecto imitativo —según refirió la pedagógica asamblea de emergencia y expulsión integrada por Pamela y María Teresa— de una horda de compañeros arrojándose sobre el surtidor salpicante y espumoso. Eso era intolerable. Una falta gravísima en la escuela victoriosa de la prueba enlace.

Escucho que Marcia trajina por allá con el frigorífico y la tostadora. Estará preparándose un comedido desayuno previo al oficial que tendremos al rato. Tomo a Emiliano por las axilas del pijama de una sola pieza, lo levanto un poco y extiendo los brazos apartándolo de mi pecho (me parece que la corbata, por la humedad, y también por los aromitas adquiridos de la criatura, desprende un sutil aroma a jerga de piso). Sus ojos quedan a la altura de los míos. Capto a través de las anillas de mis gafas sus cuatro o siete pelos elegantemente despeinados. Mr. Encías, como lo apodábamos hasta antes de su precaria dentición inicial, abre la boca en una franca sonrisa y articula unos confusos sonidos adorables en los que por momentos se adivinan las sílabas "pa-pá". Me enseña su único diente, un torcido frontal mellado como serrucho. Y tenuemente ennegrecido por un golpazo que se dio en el suelo al tropezar. "Pa-pá". Me domina un arrebato de amor indescriptible, una emoción inefable que irradia del tórax y me llena de lágrimas. Comprendo al fin la sabiduría del cliché, la verdad universal que se esconde bajo la frase hecha —que Marcia y yo repetimos a menudo, sin querer—: "compensa ser padres". Pese a los sufrimientos. Desecho un caudal de temores pesimistas que me asaltan de pronto sin motivo, como el aguafiestas que pincha porque sí los globos; lucho contra las resonancias mentales de esas imágenes de los noticiarios, pruebas irrefutables de que hay niños que no tendrán que crecer e ir al infierno cuando mueran, pues están en él en esta vida, desde el principio. Y están también los padres de esos niños, que están en el infierno en esta vida, desde el principio. Desearían no sólo no haber engendrado sino no haber sido engendrados nunca. Sacudo la cabeza para disipar el nubarrón tétrico. Vuelvo a entregarme a la realidad

de la sonrisa unidentada de Emiliano, a identificarme con sus agrandadas pupilas marrones y sus balbuceos. Se me escurren un par de lágrimas por los cachetes y me burlo por dentro de mi sensiblería. Estrecho contra mi hombro su regordeta cara salivosa. Vuelvo a sentir ese irradiar, aunque más tenue, entre las costillas.

Suena la campanilla de la puerta y yo sigo recostado sobre las almohadas entre las sábanas revueltas. Emiliano ronca desmadejado sobre mi torso. Un zapato negro (les di lustre ayer por la noche) encima del otro, más allá del borde del colchón, como aves suspendidas sobre un diminuto precipicio. Mientras me afanaba con torpeza en arrullarlo me invadió una alegría desbordante. Luego fracasé al intentar arroparlo con su manta de franela (los bebés, según César Marín, tienen frío aunque haga este calor de los mil demonios). Protestó entre trinos, braceó con aspavientos robóticos hasta que consiguió desprenderse de su camisa de fuerza. Me metió los dedos en los ojos y la nariz (tengo otra vez las gafas sucias y empañadas); me encajó su rodilla en el estómago y sus piecitos pedalearon sobre mis pelotas; succionó la punta de mi corbata y comenzó a serrucharla con su único diente. Alarmado, lo aprisioné contra mi hombro sacándole la prenda de la boca y le rogué que parara. Se empujó hacia atrás con los brazos y me miró analizándome muy serio. Sonrió con el vasto burbujeo de sus encías (el temible frontal punzocortante lucía ahora como un inofensivo granito de arroz) y, acto seguido, se desplomó sobre mí dormido. Entonces volvió esa vaga angustia. Ya no por la conciencia de otros niños y otros padres menos afortunados sino por alguna causa más imprecisa. Siento sobre mi antebrazo la humedad del pañal a través de la tela del pijama. Llegaré oliendo a orines a la ceremonia, que ya lo cambie la nana. Me incorporo con mucho cuidado y deposito a Emiliano en su cuna. Es raro que Marcia no haya atendido los llamados de doña Evodia, ya muy insistentes. Al pasar junto a la cocina veo abierta la puerta que da al corredor exterior. Mi mujer debe andar trajinando con la lavadora en el cuarto de servicio o colgando ropa en las sogas que, merced a un complejo

sistema de poleas y ganchos ideado por ella misma, sirven de tendederos en el patio. Doña Evodia es un verdadero diamante, sólo se ocupa del nene, ninguna otra tarea. Al ser una abuela dulce y avezada de numerosos nietos, interpreta con gran facilidad los requerimientos y fobias de Emiliano. Mucho mejor que yo. La encontramos de casualidad, luego de meses de búsqueda, gracias a una referencia proporcionada por una amiga de Julián Zavala Dilinger. No hemos tenido esa suerte con la ayuda doméstica. El último experimento fue la señora Mary, una simpática y zaina yoma que no paraba de reír por lo bajini mientras desoía todas las instrucciones de Marcia. Quería que el “plancheo” se lo pagásemos aparte, pero no estaba dispuesta a hacerlo si no le comprábamos una plancha hipersónica que acababa de salir al mercado. Cuando se la entregamos, con todo y caja sin abrir, aclaró que ella el plancheo lo cobraba extra si era “con piense”. Por lo que pudimos entender, un plancheo con piense consistía en alisar por iniciativa propia la ropa arrugada que hubiera, en tanto que uno más barato, desprovisto de él, exigiría a la patrona repetir la orden cada vez que la empleada terminara de planchar la prenda anterior, estableciéndose una curiosa relación de causalidad silencio/inoperancia que daría más trabajo en lugar de contrarrestarlo, ya que Marcia tendría que renunciar definitivamente al vivero para dirigir durante la jornada entera el plancheo “sin piense” de doña Mary. El colmo fue cuando decidió aplicar un barniz de madera al archivero de metal del estudio, al inodoro y a todas las paredes, que tuvimos que repintar. Al parecer no fue maldad sino analfabetismo, pues aunque afirmaba entre risillas que sabía perfectamente qué producto era, advertimos que confundía detergentes y sustancias químicas por no poder identificar lo que había escrito en las etiquetas. Hubo que prescindir de ella, por razones de seguridad. Tomo la manija y abro la pesada hoja con guirnaldas de herrería. La simpática figura recia de doña Evodia refulge enmarcada en la claridad cegadora de las ocho treinta de la mañana, con su sombrero de alas ovaladas y el clásico bolso al costado.

—Pase, doña Evodia. Emiliano está en su cuna. Ya se había despertado pero acaba de quedarse dormido otra vez.

La rutina marca que Evodia tome el pasillo. En lugar de

ingresar en nuestra habitación, se desvía a la derecha hacia el cuarto contiguo al estudio, donde están los pañales, la ropa y los juguetes. Tenemos pensado trasladar pronto a Emiliano a este sitio, definitivamente (debimos, opina Evodia, haberlo hecho hace tiempo). En ese cuarto escoge el atuendo del bebé y luego suele extender una pequeña colchoneta de goma donde ambos se entretienen simulando complicados ejercicios de calistenia. Antes va a la cocina a hervir y preparar los biberones, a charlar un rato con la madre y ponerse de acuerdo respecto a la agenda del día (una compleja pero metódica alternancia de comidas, siestas y secreciones de Emiliano). Ahora Marcia vuelve del exterior con el cesto de la ropa sucia vacío, vestida con una falda verde olivo de algodón y una sencilla pero bonita camisa de lino blanca, un poco sonrojada por haber estado faenando bajo el sol expansivo de esas primeras horas.

—¿Ya?

—Un momento, Juan. Por favor.

Cuando empezábamos a salir en Madrid yo interpretaba esas respuestas enfáticas de Marcia como preocupantes señales de fastidio o intolerancia motivadas por mi compañía, y su mirar franco como una reprensión fulminadora. Ha llovido desde entonces. Lo que procede ahora es ir a la pieza con discreción a recoger mi saco, dar un beso al roncero hijo mío, que se despereza contra la malla de la cuna entre pucheritos y flatulencias sin decidirse a abrir los ojos, y desandar el pasillo para ir a la sala, despatarrarme sobre el sofá y esperar con paciencia a que Marcia y Evodia terminen de afinar detalles. Son las ocho cuarenta y cinco. El desayuno de premiación está previsto a las nueve treinta. No está muy lejos el salón de eventos, unos quince o veinte minutos si tomamos un tramo de la avenida principal hacia el norte y giramos en U para descender por la calzada contraria antes de llegar a los accesos del puerto. El tránsito en Boulevard Centella debe ser aceptablemente fluido, luego de la hora pico de las escuelas. Aunque nunca se sabe. Menos en Blanco Trópico.

Repanchigado contra el mullido cojín que sirve de respaldo, atuso con la zurda la punta retorcida de la corbata. Tamborileo con la diestra sobre el brazo del mueble y me

percato de que la tela mamey está ya muy desgastada por efecto de las babas ácidas de nuestro retoño. Tiene razón Marcia, habrá que plantearse retapizarlo. No sé por qué me viene otra vez al cuerpo esa difuminada, incómoda sensación de angustia. El pinchaglobos de la fiesta. Y a la mente el recuerdo de otro desayuno. De otros desayunos lejanos en la ciudad de México.

Con Ma y Pa, como los llamábamos Genoveva y yo (hoy les decimos madre y padre o nos dirigimos a ellos simplemente por su nombre: Isolda, León). Se divorciaron cuando yo tenía 15. Más o menos un año después, cada cual por su parte, nos convocaron a mi hermana y a mí a desayunar, con pocos meses de diferencia entre ambas entrevistas. Primero Ma dijo que quería rehacer su vida y que volvería a casarse. Apelaba a nuestra generosidad comprensiva. Pa objetó que Ma quisiera matrimoniarse de nuevo tan rápido y luego informó que él pensaba hacer exactamente lo mismo. Al concluir aquellos encuentros Genoveva y yo nos habíamos marchado con la extraña impresión de que nuestros padres, además de la ruptura amistosa, de alguna manera habían pactado también el curso que en adelante llevarían sus respectivos proyectos de vida. Ya en la calle, bajo una lluvia pertinaz que se confundía con la neblina infesta del smog citadino, después de acompañar a Isolda a su coche y despedirnos de ella, al bajar las escaleras de la estación de metro Miguel Ángel de Quevedo, mi hermana rompió en llanto mientras yo me encogía de hombros. Ésa fue la primera vez. El escenario del comunicado de mi padre fue mucho más glamoroso, no un VIP'S sino un reservado de su exitoso restaurante Taberna de León Rubio, al sur de la ciudad. Cuando dejamos atrás el umbral alfombrado del vestíbulo de recepción, tras abrazarnos los tres, la luz intensa de una tarde excepcionalmente despejada nos dio de lleno a Genoveva y a mí. Subimos al taxi que había solicitado para nosotros la guapa recepcionista (me pregunté con una punzada de excitación si ella sería mi nueva mamá, pues todavía no teníamos noticia de la existencia de Elena Sierra) y enfilamos hacia la colonia Guadalupe Inn rumbo a casa de mi madre, con quien vivíamos entonces. Esa vez mi hermana también lloró. Encogido contra el asiento trasero del vehículo, yo

echaba para atrás los hombros y levantaba las manos abiertas a la altura de la barbilla, como si sopesara el fardo muerto de la impotencia. Años más tarde, antes de conocer a Marcia, durante una visita de Genoveva a Madrid, nos sentamos a la mesa de una cervecería en Plaza Santa Ana. Revisamos éste y otros asuntos frente a unas tapitas y un plato de pulpo a la gallega. En esa ocasión yo me puse a berrear y ella, un tanto abochornada, se encogió de hombros.

—Listo, Juan. Vámonos. ¿Qué pasa, Claudito, estás llorando?

GMAIL marciadefrancisco@gmail.com

Para: rafapirezzi@yahoo.com.ar

Querida Fafita:

Te escribo rápidamente pues debo alistarme para acompañar a Claudito a recibir un premio que ganó por hacer una compra en Almacenes Manchester. Tiene una suerte rarísima para ese tipo de cosas, tan grande como la que le hace falta para que alguien reconozca su trabajo. Aunque por fortuna eso empieza a cambiar. Tiene paralizado su ensayo Riqueza para todos desde hace dos años. Es muy bueno, más allá de algunas cuestiones de redacción cursi y enrevesada —ya sabés cómo son de complicados los mexicanos para expresarse— lo leí con interés y por momentos hasta con apasionamiento te puedo asegurar que propone soluciones muy prácticas (con lo poco práctico que es mi marido) a los nuevos problemas de esclavitud y mano de obra barata que la globalización ha generado… el pobre intentó publicarlo en el Fondo de Cultura Económica de México y un editor le dijo por teléfono después de no sé cuántos meses que su manuscrito estaba guardado en una caja y que no lo podían sacar de ahí hasta que no hubiera un dictamen pero tampoco podían dictaminarlo si no lo sacaban de la caja, ya sabés, hasta que le dijeron con fastidio que no lo publicarían ni mucho menos lo leerían pues no existía en su maravilloso catálogo una serie donde cupiera un autor totalmente desconocido como él. fue un golpazo a su ego, había fantaseado con la posibilidad de que el trabajo académico abriera brecha para proponerles después su libro La garza

ojona, siempre se queja de que no puede trabajar de tiempo completo en esos cuentos y concluirlos. Te he hablado antes de ese proyecto literario clandestino de mi señor economista? A menudo sueña con un pajarraco que le rompe la cabeza a picotazos, te juro que he tenido que sacudirlo para despertarlo porque se pone a aullar como lobo y suda como regadera, dormido y todo, no hay forma de tranquilizarlo, llora ya despierto, como un nene… piensa que sólo escribiendo sobre esa pesadilla podrá exorcizarla. Al parecer sólo su amigo Julián y yo hemos leído el material, nunca esta satisfecho con los textos, los corrige y bosqueja otras versiones hasta que olvida cual es la ultima… Estoy fatal con los acentos. Aquí todo el mundo suele escribir tan desaseado que se contagia. Imaginate, en el vivero me dicen La Profe porque soy la única que recuerda la regla de la virgulilla si la palabra es aguda terminada en n, s o vocal! No sé si a vos te pasa igual con Raúl (ya me chismearás de los conflictos que tiene con su hijo adolescente y con la bruja de su ex), pero a mí a ratos Juan me da una ternura, no puedo explicarlo, en el fondo nunca ha dejado de ser un niño, lo vieras ahora en medio del calor infernal todo emocionado vestido con traje y una corbata demodé que tuvimos que limpiar por la noche porque estaba repleta de hongos, ayer se esmeró en lustrar sus zapatos como si hoy fuese a pisar la alfombra roja de Hollywood. Incluso se largó con un discurso acerca del valor del sacrificio y las recompensas mientras Emiliano mamaba de mi teta y examinaba reconcentrado el ventilador del techo. De verdad tiene mucha suerte para esta clase de asuntos. El otro día lo llamaron para informarle que podía pasar a recoger el horno eléctrico que había ganado en un sorteo. Lo gracioso es que se lo regaló un banco con el que se había peleado porque no le otorgaron un crédito, el banco cerró sus oficinas antes de avisarle que había salido elegido en una rifa, otra institución lo compró y se puso en contacto con los clientes beneficiados. Ahí está en la cocina, muy útil la verdad nos hacía falta. Con lo de los Almacenes Manchester fue parecido, le preguntaron luego de comprar una mesa de comedor (otra, no la taiwanesa que teníamos cuando viniste el verano pasado) si deseaba obtener un monedero electrónico para acumular puntos canjeables por dinero

virtual, así podría comprar más cosas en la misma tienda y Juan les dijo que para nada le interesaba, pero como ya estaba en el sistema le dijeron que contaba con el monedero de todos modos aunque no quisiera y se puso furioso y pidió hablar con el gerente que nunca apareció para que lo borraran de la base de datos. Luego una colega de la UDRI —una investigadora bastante guapa de la que estoy un poco celosa— le comento que había visto su nombre en una lista de ganadores publicada en el periódico. Como yo le tengo prohibido a Juan comprar la mierda de diario que circula en la isla (te hablo del de mayor tirada, el otro es una bosta todavía más ilegible) le pidió prestada la plana (por supuesto la chica se la obsequio) y mientras me la mostraba asombrado, llamó por teléfono (la puta madre que los pario de dónde sacan las empresas todos tus datos!) el mismísimo gerente a quien no pudo reclamar lo del monedero para felicitarlo por haber ganado 3 mil albos (mil dólares) que se cargarían precisamente a su monedero electrónico para que compre lo que guste, señor, a sus órdenes y es un privilegio y un placer y muchas felicidades nuevamente aunque sólo hay un detallito para poder hacer efectivo el premio. Vos podrás imaginarte el cuadro Fafita, Claudi de pie, mudo y petrificado frente al teléfono, yo cerca de la ventana al otro extremo del comedor y desde ahí podía escuchar las entusiastas congratulaciones. Cuando más tarde mi marido me refirió la "conversación" quedé maravillada: él y un acompañante —o sea yo— debíamos asistir vestidos de manera formal (a lo sumo me pondré falda y una camisa de lino, viste?, no tiene gollete!) a un desayuno de honor (whatever that means) ofrecido por los propios aLmacenes a los galardonados. Lo único que Juan alcanzó a decir con angustia antes de que le colgaran fue que no tenía el plástico, pero no había problema porque le darían otro… de hecho es parte de la sorpresa que nos tienen preparada, Fafi, no te lo podés perder, la entrega de un nuevo mini monedero electrónico en forma de caja de regalo con moño… Luego Claudito monto en cólera, ya conocés lo visceral que pude ser. juró ir a la ceremonia con el único propósito de denunciar en público los mecanismos de manipulación subliminal de que se valen los todopoderosos consorcios para sangrar a los consumidores. lo convencí de

que viera el asunto desde otro ángulo, qué más daba, hasta podría ser divertido, un desayuno *kitsch* en la tienda departamental más grande de Blanco Trópico, y el fin de semana volvemos a gastar los puntos en lo que nos dé la gana y ya está (claro, siempre y cuando no caigamos en tentaciones y acabemos poniendo de nuestro propio bolsillo, para eso son unos magos). Ahora está ilusionadísimo, es tan impresionable. Lo escucho deambular nervioso fuera del baño, entrando y saliendo de nuestra habitación, debe pensar que no me doy cuenta del solapado espionaje que ejerce sobre mí. Te aseguro que ya se habrá hecho toda la película, laureado con el Premio Nobel de Economía apenas puede contenerse antes de subir al podio de los suntuosos salones de la Academia Sueca. Y hablando de nórdicos hoy al mediodía sí que tiene una reunión importante… asume el cargo su nuevo jefe, después de todos los líos ocasionados por el antropólogo escandinavo y la loca de su sucesora. Te vuelvo a escribir en estos días para contarte los pormenores… Uy, las ocho treinta. Qué barbaridad, cóm, o me he extendido..! Está por llegar Evodia y Juan ya me está apurando. Te cuento por último que todo va en orden con el embarazo, aunque me siento una verdadera chancha pedorra (creo qu con Emi estaba menos inflada en la semana 23). A la criatura sigue sin salirle rifle en las ecografías, así que nos vamos resignando a la idea de una tercera damita en casa si contamos a Enriqueta. Respecto a lo de la expulsión del nene, concuerdo contigo, pedagogas bosteras, mucha prueba “enlase” pero si los niños empinan la botella de tósigo ratonero (como califica Juan los trabajos de sus alumnos) y mueren allá su culpa por no haber entendido la lección. Oíme, pa que rascarle las plantas de los pies a Satanás..! Y Fabricio Adolfo cómo anda? se ha adaptado a la nueva escuelita? ya no se trompea en clases? Bueno, Fafi, me voy corriendo a la ducha. Muchos, muchos besitos a todos,

Marcy

Salimos de la casa. Por suerte hace unos minutos, cuando me levanté del sofá, sólo se me escurrieron unos lagrimones. Desde el garaje, mi mujer todavía da algunas instrucciones de rutina a Evodia. Enciendo el Chevy previas y cariñosas

pataditas a Enriqueta para que no se yerga en dos patas y me plante sus sucias uñotas en la camisa inmaculada (aunque ya bastante arrugada por el sudor y la huella del peso de Emiliano). Bajo de nuevo, rodeo el cofre, abro la puerta del copiloto a Marcia y la verja de dos hojas, subo y pongo reversa, salgo del vehículo aprisa, vuelvo a entrar para cerciorarme de que la puerta de casa no haya quedado abierta, cierro los batientes del enrejado, paso la cadena e intento poner el candado luego de tirarlo dos veces en la calle. Busco con desesperación la llave, unos segundos antes trabé involuntariamente la armella y ahora no hay manera de abrirlo. Inspecciono por debajo del chasis, entre los neumáticos, incluso cerca del tubo de escape. Marcia grita desde el interior del automóvil. En mi postura acuclillada, con la máquina al ralentí, la escucho como si ella estuviera a bordo de un helicóptero. ¡Que revise bien mis bolsillos!, los vacío una y otra vez sobre el capó, hasta que el pequeño lingote cobrizo asoma con timidez escondido entre los pliegues de mi billetera. Con el motor en marcha, me dejo caer sobre el asiento y aferro el volante. El medidor de combustible en el salpicadero marca un cuarto de tanque, podremos dirigirnos a destino sin necesidad de parar en una gasolinera. ¡Volaremos por Boulevard Centella!, digo a Marcia.

Suelto el embrague y comenzamos a transitar muy despacio a lo largo de toda la calle Abedul. La colonia Pinares se llama así pese a la existencia de un solo y esmirriado pino que se levanta malamente junto al porche de una casa particular a unas cuadras de la nuestra. La lánguida conífera se pierde entre la vigorosa población tropical de jacarandas, palmeras, flamboyanes y macuilis. La colonia se divide en barrios cuyas calles han sido bautizadas también con nombres arbóreos, de flores y frutos. Conforme vamos cruzando Fresno, Arrayanes, Almez, Drupa, Nogales, Orquídeas, Roble, Melocotón A, Melocotón B, Monocotiledón, Encino, Sauce, Sauce Llorón, Sauce Blanco, Legumbres, Albumen Semilloso, Abeto, Turbinto, Albaricoque y Ruibarbo debo detenerme en cada esquina ante el disco rojo con la señal de “Alto”. Presiono apenas el acelerador alternando con el freno. La vegetación es tan exuberante que se desparrama hacia el exterior de las

viviendas por encima de las bardas. El follaje aminora un tanto el calor con sus sombras pero también invade los espacios públicos, como ramosos paraguas (verdes, rojos, lilas), y cubre los letreros de vialidad. Por eso conviene ir lento, a cada rato hay colisiones, aparatosos choques tontos entre conductores que explican después a los agentes de las aseguradoras que pensaban tener la preferencia. Al fondo veo el parque, giro a la derecha y lo bordeo. Enfilo por Grosellas hacia el noroeste y desemboco en el semáforo que conecta, otra vez a la derecha, con Boulevard Centella.

La arteria principal atraviesa la ciudad de sur a norte, donde se divide en tres ramales. Dos enlazan con un anillo periférico en ambas direcciones y otro continúa por un prolongado túnel hacia las escolleras y dársenas del puerto, en el extremo más septentrional, donde se encuentra también la base militar que aún conservan los norteamericanos con una guarnición muy reducida. Siempre nos ha gustado más el norte de la ciudad, con sus amplias residencias de cuidados jardines que reciben el viento suave del mar, en contraste con las construcciones apiñadas de las zonas colonial y financiera del centro, ahí el hormigón y el asfalto retienen el calor hasta tornarlo insoportable. Nos gustaría buscar una casa por el norte, aunque suelen ser demasiado caras. Habrá que confiar en los buenos oficios del corredor inmobiliario a quien hemos contactado recientemente para que nos ofrezca una alternativa accesible.

Antes del empalme entre Boulevard Centella y Circuito Circunvalación hay un retorno por donde viro en U. Tomo la calzada que corre en sentido contrario hacia el mediodía. Meto a fondo el pedal, las ramas floridas de los árboles se trocean y recomponen velozmente a través de la ventanilla izquierda. Son las nueve y cinco, en quince minutos máximo estaremos llegando a Almacenes Manchester.

—Vas muy rápido, Claudito, desacelerá.

No tengo más remedio que hacerlo, aunque no quiera, pues a medio kilómetro aparece un contingente de coches detenidos con las balizas parpadeantes. Ahora estamos todos atascados en un embotellamiento. No es normal, ya pasó la hora de las escuelas. A mi costado, Marcia suspira, se afloja y reacomoda el cinturón de seguridad sobre su panza de

embarazada; se retrepa, manipula los controles para bajar la temperatura del aire acondicionado, sube las piernas al asiento como quien se resigna a una tediosa espera. Tiene unas pantorrillas preciosas, torneadas, que rozan mi puño crispado sobre el freno de mano. En su opinión, el obstáculo podría estar originándose más allá de Glorieta Bandera, en las vías ferroviarias que hacia el sur anteceden La Puerta, la entrada más antigua al centro de la ciudad: un alto paredón en ruinas erigido en el siglo XVII para proteger a los pobladores de los saqueos de los piratas: vestigio de una muralla demolida en los albores del XX, en su práctica totalidad, por el urbanismo chapucero de un alcalde con ínfulas modernizadoras.

El riel, de traviesas viejísimas, cruza inopinadamente Boulevard Centella desde los matorrales colindantes, traspasa como dos anacrónicas uñas de hierro oxidado el pavimento y anuncia también el principio (o el final, según el peculiar sentido de orientación de los albotropicales, que lo llaman "remate") de la anchurosa ruta sobre la que estamos inmovilizados. De tanto en tanto, una destartalada locomotora a gasolina irrumpe desde las matas visibles del campo y atraviesa la avenida entre los edificios arrastrando tras de sí desechos de vagones herrumbrosos repletos de cubas de miel sobre los que vuelan nubes de abejas. No hay guardavías, ni mecánico ni humano. El impávido maquinista lleva el producto obtenido en los criaderos apícolas de las haciendas a las plantas de embotellamiento, o de éstas a las rampas donde cargan los tráilers que, a su vez, trasladan los frascos a los contenedores de los muelles. Hasta hace cinco años, de manera inexplicable, no había en el país otro ferrocarril de carga operando, ni existía desde 1887 uno solo que transportara pasajeros. En 2002, con el propósito de explotar una nueva forma de turismo masivo, la gobernadora mandó construir el tren bala que va a Ciudad Litoral, donde se halla Zona Baluarte. Pero el tren de Boulevard Centella continúa traqueteando como tosferina hecha de placas de podredumbre metálica. No son muchas las precauciones que los automovilistas sorprendidos a su paso podemos tomar. Con suerte funcionará el pitido de la locomotora, o al menos el mecanismo de progresivo frenado. Se escuchará el pesado

ronroneo giratorio de las bielas sobre los raíles, habrá una rendija por donde salir despavoridos de la trampa de coches atrapados sobre las vías. Si antes no se produce una conflagración de choferes que meten *drive*, primera o reversa al unísono con impulso indistinto e histérico, como si condujeran carritos chocones de feria. O tal vez obre la Providencia, así ocurrió la semana pasada a una de esas típicas señoras de camioneta que pululan por estos pagos. Estaba distraída chachareando por su móvil cuando vio cómo la locomotora pasaba frente a ella y seccionaba el motor como una rebanada de pastel. Un hueco se abrió a milímetros de sus zapatos de tacón, por donde quedó cubierta de polvo, cascajillo, esquirlas y aceites, sin mayores daños. No hubo fuego, sólo humo denso. Tuvo que colgar.

—¡Dale, Juan, arrancá, se están moviendo!

Es cierto. Con probabilidad fue eso, el tren de la miel. Ya habrá quedado despejado el camino. Segunda, tercera, cuarta, en un tramo incluso quinta. Las flores del paseo central refulgen en una rápida sucesión sinuosa, se recortan al sesgo sobre el ángulo inferior del parabrisas. Un enloquecido electrocardiograma de colores oscila en las ventanillas laterales, fragmentos de cosas se mezclan y diluyen veloces en la estela que, merced a mi pericia, deja atrás Chevy Meteoro.

—Aflojá, Clau, te van a multar.

Marcia habla en nombre de la cordura, pero de pronto estoy de lo más ansioso, me sudan las manos sobre el volante y —por unas fracciones de segundo— soy incapaz de controlarme. Mi zapato permanece clavado en el piso igual que un yunque. El reloj del tablero electrónico se reconfigura, los dígitos rojos vibran y cambian a 9:30. Aunque estoy consciente de que nada (pero absolutamente nada) comienza con puntualidad en Blanco Trópico, siento como si se me fuera la vida en la circunstancia ridícula de no poder llegar a tiempo al desayuno de premiación. Se lo dije en repetidas ocasiones a Marcia. Debimos poner el despertador más temprano, pedir a Evodia que hoy nos hiciese el favor de presentarse antes en casa. Quisiera correr y correr a bordo de nuestro bólido, despegar sobre esa dilatada planicie de casas de pocos pisos enjalbegados e imposibles colores pastel. Veríamos los depósitos de agua, los tanques de gas y las

gigantescas antenas satelitales sobre los techos; las anacrónicas picas de los postes de concreto sobre los que pende la maraña de cables de luz. En nuestra aeronave sobrevolaríamos el reticulado de asfalto y las señalizaciones de tránsito, cada vez más pequeñas en nuestro camino rumbo al sol. Desde las alturas divisaríamos la abigarrada vegetación compacta que puja desde los contornos para hacerse con la polis, surcaríamos navegando por el cielo ese túnel desprovisto de muros que es Boulevard Centella, hasta remansarnos en la contemplación de los Almacenes Manchester brillando en toda su pompa. Pero mi pie se ha puesto dócil sobre el acelerador, viaja ya a prudente distancia de las ruedas delanteras que con terquedad reprobable se empeñaba en propulsar. Intenté en vano los 140 km/h, una barbaridad en zona urbana, incluso en una avenida cuyo nombre invoca al dinamismo. Ahora negocio los ochenta ante la mirada atenta del copiloto, que deambula escrutadora entre el tacómetro y el velocímetro. Marcia, sin embargo, no abandona su cómoda posición, las piernas cruzadas sobre el asiento, el cinturón de seguridad flojo y abrochado al buen tuntún.

—No te angustiés. Ya verás que llegaremos de todas formas. Por otra parte, no es cuestión de vida o muerte. Se trata sólo de un monedero recargable.

—¡Sos injusta, Marcia!

Cuando mi mujer me hace enfadar le hablo en argentino. Con frecuencia ni me percato de ello. Me sale natural, de las entrañas.

—¡Vos fuiste quien me invitó a considerar el asunto desde otro ángulo!

—Otro ángulo, vos lo has dicho. No un ángulo extremo.

—¡Pero vos me empujaste a aceptar el desayuno para cagarnos de la risa del rollazo que seguramente nos echarán! Me dijiste que debía aprender a disfrutar las trivialidades, sacarles provecho.

—Eso mismo. Así que dejá de gritar y discutir.

¿Estoy gritando? ¿Discuto? Todavía pienso en una batería de airados reproches, pero la verdad es que los razonamientos que imagino esgrimirán en mi contra son irrefutables. Balbuceo algo que ni yo mismo comprendo y después Marcia

me palmea con afecto el hombro. Señala con el índice, por encima de los limpiaparabrisas, hacia el otro lado del vidrio.

—¿Ves, doctor Ansiedades? Allá está el semáforo. Te lo dije. Vamos a llegar justos.

Me incorporo al carril lateral, que se divide y traza una curva abierta para salir de la calzada. Paso por encima de un pequeño terraplén paralelo a Boulevard Centella, sobre el que corre hacia el sur un tramo de las vías que luego se internan serpenteando entre descampados y breñales para torcer kilómetros más adelante frente a La Puerta. Enfilo de nuevo hacia el norte, en dirección a los muelles, e ingreso en un breve sendero flanqueado por cursis árboles ornamentales podados en forma de ánades, cisnes y corazones. Flechas estampadas en el piso, brillosas como leche debido al constante mantenimiento que brindan los empleados, indica el paso a través de un primoroso arco del triunfo —de unos cinco metros de alto— hecho de guirnaldas de plástico entretejidas contra los andamios de la estructura. Sobre la bóveda, por la noche, las bombillas de neón parpadean las letras "Almacenes Manchester", pero ahora que el hierro candente del sol comienza a blanquearse, el panel publicitario luce estático y desangelado en el espejo retrovisor. Entramos en la extensa bahía del estacionamiento. Los cajones pintados de amarillo se reproducen en múltiples direcciones: cuadrángulos de cemento junto a los que reposan maceteros y botes de basura con sus depósitos para residuos orgánicos e inorgánicos. Lo curioso es que la explanada está completamente desierta, cuando los otros ganadores deberían haber llegado ya con sus autos. Emparejo el mío a la entrada principal, donde hay un guardia apostado junto a un cartel donde se lee: "Horario de atención a clientes: Lunes a viernes: 10:30 am a 10:00 pm. Sábado: 10:30 am a 10:00 pm. Domingo: 10:30 am a 10:00 pm". Bajo la ventanilla y hago saber al hombre que soy uno de los afortunados recompensados del sorteo "Cambia tus puntos por lo que más quieras". Ni se inmuta. Tengo que reformular el planteamiento. Levanto la voz y pregunto:

—¿Sería tan amable de decirme si es aquí lo del desayuno?

—¡Ah, no, jefecito! Eso va a ser allá en el centro. En los salones del hotel Fiesta Tropical.

Siento un nudo debajo del nudo de la corbata cuando reanudamos el periplo, ahora rumbo al hotel Fiesta Tropical. Una indescriptible sensación de descalabro, de punzada en la boca del estómago. Ya no quiero que nos elevemos por encima de Boulevard Centella sino abortar el estúpido plan del desayuno. Pero Marcia insiste en que lo intentemos, tampoco es tan tarde, y además no tendría sentido volver a casa, sopita y a la cama, pues en poco más de dos horas habré de presentarme en la UDRI para asistir a la asunción del cargo de nuestro nuevo director. No sé que esperar de ese evento, hacer bola junto a los otros académicos en el auditorio, supongo, benditamente mimetizado entre ellos y los sindicalistas que con seguridad abarrotarán las butacas (sobre todo las de primera fila) e interrumpirán a cada rato el discurso del jefe recién ungido entonando hurras de bienvenida y vítores para granjearse su favor, tal como hicieron con el doctor Sören Ström y la doctora Consuelo Sánchez. Pero no hay que confiarse, creer que lo mismo es pasar inadvertido entre la multitud que ausentarse (e ir mejor al cine o a gastarse los puntos del portamonedas electrónico), pues es factible que el doctor Paris Berlanga Pereira cite posteriormente a los investigadores para entrevistarnos uno por uno y hablar de nuestras perspectivas de recontratación o —¡gulp!— despido. Me figuro que no me darán una patada en el culo a tan sólo un año de haber ingresado. No ha habido grandes avances en mi proyecto sobre las potencialidades de la pesca responsable de pulpo como eslabón clave en el crecimiento económico sostenido de la isla, es cierto, pero se entiende (¿sí se entiende?) que apenas incursiono en una etapa inicial de acopio de datos e identificación de las zonas pesqueras donde habré de afrontar extenuantes temporadas de trabajo de campo (bueno, quizá un par de excursiones en compañía de los pulperos baste, tal vez hasta me inviten a comer y a beber cervezas). No hace mucho, por otro lado, que aprendo a lidiar con la paternidad y todo el estrés y tiempo que ello conlleva, aunque eso no se puede argüir en el ámbito profesional. Los albotropicales deberían imitar a las sociedades escandinavas, concedernos a los hombres

generosas licencias con goce de sueldo para recuperarnos del trauma físico y mental de ver a nuestras mujeres parir y convertirse después en amantes de sus hijos. ¡Pero qué tonterías pienso! Idiota gerente, cuando llamó por teléfono nunca especificó que la ceremonia no sería en los almacenes.

Me inclino en el asiento para subir la ventanilla. Se me había olvidado hacerlo luego de la consulta al guardia en el estacionamiento y el calor está anulando el efecto del aire acondicionado, nos atiza desde fuera como pedos de dragón. Por eso viene tosiendo el pobre Chevy, demasiada energía malgastada en el enfriamiento de los interiores. La pesadumbre persiste, me recorre a lo largo del cuerpo sedente, las palmas asidas al plástico tubular han dejado de transpirar y se han tornado resecas y ásperas. Mi pie se resigna a la tarea sencilla de no desertar por completo del acelerador y proseguir una marcha desganada, desandar el camino retomando la amplia avenida grande en dirección centro-sur.

El hotel Fiesta Tropical se localiza en el distrito financiero, a kilómetro y medio de Plaza Mayor, dentro del perímetro de la media docena de rascacielos que preside la Torre Aguerreberre, cuya estructura cónica de cristales ahumados escalonada como una tiara medieval ya podemos avistar. Oculto detrás de la Torre se encuentra nuestro destino, un edificio de considerable empaque pero mucho menor altura. Si vale la pena llamar destino a un hotel donde otros estarán rebosantes de alegría mientras yo me pierdo aquí en el coche, por pendejo, la oportunidad de ganar un premio, el primero de mi vida. ¡Vaya!, qué actitud negativa. Sigue rondándome la amenaza de la depresión apriorística: ese dejarse vencer mental antes (y normalmente) de la conclusión de los acontecimientos. Me aqueja desde no sé cuándo. ¿A partir de los veinte, de los treinta, en la adolescencia, al divorciarse mis padres, desde niño? Marcia y yo hemos dedicado horas de arduo análisis a dicho percance psicológico sin haber conseguido suprimir su continua reaparición, lo que resulta muy frustrante para ambos. Frustrante, sí.

Siento que el nudo debajo del nudo de la corbata se me resquebraja y abre como una hernia de hiato que empujara desde las entrañas e irrumpiese en el esófago. Sudo a mares

otra vez; temo perder el sentido de realidad y sucumbir a esos ataques de pánico que he aprendido a controlar en los últimos años pero que viven latentes conmigo, enquistados en mi esqueleto. La camisa se acompasa al ritmo de mi respiración agitada, el algodón de la camiseta está tan húmedo ("en el trópico salvaje la camiseta funciona como un filtro termorregulador", suele decir Salvador Pellicer, el esposo de mi madre) que actúa sobre la piel como una lycra mojada. Al menos atendí el consejo de Marcia y tomé la providencia de acomodar el saco extendido en los asientos de atrás, en vez de ponérmelo para conducir. Si lo llevara puesto creo que moriría.

Giro levemente la cabeza e intento sonreír a mi esposa poco antes de frenar delante del semáforo de Glorieta Bandera. ¿Qué habría sido de mí si hubiera optado por la eterna soltería, como mi amigo Mayer Levitt? Sus aportaciones en el ámbito de los estudios socioeconómicos son admirables. ¡Es, nada más y nada menos, el inventor del Teorema de los Flujos Imperceptibles! Confieso que odio su debilidad por aparecer en los medios (tiene un programa televisivo sobre ciencias básicas, dirigido a la masa indocta, que se transmite todos los viernes desde Nueva York) y la presteza con que frivoliza sobre cualquier tema con tal de perpetuarse en la foto. ¿Envidia? ¿Desprecio? ¿Afecto? ¿Los tres sentimientos juntos?

Transpongo el semáforo y avanzo quinientos metros hasta una señal de "ceda el paso" junto a la que nos apelotonamos varios vehículos. Miro a mi izquierda para asegurarme de que no venga nadie circulando a alta velocidad por la rotonda. Fijo la vista en la gruesa asta que hace ondear en lo alto la gigantesca bandera de Blanco Trópico. En el centro de la lona verde oscuro, estampada en color rojo sangre, una circunferencia. Dentro de ella, albo, el monograma BT. Más allá, alcanzo a ver la base del reloj electrónico. La gobernadora lo ha mandado instalar para compartir con la ciudadanía el cómputo regresivo de las fiestas conmemorativas del Bicentenario de la Independencia, aunque todavía faltan casi cinco años para marzo de 2012. Acelero un tanto atrabancadamente para incorporarme en el flujo circular, lo que me acarrea el airado pitido de un camión de escombros de albañilería que transita más rápido de lo que

parece y cuyo conductor hace chirriar los frenos detrás de mí.

—Relajate, Claudito. Te noto muy alterado.

Replico a Marcia —con un timbre de voz entrecortado y mucho menos seguro y audible de lo que yo hubiera querido— que para nada, no estoy alterado. Lo que pasa es que en Blanco Trópico nadie sabe conducir. Una apreciación bastante exacta, al margen de la torpeza de mi maniobra anterior.

—¿Cómo? No te entiendo cuando murmurás.

Nada, digo. Olvidalo. Otra vez estoy hablando en argentino. Deben ser los nervios (sí, los nervios, muy bien, ¿pero de qué?). Miro por el retrovisor la cara de energúmeno del camionero y retomo raudo, desde la glorieta, Boulevard Centella. Marchamos sin incidentes por casi todo el tramo final de la avenida. Ya se vislumbra al fondo La Puerta. Y se intuyen las vías sobre el asfalto, atravesadas sobre nuestro derrotero. Sólo resta pasarlas y bordear los vestigios de la muralla por la derecha, cruzar otro semáforo y enfilar la Calle 58 hacia la izquierda rumbo al hotel Fiesta Tropical. Pero entonces se presenta un nuevo escollo. Primero, desde un paraje impreciso, se escucha un resonante bramido metálico amplificándose hacia nosotros. Al poco, los automóviles de adelante se sacuden afianzándose sobre el pavimento. Los pasajeros se zarandean dentro de las cápsulas de acero y vidrio y luego sus cabecitas se tuercen para mirar a todas partes (incluso Marcia, por reflejo, extiende las piernas flexionadas y mira alrededor). Hemos quedado atrapados en un embudo de máquinas retenidas al borde de no se sabe muy bien qué peligro. Podría pensarse en un despeñadero, un foso lleno de dragones, culebras y cocodrilos. Ojalá se tratara de eso. El tren de la miel hace su formidable aparición. Sigue el mismo trayecto que suponemos habrá ensayado un rato antes, pero esta vez la locomotora traquetea en dirección inversa, de este a oeste, y hace recular los vagones de hierro picado. Inexplicablemente, siguen repletos de cubas de miel (sobre las que zumban oscuros enjambres). No hay manera de inferir el porqué de ese regreso a los sectores apícolas de las haciendas. Lo que está claro es que nosotros, por obra y designio de los huipuxis (duendes malignos de la mitología yoma), del Sagrado Rinoceronte Blanco, de Nuestro Señor Jesucristo o de Quien Sea, hoy estamos condenados a no llegar adonde nos

proponemos.

—Miralo así, Claudi. Si ya no nos dejan entrar, llamás a la tarde al gerente y le decís que tuviste un contratiempo. Inventate una abuela muerta, lo que sea. Luego le pedís una cita para ir a recoger el monedero. No te lo va a negar.

Pese a la innegable racionalidad de esta hipotética opción, me juzgo miserable, ahogado en un vaso de agua, hundido en el laberinto de las dunas desérticas. Lo curioso es que, junto a ese malestar, junto a esa desazón sin causa determinada, brota dentro de mí un clarividente flujo de conciencia. Así me aboco —con una insólita disposición que hasta me atrevería a llamar objetiva— al examen de cuestiones que me afligen. No sólo me avergüenza compararme con Mayer Levitt. Julián Zavala Dilinger es, en ocasiones, otro espejo incómodo. No en virtud de brillantes teorías economicistas (que alguna sostiene) y una mujer guapísima (sin desmerecer a Marcia, ¡vaya si lo es también!), cero apuros monetarios y, sobre todo, la disciplina férrea para combinar con éxito sus funciones de dueño de la principal fábrica de refrescos de la isla con la misión de encerrarse por las tardes a escribir. Una labor, la escritura, que me fascina y de la cual me estimo apenas un diletante. ¿Por qué diletante? ¿Porque no puedo asimismo compaginar con seriedad dos tareas de peso, una práctica y otra imaginativa? ¿Porque, sencillamente, no doy el ancho? ¿No será que soy un cobarde y prefiero claudicar a mis verdaderos deseos en aras de los mezquinos intereses de la cotidianeidad? ¿No debería, en el otro extremo, ser valiente por primera vez, abandonar todo y dedicarme de lleno a la redacción final de *La garza ojona?* Lo he hablado con Marcia muchas veces, siempre ha dicho que me apoyaría. A ella cada día le va mejor (en todos los sentidos) como bióloga en jefe de la Cooperativa de Horticultores de Blanco Trópico. ¡Ni pensarlo, cortar los ingresos justo ahora que nos hemos embarcado en lo de la hipoteca! ¡Después de tantos avatares, cuando apenas he conseguido un trabajo de cuya permanencia no puedo estar seguro! Sería un error, una chiquillada estúpida que no puedo darme el lujo de permitirme y de la cual me arrepentiría. ¿Cobarde, has dicho? ¿No es preferible la cobardía a la ciega temeridad? Mis contradicciones pululan a flor de piel en mi pecho debajo de

la corbata, como gusanos a través de un hoyo. ¿Acaso, Juan, estás en una maricona crisis de vida por tus cuarenta añitos? ¿Quieres parar el coche (no haría falta, seguimos inmóviles frente al desfile de furgones rotos y enmielados), salir, azotar la portezuela y lloriquear como una nena a la vista de los circunstantes. Sólo porque se ha hecho tarde para que te entreguen un obsequio al que atribuyes un significado disparatadamente trascendental identificándolo con la coyuntura anhelada en secreto (y ni tanto) de que tus prójimos (a quienes estimas y aborreces por igual sin decidirte a inclinar el fiel hacia algún lado de la balanza) al fin te reconozcan por tus méritos? Admite que en esta fase del recorrido te duele un poquito no estar bajo los reflectores, ni siquiera cerca de las tenues candilejas de un teatro oscuro. Te habría gustado consolidar los pequeños triunfos personales, haber labrado una trayectoria profesional más sólida, cosechar unos cuantos aplausos. Y hoy que estabas por celebrar el modesto ensayo de la gloria y la fama, a punto de vestir el imaginario armiño fastuoso frente a tu señora y otros mequetrefes ganadores de un sorteo comercial, te han apagado la luz. ¿No es patético, Juan?

Me reservo el derecho de responder a mi cónyuge, quiero decir respecto a lo de la propuesta de inventarse una abuela difunta. No sé qué efecto hayan ejercido sus palabras; o el ruido y la cercanía de los coches inmovilizados; o el pesado bamboleo del tren que se sigue sucediendo a sí mismo como fotogramas de una aburrida película. Mi angustia, empero, comienza a ceder (al menos, en su reactividad física). Súbitamente siento que el nudo debajo del nudo de la corbata se afloja y distiende. A medida que ceja la intensidad del chorro eléctrico del cerebro me va embargando una liberadora sensación de profundo agotamiento. Aún contemplamos el interminable discurrir de la chatarra rodante y los bichos voladores. Pero ya no, en mi caso, presa de ansiedad, sino con absoluta indiferencia.

Está vacío el magno salón de eventos, ésa fue nuestra primera impresión al llegar al hotel Fiesta Tropical. Dejamos el coche en el *valet parking*, nos registramos en recepción y

caminamos por los sombríos y abovedados corredores. Bajamos unas escalinatas y desembocamos aquí. Apenas hace unos segundos, pese a nuestra grosera tardanza, nos han invitado a pasar al recinto acondicionado para el acto como gran desayunador. En los salones anexos deben de estar celebrándose reuniones de negocios, eso dedujimos Marcia y yo antes de ingresar al principal. No había edecanes merodeando pero sobre el mostrador, situado junto al *Business Center* (en realidad un cuarto de computadoras), habían dispuesto no sólo folletos publicitarios sino un servicio de café y galletitas, hacia donde hemos visto dirigirse a un par de ajetreadas ejecutivas y a unos cuantos hombres de corbata y saco. La vista de ese grupo, por una risible empatía, me hizo sentir importante, parte de un exclusivo club con ambiciosos proyectos entre manos.

A la entrada de nuestro salón, en cambio, estaba apostado un ujier. Ya de su uniforme, pantalón negro, librea y sombrero rojos, podían anticiparse los gestos de afectada cortesía. Al vernos hizo una solemne caravana protocolaria. De baja estatura, las prendas le quedaban demasiado holgadas, y el bombín, estrecho respecto al tamaño de la cabeza y a las matas de cabello que caían sobre sus hombros. Cerró sus guantes blancos sobre las enormes argollas que hacían las veces de pomo; se impulsó hacia atrás con las piernas separadas y abrió para nosotros las majestuosas puertas imitación alabastro.

El jefe de camareros nos recibió con una reverencia mucho más discreta y nos condujo de inmediato, entre mesas redondas vestidas con manteles largos, a donde había un cartelito con mi nombre en medio de dos platos limpios, los cubiertos de plata sobre servilletas de papel. Nos acomodamos en nuestros sitios y entonces corregimos esa primera sensación: el lugar, técnicamente, no está vacío. Pero resulta de una amplitud desangelada. Los pálidos dibujos de flor de lis que tapizan los muros, la ausencia de ventanucos o tragaluces, los mamotréticos aparatos climatizadores engarzados en los ángulos de las paredes y la penumbrosa luz artificial emitida por las bombillas eléctricas de cinco fabulosas lámparas de araña que penden a gran altura, acentúan esa atmósfera de impersonalidad. Tampoco hay

tantos premiados como cabría imaginarse. La organización se ha excedido en sus cálculos inundando el espacio con sillas replegables de aluminio. Alrededor de nuestra mesa la mitad de ellas permanecen desocupadas. Muy al fondo, subida a la tribuna, una joven con uniforme de empleada de los Almacenes Manchester funge como maestra de ceremonias. La traicionan los nervios, cada tres o cuatro frases tartamudea y retoma el hilo con una disculpa repitiendo lo que acaba de decir. Le da mucho gusto vernos, que hayamos acudido ahí esa mañana, en nombre de la empresa nos dirige esas ca… ca… ca… lurosas palabras. A Marcia y a mí, lo habíamos comentado, nos habría encantado escuchar una desmedida loa cursi sobre el papel medular que cumplen los Almacenes en la sociedad y cómo promueven los valores de la familia, el trabajo y la decencia, etcétera. Pero nada, un mero discurso pragmático y anodino sobre los términos y condiciones para canjear los puntos cargados en el monedero por mercancía, siempre y cuando no se apliquen restricciones o sean incompatibles con otras ofertas. Lo de siempre. Junto a la oradora, sobre el estrado, figura el presídium. Detrás de una mesa rectangular con una larga manta decorativa, sentados entre vasos de agua, tazas de café, ceniceros y serpentinas, cuchichean los directivos. Llevan calados en las cabezas unos gorritos de fiesta estampados con personajes famosos de caricaturas (el Correcaminos, Tribilín, Bugs Bunny, Elmo, Bob Esponja), los cuales contrastan con sus sobrios guayaternos grises, crema, amarillos y blancos. En Blanco Trópico el guayaterno, sofisticada mezcla de camisa cotona y guayabera, constituye la prenda de etiqueta varonil por antonomasia.

Aunque hemos llegado casi sesenta minutos después de la hora programada, el *speech* de bienvenida, según refiere una vecina de asiento (situada frente a nosotros en la otra parte de la mesa), ha comenzado apenas hace quince. Es una veterana de pelo sistemáticamente teñido entre las raíces canosas que no ha podido esconder, de ojos verde claro y cutis reseco mal disimulado por capas de cremas y maquillaje. Luce unos pendientes de rubí y ostentosos collares de joyas sobre las anchas solapas almidonadas del vestido. La hija (la genuina ganadora de la rifa) es casi un calco, pero está menos pintarrajeada y goza de piel lozana. La madre extrae de su

bolso un lápiz labial y un espejito. Ustedes dispensarán, dice. Pregunta de dónde somos y a cuánto ascendió nuestro premio. Participo que a tres mil albos; ella se ríe y presume que el de ellas fue de quince mil en moneda nacional. No sé qué pensar y me quedo callado. Luego refiere que el máximo, otorgado sólo a cinco personas, fue de cincuenta mil dólares. Así, premios chiquitos como el mío, se repartieron casi en una centena, y por eso muchos de esos ganadores comunes y corrientes optaron por ni siquiera aportar por aquí, para qué perder el tiempo, ya irían después a la tienda a reclamar el plástico. Es una suerte que haya sido de ese modo, a ellas las multitudes sucias y apestosas les dan grima, menos mal que hemos llegado nosotros, a leguas se nota que somos gente de categoría y no gentuza como lamentablemente hay tanta en este país, empezando por los políticos. “La divina casta yogurina”, lo he leído en alguna parte. Luego ambas manifiestan estar hambrientas, ordenaron ya pero seguro no traerán nada hasta que la Cicerón tartamuda cierre la boca.

Ante una charla así me suelo escandalizar, en circunstancias similares Marcia me codearía o yo a ella para no enfrascarnos en disputas estériles con extraños, decidiríamos buscar otro sitio o, en caso extremo, si alguno de los dos estuviese de malas, presentaríamos porfiada batalla dialéctica a los adalides de la involución humana. Pero ahora —y es evidente que mi mujer se solidariza conmigo— me aferro al agotamiento libertador que hace rato me ha sacudido de encima la angustia. El humor me ha cambiado felizmente, no espero nada, todo me da igual. Desde que el maldito maquinista (odio su cara ancha y cacariza encasquetada en la *cap* roja, el orgullo sádico con que sonríe al pasar) se esfumara por fin con su abejera oruga de óxido. Después, por cierto, tuvimos que sortear otro tapón frente a Torre Aguerreberre. Un piquete de estudiantes protestaba porque aún no les habían entregado un carné especial para uso gratuito del transporte público. Algunos llevaban camisetas negras con el lema “Yo silbé a la gober el día de las elecciones” escrito en colores fluorescentes. Había patrullas estacionadas en doble fila, los municipales invitaban a los jóvenes a dejar su pliego petitorio y retirarse. Al transitar junto a los chicos (y junto a otros más grandecillos con pinta

de camorreros) vi furgonetas de la policía antidisturbios acercándose por el espejo lateral.

Un mesero nos entrega el menú del desayuno y —una constante en Blanco Trópico— nos pregunta casi al mismo tiempo si ya deseamos ordenar. Pido que primero nos deje examinar la carta, a lo que accede resignado colocándose detrás de nosotros como si no supiésemos decidir y fuera necesario su experto arbitraje. Está tan cerca del respaldo que percibo por el rabillo de los anteojos una rotura en la tela blanca de la faltriquera. En conjunto desprende un aroma a ropa clorada y lleva la corbata de pajarita sujeta al cuello con tal desgano, aparte de que el lazo negro está listo para deshacerse, que la mía beige convencional, corrugada por el sudor caliente, los salivazos de Emiliano y los enfriamientos súbitos por los bruscos cambios de temperatura, parece todavía de una tersura irreprochable. Marcia comenta, sin dirigirse a nadie en particular, que sólo le apetece un plato de frutas.

—Lamento informarle que ya se *gastó* la fruta.

¿Cómo dar crédito a semejante notificación, emitida con descarada benignidad a nuestras espaldas? Los comensales no debemos de superar siquiera un tercio de las plazas disponibles, y el numerito, se ha dicho, no tiene mucho de haber iniciado.

—Lo mismo nos dijeron a nosotras. ¡Es inconcebible que no haya fruta!

Pese a su enfado por la falta de comestibles frescos, la matrona enjoyada no se molesta en apartar la mirada del frente. Finge seguir con atención lo que ocurre allá al fondo mientras registra nuestro pedido con las orejas aguzadas. Está en todas, igual que la hija clon. Una bailarina muy exitosa, según fuimos enterados luego de la detallada explicación acerca del monto de los premios. El mesero pregunta a Marcia si no querría mejor un jugo. Ella indaga si es natural. Ante la negativa, resignada, consulta acerca de posibles combinaciones. Toronja con papaya. La toronja ya se *gastó* y la papaya también. Sólo queda de naranja. Traémelo, ya que no hay otra opción, instruye mi mujer. Muy bien.

—¿Y para el caballero?

Por fortuna, el hombre ha dado un pasito lateral, lo que

reduce el riesgo de que me dé tortícolis. Consigo ver su puño crispado sobre la boliatómica, afanándose en rayar la libreta de la comanda.

—Si me permite, le recomiendo las crepas gratinadas. Las prepara nuestro chef, son exquisitas.

—No, no, quisiera mejor el omelette de queso y jamón.

—No nos queda, señor, acabo de sacar el último de la cocina.

¿Cocina? No se aprecia ninguna. Sólo unas fuentes con unos trapos en los asas para no quemarse. Están en un rincón a lo largo de un madero horizontal sobre unos caballetes, tipo bufé *self-service*, pero sin serlo, pues son los camareros quienes se encargan de llevar y recoger los platos (todos, al parecer, cubiertos con queso derretido y bañados en una salsa verdosa). Controlan también las cafeteras y el trasiego del zumo frío a los vasos, abriendo y cerrando los grifos de contenedores eléctricos transparentes.

—En ese caso le pediría unos hot cakes.

—Fíjese que en eso sí le voy a fallar. Ya no hay.

—¿Qué le queda además de crepas?

—Sólo crepas gratinadas.

¿Por qué no lo dijo desde el principio? Almacenes Manchester ha decidido convidar a sus invitados con un solo platillo, tampoco hay que ser tan generosos, la entrega del menú es una mera formalidad sobreentendida, una especie de vale bueno por comida que hay que devolver para hacerlo efectivo. A nadie, por lo visto, salvo a Marcia y a mí, y a nuestras accidentales contertulias, se le ocurriría ponerse en plan maleducado insistiendo en ilusorios alimentos alternos. Imagino lo que estará pensando mi pareja acerca de lo que voy a aventurarme a zampar, jamás la han seducido esos comistrajos barrocos ("atentatorios contra el hígado") que aquí se consumen de lo lindo: kibis rellenos de camarones y gruyere, sardinas rebozadas y embutidas con chorizo, huevo frito con tamarindo y setas montado en pan francés con una capa de chistorra, lasaña de pulpo y salchicha con reducción de nutella, mayonesa, ketchup y morrón.

—Tráigame las crepas, pues. Y algo para bajarlas.

—Le confirmo el pedido, jefe. Dos jugos de naranja y unas crepas gratinadas. ¿Correcto? No se va a arrepentir. ¿Más

café? ¿Para usted, señora? ¿Y para ustedes, señoras? ¿No? Con permiso.

La maestra de ceremonia ha hecho una pausa para tomar unos sorbos de agua. Una sutil estática reverbera por los altavoces. Como no se ha retirado lo suficiente del micrófono, se llegan a escuchar los tragos cayendo por la garganta. Tartamudea en broma una disculpa buscando la indulgencia cómplice de los personajes en la mesa de honor, quienes la ignoran concentrados en su propia charla (acaso el del extremo derecho de la tarima haya esbozado una sonrisa). Anuncia que leerá a continuación la lista de los ganadores. Deberán pasar al frente para recibir el estuche conmemorativo, forrado por dentro con felpa roja, que contiene el monedero electrónico. Otra excelente noticia es que los Almacenes, en su incansable afán por complacer a la clientela, nos tienen preparada una sorpresa extra. Nos obsequiarán además una obra de Pablo Moya, pintor regional de reconocida trayectoria en Estados Unidos y Europa. La lectura comienza con los cinco aborrecibles suertudos que obtuvieron los cincuenta mil dólares. Así los designa Señorona Yogur, la polvorosa nariz parada, mientras nos sirven los platos. Uno de ellos, el primero en ponerse de pie, que aguardaba en los asientos preferentes de adelante, es el propio Pablo Moya. La casualidad ha hecho que el segundo sea el miembro del presídium que hace unos instantes proyectaba sonreír. Cuando vuelve a su sitio sin quitarse el gorro, la cajita en mano, un pliego enrollado bajo el brazo y cara de absoluta satisfacción, llaman al tercero. Grecio Sánchez Bustamante sube al entablado para abrazar enérgicamente, a través de la mesa, a los socios propietarios, quienes se ven obligados a levantarse uno a uno con fingida condescendencia y real preocupación de que les arruguen los guayaternos. Luego salta al piso llano y se encamina con aire decidido hacia la tribuna. Pantalón azul, mocasines marrones de broche, cabellos acicalados con potes de gomina, la camisa floreada y abierta sin complejos para que panza y pelo en pecho con cadenas dobleguen al mundo. Vocifera eufórico “Mi nombre correcto es Grecio J. Sánchez Bustamante”. A la chica, desconcertada, no le queda más remedio que repetir en público el apelativo con la inicial añadida, antes de felicitarlo

de nuevo. Habíamos visto llegar a ese gordo bigotudo detrás de nosotros, a bordo de una costosa Hummer. Esperó al aparcacoches con el brazo peludo reposando fuera de la ventanilla, podría jurar que sólo para presumir su rólex dorado y una esclava tan grande cual manilla presidiaria. Pretende pronunciar unas palabras de agradecimiento escritas en un papel doblado que ha extraído del bolsillo, pero la conductora, sin dejar de enrojecerse y bajo la presión de sus jefes, vence la timidez y se niega moviendo enfáticamente la cabeza. Grecio encoge los hombros y se retira de escena riéndose, como si hubiera hecho algo muy chistoso. "¿En qué cosas espantosas podrá invertir sus puntos un hombre de tan pésimo gusto?", se escucha decir clarito, a metro y medio de distancia. La dama y su retoña mordisquean con desgano la punta del tenedor. "Imagínate, soportar además un discurso de ese gañán".

El cuarto ganador resultó ser una ancianita en silla de ruedas a quien un enfermero hasta entonces inadvertido hubo de empujar al frente. "Seguro se los gastará en puros aparatos ortopédicos y medicamentos, qué pena". El último de los grandes fue a parar a una adolescente muy modosa, de anteojos en aro y pelo oscuro lacio y largo (no sé de dónde me surge la idea de que podría ser la versión femenina de mi rostro en la pubertad). Se sonroja tanto como la premiadora y se le cae dos veces el cilindro donde el artista ha plasmado su genio, antes de retornar con sus padres.

Luego pasan los que habrán de llevarse sus buenos quince mil albos, cerca de una veintena. Semejan, de manera paradójica, una muchedumbre en la inmensidad resonante del salón. Toca el turno a Alberta Francisca Fernández Domínguez de Cámara Ricalde. La hija se apresta a levantarse delante de nosotros, pero la madre la retiene y lo hace en su lugar. Comenta que es mejor que Antonia Domínguez de Cámara Ricalde de Fernández sea quien se haga cargo, personalmente, del asunto. Vuelve con los regalos y un rictus sarcástico. En un gesto que podría interpretarse de cortesía hacia nosotros, deja las cosas sobre la mesa (hay que admitir que su perfume es agradable) y despliega el rollo de papel. La acuarela de Moya parece un charco sucio de orina sobre el que hubieran tirado tandas de escupitajos antes de removerlo

con el pie. Nena opina que, después de todo, la pintura no es tan nefasta. Servirá para el baño del cuarto de servicio o un sótano, el numen resentido y sin talento del maestro pudo incluso haber sido (por poco lo dice) más hijo de puta. Mami suelta una sonora carcajada y se contonea, en medio de un revuelo de joyas, para sentarse otra vez. Renuncia a la minuciosa labor de seguir picoteando la comida para dedicarse por completo al escudriñamiento en lontananza de lo que ocurre en la parte delantera. Frunce el ceño con intensidad, como si estuviera equipada de binoculares.

Llaman, por último, a quienes hemos sido agraciados con 3 mil albos. Melisa Pérez Casanova, Daniel Gaxiola Gaitán, Delia Cepeda Acetato, Rodrigo Olmos Cárdenas. De pronto temo estar sufriendo un severo ataque de asomatognosia, de haber sido abducido y teletransportado hasta el célebremente fúnebre muro de granito pulido del Monumento a los Veteranos de la Guerra de Vietnam en Washington, DC. Una relación interminable de nombres de fantasmas. Nadie, en esa categoría "tan poco exclusiva", se ha personado por su premio. Supongo que mil dólares son mil dólares donde sea, pero si ya se tienen asegurados (no fue eso lo que me dio a entender por teléfono el gerente) por qué no ahorrarse este vodevil. O quizá todos se apresuren a venir para acá pero estén entrampados en uno de los delirantes itinerarios del ferrocarril. Respecto a los albotropicales, de cualquier forma, sobra hacer elucubraciones. Pudieron igualmente haber abarrotado el local como si entrasen a un estadio, movidos por la promesa de una gratificación mucho menor. Son imprevisibles.

Juan Ramírez Gallardo, escucho al fin, y me impulso contra la inercia que me ata como el peso de un ancla antes de liberarme del respaldo. Marcia me estrecha cariñosamente el codo. Acomodo las bocamangas de la camisa debajo del saco, retoco el nudo de la corbata y enfilo a paso firme hacia la tribuna. Noto, a mis pies, algunas manchas irregulares y cicatrices producidas por quemaduras de cigarrillo. No es la alfombra sobre la que esperaba caminar este día. A pesar de que, a consecuencia de la fatiga, ya nada me importa. Aunque sea el único en recoger uno de tantos comunes y corrientes premios chiquitos.

Dejé a Marcia en el vivero. Nuestro arribo coincidió con el de René Trujillo, el encargado de la almáciga, de quien estuve muy celoso en los primeros meses de nuestra residencia en Blanco Trópico. Ellos dos suelen pasar horas charlando sobre jardinería y abonos, y sistemas de riego inteligente y macetas, y flores y plantas cuya taxonomía ignoro. Sin contar que René es un mocetón guapo y alegre, prendas que siento he ido derrochando con el tiempo (aunque sigo jactándome de una guedeja fuerte y oscura —cinco o seis canas a lo mucho— disimuladora de los ángulos entrantes sobre la frente). Besé a mi mujer en la boca, esperé a que descendiera y yo mismo cerré por dentro la puerta del copiloto. Saludé a René a través del parabrisas y arranqué. Luego me dirigí a toda prisa hacia la Unidad de Desarrollo Regional Interdisciplinaria.

Entre nuestro retraso y el de la ceremonia, tengo suerte de que aún falten cinco minutos para las 12 pm. En el asiento de atrás viaja la chapuza acuarelística de Pablo Moya; se me había ocurrido bajar con ella, rescatar para mejores usos las tiras elásticas que la mantienen enrollada y tirarla en algún bote de basura, pero hay demasiada gente revoloteando cerca de la entrada. Me he prometido seguir al pie de la letra el libreto de razonable *low profile* que exige esta tercera coronación de un soberano de la UDRI. No quiero ceder a la angustia (no tan rápido) y traicionar este cansancio redentor que me atenaza con dulzura. Por otra parte, no he parado de repetir las crepas gratinadas desde que salimos del hotel Fiesta Tropical y prefiero abrir la boca lo menos posible para no delatar las agruras ni un aliento que no estoy seguro esconda el chicle de menta.

Mientras hago fila a paso de tortuga detrás de otros coches, reconozco a algunos compañeros que se apean de los suyos o forman corrillos en la acera: allá va Roberta Engelbrecht, la ambientalista; la petulante de Beatrice Jo Berm, blasón de la sociolinguística; la vulcanóloga Maggie Parral Pruneda, tan guapa como siempre; Yolanda Walsh, talasoterapeuta, y José Luis Vázquez Morán, psicólogo. Álvaro Tarazona, el historiador, se asoma y vuelve a entrar en el edificio, sale y retrocede con su ansiedad característica. También deambula,

con nerviosismo más justificado, pues es el encargado de los equipos audiovisuales del auditorio, el joven Adalberto Glen Uc. Un poco más lejos veo al pesado de Juan Vicente Gómez, vexilólogo, medio cuerpo oculto entre el parachoques de una camioneta y la moto sobre la que se bambolea. Erguida sobre el peldaño que precede el acceso, Susana García Mendiola, la sufrida secretaria que ha sobrevivido a los avatares de la corta pero intensa vida institucional de la UDRI, sonríe exultante a los que van ingresando. Algo parecido hace, aunque de manera discontinua y con mucho menos entusiasmo, la administradora Anastasia Rosedal Villadelcampo, otra heroica sobreviviente. No puede estarse quieta un solo instante, va y viene de un sitio a otro para cerciorarse de que todo esté en orden a la llegada del doctor Paris Berlanga Pereira y el alto funcionario que, en nombre de la gobernadora, dirigirá al final unas palabras de bienvenida.

Los del sindicato no han desaprovechado la ocasión para apostar a sus muchachos frente al portón de hierro. Vigilante, Recepcionista y Oficial de Transporte se han convertido una vez más en aparcacoches profesionales que cobran a los académicos una "simbólica cuota de recuperación" por llevar sus vehículos a un terreno a tres calles de distancia. Como en los viejos tiempos (bastante recientes). Por eso estoy haciendo cola. Asumo que ya no pretenderán coaccionarte con cincuenta albos, aceptarán lo que quieras darles. Cuando el doctor Ström ocupó la dirección hacia finales de mayo de 2006 —hace un año, yo había ingresado unos quince días antes—, incluso le pedían dinero a la doctora Andrea Duvel por recibir su bicicleta y conducirla pedaleando hasta el tronco de una palmera donde la apoyaban para que le diera sombra. El velocípedo desapareció un día. Los sindicalizados se negaron entonces a actuar como un *valet parking* con seguro incluido. No quisieron indemnizar a la afectada y aportaron versiones contradictorias sobre los hechos. La bicicleta se la había llevado un señor a caballo vestido con capa; una bandada de zopilotes enloquecidos; un ovni venusino; la pareja sentimental de la doctora Duvel (para mayor inri un detective retirado, cuando se emborrachaba no recordaba ni su nombre). Se esparció el rumor de que no

otros, sino ellos en realidad, habían sido los “sustractores” (como se llama en Blanco Trópico a los rateros) de un bien tan apreciado por la ciclista, acostumbrada a montar en ese medio de locomoción desde su tierna infancia en Bélgica. Así lo atestigua el que, a raíz de ese incidente, haya tenido que invertir su sueldo en la compra de otras dos bicicletas.

El Honda plateado del estadístico Marvin Lavadores Rojas se desplaza unos metros hacia delante. Meto primera y, sin quitar el pie del embrague, ocupo el espacio que ha quedado libre. Reflejado en su espejo retrovisor alcanzo a ver el insufrible rostro de sabihondo numérico con su sombrero Panamá. ¿De dónde sacará dinero para andar en ese carromato de lujo? Él, que era el predilecto del doctor Sören Ström, fue irónicamente el catalizador de su renuncia. Un complicado y turbio lío de venta de plazas laborales (las nuestras) que no vale la pena relatar aquí. Sólo diré que fueron a parar en manos de las “lumbreras” de la Unidad Regional de Ciencia y Tecnología (URCT), con quienes hay una enconada rivalidad, ya que no escatiman su desprecio por nuestra planta de “inferiores científicos sociales”.

Me viene a la mente, mientras observo cómo asoman los piecitos de Lavadores por debajo de la portezuela abierta, envueltos en charol y lino, que en aquellas primeras semanas de trabajo en la UDRI me apesadumbró la idea de tener que pagar un servicio no solicitado cuando yo mismo podía llevar el coche hacia un área democráticamente disponible. Resolví entonces, junto con otros, acudir sin mayores trámites —eso sí, evitando cualquier confrontación— al terreno. Apagaríamos la máquina y caminaríamos unas cuadras bajo el sol inclemente, hasta el cubículo. Requeriría cierto esfuerzo pero la justicia prevalecería. El plan tuvo eficacia aunque limitada. La dirigencia sindical, viendo nuestro “marrullera” conducta (así la calificó), de inmediato instruyó a sus huestes y extendió sus tentáculos de poder al lote baldío mismo bloqueándolo con cubos rellenos de argamasa. Una vez recibida la propina cuyo escamoteo se había intentado inútilmente al eludir la entrada principal, los baldes eran removidos con solícita prontitud y hasta se ofrecía un servicio de lavado con descuento que incluía aspirar las vestiduras y pasarle cera al coche. Ström acabó con esos abusos tras una

inspección de la zona de conflicto por parte de sus guardaespaldas (y luego de que quedara inconforme con la limpieza del quemacocos y los tapetes de su Lamborghini). Sus escoltas no podían imaginar la golpiza que habrían de recibir en ese mismo recuadro de tierra tapiado, como represalia, meses después. El terreno sería también escenario, con pocas semanas de diferencia, del intercambio pugilístico por cuestiones de faldas entre Edgar Mauricio Wilson Guevara López (Oficial de Transporte) y Dino Rogelio Nelson Magaña Peña (Vigilante), y de su presta reconciliación (Carlos Samuel Vázquez Vázquez, Recepcionista, fue testigo y común padrino de duelo).

En el bimestre de terror presidido por Consuelo Sánchez entre febrero y marzo de 2007 (el sueco se había marchado con su indemnización millonaria en enero), se solaparon nuevamente esas prácticas a cambio de una comisión compartida con la propia antropóloga, cuyo auto acabó siendo el único usuario del *parking*. Los investigadores nos sublevamos (los varones sin decir esta boca es mía) y optamos por dejar el nuestro a seis o siete calles de distancia, a riesgo incluso de perder más de lo que nos rehusábamos a entregar en un asalto (la UDRI se asienta en las inmediaciones de uno de los sectores más peligrosos de la ciudad); de morir deshidratados en una corta caminata que parecía hacerse a través del desierto, como la del rey de Borges por el laberinto, o de ser víctimas de un golpe de calor. Es asombroso el contraste entre el ideal de paz que la gente asocia a la vida peripatética de la academia y la beligerancia que rige casi todos los aspectos de su diario acontecer. Dictaminar en contra el desempeño de un colega para frustrarle un proyecto, o hacer que le retiren un apoyo económico o lo despidan, es el deporte predilecto de muchos “científicos”, duros y blandos.

Como sea, durante abril recién pasado, periodo en que la Unidad quedó acéfala, alguien dio la sorpresiva orden de retirar los cubos y permitirnos el acceso gratuito al estacionamiento. A lo mejor los líderes (Vigilante, Oficial de Transporte y Recepcionista) estarían sopesando las ventajas (“las conquistas sociales”) que podrían obtener a la luz de las nuevas circunstancias, o esperaban instrucciones del superior

Sindicato Nacional de Obreros de la Educación (SNOE).

He esperado hasta el último momento dentro del coche para seguir al abrigo (si se admite el oxímoron) del aire artificial. ¡Y yo que me obcecaba —y discutía con Marcia— en comprar el Chevy austero, porque era más barato! Estiro hacia atrás el brazo para tomar el portafolios. Desabrocho el cinturón, que se me enreda con el de la cintura, y acciono la manija de la puerta. Al salir siento sobre el cráneo y contra las sienes el implacable peso de la llama alba del cielo. Debería imitar a Lavadores Rojas y cubrirme con algo, aunque sólo sea con uno de esos pañuelos de pirata (el Jolly Roger estampado en la tela) que venden en los tendejones del centro como *souvenirs.* No se avizora una raquítica nube en el éter cegador. Me coloco a duras penas la chaqueta beige del traje, remuevo en el bolsillo del pantalón en busca de cinco albos. Lavadores se topa conmigo al venir bordeando el maletero del Honda. Siempre nos hemos detestado con cordialidad, como confirma su saludo burlesco tocando la copa del Panamá con la yema de los dedos, a lo que correspondo frunciendo con indolencia la comisura del labio en una mímica de "tú lo serás". Marvin ahueca el ala, para mi dicha, y luego sopla una tremenda ráfaga de viento recalentado como eructo del infierno. En ocasiones es la antesala del Calabobos Asesino, anuncia esa estreñida y miserable lluvia vaporosa que se deja caer de improviso aunque arriba luzca, como ahora, enteramente despejado.

Desde más allá veo venir, con sus sándwiches y refrescos, las vocingleras legiones que, en calidad de acarreados, forman la parentela real e inventada de los trabajadores de base. Portan las consabidas camisetas azules tornasol, el lema "Sindicato" en la pechera de nylon, en letras blancas. No pierden oportunidad de acudir a eventos públicos de trascendencia, a bulliciosas manifestaciones, cualquiera sea la causa. A la investidura del doctor Sören Ström trajeron pancartas de apoyo y algunos incluso vinieron equipados con cornetas que pretendían hacer sonar durante su discurso, pero por lo visto se llegó a un acuerdo previo y esto sólo se permitió después de la simbólica plantación del tamarindo (a la fecha bastante crecidito) en uno de los patios. Hasta mis rodillas llega el gas caliente que expulsa el Honda, cuya

matrícula trasera veo desparecer tras un chirriador derrape a cargo de Recepcionista.

Entrego llaves y monedas a Vigilante, quien las recibe obsequiándome la tranquilizadora garantía de su sonrisa. Me abro paso entre caderas y codos, pidiendo permiso. Cabrón Emiliano, me dejó una costra como de papilla granulada que no pude sacar de la tela a lo largo del desayuno (ni con café ni con jugo ni con agua), por suerte está en la parte superior del nudo. Palpo sobre el saco el bolsillito de la camisa donde tengo guardado mi reluciente monedero electrónico en forma de estuche miniatura (rosa) con lazos (blancos). No vaya a ser que se me haya caído.

Me registro en el libro de asistencias que ha sido colocado sobre el mostrador de información. Recorro la galería central mirando de reojo las impactantes fotografías de los locos que alguna vez poblaran nuestra sede (otros locos), pues el edificio albergó originalmente un manicomio. Las camisas de fuerza, las camas con anillas y cerrojos para asegurar a los enfermos mientras les suministraban descargas eléctricas o los preparaban para una lobotomía; las sonrisas desdentadas y los ojos extraviados, los cuartos de muros acolchados, los uniformes andrajosos en contraste con las batas impolutas de los loqueros constituían imágenes sobrecogedoras. ¡Esas llaves descomunales que pendían del cinto de un guardia que abrazaba a una consumida anciana de canas erizadas! El edificio sería comprado después por el gobierno para instalar oficinas públicas, vendido a un particular que lo transformó en fábrica de productos textiles (faena para la cual muchos de los primeros inquilinos majaretas fueron aprovechados como tejedores). Este empresario lo revendería más tarde al mismo gobierno, que lo traspasaría como fideicomiso al Ministerio de Turismo, Natación, Deporte, Ciencia y Espectáculos, que por su parte lo cedería en comodato a la UDRI (cuya acta constitutiva, como unidad académica, entró en vigor en abril de 2006). Más de un siglo atestigua las transferencias de propiedad que ha sufrido el inmueble desde que el sanatorio abriera sus puertas en 1889. Alguien del sindicato descubrió las fotos de los pacientes mientras desalojaban las bodegas

(creo que fue Recepcionista). Se informó a las autoridades del hallazgo y se decidió, previo y rápido remozamiento, enmarcarlas y colgarlas a la vista de todos. La idea era cargar de simbolismo histórico los actos celebrativos de la llegada del antropólogo sueco. Desde entonces hasta ahora —mayo de 2006 a este 29 de mayo de 2007— han permanecido ahí.

El estilo arquitectónico de la UDRI se ha conservado pese a posteriores reformas secundarias e ineludibles trabajos de mantenimiento. Se trata de un sello característico denominado “neoyoma”, muy apreciado y reproducido en varias viviendas del casco urbano. Dicho estilo procura generar ante el espectador la ilusión de que se está frente a una obra añeja que incorpora genuinos elementos prehispánicos, cuando las construcciones neoyomas más longevas datan de finales del siglo XIX. La fachada principal, bajo la que he cruzado hace unos instantes, es un modelo logrado de esa arquitectura. Levanta sobre el pesado portón abierto una copia bien conseguida del arco yoma auténtico (en las ruinas de Castro Yoma, Balbalbak y Gehena aún se preservan los prototipos). La galería donde cuelgan las fotos conecta con pasajes perpendiculares delimitadores de tres módulos separados entre sí por pequeños patios que se han ido convirtiendo en jardines. Hace un año no eran sino meras áreas terregosas; en uno de ellos se yergue el tamarindo “plantado” por el doctor Ström.

El módulo de en medio, hasta donde me aproximo ahora, es el auditorio (los de los extremos, gemelos, alojan nuestros cubículos). La entrada imita, en proporciones reducidas —y con menor fortuna—, el arco del frontispicio. Está precedida por un vestíbulo cerrado con vidrieras conocido de manera coloquial como la pecera. Dentro de ésta se congrega un considerable número de asistentes. Los escalones se bifurcan desde el rellano de ingreso y descienden en ambos sentidos hasta el escenario. Las butacas que dan al proscenio seguro estarán ocupadas ya por los del sindicato y sus gavillas animadoras (o convenientemente apartadas con envases, pan, bolsas de plástico y niños). A veces, tratándose de eventos a los que se les ha dado mucha difusión (José Saramago anduvo por aquí y nos prodigó una portentosa soflama), también concurren alumnos de enseñanza superior de las

universidades del Paradigma (la única, privada, en la provincia Blanco Trópico) y del Litoral (la única pública del país, donde sólo existen estas dos). Hoy no es el caso.

No se sabe mucho acerca de la persona que dentro de escasos minutos será ungida como nuestro nuevo príncipe. Algunos lo han *googleado* para fisgonear su currículum. Obstetra de profesión, Berlanga Pereira es doctor en Etnología por la Universidad de la Sorbona, especializado en la cultura de los partos acuáticos practicados por diversas tribus primitivas y, últimamente, en el seno de las sociedades modernas. Acredita publicaciones, trabajo de docencia y divulgación en instituciones educativas de Estados Unidos y Europa. Cuenta también con experiencia administrativa, pues ha dirigido centros de investigación, uno en Sao Paolo y otro en Bogotá. Parece razonablemente apto para apuntalar la UDRI, desbrozar la confusión interdisciplinaria que ha presidido nuestros trabajos desde el principio, poner orden a la confusión reinante. No creo que vaya a cobrar diez millones de dólares en concepto de compensación si, después de un tiempo de prueba con nosotros, se halla a disgusto, como se rumora hizo Ström. ¡A saber cuánto se habrá embolsado Consuelo Sánchez por dos meses de infligirnos gritos y humillaciones!

Los cristales de la pecera se empañan por el vaho de esa humanidad encajonada y porque nunca falta el zafio a quien, no obstante los explícitos letreros que lo prohíben, se le ocurre fumar un cigarrillo justo ahí, como si se tratase de una infesta y criminal área autorizada de aeropuerto. Por ejemplo, Virginia Garfio Sarabia, de la secta de los antropólogos sociales, hegemónica dentro de la UDRI. Si Lavadores Rojas era la mano derecha de Ström, Vicky era la izquierda. Siempre cuchicheando y confabulando entre ellos dos, como en estos momentos tras besarse las mejillas. Se sospecha que Garfio también estuvo involucrada en el feo asunto de la venta de nuestros puestos. Después intentarían granjearse el favor de Sánchez para seguir actuando como una mancuerna influyente y manipuladora, pero ante Consuelo el estadístico no pasaba de ser un mamarracho. En cambio, tenía en gran estima a su compinche, quizá por ser ambas, Consuelo y Virginia, antropólogas y extremadamente feas. Algunos

alimentamos la esperanza de que Berlanga Pereira represente otra forma de hacer las cosas, otro, digamos, enfoque epistemológico. En abono del cual Lavadores Rojas no tardará en ofrecer sus servicios, tiene una fe ciega en las mediciones estadísticas: las juzga verdades inconmutables y concentradoras de todo el saber científico del universo.

Vicky Garfio da una bocanada, muerta de risa. Se vuelve y me mira con cinismo a través de la campana de humo. Viste ropa de camuflaje y botas, lo que acentúa lo baja, gruesa y caderona que es. Lleva el cabello rizado corto y teñido color ladrillo. Sus ojos saltones de sapo, a punto de estallar, le confieren una catadura siniestra. Desvío la mirada sin poder reprimir un escalofrío en el espinazo. La administradora Anastasia Rosedal irrumpe en el recinto acristalado, con cara de alarma, y solicita a los fumadores que apaguen su pitillo.

Algunos colegas preferimos aguardar fuera del auditorio, otros merodean por ahí, se juntan y charlan animosos. Más allá viene Andrea Duvel, con la misma pamela y la extravagante hopa de vellocino —atuendo privativo de los yomas selváticos— que portaba el día que la conocí, cuando el nombramiento de Ström. Esa vestimenta no desmerece en lo más mínimo la que exhibe el doctor Douglas Adams, experto en fenómenos paranormales, quien para una ocasión tan señalada se ha decantado por un estrambótico montgomery de lana a cuadros, falda de tartán y escarpines. ¡Y yo atormentado por mi aspecto grasiento! Se acerca también Juana Inés Gonzalbo, la eficiente bibliotecaria, su contratación fue el único acierto durante la gestión de Consuelo Sánchez. Aquí torna el sociólogo del futbol, Mario Zavaleta Orvañanos, contratado también recientemente, aunque un poco antes que Juana Inés, en las postrimerías del principado de Ström. Vuelve a pasar de largo sin determinarse a traspasar la pecera en pos de una butaca en el auditorio. Todos alzan la voz y ríen, alguien cuenta un chiste y los demás escuchan en silencio hasta desgañitarse en estruendosas carcajadas. Luego asoma la ultimísima adquisición, el espantapájaros ucraniano de Vladyslav Kotsur, instruido en los arcanos de la etología de la mente. Se arrebola nomás de que lo miren, tal vez por eso prefiera esconder el rostro bajo un ancho sombrero vietnamita. Saluda

con una reverencia tan tenue que es dudoso que la haya hecho, y se dirige por el pasillo a los baños del fondo. Todos damos frenéticos pasitos laterales, zumbamos como moscas entre veloces aleteos de insectos reales. Los nervios se empeñan en traicionarme, mi agotamiento redentor comienza a desvanecerse. Salgo del círculo, me desencanto de ese optimismo eufórico y sólo atino a caminar cortos tramos dando bamboleantes medias vueltas con el portafolios casi vacío colgado del hombro: apenas una boliatómica, un cuaderno tipo periodista, un calendario miniatura por si hay que marcar alguna fecha para una cita con el nuevo jefe. Me ronda la depresión apriorística mientras los ánimos de mis colegas convergen y bullen en un invisible caldero de expectativas. Imagino lo que estará pasando por la cabeza de cada uno de ellos. Lo que cada cual estará deseando fervientemente que cambie con el arribo de la Era Berlanga Pereira. Por lo que a mí concierne, me conformaría con salvaguardar unas mínimas condiciones de calma mental.

Un tropel de rezagados sindicales se precipita hacia nosotros. Alguien grita “ya llegó la Suburban” y se escucha a lo lejos el chasquido de una portezuela que se abre y cierra, neumáticos de otros vehículos que patinan al frenar. En medio de la estampida, rodeados por una hermética escolta y gente de prensa que no cesa de disparar flashes, distinguimos al licenciado Roger Novelo Briceño, titular del Ministerio de Turismo, Natación, Deporte, Ciencia y Espectáculos; al doctor Paris Berlanga Pereira y, asido a su brazo pues es ciego, conjeturo que en calidad de invitado especial, al maestro Ray Medina, coordinador de Cultura y Humanidades Latinoamericanas de la Universidad del Paradigma. El ministro se detiene junto a nosotros y concede una breve entrevista a los reporteros, que nos empujan y se empujan entre ellos estirando sus grabadoras digitales lo más cerca posible de la boca del disertante. Forman a su alrededor un apretado collar *cyborg* compuesto de telas sudadas, carne y tecnología. El ministro, a quien veo por primera vez en persona, luce menos enclenque y más calvo que en televisión. Trato de acercarme a Ray Medina para saludarlo, entre

empellones, pero él y su lazarillo Berlanga Pereira (ignoraba que hubiera entre ellos una previa amistad), al que varios han interceptado a su paso para presentarse y quedar como duques, enfilan ya hacia el auditorio. Paris es moreno, bien plantado y alto; el pelo entrecano, nutrido y lacio, peinado hacia atrás. No lleva guayaterno sino un audaz conjunto de sastrería ad hoc para el acto: camisa de lino verde perico, pantalón hueso, zapatos y cinturón azules y una ligera chaquetilla marrón abotonada. Tras Berlanga y Medina se apresuran ahora Novelo Briceño —aureolado por los últimos fogonazos—, los guardaespaldas y el torbellino en vías de disolución de periodistas, admiradores y curiosos bobalicones. Un camarógrafo remiso de la cadena Tele Trópico llega echando los bofes y se detiene desconsolado al ver que se le escapa la presa. Intercambia unas palabras con el técnico Adalberto Glen Uc, seguro para convencerlo de que lo deje meter la cámara. Luego entramos los demás.

El ministro y Medina ocupan su sitio en la mesa de honor sobre el escenario. El local está a reventar y en las primeras filas los del sindicato empiezan a aplaudir y levantar pancartas. El doctor Berlanga sube a la pequeña tarima lateral y despliega frente al atril de la tribuna una carpeta. Da unos golpecillos al micrófono para verificar su funcionamiento. En esta ocasión se ha preferido prescindir del maestro de ceremonias que tan protocolariamente había oficiado en las anteriores asunciones de cargo. Quizá sea una estrategia para suprimir cualquier semejanza rememorativa del fracaso de los predecesores Ström y Sánchez. “Buenas tardes, señoras y señores, académicos y trabajadores, público en general”. Y, sin mayores preámbulos, da lectura a un discurso mucho menos triunfalista que el pronunciado por Ström y a notable distancia de la arrogancia incongruente (“homogeneidad genérica de la ciencia”) de Sánchez, cuyo “proyecto” quedaría en nada salvo pleitos absurdos. Ya no se habla, como hiciera el sueco, de una edad áurea del conocimiento científico multidisciplinario regional sino de la urgencia de consolidar a la Unidad de Desarrollo Regional Interdisciplinaria, sobre todo en el plano administrativo, y fusionarla a la brevedad con la Unidad Regional de Ciencia y Tecnología (sí, la misma dependencia a la que Lavadores vendió nuestras plazas

originales).

Carla Lebowski, versada en filosofía analítica, se remueve incómoda junto a mí en su asiento. Sólo en la última fila hemos podido encontrar lugar, tras pisar zapatos, saltar rodillas y debatirnos como gladiadores romanos. Hay gente de pie en los pasillos. Maggie Parral Pruneda, entre otros. Le hago una seña para cederle mi butaca, pero me responde con un gesto de brazo que me quede tranquilo. El objetivo fundamental, continúa Paris Berlanga, el alto cometido, la instrucción transmitida por la gobernadora Aguerreberre al ministro Novelo, y delegada por éste a un servidor, es que ambas unidades conformen en un plazo no mayor a un año la Universidad Nacional de Blanco Trópico. Para ello deberá figurar, "a costa de lo que sea", en alguno de los tres *rankings* internacionales más acreditados (ARWU, CSIC, The Times), mínimo a la par de la UNAM de México. Recuerdo haber visto, cuchicheo a Carla, una nota en *Gaceta*, el órgano informativo de esa institución donde cursé mis estudios de licenciatura en economía. La portada desplegaba este orgulloso titular: "La UNAM dentro de las mejores setenta y cuatro universidades del mundo". En interiores, una crónica deportiva lastimaba las pupilas con una errata horripilante a propósito del jugador (por llamarlo de alguna manera) Parejita López: "'Haber' si ya anota un gol". A ese nivel, murmura Lebowski con un esbozo de risa entre dientes y la mano en la boca, cree que sí podremos llegar. Omito añadir, pues me da la impresión de que Berlanga está mirando hacia acá, que la UNAM se ha desplomado al puesto doscientos y pico, no sé si a causa de esa deshonra ortográfica. Carla debió haber sido guapa en su juventud, ahora no la ayudan la piel cremosa ni ese color pajizo con que se tiñe el pelo para disimular el avance de la vejez. Álvaro Tarazona, a mi otra vera, me palmea el hombro y musita un chiste que no alcanzo a comprender.

La voz de Berlanga, aunque con la alegre tonadilla albotropical de quienes tienen origen mulato, por momentos incluso es más monótona que aquella extranjera, de estudiado acento neutro, que nos prodigaba Ström. Expone los insalvables clichés acerca del afán integrador e interdisciplinario de la UDRI. Refiere la importancia de las

ciencias sociales y las humanidades (¿de dónde esa moda de poner la carreta delante de los bueyes?) en el contexto de nuestro mundo global tecnificado. “La demanda imperativa de que todos nosotros, obreros de la experticia y, cómo no, esos otros obreros, los trabajadores de base, que, pese a no haber tenido las mismas oportunidades de educación, se las han arreglado para sobresalir con dignidad en la otra universidad que es la vida misma, la demanda imperativa, insisto, de que unos y otros aunamos esfuerzos para marchar juntos y con la frente en alto hacia un futuro de mejores oportunidades y prosperidad…”

Una abrupta ovación en las filas delanteras; muchos se levantan y hacen la ola con los brazos extendidos. La secretaria Susana García, estratégicamente agazapada al pie de la escalerilla, sube a toda prisa al proscenio, toma la jarra dispuesta sobre la mesa de honor y lleva hasta la tribuna un aparatoso vaso de cristal envuelto en una servilleta de papel. Berlanga aprovecha la pausa para beber un sorbo de agua entre los aplausos decrecientes. Los de adelante se sientan. Retoma el hilo con un clásico truco de manual del orador, a partir de lo que dijo al último: “Hacia un futuro de mejores oportunidades y prosperidad”, improvisando un nexo articulador: “y”, para volver en un salto olímpico hacia atrás a la fraseología interrumpida: “con la frente en alto todos nosotros juntos, obreros del saber y de la vida, con espíritu solidario de equipo y privilegiando siempre el bienestar social a los intereses personales, extendamos los beneficios del conocimiento y la cultura a todos los rincones del país”. Berlanga anuncia a continuación que los investigadores estarán obligados no sólo a cumplir con sus tareas indagatorias sino también a dar clases en la nueva universidad. No podrán hacerlo, en cambio, en ninguna de las otras dos (un fugaz gesto de consternación se imprime tras las gafas oscuras de Ray Medina, quien gira instintivamente el rostro hierático hacia el micrófono). A tal fin, se creará una carrera de punta, a la vanguardia del siglo XXI, que proveerá de empleos a los futuros egresados: la Licenciatura en Desarrollo y Gestión del Patrimonio Cultural Yoma. Un comité internacional de eméritos se aboca ya al diseño de su programa definitivo. En otro orden de ideas, le complace

informar de que habrá un paquete de nuevas plazas para ser distribuidas a discreción por el sindicato entre familiares consanguíneos y políticos que aún no se hayan agremiado, quienes con posterioridad quedarán en libertad de heredarlas o venderlas según prácticas democráticas corporativas tradicionales.

Una renovada ola de palmas fuerza otra breve interrupción. La secretaria Susana García titubea en la umbrosa esquina del auditorio, lucha contra su sonriente timidez antes de decidirse a ir por la jarra para recargar el vaso. La voz de Berlanga Pereira vuelve a ocupar la amplitud reverberante de los altavoces cuyo volumen modula Adalberto Glen Uc desde la cabina de controles en la parte superior del muro justo detrás de nosotros. Por lo que hace a los académicos, prosigue Berlanga, los puestos de trabajo actuales no corren peligro y, por tanto, no habrá recortes. Excepto en un caso, lamentablemente. Por exigencias presupuestarias. Dos colegas habrán de contender por una sola posición, para lo cual el vencedor deberá mostrar su superioridad científica en una difícil prueba. Berlanga no se anda con eufemismos: ni "mayor cualificación" ni "aptitudes idóneas"; "superioridad" simple y llana. Filas abajo, Beatrice Jo Berm, Yolanda Walsh y Andrea Duvel intercambian miradas inquietas. A mi derecha, Tarazona hace un ceño, y a la izquierda Carla Lebowski frunce la boca y se encoge de hombros con la espalda envarada. ¿Quién será la víctima propiciatoria de la inmolación, el gran *looser* desempleado? ¿Duvel, con lo gafada que está? (al menos en materia de bicicletas). ¿Lebowski?, muy improbable, tiene un sólido currículum y ya no se cuece al primer hervor. Lo mismo vale para Álvaro Tarazona. Aunque ambos son personas "grandes", dato peligroso en estos tiempos donde los baremos empresariales se han impuesto también en la academia. ¿La ambientalista Roberta Engelbrecht? ¿Juan Vicente Gómez y sus banderas? ¿La herpetóloga Cejudo? ¿El psicólogo José Luis Vázquez Morán, incapaz de conducir los ánimos enfervorizados hacia una alternativa pacifista durante la efímera dictadura de Consuelo Sánchez? ¿Será acaso el canadiense Douglas Adams, por sus cientificismos fantasmales? ¿U otro bicho raro, el nuevo colega Vladyslav Kotsur? Sean quienes sean los

desfavorecidos que tendrán que exterminarse en justa lid, ¿cómo podrán competir perteneciendo cada cual a ámbitos del conocimiento tan distintos? ¿Lavadores Rojas, uno de ellos? No lo creo, los mediocres malignos suelen tener muy buena estrella.

Berlanga comunicará los pormenores de la prueba eliminatoria a los involucrados. Por ahora no le resta sino agradecer a los presentes su gentil atención e invitarlos una vez más a cerrar filas y redoblar esfuerzos con vistas a una meta clara en el horizonte: erigir para los albotropicales una universidad nacional de primera línea. Cerradas palmadas y vítores: “Viva Blanco Trópico”. “Viva”. “Viva la UDRI”. “Viva”. “Viva el doctor Paris Berlanga Pereira”. “Viva”. Toma asiento en la mesa de honor y sube a tribuna el ministro Novelo, quien principia su intervención con unos chascarrillos bastante obvios que son estridentemente celebrados por el público. Comenta que esa tarde le ha tocado desempeñar un papel sui géneris, pues debe dar al doctor Berlanga una bienvenida que ya todos le hemos brindado con nuestras muestras de cariño. Reitera apreciaciones —haciéndolas propias— sobre aspectos ya planteados y procede a la clausura formal del acto.

Otra explosión de eufóricos aplausos. Cinco minutos después, los del presídium ya se han retirado y los de abajo aún pretenden contagiar a los de arriba su júbilo por las olas humanas. Pero varios ya nos hemos puesto de pie y no tenemos ganas de volver a las butacas desalojadas, ceder a la farsa de sentarse de nuevo y saltar repetidamente como resorte. No resulta fácil salir, se han formado sendos embudos en los pasillos de acceso. En la pecera se aglomera el gentío y se condensa el vapor hasta transformarse casi en una masa palpable, hay que abrirse hueco usando el antebrazo como espada y estrechar el broquel del portafolios contra el cuerpo. El contraste de la temperatura de afuera respecto a la climatizada del auditorio golpea como martillo. Miro mi reloj, las 14:30. Si me apuro y pido el coche a alguno de los muchachos quizá alcance a Marcia al final de la comida, antes de que Emiliano despierte y demande la suya. Envidio tanto las siestas de mi hijo (y a decir verdad también las de mi mujer, típicas de embarazada) que hoy pienso acompañarlo

con una bien larga tan pronto él acabe de regurgitar sus papillas y se abandone por cuarta o quinta ocasión en el día a los brazos de Morfeo. Aunque a Emiliano le ha dado no sólo por dormir sino también por caminar de arriba abajo como si tuviera un petardo metido en el culo, con zancaditas rápidas y tambaleantes estilo marinero. Cualquiera diría que transita no entre paredes sino por la crujía de un buque bajo la tempestad. ¡Y los tortazos que se pega, madre mía! A los niños de ahora los hacen todavía más de chicle que los de antes, se sube al brazo del sofá y venga nucazo, chilla un poco y megachichón pero hasta ahí, un claro de carne abierta en el cuero cabelludo y tan contento. Con semejante porrazo a un adulto se le transpondría el cerebro con el cerebelo, el hipotálamo con las rodillas.

—¿Doctor Ramírez?

Es Susana García, siempre impecablemente presentada. Suele ataviarse con trajes sastre o, como hoy, con elegantes vestidos ligeros de una pieza y sin mangas. Aretes finos, unas gafas Christian Dior muy *fashion* con incrustaciones de pedrería en torno al amplio marco. Tiene la frente perlada de sudor, la piel de los hombros desnudos se le ha puesto de gallina, una reacción orgánica contradictoria pero habitual entre ambientes con tanta diferencia. Es curioso que se pueda experimentar calor en un espacio refrigerado y padecer un súbito ataque de escalofríos (y de estornudos) bajo la incandescencia picante del sol tropical, pese a la protección relativa de los muros del edificio, como me pasa ahora.

—Dígame, Susana —busco en el portafolios un pañuelo con que limpiarme la nariz.

—El doctor Berlanga Pereira requiere urgentemente su presencia. ¿Sería tan amable de acompañarme?

La dirección, según se mira de cara al auditorio, se encuentra al fondo a la derecha, más allá de la galería y los aseos. Frente al tamarindo. No existía en la época de Ström, quien ocupó una extendida ala del primer módulo, en el otro extremo, para instalar sus oficinas. Ahora esa área está destinada casi exclusivamente a los cubículos de los investigadores, salvo por dos despachos donde la bibliotecaria Juana Inés Gonzalbo desespera en sus tentativas de inventariar las montañas de volúmenes, de los más dispares

tópicos y calidades, que se apilan y desbordan entre anaqueles. El tercer módulo cobija sólo a académicos. Junto a él, Consuelo Sánchez mandó construir una de esas toscas y funcionales casetas prefabricadas, nada estrecha y equipada con persianas eléctricas, paneles termoestables, mobiliario ignífugo minimalista y a prueba de termitas, y una cadena musical con reproductor iPod integrado. Camino detrás de Susana hacia la dirección. A unos metros de la puerta cerrada, aguarda Vicky Garfio. Los brazos en chulescas jarras, patea intermitentemente unas piedritas con sus poderosas Doctor Martens color vino, el casquete metálico brillando en la punta.

—El director desea entrevistarse con los dos.

La secretaria acciona la manija y entramos detrás de ella. Garfio me mira retadora. Yo, de pronto, estoy cagado de miedo. Berlanga revisa unos papeles detrás del plateado escritorio quirúrgico, herencia de su antecesora. He estado frente a ese mueble en otra ocasión, junto con otros investigadores varones, una vez que Sánchez nos sometió a una andanada de gritos descalificatorios. Sólo de recordarlo me estremezco. Berlanga se ha quitado la chaquetilla marrón, que pende de un perchero de aluminio. Nos pide que nos sentemos en las sillas ergonómicas. Susana profiere un "con permiso" casi inaudible y se retira con mucho cuidado de no hacer ruido al cerrar. Las patas tubulares de los asientos se afianzan en bases en cruz sobre ruedillas deslizantes. Juraría que esferas y poste crujen cuando Virginia posa sus asentaderas camufladas.

—Lo admiro, doctor Ramírez. ¿Cómo puede andar de corbata con este calor?

¡Y qué me dice del disfraz entre milico y gamberro de la compañera! ¡Y de los colores chillones de su propio vestuario, señor Paris! Además, circunstancia de la que no tengo por qué hacerle partícipe, por la mañana asistí a un evento sobremanera importante que ameritaba esa formalidad. Me callo todo esto, desde luego.

—Miren, se trata de lo siguiente. Su contrato con la UDRI, Juan, expiró… Déjeme ver, tengo aquí el dato a la mano, sí, hace ya casi dos semanas. Y el de usted, doctora Garfio, está por vencer en las próximas.

Estoy consciente de esa situación, es decir, de la mía. Pero no había estimado que fuese motivo de inquietud porque, ante el silencio del empleador, procede en principio, la renovación automática. Cualquiera sabe eso, constituye el abc de los derechos laborales, al menos en Blanco Trópico. Incluso había comentado el punto con Marcia, que aconsejó no preocuparme pues ella había pasado por el mismo proceso en el vivero, antes de una prórroga de regularización y de asegurarse después el lugar definitivo. Berlanga, no obstante, parece aludir a un panorama por completo diferente. Cita una salvedad aterradora, establecida en la cláusula 17.4.3.2 bis, cláusula que nunca había oído mencionar y que debe de estar impresa con letra microscópica en el reverso de la última página de mi contrato. Conforme a esa disposición, la UDRI puede rescindir nuestro vínculo contractual en caso de contingencia superveniente, sin ulteriores responsabilidades u obligaciones, dentro del plazo pactado, si lo comunicó por escrito, o en el "periodo posterior relativamente inmediato", aunque no lo haya hecho.

—¿A qué se refiere con "contingencia superveniente", doctor Berlanga?

—No estoy muy al tanto de los tecnicismos jurídicos, Virginia. Me limito a transmitirles lo que me han explicado los asesores del ministro Novelo. Hasta hace poco la plaza 00038-7, asignada al doctor Ramírez, y la 00056-1, que usted ocupa en la actualidad, pertenecían a nuestra nómina. La 00038-7 ha sido reetiquetada y a partir de junio ya no contaremos con ella. Quedará integrada en el padrón de pagos de la URCT. No puedo hacer nada al respecto, son órdenes de la superioridad.

El beneficiario de la 00038-7 será un bisoño talento que aplicará sus habilidades al perfeccionamiento de una cafetera parlante —y su patente de invención— que revolucionará el mercado de las cafeterías, ya que la máquina, dotada de inteligencia artificial, no sólo simulará que habla mientras sigue instrucciones sencillas sino que departirá con los clientes para interpretar sus deseos y sugerirles mezclas y distintas presentaciones del producto. ¿Así que a eso se reduce la "contingencia superveniente"? ¿A escamotear otra vez recursos de los ignaros "científicos sociales" —en

concreto los míos— para retribuir los más altos servicios de ingenieros, biólogos, químicos y matemáticos? ¿Seré mártir de la primera medida (diseñada ni siquiera por hombres de ciencia sino por tecnócratas de gabinete) para absorber a la UDRI dentro de la URCT y resucitarla por arte de metempsicosis administrativa en gran universidad isleña? ¿Qué pasa entonces con Virginia Garfio? En su discurso, Berlanga habló de un puesto de investigador y dos rivales. Trato de mantener la sangre fría y la mente despejada, pero siento todavía con más intensidad que hace unas cuantas horas el nudo debajo del nudo de la corbata, y no se trata de una mera expresión metafórica. Nunca preví que fuera a verme inmiscuido en un trance tan desagradable, que la vida pudiese depararme tanta incertidumbre tan repentinamente. Lucho contra una sensación de esputo reseco y pastoso que me oprime las cuerdas vocales, la saburra sube por mi lengua y amenaza con encostrarse en las comisuras de los labios. La nuez de Adán me punza por dentro, como si alguien hubiera metido su brazo en mi garganta, le diera vueltas y me propinara sádicos chicotazos en la campanilla con el dedo índice apoyado en el pulgar. No sé por qué pienso con sobrecogedora viveza en Emiliano y la criatura que viene en camino, la cual habrá de crecer a la sombra —y la ignominia — de un padre inútil condenado a la mediocridad, al ostracismo productivo. Una tristeza incontenible me invade. ¿Quién me va a emplear después, cumplidos ya los 40? Quisiera llorar o patear pero, ¡qué coño!, soy un adulto. ¿Alguna vez le ha ocurrido a usted algo semejante? Un temblequeo leve pero sostenido se propaga fuera de mi control por las corvas y los músculos plegados de mis extremidades inferiores. Carraspeo antes de decidirme a hablar.

—Respetuosamente solicito aclare qué va a pasar conmigo, doctor Berlanga.

—Por desgracia, como dije hace un rato, tendremos que prescindir de uno de ustedes. Para que nos entendamos: hay dos académicos y una sola plaza, la 00056-1 de la doctora Garfio, que pronto quedará liberada, aunque ese registro no se transferirá. Por la similitud de los temas en que trabajan, nos parece justo que compitan por el puesto. Habíamos

pensado también en la doctora Roberta Engelbrecht como posible candidato a este motivador reto que sin duda redundará en la superación académica del triunfador —¡otra vez ese léxico fascista del éxito!—, pero la doctora Engelbrecht se centra en problemas derivados de incendios forestales y captura de aves exóticas en vías de exterminio. Como lo que interesa al ministro Novelo es un proyecto de desarrollo sustentable en la isla que contemple el aprovechamiento de la potencial fuerza de trabajo yoma que aún se encuentra al margen de la civilización, nos hemos decantado por una antropóloga social y un economista, a efectos de que la mejor propuesta tenga aplicaciones prácticas. En resumidas cuentas, uno de ustedes deberá mostrar su hegemonía cognoscitiva y epistemológica sobre el otro.

—¿Y no valen, doctor Berlanga, para evitarnos esta incómoda coyuntura que usted califica como… reto…, no valen nuestras investigaciones anteriores sobre cuestiones estrechamente relacionadas? Yo, por ejemplo, planteaba ya en mi ensayo *Sustentabilidad equitativa*, publicado por el Fideicomiso de Estudiantes Mexicanos para las Ciencias Económicas, la necesidad imperiosa de una crítica al capital como concepto por antonomasia ligado a la plusvalía, redimensionándolo, de acuerdo con las últimas corrientes de teoría económica, hacia nuevas perspectivas de justicia social que…

—Nada, no sirve, queremos algo fresco.

—Si me permite entonces me gustaría someter a su consideración mi manuscrito inédito *Riqueza para todos*, el cual trata precisamente sobre…

—Puede traerlo cuando quiera, le ofrezco mandarlo dictaminar como exige la costumbre entre pares. Pero eso no altera la situación de fondo, que definitivamente sí estimo un reto. Que quede claro que aquí no le vamos a regalar el sueldo a nadie. Por otra parte, las propuestas deberán basarse en sus actuales proyectos, por los cuales fueron contratados ab initio. De lo contrario, ¿cómo sabremos si de verdad tienen madera de investigadores?

—Pero, señor, de eso ya hemos dado muestras de sobra…

—¿De qué preocuparse entonces, Virginia? Me está dando

la razón. ¡Hombre…, tranquilos! Estoy seguro de que el ganador lo hará muy bien.

—¿Algún requerimiento especial que debamos atender, señor director?

—Lo dicho, Ramírez. Usted deberá aterrizar su proyecto acerca de la pesca responsable de pulpo como factor de crecimiento alternativo, haciendo hincapié en sus aplicaciones inmediatas. A usted, doctora Garfio, le corresponde llevar a término su estudio sobre ecoturismo de aventuras, con énfasis, como infiero ya lo ha venido destacando, tras revisar su expediente, en las posibilidades de explotación hotelera. Dentro de una semana, el martes 5 de junio, saldrán de expedición. Permanecerán dos días en Selva Oriente para recabar de las comunidades yomas costeras información que les pueda ser de utilidad. Un práctico los recogerá después para trasladarlos en lancha a Isla Morgan. Ahí los esperará un baquiano que los conducirá por la fronda hasta el núcleo pueblerino de la región, con cuyos habitantes tendrán que convivir. El baquiano también tiene instrucciones de entregarles un botiquín de primeros auxilios con antídotos y remedios que espero no se vean en la necesidad de utilizar. Realizarán trabajo de campo a lo largo de un mes, al cabo del cual retornarán con los resultados y, como he dicho, con una propuesta concreta y viable. Nos reuniremos entonces aquí mismo…, veamos el almanaque… el viernes 6 de julio… no, perdón, saldremos de vacaciones el lunes 9, mejor el jueves 5, eso es, justo dentro de un mes y siete días. Recibiré sus reportes el jueves a las 12:00, sostendremos una nueva entrevista conjunta y al día siguiente, viernes 6, les haré saber mi veredicto. Les aconsejo que lleven consigo sus computadoras, podrán imprimir aquí sus archivos antes de reunirnos. Por cierto, doctora Garfio, una duda. Dígame, ¿es correcto que sólo ha publicado un artículo en coautoría de tres páginas durante veinte años de carrera profesional? ¡¿Sí…?! ¡Ah, pero obtuvo un reconocimiento…! ¿Cuál? No, ni idea, no conozco esa asociación… Una última cosita, señores, los objetivos de ambos proyectos tendrán que ceñirse al principio de sustentabilidad estipulado por el Informe Brundtland de 1987. Y, de preferencia, articularse asimismo con la licenciatura vanguardista que pondremos en marcha.

Muy buena suerte y, como dicen los cronistas deportivos, ¡que gane el mejor!

Nos ponemos de pie y Virginia se adelanta para estrechar con fuerza la mano del doctor Paris Berlanga Pereira.

—Agradezco mucho la oportunidad que nos brinda, doctor. Le prometo que no lo defraudaré.

Intento, si no incurrir en semejante ordinariez de tono, enunciar alguna fórmula de despedida que denote un mínimo de seguridad. Pero enmudezco, el poder de agarre se me va de los dedos. Acabo tendiendo a Berlanga una mano blanda y transpirada como filete de lubina en maceramiento, un saludo que yo odio cuando procede de otra persona. Al salir y cerrar la puerta de la dirección detrás de nosotros, la blancura feroz de la tarde tropical nos encandila. Levanto un poco los anteojos y oprimo mis párpados haciendo una pinza con las uñas, vaticino una jaqueca brutal. Entre penetrantes fosfenos alcanzo a distinguir, apiñados en medio círculo bajo la copa del tamarindo, sobre las gruesas raíces y la suciedad vegetal de los frutos desbaratados, al resto de los investigadores. ¡Todos nos miran! ¡Vaya aquelarre de entrometidos hijos de puta!, pero ellos no tienen la culpa (ni siquiera Marvin Lavadores Rojas). Rebrota en mi pecho el imán del llanto, hago carne la dolorosa soledad de ese escrutinio colectivo. Y me conmuevo hasta la médula cuando reconozco (o creo reconocer), ocultos bajo las sombras del ramaje, las solidarias caras compungidas de Maggie Parral y Álvaro Tarazona. Pero consigo reponerme antes de que la miseria (la humillación) ejerza su magnetismo sobre todos mis sentidos. Me recompongo las gafas tomando las monturas con ambas manos para ajustar el soporte sobre el puente de la nariz. Levanto la barbilla contra la lumbre translúcida del cielo. Al caminar rumbo a la salida mi antagonista y yo trasponemos esa barrera de miradas híbridas (sarcasmo, alivio, conmiseración, recelo) que se propagan como un haz de radiaciones desde el tamarindo. Me vuelve a la mente la imagen del caldero de expectativas. Me veo a mí mismo atrapado en su suelo semiesférico junto a la doctora Garfio (¿encima, debajo?), sobre una hoguera, listos para recibir un chorro de aceite hirviente. En la calle, mientras esperamos que Vigilante y Recepcionista traigan nuestros respectivos

automóviles, hurgo en el bolsillo de la camisa (bajo la corbata) la tarjeta de plástico en forma de monedero regalito, como si de nuevo temiese haberla perdido. Marcia, Emiliano (en su cochecito) y yo tendremos tiempo para ir a Almacenes Manchester y canjear los 3 mil albos electrónicos por mercancía. Si es adverso el desenlace de mi aventura, quizá sea lo último que pueda gastar. ¡Tamaño premio en este día de premios! Me vuelvo hacia la doctora Virginia Garfio Sarabia. Sus pestañas de batracio mal avenido se cierran y abren pizpiretas bajo las reducidas sortijas anaranjadas del cabello. Baja, gordinflona, urbano-militar y artera. En un gesto de vana caballerosidad (¿o por un cobarde instinto de supervivencia ante lo que se avecina?) me atrevo a decirle que lamento sinceramente la situación.

—No te aflijas —me responde—. De todas maneras te voy a destrozar.

Paraíso *exit*
(Madrid 2003)

En esa época, de repente, todo parecía confabularse contra nosotros. Corría el mes de septiembre y seguir dilatando el momento de tomar una decisión se había vuelto insostenible. Claro que Marcia y yo extrañaríamos Madrid. Las apacibles caminatas entre las hojas quebradizas que ya comenzaban a caer de los plátanos de Paseo del Prado, las muelles horas de ocio regocijante, ya fuera un sábado soleado en el jardín botánico y luego en el parque del Retiro (o viceversa), un domingo por las calles del Rastro o Cuesta de Moyano, cualquier día a cualquier hora en el interminable itinerario de aperitivos, cañas y vermuts, de vinos en Chueca o Malasaña, en Plaza de la Paja o Cava Baja. Nos burlábamos de los turistas que pagaban en las Cuevas de Luis Candelas un pincho de tortilla tres veces más caro que en los mesones de Tirso de Molina. La ciudad nos pertenecía, la teníamos pegada a los pies. Podrían habernos vendado los ojos y aun así habríamos conseguido llegar a la calle Hartzenbusch (desconocida para muchos madrileños) desde Eloy Gonzalo, ir de Plaza de España a Nuevos Ministerios, de la Glorieta de Quevedo a Fuencarral, Montera o los cines Princesa.

Habíamos desembarcado en Barajas, coincidentemente, a finales de noviembre de 1995. Dos latinoamericanos (es decir, dos “sudacas” más) llenos de entusiasmo y dispuestos a hacer la Europa. No nos conocíamos ni se antojaba probable que eso ocurriera. Marcia se había graduado con honores como licenciada en Biología por la Universidad de Córdoba, Argentina. Después quiso cursar un máster en Biotecnología de Plantas en la Universidad Autónoma de Madrid. Sus padres resolvieron financiarle el proyecto, con tan buenos resultados que la institución la becó además para que prosiguiera con el doctorado en Biología Vegetal. El 11 de diciembre de 2001, ante un jurado constituido por renombrados catedráticos, defendió una tesis que revelaba sorprendentes aspectos moleculares y fisiológicos de los líquenes del limo fluvial. La historia de éxito se repitió: obtuvo sobresaliente cum laude y

a los pocos días el departamento de publicaciones se puso en contacto con ella para ofrecerle editar su disertación como cuadernillo científico dentro del selecto catálogo de la Facultad de Ciencias.

Yo había viajado a la península ibérica por motivos similares. También quería superarme académicamente, pero había transitado por el camino de manera un tanto atropellada. Durante cinco años, entre 1995 y 2000, mientras Marcia concluía estudios relativos a dos ciclos de posgrado, a duras penas había conseguido aprobar las asignaturas regulares de mi doctorado en Economía Internacional y Desarrollo de la Universidad Complutense. Tenía que lidiar con amonestaciones frecuentes de los maestros, que me consideraban un estudiante con capacidades no ejercitadas por pura pereza. Y subsistía con un presupuesto raquítico.

En 1993 me había licenciado en la Facultad de Economía de la UNAM. No quería quedarme en México, entregarme en serio a la vida profesional ni sentar cabeza como hacían muchos de mis compañeros. Un amigo de mi padre, padrino suyo en el sentido familiar y político, conocía a gente que podría ayudarme a salir del país. Hice un colosal esfuerzo, a lo largo de 1994, por vencer la timidez y mostrarme simpático en desayunos y comidas —que casi me hunden en la bancarrota— con políticos universitarios e influyentes personalidades del medio. Ellos hicieron *lobby* a mi favor ante las instancias apropiadas. La universidad me otorgó una beca para realizar estudios en España a partir de 1995, renovable hasta por cuatro años previa y fundada justificación. Curiosamente esa coyuntura, que no interpreté como un premio (de hecho, no haber ganado uno nunca era desde entonces uno de mis traumas) sino como una evidencia más de que la meritocracia en México se basaba en un sistema de relaciones, se convirtió al cabo de un lustro en el extranjero en un pesado —e imprescindible en términos de dinero— compromiso del que no atinaba a librarme. No era que no investigase o no me involucrara en las actividades de mi nueva Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, y me sentía a mis anchas en Madrid. Pero la exclusividad que debía dedicarle a la academia se vio amenazada desde el principio por una veleidad que me había rondado en ciertas crisis

vocacionales: la literatura. Así, comencé a repartir la jornada en dos. Por la mañana, encerrado en mi covacha estudiantil de Mesón de Paredes, escribía y reescribía cuentos y fragmentos de relatos. Me ilusionaba fantasear con que algún día conformarían el libro *La garza ojona.* No sabía a ciencia cierta qué me movía a afanarme en un proyecto con tan poco anclaje en la realidad, ni por qué un ave tan elegante podía desfigurarse y adquirir tintes pesadillescos durante las horas de sueño. En cualquier caso, la imagen de ese pájaro habría de constituir el hilo conductor de las distintas ficciones, su *leitmotiv* literario.

Por las tardes acudía al Campus de Somosaguas en Pozuelo, que me quedaba lejísimos, y atendía con desgano seminarios y clases, abstraído en la solución de alguna dificultad técnica relativa a la sintaxis o a alguna correspondencia de género y número. Me preguntaba, por ejemplo: ¿"ergástula" suena más culto y mejor que "calabozo", o más forzado? No me bastaba la arraigada afición a la lectura, fomentada desde mi niñez y fortalecida en la carrera como compensación por los mamotretos económicos que debía fumarme. Quería ser partícipe del proceso creativo. Cuando conocí a Marcia en 1999, las autoridades de la UNAM me acribillaban a oficios perentorios e intempestivas llamadas telefónicas demandándome que fijara una fecha para graduarme de doctor. De lo contrario, procederían a suspenderme el último año de pago, me exigirían el reembolso de todas las mensualidades acumuladas. Mi expediente, por si fuera poco, pasaría a la oficina del abogado general y (lo insinuaban) quedaría inscrito en una lista tan negra que, a su lado, los registros de la Inquisición parecerían moco de pavo. A esa cruzada transatlántica contra mi incumplimiento se sumó también telefónicamente León Ramírez Rubio, mi padre, preocupado por el rumbo descaminado en que se internaba su ya huevoncito vástago. Tenía planes para mí. Quería que volviera a México, con borlas y blasones, y que lo ayudara a administrar su restaurante. No tenía nada contra la literatura, él mismo era un voraz lector de *best-sellers* y revistas de actualidad. Como me solía decir: quién mejor que un próspero empresario para retirarse luego a escribir poesía o novelitas para señoras. Pero antes debía construirme un

patrimonio, además de que podía meterme (como ya ocurría) en graves aprietos con la universidad. Graves. Era elemental, me reprendía. ¡Para qué carajos era economista si no entendía eso!

Al año siguiente, otro septiembre, el de 2000, Marcia y yo nos casamos en la Casa de la Panadería. Junto con el cambio de siglo estrenábamos una nueva vida. El noviazgo fue corto porque nos adorábamos y a nuestras respectivas edades (31, 33) ya no estábamos para tanteos. Habíamos preguntado en el consulado mexicano si podían unirnos en matrimonio, pero ese servicio sólo se daba a connacionales. Viajar a Argentina no sólo resultaba oneroso en ese momento sino que el trámite, con apostillas, validaciones y jueces, estaba tan plagado de burocracias y meandros administrativos que se trastocaba casi en un litigio en materia civil. No había ningún inconveniente en casarse en la propia España, pues al ser ambos extranjeros no generábamos derechos de residencia ni dábamos pie a sospechas de que fuese un chanchullo (en esos años estaba de moda el negocio de las bodas español-forastero, había agencias clandestinas que se ocupaban de establecer los contactos). Fue una linda celebración en un restaurante italiano de Cardenal Cisneros —La Dolce Vita— al que acudieron gustosas nuestras familias de ambas puntas de América (María Cristina, mi cuñada, y Genoveva, la de Marcia, se adelantaron una semana para auxiliarlos con los preparativos).

La cascada de admonitorios oficios ultramarinos y telefonazos de mi padre acrecía mientras el chorro de la subvención se cerraba. Me había quedado con una mano por delante y otra por detrás, y aunque estaba feliz por las recientes nupcias el tema se tornó espinoso y recurrente: la garza ojona se ensañó con virulencia en mis noches insomnes. Si no podía comprobar ingresos, mi estatus migratorio derivaría hacia una delicada situación de ilegalidad; podrían incluso deportarme (la política de José María Aznar, colindante con el racismo institucionalizado, era denigratoria e inexorable, en contraste con la de Felipe González) y por nada del mundo hubiera querido alejarme de Marcia. Contra toda lógica, cuando estaba a punto de humillarme y pedirle prestado a León, encontré una tabla de salvación. Espoleado

por Marcia, quien ya se beneficiaba de una, solicité y gané una segunda beca para concluir mi tesis, otorgada esta vez por Fundación Caja Madrid. Contra toda lógica, pues había redactado con tal desinterés y falta de convencimiento mi propuesta que parecía increíble que me hubieran seleccionado. La inercia aconsejaba que hiciese lo mismo que con el anterior apoyo, o sea, cobrarlo y desentenderme de lo demás para seguir financiándome mi forajido proyecto literario. Si no hubiera sido por las enérgicas exhortaciones de mi esposa y el ejemplo que ella dio al doctorarse (tres meses después de los atentados contra las Torres Gemelas), habría tirado la toalla, renunciado a cualquier aspiración académica, optado por la vida del prófugo becario. Bajo la pertinaz vigilancia de Marcia, resigné el libro de cuentos y me puse a trabajar en el texto *Encadenamientos productivos orientados hacia una repartición más justa del capital a partir del respeto a la naturaleza, las necesidades y derechos básicos de los agentes eslabones humanos y el desarrollo sustentable.* Primero sólo los sábados, más tarde (tras una amenaza de divorcio) toda la semana, incluidos los domingos. Afanosamente. Cuando hablaba por Skype con mi suegro Pablo, un químico reputado a nivel internacional, él me animaba diciéndome que en esos menesteres valía más ser un picapedrero que una eminencia.

Por fin logré concluir la memoria. Me gradué como doctor en diciembre de 2002, con apenas una semana de diferencia en relación con el recibimiento de Marcia del año anterior. La suerte estaba con nosotros. Ambos solicitamos a Caja Madrid sendas becas posdoctorales que también nos fueron concedidas y nos brindaron un colchón de aire por otro año. En teoría, yo estaba obligado a volver de inmediato a México e incorporarme a la UNAM por un plazo al menos idéntico al de los cinco años que me habían cubierto (1995-2000). Cuando allá recibieron constancia de que había obtenido el grado (si bien extemporáneamente), la universidad y un servidor nos hicimos de la vista gorda y la oficina de seguimiento a becarios dio carpetazo al asunto. La había librado, por un pelo, aunque la culpa no dejaría de atormentarme. En mis pesadillas, la garza se introducía en la habitación por la ventana que daba al infesto patio interior

del edificio. Revoloteaba entre las paredes con mi memoria doctoral agarrada entre las uñas negras. Luego aterrizaba sobre mi cara tapándomela con el legajo; me sofocaba, me picoteaba la cabeza y las orejas mientras yo aullaba (o intentaba hacerlo) y sangraba y Marcia, a mi lado, me sacudía con suavidad para que despertara. Me incorporaba y no podía parar de llorar. Ella me consolaba abrazándome con fuerza, susurrándome amorosamente que ya había pasado, que no había sido más que un mal sueño. Y entonces rompía el alba y con ella irradiaba otra vez la felicidad. Al saberme con un peso (gran peso) menos de encima, mientras me limpiaba los mocos con un pañuelo, suspiraba reconfortado. Nos arrebujábamos en las sábanas, remoloneábamos un rato más hasta que alguno se levantaba por el café.

En 2003 la euforia, casamiento, doctorados y posdoctorados comenzó a decaer. Estaba en nuestros cálculos, de algún modo. Se había cerrado un ciclo y era previsible que llegase el instante en que tuviésemos que afrontar lo que vendría. Con calma, sentados uno frente al otro. Había alternativas dispersas, más o menos esbozadas, pero faltaba resumirlas y barajarlas, analizarlas en conjunto y por partes. Lo que no habíamos calculado era que, de súbito, todo pareciera conspirar en contra. Era algo impreciso e indefinido, difícil de explicar pero imposible de ignorar. Estaba en el ambiente. En lo que tocábamos y hacíamos, en las comidas y paseos, en las nubes y el museo Reina Sofía; al desayunar un “cruasán” a la plancha, leer los chismes políticos de *El País* o tragarse por televisión “Tómbola”, un programa de prensa rosa. Marcia lo achacaba al trato cotidiano que recibíamos de los españoles. O, bajo otra perspectiva, a la repentina y absoluta pérdida de la capacidad para soportar un atropello más en la comisaría de la calle Madrazo; de escuchar en los telediarios que los delincuentes éramos extranjeros, que había habido una explosión en un planta de gas por culpa de un operador extranjero, que los extranjeros (sudacas, africanos, rumanos, albanos, no alemanes ni suecos ni escoceses) quitábamos los puestos de trabajo a los de casa. Si se averiaba el ascensor, llegaba el vecino y te reconvenía por no haber pulsado primero el botón (uno se daba cuenta de que no servía precisamente por eso,

porque no respondía al pulsarlo). Y sus estruendosos “tíos” y “gilipollas”, sus pleonásticos “entrar pa dentro” y “salir pa fuera”, su jactancia en materia futbolística, su ensoberbecida ignorancia geográfica y altanero desprecio histórico. Por lo que a ella respectaba, no estaba dispuesta a seguir simulando esa coraza que tan útil nos había sido en los años anteriores. Se había desintegrado así nomás. Predisposición anímica, paranoia, llámese como quiera. Una hostilidad palpable impregnaba la atmósfera y no procedía de nosotros. Yo no estaba convencido de querer deshacerme del escudo tan rápido, pero coincidía con Marcia en reconocer los signos de esa animosidad externa. Habíamos hecho un equipo magnífico impelidos por las expectativas, pero el porvenir se había encarnado irremediablemente en la inmediatez de los hechos actuales. ¿Qué seguía? ¿Cómo, hacia dónde? Si el “paraíso” nos estaba expulsando, pues había que inventarse otro. No podíamos demorarlo más.

Un viernes de ese septiembre de 2003, cerca de las 5 pm, resolvimos ir a zanjar el asunto a una cafetería.

En circunstancias normales no nos habríamos permitido ir al Starbucks de la fuente de Neptuno. Los bares en la ciudad se contaban por metro cuadrado y en cualquiera le “ponían” al cliente una deliciosa taza de café con leche, un espumoso cortado o, si se estaba lo suficientemente loco o hacía frío, un carajillo bien cargado. ¿Para qué hacer el caldo gordo a los gringos? ¿No les bastaba el Hard Rock de la Castellana? Establecimientos afines comenzaban a multiplicarse con velocidad. Había ya otro Hard Rock en la misma manzana del Hotel Palace, frente al Congreso de los Diputados y a tiro de piedra del museo Thyssen-Bornemisza. El Starbucks, ubicado dentro de ese perímetro y en la frontera estratégica con el Museo del Prado y el Ritz, un poco más al norte con el Museo Naval y a escasos kilómetros al oeste del parque del Retiro, era para turistas. Nosotros no encajábamos en esa categoría. Pero lo habían abierto hacía poco, nos daba curiosidad conocerlo y a la luz de nuestra presente relación con el entorno a cada minuto nos sentíamos más libres, más desligados de los códigos de la ciudadanía adoptada.

Salimos de nuestra madriguera de Calle de la Cruz: un piso pequeño y umbrío en la primera planta de un vetusto edificio de los años del reinado de Alfonso XIII. El amplio vestíbulo original había sido aprovechado en la década de los cincuenta (portero *dixit)* para montar el cubo enrejado dentro del cual operaba (cuando quería) el ascensor. La única luz natural procedía de los ventanucos que daban al patio interno, un reducido y maloliente rectángulo de cemento entre altos muros sin techo. Los vecinos de las viviendas superiores tiraban ahí envases de plástico, toallas sanitarias y otras inmundicias. A pesar de esos inconvenientes, sobre todo la agobiante penumbra que nos hacía bromear sobre el mito de la caverna cuando encendíamos lámparas y bombillas (que era siempre que entrábamos), y de los gritos de Marcia (y hasta de los míos en los momentos de mayor hartazgo) instando a los inquilinos de arriba a una conducta menos incívica, nos las habíamos sabido ingeniar para convertir esa espelunca en un acogedor y romántico recoveco que parecía estar iluminado por el mortecino efecto de una luna llena falsa. En todo caso, preferíamos mil veces ese pisito a los incómodos cuchitriles que habíamos habitado por nuestra cuenta antes de conocernos. Donde además habíamos tenido que convivir con extraños debido al insultante monto del alquiler.

Al entrar en la cafetería, acalorados bajo ese transitivo sol estival que aún escocía mientras bajábamos por Carrera de San Jerónimo, una bocanada de aire helado nos dio de lleno. A mí ese cambio brusco de temperatura me pareció de lo más agradable, Marcia tuvo que abrazarse a sí misma y frotarse los hombros, la piel chinita y muerta de frío. Como el sitio estaba de moda, había cola frente a la caja y una multitud ocupaba las sillas alrededor de las mesas. Habríamos abortado el plan si no hubiese sido por dos yanquis en bermudas y *cap*, obesas y arreboladas, que se pusieron de pie y dejaron libres dos butacas frente a un mostrador apoyado contra el ventanal de la fachada. Nos sentamos ante la vista de la fuente de Neptuno, hasta que reaccioné levantándome nuevamente y preguntando a Marcia qué le apetecía tomar. A los cinco minutos volví con sendos capuchinos con doble carga y un sobre de galletitas de almendra. De esa guisa

armados con los víveres de una radiante merienda al atardecer, nos dispusimos a sopesar con absoluta seriedad lo que vendría después. A idear las providencias más sensatas para que la proyección o deseo del futuro se ajustara lo más posible a su objetiva concreción. Pero antes, soy muy proclive a dejarme dominar por obsesiones, quise pedir consejo a Marcia respecto a una inquietud que venía martirizándome hacía semanas. Era una mecánica, una constante. Yo me obsesionaba, ella me calmaba.

—¿Qué opinas de *Encadenamientos productivos orientados hacia una repartición más justa del capital a partir del respeto a la naturaleza, las necesidades y derechos básicos de los agentes eslabones humanos y el desarrollo sustentable?*

Que qué opinaba en qué sentido. Lo que yo quería saber, en definitiva, era si mi trabajo doctoral le parecía publicable. No era ninguna experta, pero por lo que había leído —hasta corregido algunos pasajes— le daba la impresión de que se trataba de una tesis que planteaba, de manera amena pero rigurosa, sugerentes propuestas para equilibrar un poco la indignante diferencia entre ricos y pobres, entre países patronales y naciones sometidas. Era cierto, dijo Marcia, que muchas de esas propuestas sólo podían operar en un plano hipotético, pero era más que cruzarse de brazos. ¿Sólo hipotéticamente? Sí. Marcia es de una franqueza incorruptible. ¿No era una locura, entonces, especular con publicarlo? No. Había pensado en editoriales españolas como Debate o Paidós… ¿No?, claro, ella tenía razón, un primer estudio derivado de una tesis… ¿En el Fondo de Cultura Económica? Entendido, había que apuntar más bajo. Mmh. Estaba el Fideicomiso de Estudiantes Mexicanos para las Ciencias Económicas, una modesta casa editora con escasa circulación pero materiales de calidad que… ¿Ésa era la instancia adecuada? Correcto. Pasé a la cuestión del título. Después de darle muchas vueltas comenzaba a sospechar que quizá fuese demasiado extenso. ¡¿ Definitivamente?! ¿Por qué no me lo había dicho antes? ¿Porque una cosa era un tribunal académico y otra el público en general? ¿Cómo, pues, debía llamarlo? Enuncié un rosario de opciones, a cuál más confusa y alambicada. Por instantes los rótulos que salían de mis labios espumosos entre sorbos de café cobraban la cadencia

de una letanía. No, dijo Marcia, son larguísimos, van a ahuyentar a los lectores. ¿Cuál era la idea matriz del estudio? Farfullé algunas generalidades inconexas que Marcia se ocupó de sistematizar en un discurso coherente.

—¿Qué tal rebautizarlo *Sustentabilidad equitativa?*

Mi respuesta instintiva habría sido la negación. En parte porque temía que ese título dejara escapar aspectos esenciales, en parte por cierta vanidad ofendida al no haber sido yo capaz de encontrar un nombre adecuado a mi hijo tesístico. No obstante, primó en mí la gratitud y supe reprimir a tiempo el impulso. La fórmula sugerida por Marcia no sólo cifraba con acierto el contenido, también reflejaba con claridad el componente ideológico inseparable de mí mismo.

—Me encanta, Marcia. Cambiaré el título, encuadernaré el trabajo y despacharé un sobre junto con una carta de presentación.

Como yo, Claudito, me había tranquilizado, pudimos concentrarnos en el tema más peliagudo. A través del cristal vimos pasar a un grupo de gamberros con camisetas del Atlético de Madrid que entonaban cánticos y escandalizaban, pese a que el próximo partido del equipo no se celebraría sino hasta el domingo, dentro de dos días. Concluido el duelo, la hinchada se trasladaría como era costumbre desde el Vicente Calderón, a orillas del desecado Manzanares, hasta Neptuno. Era obra de la Providencia, pensé, que la estatua siguiera erguida sobre su basamento, lo mismo valía para la Cibeles respecto al Real Madrid o los triunfos de la selección nacional. Temí que entraran al Starbucks y comenzaran a alborotar, pero siguieron de largo. Pregunté a Marcia si no quería algo más. No, ya se le había calentado el cuerpo. Me levanté por otro capuchino. Esta vez no había cola y, vaso térmico en mano, regresé rápido a mi sitio. Afuera empezaba a atardecer.

Hacía casi dos años, en las navidades de 2001-2002, durante unas merecidas vacaciones (al menos para Marcia) argentinas tras los éxitos académicos de la flamante doctora en Biología Vegetal, fuimos testigos accidentales de la debacle del presidente Fernando de la Rúa. Por esas fechas, a la

espera de que yo me graduara pronto, habíamos estado considerando seriamente la posibilidad de radicarnos en el país austral. Ese diciembre, todavía en España, Marcia había asistido a la comilona que suele convidarse (pagarse) a los catedráticos después del examen y luego pasamos un hermoso fin de semana celebrando y brindando en las cervecerías de Cava Baja. Preparamos las “valijas”, tomamos un taxi a Barajas y dieciocho horas más tarde estábamos desayunando en Ezeiza café con leche, media docena de medialunas de manteca y media de medialunas dulces. Tomamos el colectivo de Tienda León y nos aprestamos al fastidioso traslado de ese aeropuerto a Aeroparque, en la otra punta de Buenos Aires. Ahí protagonizamos, junto con otros pasajeros exaltados (en Argentina los pasajeros de las líneas aéreas están siempre al borde del colapso, hay pulsadores rojos de atención cardíaca en los corredores), un motín con los consabidos gritos y quilombos para pasar por entre las máquinas detectoras de metal. Un paro, para variar. La gente bullía y se atascaba frente a las bandejas y la cinta donde había que depositar bultos y equipaje de mano, teléfonos celulares, laptops, monederos y cinturones. En la sala de espera se formó otro tumulto frente al mostrador, que armó la de San Quintín. Unos tenían pasajes de un vuelo anterior que había sido cancelado, otros mostraban sus boletos electrónicos o las reservaciones por internet, se había caído el sistema. No se sabía si el avión que estaba detenido detrás de la puerta de embarque podría volar, al parecer tenía una turbina averiada, aunque por otro lado faltaba definir si Aerolíneas Argentinas o Austral tendría a bien hacerse cargo de la ruta, decisión que por lo visto era aleatoria y no estaba reglamentada por criterios específicos de aeronáutica. Cuando por fin pudimos despegar con una leve demora de ocho horas, luego de haber bajado de tres aeronaves que se quedaron en tierra, teníamos la sensación de haber estado viajando en barco desde Egipto. Por fortuna, al aterrizar en Río Gallegos casi no había cola para los taxis. Se percibía un ambiente extraño en ese enclave urbano de las plenitudes patagónicas. El conductor, apostado a las afueras del Aeropuerto Internacional Piloto Civil Norber, metió nuestras valijas en el maletero y subimos al coche. Parco, fornido, de pelo largo y rala barba desaliñada,

comentó lo terrible que estaba la política. No sé si vos estarás enterada, preguntó a Marcia (mi acento delató enseguida mi extranjería). ¿A qué te referís?, contestó. La Asamblea Legislativa había aceptado la renuncia de Fernando de la Rúa esa misma mañana, el líder del senado ocuparía interinamente su puesto. Un peronista desconocido, un tal Ramón Puerta. Se hizo un espeso silencio y el chofer procedió a encender la radio. Habían saqueado tiendas y supermercados en las principales ciudades del país. Por las ventanillas alcanzamos a ver hombres y mujeres que con seguridad habían participado en piquetes, pues caminaban coreando consignas y portaban banderolas y pancartas. Al llegar a casa de Marcia, ya entrada la tarde, Pablo e Isabel salieron a recibirnos con cara de consternación. Destaparon unas cervezas en el comedor mientras los noticiarios de la tele no hacían sino confirmar con imágenes el apocalipsis que ya habíamos venido adivinando durante el trayecto con el taxista. Los muertos superaban la treintena, disturbios y desmanes por doquier. Apagaron el televisor y salimos al jardín, donde Pablo preparaba el tradicional y delicioso asado de bienvenida. Era rarísimo, como situarse de pronto en el solaz de un búnker vergel en medio de la guerra. Un refugio de verdor, leños y crepitar de carnes en el círculo concéntrico de un dominó de escombros. Al acercar a Marcia un tenedor que ensartaba la punta humeante de una colita de cuadril, para que la probara, mi suegro dijo que más valía que fuésemos descartando la idea de establecernos ahí, dadas las condiciones. Isabel, que había estado atendiendo unas llamadas telefónicas, se incorporó a la tertulia y pidió que le sirvieran también a ella una copa de vino. No estaba enteramente de acuerdo con lo que afirmaba Pablo, aunque por supuesto reconocía que no era la mejor ocasión para pensar en una mudanza al cono sur. Comimos con apetito y charlamos con comedimiento, felices por el encuentro de familia pero preocupados por la situación de deterioro social. El crepúsculo teñía de cobre los altos cirros de ese cielo inabarcable. El sol acabó de ponerse y se levantaron unas rachas gélidas. Arrimamos la mesa cerca de la parrilla, dentro del quincho, al abrigo de las ascuas y el chisporroteo del carbón.

Ahora, casi dos años después, el crepuscular aire madrileño cobraba tintes irisados en las antípodas del globo terráqueo. Miré mi reloj y me asombré de que fueran a dar las ocho de la tarde. La luz exterior se degradaba de prisa en tonalidades violáceas, rojizas y ámbar, como si una lupa refractaria la comprimiese contra el piso. Pronto anochecería. Se había formado un atasco monumental de automóviles en Paseo del Prado, alrededor de la fuente, y los contornos de plaza Cánovas del Castillo se avivaban de repente con hordas de transeúntes en movimiento o a la espera del cambio de luces en los pasos peatonales. Contemplábamos esa animación desde nuestro privilegiado escaparate, luego de haber discutido los pormenores de las disyuntivas que habríamos de despejar. Aun si, en una irracional vuelta de tuerca, optábamos por echarnos para atrás y permanecer en España a trancas y barrancas, el panorama que se vislumbraba era poco halagüeño. Cuando la Universidad Autónoma de Madrid la incluyó en su catálogo de autores, Marcia quiso saber si ese reconocimiento abriría, ya doctorada, una oportunidad para ella como profesora. Pidió una cita con el rector, quien la derivó a un funcionario subalterno que le habló sin rodeos, muy castellanamente. No habría sitio ni para ella ni para los de casa. Profesores ayudantes con cuarenta años o más, de currículum irreprochable, alimentaban la esperanza —entendible pero siniestra— de que el catedrático titular muriese para sacarse los ojos entre ellos por su puesto. Personas altamente calificadas, hasta con dos o tres doctorados, acababan de camareros o taxistas. Sin duda podría currar en alguna de esas ocupaciones: camarera o taxista. Por mi parte, en mi incurable infantilismo, me empeñaba de modo inconsciente en idealizar el contexto y me resistía a abandonar los mitos que había escuchado sobre Europa cuando estudiaba la licenciatura en el Distrito Federal, pese a la abundante evidencia en contra que había podido cosechar de primera mano. A ratos me obstinaba en un discurso fantasioso, insinuaba que era probable un súbito golpe de suerte. A lo mejor, si nos quedábamos en Madrid y éramos pacientes, nos ofrecerían trabajos bien remunerados,

con el tiempo compraríamos un piso. Me visualizaba a mí mismo, héroe anónimo de la vida urbana moderna, como camarero economista antes de tornarme una celebridad merced a mis dotes aún no reveladas de talentoso escritor. Marcia, sin embargo, no estaba para cuentos ni quimeras.

La actual Argentina de Néstor Kirchner, quien desde mayo tomaba el testigo justicialista de Duhalde (luego del tristemente famoso corralito), seguía sin parecer una opción. ¿Qué quedaba?

México.

Salimos del Starbucks con una contradictoria sensación de tristeza y liberación, de optimismo y pena. Nos costó remontar el gentío que se agolpaba y discurría por las calles como torrenteras vociferantes batiendo su curso. México, entonces. Hombre, no se comía mal. Y estaban los volcanes. Y el Centro Histórico, tan concurrido como acá. Y Perisur. Y… la propia UNAM (¿existiría la posibilidad de reincorporarme a ella algún día y ser borrado de su temible lista negra?). Subimos por Calle del Prado rumbo a Plaza Santa Ana. Miré el Ateneo de Madrid y se me nublaron los ojos al pensar que podría ser una de las últimas veces que estuviera frente a su fachada, o peor, que ésta dejara de ser para siempre parte de un paisaje íntimo cotidiano. Esa noche, como el resto del fin de semana, nos entregamos a los conocidos placeres de esa carismática ciudad que no para de ingerir viandas y secretar inmundicias, que devora y vomita, que enamora y cautiva a sus Ulises con cantos de sirena y luego expulsa de una patada en el culo al amante despechado. Más allá de todo, estábamos felices. Lo éramos.

El lunes, con una densa jaqueca, fruto de las celebraciones motivadas por los nuevos planes, salí a comprar *El país* y el último título de la colección grandes novelistas del periódico rival *El mundo*. León Ramírez Rubio e Isolda Gallardo Páez exultaban, casi los había escuchado gritar de júbilo —en especial a León— por teléfono. También habíamos comunicado nuestra decisión a mi hermana Genoveva, que

ahora residía en Vancouver, un punto en cualquier caso mucho menos distante del DF que España. Faltaba avisar a mis suegros Isabel y Pablo.

Al volver del quiosco encontré una carta en el buzón. Destinatario: Marcia de Francisco. Remitente: Cooperativa de Horticultores de Blanco Trópico. Subí. Marcia preparaba el desayuno en la cocina. Sobre la encimera, un vaso de leche a medio llenar y una tableta de aluminio delataban que había tomado unas grageas de paracetamol. Pusimos los manteles individuales sobre la mesa plegable que hacía las veces de comedor y, sobre uno de ellos, mantequilla, mermelada de zarzamora y un plato con tostadas. Nos sentamos con nuestras tazas vaporosas, fui a buscar el servilletero y volví a mi asiento (también abatible, para que cupiera, como casi todo el menaje, incluido un tendedero de ropa portátil).

—No lo puedo creer, Claudito.

—¿Qué pasa?

—Una propuesta firme de trabajo. Como responsable técnica de un vivero. Dicen que llevan meses sin encontrar una bióloga cualificada y que mi currículum les encantó… ¿Les mandé mi currículum?

—Imaginate, si vos no sabés yo menos.

—Sí, sí. Ahora me acuerdo. Despaché varios sobres a distintas partes, a mediados del año pasado, para abrir paraguas. ¡Guau!, hace mucho. Perdoname si olvidé comentártelo, como no era nada seguro preferí no angustiarte.

—¿Y? ¿La firma alguien? ¿Mencionan el sueldo?

—A ver. Un tal René Trujillo, en representación del señor licenciado don Víctor Urdanivia Hernández, dueño. ¡Qué rebuscados!

—¿Y el sueldo?

—Esperá… ocho mil setecientos albos mensuales. ¿Existe esa moneda? Aclaran entre paréntesis que equivalen a casi tres mil dólares. ¿No está mal, eh?

—¿Qué hacemos?

—Pues vámonos a Blanco Trópico.

—No sé… yo seguiría sin trabajo. Y México…

—¿Dónde quedó el espíritu aventurero de mi señor esposo? Velo por el lado positivo. La experiencia te servirá para

cosechar material literario. Y por lo del empleo, no te preocupés, se arreglará. Ya está, ya organicé el plan. Mirá, desmontamos el departamento, metemos todo en cajas y las mandamos por barco a casa de tu madre, el envío nos saldrá barato. Como ya ilusionamos a tus padres, pasamos un par de meses en la ciudad de México, octubre y noviembre. Pedimos a Isolda que nos guarde las cajas, si llegan durante nuestra estancia pasamos a recogerlas nosotros mismos a la oficina de correos, así no molestamos. En diciembre viajamos a Blanco Trópico y, ya instalados, que nos haga el enorme favor de redespacharlas. Le dejamos dinero para que alguien las traslade otra vez a correos, no vamos a ponerla a cargar. ¿Qué opinás?

—¿Y si se pierden las cajas?

—Es un riesgo, puede ocurrir. Tampoco tenemos tantas cosas.

—¿Y mis libros, y tu tratado de Elena Curtius? ¿Y los cds?

—Llevemos con nosotros lo imprescindible y confiemos en que la ropa sobrante, la cadena musical, platos y cubiertos, los documentos no esenciales lleguen a buen puerto. Embalemos cables y altavoces por separado, así jodemos a los choros si nos afanan algo.

—No sé…, ¿si nos equivocamos?

—¡Venga, Juan, arriba el ánimo! Es lo único que tenemos por el momento.

—Está bien, de acuerdo. Arriesguémonos… ¿Dónde queda exactamente Blanco Trópico? ¿Es una isla, verdad?

Fuimos por el Pequeño Larousse Ilustrado. Ahí estaba. Una mácula a mitad del océano Atlántico. A medio camino entre Europa y América.

La sensación de que el entorno conspiraba contra nosotros se acentúo cuando decidimos largarnos de España. Embalamos nuestras cosas y comenzamos el peregrinar diario entre el piso y los bajos de la oficina central de correos a un costado de la glorieta de Cibeles, frente a Banco de España. Al principio usábamos el ascensor y Manolo nos ayudaba a sacar los fardos a la acera. Pero luego se estropeó, para variar, y el portero, al percatarse de que estábamos desmontando la casa,

optó por sonreírnos cómodamente sentado detrás del cristal de su garita. Yo sudaba la gota gorda apilando las cajas en el portal mientras Marcia salía a la calle a hacer la parada a un taxi. La Calle de la Cruz de por sí es estrecha, pero ese 2003, último año de su gestión en la alcaldía, Álvarez del Manzano mandó hacer nuevos socavones en los bordillos, donde insertaron unos bolardos junto a los que ya existían. Una empalizada que imposibilitaba a los choferes aparcar sus automóviles y a los repartidores detener sus furgonetas mientras descargaban (ésa era la idea, al parecer). Casi ni se podía andar por la acera, no cabían dos peatones uno junto al otro. Nos las veíamos negras con los taxistas, los que venían detrás empezaban a pitar las bocinas, incluso otros taxistas. Nos apresurábamos a meter los bultos en el maletero, lo más rápido que podíamos, y subíamos agitados a los asientos traseros y cerrábamos las portezuelas. Para entonces el conductor ya estaba enfurecido, maldecía a diestra y siniestra, hijoputeaba a los que lo presionaban con la bocina y, acto seguido, se la agarraba con nosotros. ¡Coño!, a quién se le ocurre andar con esas balas tan pesadas, ¡joder!, les iba a cobrar un suplemento por exceso de carga, ¡me cago en Dios! Como tampoco teníamos la culpa y no estábamos dispuestos a pagar de nuestro bolsillo los trastornos mentales que debiera atender un psiquiatra del gremio, rescatamos del armario a medio vaciar una no muy confiable carretilla de mano. Repetíamos pacientemente la operación desde la entrada del piso. En el zaguán esperaba Marcia con un pulpo de elásticos. Sudorosos, ante la sonrisa impávida de Manolo, quien eso sí, nos saludaba cada vez que emprendíamos la odisea o volvíamos de ella, colocábamos el pesado paralelepípedo de cartón sobre la base del diablito y lo sujetábamos con las gomas. Apenas trasponíamos el portón del edificio, me estrellaba contra el primer bolardo. Había que levantar todo el armazón de la carretilla, con su estiba atada, y desplazarse a pasos laterales con la espalda pegada a la pared hasta encontrar un hueco por donde salir a la calle, donde había que sortear automóviles y relampagueantes motonetas.

A la altura de Plaza de Canalejas, con las manos ampolladas, yo quería abortar la misión, abandonar todo ahí mismo a carteristas y mendicantes. ¿Por qué no mandábamos

a la mierda esos pinches bártulos y nos íbamos derecho al lobby del Hotel Palace a espiar a los famosos y fantasear con una vida de lujo mientras bebíamos unas de las cervezas más caras de la ciudad? Pero Marcia, a prueba de fuego, sacaba fuerzas de flaqueza, me jaleaba para que prosiguiéramos. Al llegar a la oficina de correos no terminaban los problemas. Otra escalera —muy empinada y resbaladiza— ameritaba que volviese a cargar la estructura de barras y listones con ganchos. Curvaba hacia atrás la espalda, me echaba encima el peso en un involuntario movimiento de halterofilia y bajaba con las piernas arqueadas, casi en cuclillas y a ciegas, siguiendo las indicaciones de Marcia. En los sótanos siempre pasaba algo. Un empleado nos hacía llenar diez mil veces la hoja de solicitud, otro insistía en que corrigiéramos las declaraciones aduanales que ya estaban listas. Algún vivo (normalmente un hermano latinoamericano) se quería saltar la cola alegando que ya estaba formado pero había tenido que ir al baño.

En una ocasión, aguardábamos nuestro turno y el tipo de adelante, un señor metido en carnes y algo mayor, madrileño, se vuelve, escudriña la dirección de mi madre escrita con rotulador en letras y números grandes, encara a Marcia con una impertinencia que él habrá juzgado cautivadora, y empieza a canturrear “México lindo y querido, si muero lejos de ti, que digan que estoy dormido y que…” Vos perdoname, lo cortó en seco mi encolerizada mujer. ¿Pero yo a vos te conozco? No. ¿Y te estoy espiando tus cosas? No, replicó el intruso, desconcertado. Entonces vos por qué estás espiando las mías. No… no estoy espiando, dijo, las facciones desencajadas. Dio media vuelta y no se habló más del asunto. Durante el altercado, todavía no me bajaba la adrenalina por el esfuerzo del acarreo, experimenté una súbita taquicardia. Era el sello de Madrid, la violencia de lo imprevisible. Miré a su costado, Marcia estaba hecha un basilisco. Parecía que le hubiesen revuelto la cabellera o que un avión le hubiera pasado por arriba. Hicimos el trámite y salimos. La abracé con la mano libre (en la otra llevaba la carretilla plegada y atada con el pulpo) y le propuse refrescarnos con unas cañitas en la cervecería Estafeta. Sentados a la barra, mientras nos ponían unas tapitas, comentamos el incidente. Nos rendimos

a una suculenta, explosiva carcajada que resurgía a contrapunto cada vez que yo remedaba, modulando la voz para caricaturizarlo, el infeliz diálogo del espionaje. No había duda. Indicios por todas partes. Había llegado el tiempo de marcharse.

La noche del miércoles 1 de octubre de 2003 arrastrábamos el equipaje de mano con rueditas por el área de vuelos internacionales del aeropuerto de Barajas. Yo estaba visiblemente preocupado porque apenas eran las nueve. Faltaba todavía una hora y media para embarcar y dudaba si convendría sentarnos a tomar algo con una cerveza y una botellita de vino. Pero me conocía, acabaría dándome un atracón y después me quejaría arrepintiéndome de las subsecuentes molestias digestivas (el meteorismo criminal) durante un trayecto de casi catorce horas en que más valía estar ligero e hidratado. Podría además pescarme un dolor de cabeza. Tampoco deseaba perderme la cena que ofrecería Iberia. Siempre me pasaba lo mismo cuando viajábamos en avión. Abrigaba grandes expectativas en torno a un servicio de comidas que se reducía a los decepcionantes e insulsos *pasta or chicken?* Además, eso tendría que explicarlo un científico, el primer bocado coincidía invariablemente con el ingreso de la aeronave en zona de turbulencia. El fuselaje trepidaba, la bandeja reclinable comenzaba a sacudirse y el cuadrito de mantequilla a saltar. Saltaba también la escudilla de plástico con compartimentos de los que había que extraer las viandas mientras se hacían malabares para que los líquidos no se derramaran. Cualquiera de las dos opciones, cenar ahora o más tarde, o incluso cenar dos veces, me estresaba. Marcia murmuró “Si tenés hambre, comé, Claudito”, o algo por el estilo, y continuó caminando. Iba unos metros más adelante, yo me demoraba consultando el menú de una cafetería en un atril. Ella buscaba en los escaparates de las tiendas alguna revista frívola para distraerse cuando estuviéramos comprimidos entre las paredes movedizas de los respaldos.

A las 10:30 pm ocupamos tres asientos en la desangelada y fría sala de espera, dos para nosotros y uno más sobre el que

depositamos equipaje de mano y el bolso de Marcia donde guardábamos los documentos. Desangelada pero repleta, apenas si cabía un alfiler y ya se había formado la típica fila caótica de impacientes ante el mostrador, detrás del cual una mujer de uniforme azul oscuro, la permanente del pelo teñida de reflejos oxigenados, desoía las consultas que le hacían mientras cotilleaba telefónicamente por la línea interna. El vuelo iría lleno, lo que aumentaba las probabilidades de que el servicio y el trato dispensado por los carcamales aeromozos y aeromozas de Iberia fuesen incluso peor de lo acostumbrado. Yo tenía borborigmos y hambre, me acobardaba no alcanzar siquiera el *chicken.* Al final habían optado por aguantarme hasta la cena a bordo del restaurante volador. Sólo tomamos una Mahou tirada de grifo para matar el tiempo y que Marcia hojeara su revista.

En esa época aún no se había llegado al absurdo de que, para abordar, hubiera que deshacerse de dentífricos y botellas de agua, descalzarse cada tres minutos en los puestos de revisión, someterse a repentinos cacheos y hurgamientos discrecionales en la puerta misma de embarque, bajarse pantalones y calzoncillos si un elemento cualquiera de cualquier empresa de seguridad privada lo requería. Los pasajeros nos limitábamos, como ahora, a entregar los pases de abordar, mostrábamos los pasaportes y discurríamos a cuentagotas por el túnel de acceso. Después de la cena, que sirvieron tardísimo, Marcia se puso el antifaz y no despertó hasta que aterrizamos en el aeropuerto internacional Benito Juárez. Descansaba como una bendita, roncaba en las sacudidas de turbulencia más alarmantes. Yo dormitaba a sobresaltos, apenas si pude conciliar el sueño un par de horas. La estrechez era agobiante, no conseguía relajarme, el próximo paso en la política comercial de Iberia sería meternos directamente en los compartimentos superiores. Con los audífonos en las orejas y la manta en el regazo, escuchando a ratos jazz y a ratos música clásica, confiaba en que mis pedos calientes al menos no fueran ruidosos. Intenté mullir la escuálida almohada imaginando cómo serían los próximos dos meses en México y nuestra nueva vida en Blanco Trópico. Me hubiera gustado mirar las estrellas, pero no me atreví a desacatar las estrictas órdenes de un gamberro

y senil aeromozo (gritó “Hostia”, furioso, cuando una señora le pidió un vaso de agua): las cortinillas debían permanecer cerradas hasta nuevo aviso.

La antesala
(México, DF)

Al apearnos del jumbo y recorrer los pasillos del aeropuerto Benito Juárez hacia los puestos de migración nos invadió ese olor característico de la ciudad de México, mezcla de monóxido de carbono y prometedores desayunos de huevitos rancheros con frijoles refritos y tortillas de maíz “calientitas” (en buen mexicano). Casi podíamos palpar la atmósfera enrarecida, entreverada de partículas flotantes de mierda disuelta y polvo, y la luz plúmbea, opresora. Los dos mil doscientos y pico metros de altura, si uno no está adaptado o se ha desacostumbrado a ella, provocan una extraña sensación de abombamiento en las sienes, un tenue y por instantes hasta agradable mareo que se prolonga unos días. Son típicos la resequedad en labios y garganta, los ojos irritados. Nada más pisar el terruño, me asaltaban sentimientos contradictorios. En anteriores viajes, Marcia había sido testigo de uno de los milagros de la capital. A veces, cuando había viento o después de una semana de lluvias, esa fuliginosa radiación refractaria se resquebrajaba, el esmog se disipaba y al este emergía la visión alucinante de los volcanes, al sur los penachos níveos del Ajusco. Un paisaje maravilloso que podía admirarse al transitar de día por alguno de los elevados puentes de Río Churubusco. No parecía que hoy fuéramos a correr con esa suerte, a juzgar por la resolana cenicienta que se colaba por las vidrieras de la terminal desde las pistas.

Después de un año luz, acabé de cargar las maletas sobre un carrito que empujamos hasta las máquinas de rayos X, donde convergimos como un solo hombre con nutridos grupos de viajantes procedentes de otras rutas internacionales. Igual que nosotros, muchos habían tocado tierra desde temprano y llevaban otra eternidad esperando sus pertenencias en el sector de recogida de equipaje. Quién sabe qué broma diabólica habrá obrado, de repente las cintas corrían fluidamente a nuestras espaldas y lucían casi desiertas, apenas un estuche de guitarra remiso, o un objeto

rectangular inidentificable giraba sin dueño, la advertencia “frágil” pegada a un envoltorio de papel burbuja. Frente a los pasivos vigilantes, todos gruñíamos enfadados, nos entrechocábamos con los cochecitos para hacernos espacio, como si estuviésemos en un atiborrado estacionamiento de utilería y no en la zona de egreso. Entregamos la declaración aduanal y pulsé el botón del semáforo. Nos tocó luz verde pero frente a las mesas de inspección un sujeto canijo, moreno y de bigotes que acechaba por ahí nos pidió que abriéramos de todas maneras el equipaje. Lo mandé a la chingada. El sujeto llevaba un gafete en blanco atado con un listón alrededor del cuello, no constaba su nombre ni nada, con probabilidad fuera un raterillo con ganas de impresionar y sacarse unas moneditas. Nos miró con resentido aire de perdonavidas mientras pasamos junto a él, con ojos de si te agarrara afuera ya verías, cabrón, por ahorita sólo te la apunto.

La víspera de nuestro viaje, yo había insistido por teléfono en que no era necesario que mi madre pasara por nosotros, tomaríamos un taxi. De sitio, sí, mamá, no te preocupes, los asaltos estaban a la orden del día. La misión, sin embargo, no resultaba tan sencilla. En el mostrador donde pagamos la carrera nos informaron que habían cambiado de sede las bases y que teníamos que buscar en el primer piso del estacionamiento la “unidad” en que nos trasladaríamos. Nos recomendaron subir por los ascensores, insuficientes en número y fuera de servicio la práctica totalidad. Funcionaba uno, de hecho. La turba pertrechada con equipajes que se aglomeraba delante de las puertas corredizas me hizo temer por nuestras vidas, podríamos perecer en cualquier momento, bien por sofocación, bien por aplastamiento de órganos. Estaba por decirle a Marcia, como aquel mediodía en Plaza Canalejas, que dejáramos todo y pegáramos la vuelta a Madrid, cuando se encendió el anuncio PB y un torbellino de humanidades, rueditas y varillas nos encajó en esa hucha espantosa regurgitándonos arriba después de larguísimos segundos. Nos topamos a continuación con unas modernas máquinas para pagar el boleto del parking. Las tradicionales

cajas de ventanilla, conforme a un principio de economía algo dudoso, habían sido cerradas y sustituidas por legiones de asistentes humanos aglutinados en un rellano minúsculo. Intentaban auxiliar a los usuarios —que no teníamos idea de cómo manipular el robot— a introducir el ticket por la ranura y recoger el cambio. Todos nos arrollábamos. Además, en ese mismo descansillo había dos electricistas que subían por turnos a una escalera para reparar unos plafones que se habían desprendido del techo. Y unos albañiles picando la pared, a cada golpe se soltaba polvillo de yeso. No recordaba un hacinamiento parecido en un espacio público, pero luego me vino a la memoria una trágica final entre los Pumas y el América en el estadio México 68, cuando varias personas sin localidades se metieron a la mala. Muchos quedaron atrapados y se asfixiaron en uno de los túneles. La ciudad democrática, perredista, que había dejado de tener regente y ascendido a jefatura de gobierno en 1997 me era por completo ajena. Me asombraba de los secretos resortes que aunaban la política del cambio con una brillante ineficiencia en casi todo. El urbanismo puesto en práctica por Andrés Manuel López Obrador en ese 2003, a golpe de vista, exaltaba a Álvarez de Manzano a Le Corbusier sevillano. Marcia preguntó a uno de los ayudantes de las máquinas si le podía decir dónde estaban los taxis. El hombre pidió que le mostrara su comprobante de pago. Esos taxis tenían su base en la planta baja, al otro extremo de la terminal, justo frente a la puerta de donde veníamos. Así que a recoger el hilo de Ariadna y desandar el camino con idénticas complicaciones.

Llegamos a casa de Isolda Gallardo y mi padrastro Salvador Pellicer a eso de la una. Nos alojaríamos ahí durante nuestra transitoria estadía en México, antesala de la nueva era. En el trayecto a la calle Mercaderes en la colonia Guadalupe Inn, al sur de la ciudad, la neblina polucionada fue adensándose privándonos no sólo de la vista del Popo, del Iztaccíhuatl y del cerro del Ajusco sino de los edificios circundantes. Nos picaban los ojos y la nariz. Tomamos unos tequilas, charlamos sobre los incidentes del viaje y comimos sopa, ensalada de nopales y unas flautas de pollo con crema, aguacate y chile morita en honor a Marcia, a quien le encantaban. Por la tarde deshicimos las maletas, las costuras a reventar, y guardamos

la ropa en un armario cuyos cajones Isolda había vaciado previamente. Me dolían los brazos.

Por la noche, Marcia y mi mamá comieron sólo una quesadilla con ensalada. Luego se levantaron de la mesa y se fueron a dormir. Yo repetí la dosis de tequila, me retaqué de quesos y embutidos, más cerveza y una botella de vino en una larga sobremesa en compañía de Salvador, insigne dramaturgo con quien siempre hablaba de política y economía, de las grandes obras de la literatura universal y hasta de *La garza ojona.* Salvador disfrutaba mucho del vino, pero nunca cometía la inmoderación de hartarse de comida. Nos despedimos no supe a qué hora y el esposo de mi madre subió en las escaleras de madera para alcanzar a Isolda. Yo todavía estuve un rato zapeando en la estancia de tele junto a la sala. La mierda hertziana me relajaba, a Marcia le inducía un estado de creciente irritabilidad. Cabeceaba a ratos. Conseguí apagar el aparato con el control remoto y me fui a la cama siguiendo la senda de Salvador rumbo a los otros cuartos. Marcia dormía plácidamente. Por la madrugada me desperté exaltado, el corazón me galopaba como un tiro de corceles, debía tener la presión arterial por los cielos. Y el cráneo, ¡Dios Santo!, un yunque sobre el cual martillara un herrero con un ancla. ¡Se me partía en veinte mil pedazos! Sólo confiaba en no morir al rayar la aurora. Siempre me pasaba lo mismo cuando retornaba al DF. No escarmentaba. No.

El mes de octubre se nos fue en visitas y comidas familiares que, debido al divorcio de mis padres, se multiplicaban por dos. Vimos a la abuela Evelia, a los tíos Arturo y Domingo, a los primos Bruno y Sandra. Y a los amigos: Adriana Abigail, Alejandro Barrera y José Alberto. Una noche, este último y su esposa Uge nos invitaron a cenar a su acogedor departamentito en Polanco. Hacía mucho que no nos encontrábamos. José Alberto abrió la puerta y nos saludó efusivamente. Mientras Uge terminaba de preparar un plato con quesos y carnes frías en la cocina, se quedó dormido en el sofá con el bebé de año y medio y la nena recién nacida en brazos. No pudo ofrecernos vino más tarde porque se había

olvidado pasar a la tienda, aunque yo había llevado una botella que tampoco fue fácil abrir, José Alberto no recordaba dónde había guardado el sacacorchos. Se le iba la cabeza hacia atrás cada cinco minutos, se quedaba transpuesto apenas se sentaba tras una visita al cuarto de los niños para ver si ya se habían dormido. Berreaban de vuelta y reaparecían aúpa de José Alberto, envueltos en frazadas y con gorritos de lana. Uge se hizo cargo del asunto. Desde la pieza al final del corredor, a través de las paredes, se escuchaba la encarnizada lid entre los arrullos de la madre y la verraquera menguante de los pimpollos.

Charlamos un par de horas sentados sobre cojines alrededor de una mesa de centro. Me asombraba del aspecto absolutamente demacrado de mi amigo de infancia, admiraba que cada mañana fuera capaz de levantarse a primera hora para ir hasta la sede de la Suprema Corte de Justicia de la Nación a cumplir con sus obligaciones de secretario de estudio y cuenta. ¿Nos depararía el futuro un similar destino extenuante a Marcia y a mí? La barbilla se le iba a José Alberto hacia el vidrio de la mesa; daba un respingo, el torso se balanceaba como un títere pendiente de un hilo. Desde su asiento a ras de piso, amenazaba con desplomarse en cualquier momento sobre manteles individuales, copas y platos. Tuvo un cuarto de hora de excepcional lucidez, coincidente con el deterioro visible en la atención que Uge se esforzaba en prestarnos. Yo aproveché ese lapso para contar que probaríamos suerte en Blanco Trópico. Todavía no tenía trabajo pero buscaría alguna ocupación relacionada con mis estudios doctorales. Confesé que, antes del ofrecimiento que la Cooperativa de Horticultores había hecho a Marcia, no sabía siquiera dónde estaba esa isla. José Alberto se quedó meditando, enfocaba las coordenadas en un mapamundi imaginario. Iba a decir algo, incluso movió los labios, pero Uge, avivada, se anticipó. En Blanco Trópico vivía Julián Zavala Dilinger, un amigo de ellos. Casualidades de la vida. Empresario, amante de la literatura y un novelista de mucho éxito. Por cierto, Juan, dijo Uge, con él podrás hablar acerca de tus textos, es muy buen tipo. ¿Quieres que te dé sus datos?

De primer golpe, experimenté recelo. Me ponía instintivamente a la defensiva cuando se mencionaba a

pretendidos expertos que podrían instruirme en mis aspiraciones creativas. No podía evitarlo. Además, me daba erisipela que la gente, por lo regular, asociara la noción literatura a nombres de autores mediáticos intercambiables, con independencia de su poética o su calidad disímil. José Saramago, Paulo Coelho, Laura Esquivel, Cristina Rivera Garza (que estaba de moda) o el último premio Planeta formaban parte del mismo repertorio. ¿Por qué cada vez era más infrecuente oír hablar de Fitzgerald o Hemingway, de Revueltas o Céline, de Carson McCullers? ¿O se cometía el dislate de afirmar que Vargas Llosa era un gran escritor pero reaccionario? Me negaba, por otro lado, a admitir un apotegma de Bukowski: la envidia únicamente cede ante los autores muertos. Yo tenía la esperanza de que mi obcecación, al pretender exorcizar por medio de la escritura al avechucho que me perseguía por las noches, obedeciera a otras motivaciones. No creo que sea necesario, dije debatiéndome internamente por enunciar lo opuesto. No le hagás caso, intervino Marcia dirigiéndose a Uge. Vos igual me das su teléfono y correo a mí. Ya conocés a Juan. Es el típico huraño que bajo la máscara ama a la humanidad. Era verdad, odiaba ir a fiestas pero luego no había forma de sacarme de ahí. Uge se levantó y fue a apuntar las señas en un papelito. A solicitud de la invitada, también trajo de la alcoba el bolso y los abrigos. Un reloj de pared había marcado la medianoche y los ajetreados papás seguramente querrían descansar, se veían exhaustos. Ambos caballeros y Marcia nos pusimos de pie. Abrazos y besos. José Alberto nos acompañó todavía con las llaves para abrir abajo. Salimos y él entornó la puerta del departamento. Cuando aguardábamos el ascensor, habría jurado que escuché el llanto de uno de los nenes.

Y luego estaban las frecuentes comidas con León Ramírez Rubio en su restaurante: Taberna de León Rubio. Se llamaba así, decía, porque si le hubiera puesto Taberna de León Ramírez nadie habría querido ir. Al principio eran la mar de agradables. Abríamos con una entrada de tacos de chapulín, paté de langosta o setas al ajillo, que acompañábamos con cerveza y tequila. Mi padre nos agasajaba con las

especialidades del día, un par de copas de tinto de Mendoza (o de plano la botella) y postres surtidos. Nos trataban a cuerpo de rey. “Bienvenida, señora, permítame el abrigo. Qué gusto verlos por acá de nuevo, joven Juan, ¿así que ya de vuelta de las Europas? El señor Ramírez los espera en el reservado” (la recepcionista era tan guapa como aquella de antaño, cuando mi hermana Genoveva y yo veníamos a comer). Marcia empezó a moderarse. A pocas cosas temía más que a las sobremesas defeñas, esa engañosa sensación catártica en el organismo que iba derivando hacia una demoledora resaca a media tarde con toda la vida por delante y el caletre despedazado como un rompecabezas. Después comenzó a disculparse, no aguantaba el ritmo de esos banquetes casi cotidianos. Prefería quedarse en casa de Isolda afinando algunos detalles por correo electrónico con los de la Cooperativa de Horticultores o aprovechaba para responder mensajes a su familia; navegaba un rato por internet para sondear alternativas de trabajo interesantes para mí, las cuales yo descartaba por “malas” al volver algo encandilado. A veces le apetecía quedarse a seguir leyendo una novela histórica de Cristina Bajo (autora en alza en Argentina). O simplemente descansar.

La casa invitaba siempre, lo que dio origen a un problema, o más bien a que León externara uno suyo. No acababa de resignarse a que nos fuéramos a vivir a Blanco Trópico. La relación de décadas que tenía con su administrador, Guadalupe Benítez, había llegado a un punto muerto y era el momento adecuado de un cambio. No pensaba despedirlo, desde luego, pero sería magnífico que yo lo relevara. Al cabo de un par de años, León y su hijo nos asociaríamos para abrir sucursales en la ciudad y en algunos estados. No estaba sugiriendo que creáramos una franquicia de tascas de lujo, discutiríamos eso más adelante. León sabía que el esquema de la diversificación funcionaba en otros ramos del negocio de alimentos. Mientras Marcia y yo estudiábamos en España, por ejemplo, había abierto una discreta taquería en una colonia popular. Hoy contaba con tres locales en distintas zonas. En conjunto, los cuatro aportaban buenos dividendos. En fin, los recursos para una sociedad entre nosotros los Ramírez existían. Ni que decir del potencial humano, trataba de

convencer mi padre a Marcia, no por nada Juan se ha doctorado en economía, estarás de acuerdo conmigo. Y si este panorama no nos seducía por ahora, entendía que debíamos instalarnos y readaptarnos a la vida en Latinoamérica, estaba por abrir un bar-lounge en Galerías Insurgentes. Todo listo: permisos, meseros, cantinero, vigilancia, un lote de estacionamiento para los clientes a media cuadra. Una inversión segura de la que yo podría hacerme cargo sin dificultades. Planeaba transferir allá a Benítez, pero nada le impedía hacerlo al revés. Guadalupe incluso podría irse conmigo para "coachearme" al principio y que no me resultase tan pesado. Pero yo no podía aceptar. Está Marcia, papá. Por supuesto que está, hijo. Ella se abrirá camino antes de pestañear un ojo, no era impedimento sino todo lo contrario, un engranaje indispensable para echar a andar la maquinaria. ¡Imagínate si este país en desarrollo no va a necesitar biólogos especializados en la actividad molecular de las plantas! Es más: León proponía a Marcia que elaborara un proyecto para rediseñar los interiores del restaurante con arreglos florales, veneros simulados y plantas exóticas. Tendría que ocuparse de todo, desde seleccionar los especímenes hasta el cableado eléctrico y la microingeniería del riego. Además podría dobletear, es decir, hacer otros trabajos por fuera. Ya había hablado de su nuera a su amiga Ingrid Campillo, quien tenía una cadena de viveros. Una cadena, no uno sólo como la cooperativa esa de Blanco Trópico o como se llamara. Las puertas estaban abiertas, a Ingrid le encantaría conocerla, que se reunieran a tomar un café y convinieran el horario y el sueldo. Además Ingrid quería saludarme, hacía rato no me veía. También había platicado con Elena Sierra, su segunda mujer. Coincidía con él. Opinaba que nosotros no debíamos desaprovechar estas oportunidades.

En realidad, el cuadro que pintaba León no era en absoluto desdeñable. Salvo por un detalle: nos privaba de la libertad de tomar nuestras propias decisiones. Marcia estaba dispuesta, si yo lo deseaba, a reconsiderar lo que habíamos decidido, aunque creía que a la larga sería una equivocación. Que fuésemos felices en Blanco Trópico estaba por verse, pero las probabilidades de ser independientes disminuirían si

optábamos por quedarnos en la ciudad de México. Era una ley natural, cabría esperar las mismas presiones si el destino nos hubiera guiado a Río Gallegos con Isabel y Pablo. Esas comidas en compañía de León se tornaron tensas. Cuando Marcia iba, y saltaba el tema, yo insistía en que por ahora preferíamos continuar con lo que teníamos previsto, lo que no cancelaba la posibilidad de una empresa conjunta con mi padre en el futuro. Si nos reuníamos nosotros dos solos, León descargaba una batería de argumentos para desalentarme, por momentos yo adoptaba una actitud pasiva, de ambigua debilidad. En medio de una sesión de postres, León dijo que tampoco era su afán entrometerse (más). A partir de entonces acudió, quizá de manera inconsciente, a una estrategia desesperada.

Otra tarde, pedí un tercer expreso cortado. Me mortificaba haber engullido una segunda rebanada de pastel mil hojas, la camisa se me abría a la altura del esternón, los botones parecían a un tris de salir disparados desde el ombligo. Intentaba convencerme, para paliar de antemano las molestias que sobrevendrían, de que la cafeína era digestiva. Marcia me dedicaba una mirada reprobatoria. Volveríamos a casa de mi madre y comenzaría a lamentarme de mi gula, a remover frenéticamente en los cajones de la cómoda del comedor en busca de unos Alka Seltzers. Así era yo, Claudito. Un quiasmo encarnado: más leche para este pan, más pan para esta leche. Más tragantonas para estas tabletas efervescentes, más tabletas efervescentes para estas tragantonas. Y venga a eructar hasta bien despuntada la noche. El mesero colocó tacita y plato sobre el mantel y León preguntó que quién iba a pagar. Se hizo un silencio embarazoso. Ya ves, me dijo, si trabajaras conmigo ni siquiera tendrías que ponerte nervioso haciendo ademán de sacar los billetes de la cartera. Te los descontaría directamente de tu pago. Guárdalos, añadió, es broma. Cárgame a mí el consumo, Felipe. Y que Benítez deje de estar papando moscas, sentenció.

Escenas parecidas se repitieron causándonos una desazón moral agudizada por las constantes llamadas telefónicas de León (hasta cinco o seis la misma mañana) cuyo objetivo era preguntar si ese día iríamos a la taberna. El tema siempre

andaba rondando aunque no se mencionara. No explícitamente. De hecho, el tema se convirtió en EL TEMA. Ya no se trataba de los promisorios filones comerciales que padre e hijo, empresario restaurantero y economista, podrían explotar. El mensaje, a través de la línea o en persona, se matizaba orientándose hacia lo conveniente que era disfrutar una estabilidad financiera a la que alguien con mis prendas, a los 36 años, debiera mínimamente acceder. Eso me permitiría, por decir algo, convidar a los amigos con unas copas, viajar a donde quisiera con Marcia y con la familia que construiríamos después ("los nietos que le daríamos"). Desde una posición sólida, incluso podría seguir combinando, como había hecho, la academia con la literatura, preparar mis ponencias para los congresos internacionales, influir para que me publicaran el estudio ese del que le había hablado *(Sustentabilidad equitativa)*, terminar mi libro de la garza y escribir otros cuentos. Estaba el apoyo posdoctoral de la Fundación Caja Madrid, reconocía León, pero se acabaría y yo tampoco podía aspirar a eternizarme como becario. A él —a León— le sobraba tiempo para leer lo que le viniera en gana. Si tuviese mi talento y le diese por escribir una novela apostaría a que lo haría. Tranquilamente. Era cuestión de organizarse. A partir de una base segura y firme. Una base que sólo el trabajo —con León— garantizaba.

En la taberna de nuevo: estoy rojo e hinchado. Marcia, furiosa. Por la noche tuvimos un pleito terrible a propósito de León y sus intromisiones. Esa mañana, mientras buceaba dentro de mi cerebro a la pesca de una excusa para rehuir el potro de tortura en que se habían convertido esos festines, me percaté de que algo extraño me pasaba en los dedos al empuñar el teléfono: pimientos. Marcia preguntó (más bien constató) si era León. Aceptá, Juan, me ordenó. Lo veríamos al mediodía y mi señora esposa, lo juraba, le iba a cantar las cuarenta así nos atragantáramos los tres. Colgué y fui al baño a mirarme al espejo. Era un monstruo. Me quité la camisa del pijama y me bajé los pantalones. Una urticaria de elefante. Los párpados, tumefactos, se me cerraban como si hubiera enfrentado a Bruce Lee. Parecía un chino dentro de la cara de un tomate. Lo primero que se me ocurrió, no supe por qué, fue ponerme un sombrero. Pasamos a consulta con un médico

antes de dirigirnos al restaurante. Marcia conducía el coche prestado de Isolda, quien se preocupó tanto como ella al descubrir el nuevo aspecto de su hijo. Dermatitis idiopática. Antihistamínicos y evitar situaciones de estrés. Justo como la de esa mesa. Marcia había explotado y su voz fluía modulada e incontenible. Lo perturbás, León, ¿acaso vos no te das cuenta? Mirá cómo está. Una roncha por cada llamada y reproche velado tuyos. Yo escuchaba con una gorra que había sido de Genoveva, y permanecía al margen. La droga debía estar surtiendo efecto, parecía un ídolo rojizo desenchufado de su espíritu. No acertaba sino a rascarme debajo de la barbilla y el cuello, y luego retornaba a la impasibilidad. Ni siquiera había probado el plato de botanas. León hizo recular la pesada silla de madera, tapizada con guadamecí, y se retiró hacia la recepción con evidente rabia contenida. Marcia pensó en tomar el bolso (y a mí) y marcharnos, pero la prudencia la contuvo. Su suegro volvió a ocupar su sitio a los diez minutos. ¿Qué harían en lo sucesivo?, preguntó. ¿No verse nunca más, retirarse el saludo? León propuso un pacto de civilidad. Marcia, uno de civilidad y mutuo respeto. Ambos estuvieron de acuerdo. La comida pudo desarrollarse sin mayores sobresaltos. Yo apenas si picoteaba los platos y hubo agua en vez de vino tras el piscolabis. No quise flan de coco, que me encanta. Me caía de sueño. Al levantarnos nos despedimos de beso, con naturalidad. Estreché la mano de mi padre sin mucha fuerza. Al salir me vi reflejado en una ventana. Tenía una pinta rarísima, un agrietado globo escarlata bajo la visera. La embestida de León cesó. Llamaba menos a casa de Isolda. Y dejó de machacar con lo de la mancuerna de los Ramírez.

Hacia finales de noviembre, un sábado soleado y de viento fresco, anticipo del invierno que ya no habríamos de pasar en la ciudad de México, propuse que fuéramos a las librerías de Miguel Ángel de Quevedo a buscar una guía de Blanco Trópico. Marcia me tenía prohibido comprar más libros, esperá a que lleguen las cajas de España, habrá que reenviarlas a la isla, para qué seguir acumulando. Yo desobedecía la veda a la primera oportunidad, al costo de una

“retada” (regaño) que intentaba apaciguar a mi vez con el alegato de que, puesto que de todas maneras tendríamos que redespachar nuestras cosas, daba igual añadir unos cuantos volúmenes más. Como fuese, ese día cuya transparencia permitía avistar las cumbres del Ajusco, Marcia estuvo de acuerdo. Luego podríamos tomar un taxi, subir por Altavista al bar del San Ángel Inn y sentarnos a tomar unos tequilitas en el patio del restaurante mientras observábamos la llegada progresiva de la ostentosa clientela. Abierto el apetito, por qué no bajar por Revolución hasta Avenida de la Paz y gastarnos unos euros de nuestras aún activas becas, transformados en pesos gracias a la magia global de los cajeros electrónicos, en unas crepas y un vinito en el Cluny. El Ford estaba a nuestra disposición, pues Norma y Sonia, amigas íntimas de Isolda, recogerían a mi mamá y a Salvador para ir a Tepoztlán a pasar el fin de semana.

Ni en el nuevo edificio de Gandhi ni en la librería del Fondo de Cultura Económica ni en el Sótano ni en el Parnaso tenían alguna guía de Blanco Trópico. Uno de los dependientes de Gandhi, después de preguntarnos si habíamos encontrado todo lo que buscábamos cuando recién habíamos entrado, se partió de risa cuando le planteé la consulta. ¿Blanco qué, estaba seguro de que existía ese sitio? Fueron al ordenador a rastrear algún título relacionado, pero el empleado tardó mucho porque se distraía con otros clientes y se empeñaba en teclear blanco con v. No podía asegurarlo, yo creía que se trataba del mismo chico que, el mes pasado, se carcajeó cuando le pregunté si tenía disponible *El obsceno pájaro de la noche* de José Donoso. En esa ocasión había llamado al supervisor para compartir lo que, sin duda, juzgaba como un chascarrillo de un comprador alburero. El superior también se había tronchado, se acercó a mí y me palmeó amistosamente en el hombro como diciendo ésa sí que estuvo graciosa. Bueno, había que admitirlo, no era indispensable que todo el mundo tuviera nociones de narrativa hispanoamericana. Ni de geografía. De hecho, tampoco Marcia (que en general era bastante más culta que yo) sabía dónde estaba Blanco Trópico antes de recibir la oferta laboral de la cooperativa. Yo no quitaba el dedo del renglón, por lo que respectaba al chileno Donoso, algún día

encontraría la novela y la leería. Y por lo que hacía a Blanco Trópico, en efecto había una guía publicada por una editorial barcelonesa, que estaba agotada. Podíamos encargarla, para lo cual debía dejar un adelanto. De dos a tres semanas. ¿Qué opinás, Marcia? A lo mejor (seguro) el envío demoraba más, nosotros habíamos comprado ya los boletos de avión para salir el viernes 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe. Estaríamos allá antes de poder mirar la guía, no tenía gollete, me respondió. Aparte tendría que venir a recogerla Isolda o Salvador, o León, con la consiguiente lata para ellos. Esperá, Juan, me dijo, tené paciencia. Demos una vuelta a ver si la vemos en otra parte.

Estábamos por volver al inmenso estacionamiento de la plaza comercial que se extiende a un costado de Gandhi y del Fondo (desde ahí habíamos caminado a las librerías) cuando Marcia, pese a la notoria fatiga, sugirió como último recurso visitar las tiendas de libros usados en Avenida Universidad. Yo recobré bríos, anduve removiendo en los estantes con el entusiasmo ilusionado de un niño en juguetería. Al descubrir una hilera de volúmenes de ciencia ficción (mi delirio junto con la literatura de vikingos y piratas), la mayoría con los lomos gastados o rotos, perdí el foco y enloquecí. Quería comprarlos todos. Bajé a la planta baja y pedí permiso a Marcia, quien se había topado con un curioso herbolario impreso a finales del siglo XIX, una curiosidad carísima. Estaba pensándoselo, si adquirirlo o no. Como estaba abstraída en sus propias deliberaciones, me dijo que estaba bien. Subí y descendí casi al instante las escaleras. Es que había cuatro títulos que me interesaban. *El fin de la infancia* de Arthur C. Clarke, unos cuentos de la primera juventud de Bradbury, en realidad policiacos; *Laberinto de muerte* de Philip K. Dick, no conocía esa novela del artífice de *Blade Runner*, y un ruso de nombre raro que me sonaba, en cuya obra al parecer se había inspirado Orwell para *1984*. Uno o dos máximo, querido esposo. Y apurate que ya me muero de ganas del tequila. Estuve arriba todavía un rato. Sacaba un ejemplar y lo devolvía, lo palpaba como si pudiera extraer su contenido.

Pagamos y salimos a la calle, cada uno con su bolsa. Era un día ciertamente luminoso. Mientras esperábamos en una

esquina el cambio de luces de un semáforo, pregunté a Marcia si, al final, se había animado con el herbolario. ¿No, entonces que había comprado? ¿Una sorpresa…? Ella abrió las asas de plástico y extrajo un cuadernillo. Un ángulo de la cubierta estaba doblado hacia fuera. Lo tomé y me quedé perplejo. Lo hojeé y me fijé en la portada interior. La edición había sido financiada por un inconcebible Ministerio de Turismo, Natación, Deporte, Ciencia y Espectáculos. Era muy reciente, apenas de 2002. ¿Qué hacía una guía oficial de Blanco Trópico en una librería de viejo en México, DF?

Después del almuerzo en Cluny, a Marcia le entró un sueño invencible. No habíamos sospechado, tras los tequilas y cervezas en San Ángel Inn, que pudiéramos terminar más tarde en la crepería una botella entera de vino tinto. Cuando nos sirvieron el postre, unas blintzes con queso cottage rebosantes de mermelada de fresa, apuramos las últimas gotas. Pedí la cuenta y propuse volver a Gandhi por unos cds de música antigua que no me había decidido a comprar. ¿No? ¿Le daba mucha pereza a Marcia? Entonces se me ocurría una segunda opción: ir a la “cafebrería” Péndulo de Perisur a tomar un segundo exprés cortado. Era un espacio muy agradable y podríamos hurgar entre los libros a ver si encontrábamos otra guía de Blanco Trópico. Vos estás reloco, protestó Marcia. Ya podía interpretar sus piezas en el Péndulo la Sinfónica de Marte, o yo ir a Tombuctú a buscar oro, a ella que la llevara a casa a dormir una siesta. Era alevoso lo mío, siempre compre y compre. Entré en razón. Ella de verdad estaba cayéndose de sueño, y era exagerado emperrarme con una segunda guía cuando ni siquiera había revisado la primera más allá de un vistazo. Dejé la cantidad justa, propina incluida, en el platito sobre la mesa. Nos levantamos y fuimos al estacionamiento subterráneo a recoger el Ford.

Me dispuse a leer tras una profunda siesta de hora y media. Al incorporarme me asaltó un ligero pero inconfundible dolor resacoso de cabeza. Marcia, hecha un ovillo a mi lado, soñaba larga y pausadamente, con una respiración rítmica y serena. Bajé a la cocina a tomar dos pastillas efervescentes de Sal de Uvas Picot y retorné a la cama donde había pasado la

adolescencia y mi primera juventud, transformada ahora en provisorio lecho nupcial. Era muy estrecha, Marcia solía quejarse de que la aplastaba y una vez que cambiamos de sitio ella giró por encima del borde y se dio un porrazo en el piso. Mullí los almohadones y los coloqué detrás de mi espalda para recostarme. Centímetros arriba, en la pared, las cortinas corridas imprimían al aposento una oscuridad de cubil hibernal. Encendí la lamparita de mesa y ella emitió un leve gruñido en señal de inconformidad, sin despertarse. Intenté primero con el libro de Arthur C. Clarke, pero el argumento requería mejores condiciones de concentración. Sabía por experiencia que con Dick el entretenimiento estaba garantizado, prefería reservar su lectura para el día de la Virgen Morena, cuando subiéramos al avión durante las "aproximadamente de seis a nueve horas" que duraba el vuelo, según nos habían informado en la agencia de viajes. Tomé aire y solté un estruendoso eructo que reverberó en mi tórax. Fue reconvenido con un suave sopapo de zombi. Olía a Sal de Uvas Picot, una mezcla indefinible de crepas y alcohol. Marcia farfulló "qué hora es". Repliqué que no sabía pues había dejado el reloj en el baño. ¿Había ido por fin a Perisur? ¿No? ¡No recordaba que hubiéramos vuelto juntos! Ah, sí, sí, se removió y dio media vuelta hacia la pared mostrándome la hermosa cabellera rizada y los hombros bajo los cuales se escurría el camisón. De inmediato recuperó un ritmo de inspiraciones ondulatorio. Estiré el brazo hacia el suelo, arrojé la novela de Dick sobre la de Clarke y luego estuve tanteando hasta dar con la bolsa de la librería de viejo. El plástico crujía mientras hurgaba en su interior. Me atenazaba un sopor aletargado, pero no tenía ganas de levantarme y bajar al cuarto de tele. La guía me pareció lo más cuerdo. Una hojeada recreativa sin mayores pretensiones, cero esfuerzo craneano. Me puse en decúbito lateral, dando la espalda a la espalda de Marcia. Apoyé el codo sobre la almohada y la mejilla sobre la mano. Con el pulgar de la zurda separaba las hojas.

Quizás en pocos sitios como Blanco Trópico se reflejen con tanta claridad las particularidades de las razas que cohabitan.

Más allá de las orientaciones antropofilosóficas modernas que conciben al género humano como una y la misma raza, es indudable que los diversos grupos que conforman el mosaico pluriétnico del país se distinguen por una actitud muy racial hacia el otro. No por fuerza discriminatoria, pero sin lugar a dudas diferenciadora. Los yomas, por ejemplo, llaman a los blancos (de origen español o europeo) la Raza Yogur, aunque algunos de sus integrantes —portadores de sangre árabe y judía— sean atezados u oscuros como los indígenas. Los blancos, por su parte, se refieren a los yomas como la Raza Cabezuda, pese a (o tal vez por) sus notables capacidades matemáticas y especulativas. Los mestizos, que representan poco más de la mitad de la población, son conocidos como la Raza de las Dos Orillas, título que puede resultar laudatorio o peyorativo, según el contexto. Los negros reciben el mote Preferido del Cómitre, lo cual, como es de imaginarse, no les hace ni cinco de gracia. Se advierte al viajero que conviene ser cautos al hablar de estos asuntos…

La guía era bastante típica en cuanto a su estructura. Se organizaba en fichas temáticas acompañadas de pequeños planos al pie e ilustraciones a los márgenes. Me reincorporé temeroso de que se me fuera a entumecer el brazo (cosa que me sucedía con frecuencia). Repasé las páginas por el final y después las volví conforme al orden propuesto por el propio cuadernillo. Leí los tres primeros apartados: “Geografía y geopolítica”, “Clima” y “División territorial y forma de gobierno”. Después abría las páginas al azar.

La asociación de ciudadanos, el desplazamiento sin restricciones o salvoconductos, la libre manifestación de las ideas, así como el derecho a no ser privado de la libertad sin que medie orden de autoridad competente debidamente motivada y fundada constituyen garantías individuales consagradas a nivel constitucional en Blanco Trópico. Sin embargo, la libertad de tránsito y la garantía de no ser detenido sin orden de aprehensión se han visto restringidas en décadas recientes. Ello debido a la presencia de retenes militares y policiacos en calles y carreteras cuyo objetivo es extirpar el tráfico de posma *y disuadir a los*

consumidores. Mezcla de pos-tuc (raíz alucinógena empleada por la herbolaria yoma), efedrina y cocaína, esa droga crea una adicción incurable.

Me reacomodé echándome hacia atrás entre las fundas rellenas de plumas de ganso. ¿Cómo sería vivir en semejante planicie, sin serranías ni montañas, a no ser por una achaparrada cordillera? Saqué las piernas de las sábanas y los cobertores. Flexioné las rodillas sobre el colchón y atraje los talones hacia los glúteos para quitarme los calcetines. Al salir de la crepería, mientras esperábamos el coche en los sótanos del edificio, un frío incipiente nos había calado los huesos, pero ya en calzoncillos y camiseta, con la cantidad de mantas que Isolda nos ponía para dormir, de pronto me sentía acalorado. El edredón era un motivo de permanente disputa. Yo acababa destapándome y Marcia, en trance de cabreo sonámbulo, me recriminaba como si fuese ella la desarropada. Moví un poco la pantalla para iluminar mejor los párrafos sobre el atril de mis muslos. Marcia me mandó un manotazo de revés y mascculló que le quitara de encima ese faro. Dejó caer otra vez el brazo y se sumergió en un roncador estado theta. Ignoraba que Blanco Trópico hubiera servido a los acorazados de base para repostar. Que se hubiera intentado disimular su existencia durante la Guerra Fría, me parecía digno de asombro. Lo de su clima sencillamente mejor ni pensarlo.

Los cultos religiosos y los templos donde se profesan, apostólicos o no, están sujetos a la vigilancia y los reglamentos del Ministerio del Interior. Las sectas evangélicas han venido proliferando en los últimos lustros. La comunidad de los Testigos de Jehová está sólidamente arraigada y la mayoría de los católicos la tolera, igual que a los mormones.

—*Help!* —musitó Marcia—. Ayudame, Claudito, no me puedo despertar.

—No te preocupes, duerme otro ratito. —¿Qué hora es?

—Dejé el reloj en el baño, ya te lo dije.
—… ¿qué hora decís?

Como en muchos países de América Latina —en caso de que una isla a mitad del Atlántico puede considerarse parte de esa geografía—, *los procesos para ocupar cargos de representación popular originan impugnaciones, protestas y manifestaciones callejeras. Por ello, desde 1990 opera un Instituto Garante Electivo (IGE), con un presupuesto anual millonario, cuya finalidad es arbitrar los conflictos originados por votaciones. En 1999 repartió una suma cercana a los tres mil millones de albos (mil millones de dólares) entre el gobernante y centro-izquierdista Partido del Pueblo de Blanco Trópico (PPBT), el Partido Acción Popular Hoy (PAPH), opositor y de centro-derecha, y un heterogéneo conjunto de variada ideología*.

—Llamame en quince minutos.
—Pero no tengo reloj.
—Calcula.
—De acuerdo.
—No más de quince minutos ¿eh, Juan?

Conforme a las últimas encuestas del Centro Demográfico y de Coparticipación, a pesar del papel fundamental que se le ha asignado en la consolidación de la vida democrática, el IGE es una de las instituciones que menos índice de confianza genera entre la gente. Su propaganda para fomentar la igualdad entre los ciudadanos se centra en permanentes bombardeos de spots radiofónicos y televisivos donde se encomian los valores de la convivencia. Los asesores mega remunerados los estiman geniales. La ciudadanía, una mierda para imbéciles.

—¡Caramba, Marcia, yo creo que nadie se tomó la molestia de revisar la versión final de esta guía! Se la habrán encargado a un redactor resentido.
—Shhh… No hagás ruido, quiero volver a dormirme.

Antiguamente, el recinto del Congreso se engalanaba cada diciembre para recibir la visita del titular del Ejecutivo, quien en acto solemne, subido a un podio, dirigía a la ciudadanía un discurso televisado por el cual hacía balance de su gestión y resaltaba los logros cosechados por su gobierno. Desde finales del siglo XX, esta formalidad se verifica a la inversa y ya no se transmite por televisión. El senador decano, en calidad de portavoz del Parlamento, y el presidente de la Suprema Corte de Justicia, representando al Poder Judicial Máximo, acuden a la sede del primer mandatario (el edificio conocido como Torre de Aguerreberre) y presentan un minucioso informe de trabajo a fin de que la jefa de gobierno lo apruebe. Una vez refrendado, el documento puede consultarse durante algunas semanas en la página web de la Dirección Federal de Comunicación Social.

—¿Ya anocheció? Me deprime levantarme de la siesta y que esté oscuro.

—Descansa, no te preocupes. Te aviso en unos quince o veinte minutos.

—No ha anochecido, ¿verdad? Odio estas comidas pantagruélicas del DF.

—Tranquila, bonita. No han pasado los quince minutos.

Los mulatos sobrellevan con buen humor el sambenito Exprés con tres Gotas de Leche, que con los años se ha vuelto inofensivo. La raza Rubiales (también conocida como Yankee Doodle) la componen descendientes de los norteamericanos que se instalaron en la isla durante la Guerra Fría. Los cubanos que en ese mismo periodo inmigraron al país, cualesquiera sus colores, son identificados como la raza Renegados del Comandante Fidel. El porcentaje de mestizos alcanza el 52. Los yomas, el 20 (la mayoría ha permanecido en Isla Morgan y Selva Oriente). Los blancos llegan al 10. Los cubanos (así los cataloga el Instituto Nacional Demográfico, pese a ser ellos mismos una prueba viviente de mestizaje), el 2.5. Negros y mulatos rondan, respectivamente, el 4 y el 6. El 5.5 restante lo integran inmigrantes de diversos países: libaneses, cada vez más coreanos y

chinos. A últimas fechas se nota la presencia de naturales de otros países de América Latina.

—Al principio te sentís en el cielo pero luego no hay forma de digerir.

—Duerme otro rato, preciosa. Yo te llamo.

La tasa de natalidad es 19; la de mortalidad, 5. En 1999 se registraron, según estimaciones oficiales, 37,800 nacimientos y 9,800 muertes. La densidad poblacional: 44 personas por km^2*. La esperanza de vida es de 72.6 años para los hombres y de 77. 4 para las mujeres. La población económicamente activa, conformada por mayores de 14 años es de un millón 350 mil individuos, lo que representa el 45% de la población total.*

—¿A vos no te sientan para el culo estas comidas? ¿No te duelen las tripas, con los pedos que te echás?

—Mira quién habla. El burro hablando de orejas.

—Retractate, yo soy una dama. No me dirijás la palabra, voy a dormir otro rato. Estoy sumamente ofendida.

—Escucha, Marcia, por lo visto otros hermanos latinoamericanos ya se nos han adelantado. No seremos pioneros en la isla.

—Shhh, dejame dormir… So bruto, llamarme burro… ¿A qué han ido?

—Profesionales en busca de empleos. Engrosaré la lista, supongo.

Al tenor de la guía, me preguntaba si no era retórico identificar a Blanco Trópico con una democracia. Mandatos presidenciales virtualmente indefinidos, dos partidos en el poder a lo largo de casi una centuria, una gobernadora nacional que también encabezaba el municipio más importante y la capital del país. Rendición de cuentas endeble por parte del Ejecutivo, un reporte oficial subido a internet. Destacamentos armados en las autopistas. ¿Era muy diferente, en el fondo, de la Argentina confiscada antes de que Néstor

Kirchner asumiera el poder hacía seis meses? ¿O del México panista de Vicente Fox Quesada?

—¿Y cómo vas a saber cuándo llamarme si no tenés reloj?
—Calculo, tú misma me lo sugeriste.
—Ah, bueno. ¿Por qué siempre olvidás el reloj en el baño?
—¿No me dijiste que no te hablara?
—En lo general no, pero para despertarme sí… ¿Por qué, Claudito?
—¿Por qué qué?
—¿Por qué lo olvidás?
—No lo hago a propósito. Mientras me cepillo los dientes me lo quito y lo pongo junto al lavabo. Cierro la llave y me voy sin más. Es un acto maquinal.

El producto interno bruto, según recuentos oficiales, ronda los 45 mil millones de dólares, y el ingreso per cápita asciende a cerca de 15000 dólares (45 mil albos). Cifras muy positivas en proporción con los tres millones de habitantes que, en todo caso, hay que matizar. El 70% de la riqueza nacional se concentra en una treintena de familias. Son accionistas mayoritarios de Hidrocarburos de Blanco Trópico. Poseen y explotan asimismo haciendas agrícolas y ganaderas, y producen toneladas de miel para exportación.

—Y sin embargo los anteojos nunca se te olvidan.
—¿Cómo?
—Claro, sin ellos probablemente no podrías volver al baño a buscar el reloj.
—Nunca había pensado en ello.

Durante los cuarenta y cincuenta del siglo pasado, la ciudad de Blanco Trópico experimentó un importante crecimiento. La urbe asimiló oleadas migratorias procedentes del campo. Mestizos, mulatos, negros y un muy reducido porcentaje de indígenas, todos ellos campesinos, dejaron yunta y arado para emplearse como jornaleros. Las fábricas prosperaron humeando en los suburbios.

Las colonias y los barrios se ensancharon. Al dejar las glebas muchos paisanos, lamentablemente, cayeron en la indigencia. Eso explica que una gruesa capa lumpenproletaria se haya asentado en las barracas colindantes con los ensanches industriales de la periferia.

Marcia se incorporó recostándose sobre la almohada. Deslizó su pedazo de edredón hacia abajo pateándolo con los talones y se quejó del repentino bochorno. La lámpara alcanzaba a iluminar los muslos torneados bajo la corta falda del camisón. Tendría que decirle a Isolda que no nos pusiera tantos cobertores, incluso si Marcia hacía la cama reaparecían ahí. Desvié la mirada de las páginas y aprecié la tersura de esa piel apetecible. Una sinapsis instintiva, desde el cerebro, mandó la señal decodificada en palpitación de pene, pero antes de que pudiese sugerir nada mi esposita hizo ademán de levantarse. Lo reconsideró mejor, con un resoplido; se quitó unos bucles de la frente y dio media vuelta desmoronándose de costado. Ahora le veía su adorable grupa. Marcia transitaba una vez más, a increíble velocidad, por las tersas colinas del sueño.

No obstante las relativamente exitosas artimañas de la CIA para escamotear su ubicación geográfica, Blanco Trópico no fue del todo ajeno a la fiebre de transformaciones políticas y culturales en la década de los sesenta. Los electrodomésticos se volvieron parte del paisaje cotidiano de las amas de casa, quienes encontraron un remanso a sus tareas equipadas de tostadoras, licuadoras, aspiradoras y lavadoras. Hubo revueltas callejeras de cuyas represalias (diez líderes estudiantiles muertos) se responsabilizaron mutuamente los partidos del Pueblo de Blanco Trópico y Acción Popular Hoy…

Me salté unos folios. Con seguridad, lo que halláramos en la isla sólo se parecería de manera fragmentaria a las descripciones y análisis que estaba leyendo. Ése era el problema con la realidad: había siempre aristas escurridizas,

inasibles, percepciones cambiantes según los caprichos tornadizos de la subjetividad y el tiempo. Lo mismo pasaba con la economía (macro y micro), pese a su presuntuosa “matematicidad”. Y con la literatura, a mi modesto entender. Me empezó a invadir una modorra espantosa. Entrecerré el cuadernillo y me desperecé bostezando más fuerte de lo que la prudencia habría aconsejado, pero Marcia ni se inmutó. Roncaba como dentro de una campana de terciopelos.

Los televisores a color inundaron los hogares en los setenta. El turismo, aunque en la isla aún tardaría años en masificarse, se convirtió en una opción de ocio para algunas familias, y el cine, a falta de una liga competitiva de futbol y por encima del béisbol, se entronizó como el rey del entretenimiento… Un observatorio lunar se instaló cerca de la Colina de la Atalaya… A principios de los ochenta, la moda de blusas con hombreras y tupé sentó sus reales entre las damas, aunque por las condiciones extremas de calor los peinados se desarmaban muy rápido y la transpiración contraía las camisas…

—*Help!*, Juan, es en serio. Ayudame, por favor, no puedo seguir durmiendo así toda la vida.

—Tranquila, flaquita, te llamo en cinco minutos.

—Mentira, no me vas a llamar. Y no me digás flaquita, estoy hecha una pelota.

—Déjame terminar este párrafo. Prometo brindarte todo mi auxilio después.

Los yomas que no han emigrado a las ciudades perviven en orgulloso estado de aislamiento en sus enclaves de Selva Oriente e Isla Morgan. Constituyen un colectivo independiente, un mini país —dividido geográficamente por un brazo de mar— dentro de otro país a fuerza de su temperamento refractario y la irreductibilidad de sus costumbres. No siempre fue así. Al principio de la Conquista, en una primera etapa de pacificación, cuando Pedro de la Cruz Ávila desembarcó en 1535 para fundar la Muy Noble y Muy Leal Villa de Blanco Trópico…

Marcia se incorporó y se arrodilló sobre el colchón para correr las cortinas sobre nuestras cabezas. Sentí el calor de la cadera muy cerca de mi cara, el promisorio aroma tibio de la bombacha. La sinapsis eréctil se reavivó. Me atreví a insinuarme, aparté la guía y me arrimé a ella. Estás reloco, Claudito, me rechazó con un puñetazo. Con lo que he comido, dijo, creo que te vomitaría encima. Además, la había dejado dormir y ya era de noche. Por mi culpa le entraría una depresión de muerte. Le pasaba siempre que se levantaba de la siesta y ya estaba terminando el día. Habíamos quedado en que sólo quince minutos, media hora máximo. Yo era un egoísta, me había picado con la lectura y me olvidé de ella.

Del otro lado de la ventana (protegida al exterior, como tantas casas en el DF, por una maciza rejilla para prevenir asaltos) transitaban esporádicamente vehículos con las luces encendidas. Marcia deslizó sobre el riel del alféizar uno de los marcos de vidrio. La habitación necesitaba orearse. La silueta del enorme gomero plantado en la banqueta se reclinaba sobre la fachada. A través de sus hojas pulposas escuchamos el pitido del vendedor de camotes. Una estampa de nostálgica estridencia pueblerina en una ciudad caótica. Marcia se escabulló a horcajadas sobre mi panza, hice un tanteador esfuerzo por retenerla, hasta que me encajó los dedos en las axilas para debilitar mi abrazo. Dejate de joder, Juan, ni lo sueñes. Se compuso el pelo revuelto y se sentó frente al escritorio. Al parecer Isolda había apagado la computadora temprano. Por más que le decíamos que esos aparatos casi no gastaban energía eléctrica, mi madre pisaba el interruptor de la tableta de enchufes si no veía a nadie a la redonda. Bueno, a lo mejor pensó que estaríamos fuera de casa todo el día. Marcia pulsó el botón de encendido. Mientras el sistema operativo y los programas se "iniciaban" (la jeringonza informática es al castellano lo que un gargajo verde con sangre a un mantel), anduvo trajinando por el baño. Reapareció acercándose adonde yo fingía sentirme ofendido con los brazos en cruz y cara de mohíno, mis pelos despeinados recortándose contra la penumbrosa aureola fosforescente de la ventana abierta. Ella me arrojó el reloj de pulsera al regazo, me convenía tenerlo más a mano la

próxima vez, ya sabía lo que me perdía. Esgrimí una protesta poco enérgica agradeciendo para mis adentros, tras una andanada de agruras, que después de todo no fuéramos a coger. Marcia se dirigió a continuación hacia los armarios engarzados en la pared, cerca de la puerta de entrada. Bajo un librero donde yo atesoraba mi colección infantil de *Astérix*, había montado nuestra pequeña oficina de viajeros aves de paso. Arrastró la silla de pino con respaldo de mimbre y se situó frente al teclado, dispuesta a escribir un correíto para saludar a Rafaela Pirezzi, hacía mucho no recibía noticias de su querida amiga. La agotó la idea, mejor iría a depilarse las cejas y darse un baño de crema para el pelo. Yo no me decidía a ocuparme en nada, tampoco tenía ganas de seguir leyendo. Me levanté, me puse de nuevo los calcetines, un pantalón pijama y pantuflas. Fui al lavabo y besé a Marcia en la mejilla, ella lo agradeció con un distraído mhm. En el cuarto de televisión, encendí la luz y los reflectores del pequeño jardín selvático limítrofe que Salvador Pellicer se jactaba falsamente de podar una vez por semana. Abrí la puerta vidriera e inhalé un poco de ese aire otoñal de montaña contaminante. Una racha de vientecillo frío me erizó la piel. Estornudé y luego tosí, daba pereza subir a buscar un suéter; volví a entrar, cerré detrás de mí y bajé la persiana de listones de aluminio horizontales. Apagué la bombilla y me repanchingué en el sofá. A mis espaldas, se difuminaba el parterre iluminado. Comencé a zapear. Las flatulencias se confundían en el ambiente con el vago deseo insatisfecho de Marcia.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Era notable cómo en determinado momento de la existencia la palabrería hueca de los refranes se cargaba de sentido. Llegó por fin el día de la Virgen Santísima de Guadalupe Patrona de México. Marcia, en una anterior visita al país por esas mismas fechas (en 2000, tres meses después de casarnos), había sido testigo del carnaval de idolatría religiosa, fervor nacionalista y adoración pagana encarnados en los artistas competidores de Televisa y TV Azteca, erigidos en portavoces del sentir profundo del pueblo por gracia del

poder fáctico de los medios masivos de comunicación. Se restregaba los ojos cuando veía en la pantalla a Lucerito con un sombrerote y micrófono, embutida en un traje de apócrifa charra esbelta, la estruendosa comparsa del mariachi macho detrás de ella, todos cantando al cuadro de la Madrecita de los Mexicanos con cara de contrita alegría mientras la chusma adoradora había sido convenientemente retirada de ese escenario público privatizado para la gala. Privatizado por turnos, además. Si Lucerito era la estrella de las estrellas, TV Azteca también tenía comprados sus minutos de veneración patriótica guadalupana y ponía a trinar más tarde, frente al espacio liberado de la sacra imagen, a alguno de sus astros del momento. Desde un punto de vista estético, me gustaba bromear con Marcia, el espectáculo tenía la singular virtud *kitsch* de conciliar varios elementos en principio incompatibles: la tilma de Juan Diego y la colina del Tepeyac, el entorno astronáutico-futurista de la nueva Basílica, la vulgaridad de actrices y actores de la caja tonta metidos a hipócritas pecadores de golpe en pecho, más el plus del ciego ardor arrodillado del pueblo. En verdad, Marcia nunca había visto a tanta gente desplazándose de hinojos por calles y avenidas, sobre marquesinas y techos, entre autos, alcantarillas, terrazas, montículos y semáforos. Y luego estaban los antorchistas guadalupanos. Que lo asparan a uno si no había que extremar precauciones con ellos. Corredores de ocasión que, con el propósito de cumplir una manda y dar gracias a su Mamacita Santa la Virgen, invadían las carreteras nocturnas sin balizas ni señales luminosas, y las diurnas sin otra protección que una camioneta destartalada —los fanales rotos— que iba detrás de ellos a aproximadamente un kilómetro. Cuando uno de esos deportistas místicos no podía más y había tenido suerte de no haber sido víctima de un atropellamiento, el vehículo guadalupano se emparejaba. De la parte trasera, un cajón en forma de redil dentro del cual otros antorchistas iban de pie y apretujados (obviemos el tema del cinturón de seguridad), saltaba el relevo y comenzaba su loca carrera vestido con pants rojos o verdes, una camiseta blanca con la Virgen y una antorcha estampados en la tela. Bajo las mangas cortas se distinguía la sudadera maltrecha que debía guarecerlos de las quemaduras del sol y

del frío. Y así seguía corriendo de frente y empuñando en alto la tea de la fe. Marcia preguntaba si todos esos devotos convergían en la Basílica. Sonaba ilógico pero en México todo era posible. Yo le explicaba que fijaban distintos puntos de peregrinaje en toda nuestra gloriosa República laica, bajo la misma advocación. Cuando hablaba de estos asuntos, extremo como soy, empezaba a enredarme con apasionada irracionalidad, me asaltaban dudas ontológicas que trataba de sacudirme de encima como si fueran tábanos. Primero movía negativamente la cabeza y citaba, como ejemplo de conducta y laicidad civil inmaculada, al benemérito de las Américas, don Benito Juárez. El prócer, le aseguraba a Marcia, se retorcería en su tumba si viera tanta mochería desatada en la nación. Marcia, divertida, me retrucaba que Benito Juárez debía de ser tan mocho como cualquiera, aunque lo bastante listo como para sacarle a los curas los caramelos. A ver, yo reconocía que era ateo recalcitrante, pero en el fondo creía en Dios. No era para reírse, Marcia. No creía en el Jehová atrabiliario de la Biblia (más que como literatura), pero bueno, quizá sí en un Yahvé menos ajusticiador y más comprensivo. Marcia se tronchaba de risa, siempre decía que si yo no fuera un hombre educado podría ser el más nazi de los nazis, el más monje de los monjes, el más comentarista deportivo de los comentaristas deportivos, el más fanático de los fanáticos. Yo no aflojaba en mi diatriba contra los pobres antorchistas. ¿Cómo podían ser tan brutos e ignorantes? ¿Exponer así su integridad por una superchería? Y luego, de la nada, admitía que los envidiaba. Imaginaba la sensación de plenitud exhausta que debían experimentar al hidratarse con cerveza (o lo que fuera) tras una extenuante jornada de esfuerzo físico guadalupano. La satisfacción íntima de esa comunión inefable con la Virgen. Debía de ser parecido a cuando —poco antes de casarnos— yo llegaba apaleado al bar Los Chanquetes en Madrid tras un partido de futbol disputado con los coleguitas en las canchas de cemento de la Chopera, presto a volcarme en una sublime y relajante melopea colectiva. La religión era el opio del pueblo. El futbol, una religión. Estaba de acuerdo con Marcia, no era propio de mi nivel cultural de pronto querer convertirme en antorchista. En todo caso, había que estar muy atentos a ellos en las

carreteras. Cualquiera arrollaba a uno y acababa linchado.

El aeropuerto Benito Juárez (llamado precisamente así en honor a quien honor merece, insisto) no se encuentra en carretera alguna sino que se enquista cada vez más en la urbe hipertrofiada que crece hacia cualquier lado y de cualquier modo. No era probable (aunque tampoco imposible) que esa mañana del viernes 12 de diciembre de 2003 fuésemos a encontrarnos con los hombres de la antorcha doncellil en el camino que media desde casa de mi madre hasta la terminal de vuelos internacionales. Nos toparíamos en cambio, sin asomo de duda, con ejércitos de caminantes arrodillados, su marcha de inexorables rótulas no cesaría hasta que el templo *star trek* los acogiera. En el DF además nunca había que descartar toda clase de movilizaciones imprevistas, incluidas las de otros antorchistas (los campesinos pendencieros especializados en desquiciar el tránsito ante la inacción cómplice de policía y autoridades).

El vuelo había sido programado originalmente a las diez de la noche, pero Mexicana de Aviación lo adelantó a las diez de la mañana. Como es habitual, había que presentarse tres horas antes para despachar el equipaje, pero tratándose de estos asuntos Salvador Pellicer se ponía tan nervioso y nos presionaba tanto que acabábamos siempre en alguna cafetería aeroportuaria cuando aún restaba una infinitud para cruzar la puerta de embarque. En la oscuridad todavía cerrada de nuestro dormitorio, recordé un puente vacacional en que íbamos a viajar a Oaxaca. Eso fue antes de conocer a Marcia, mucho antes de mudarme a España. Estaba mi hermana Genoveva y nos acompañaba también Genaro, hijo de Salvador con uno de sus anteriores matrimonios (Isolda era el cuarto). El avión salía a las 9 am y cuando nosotros (Genaro, Isolda, Genoveva, Salvador y yo) descendimos del taxi a eso de las cinco no había un alma, ni changadores ni personal de la aerolínea, ningún restaurante abierto. Estuvimos apoltronados sobre nuestras maletas hasta casi las ocho, cuando pudimos ocupar un asiento en la cafetería Barón Rojo y pedir algo de desayunar. Salvador ordenó también una cerveza. Como en los aeropuertos regía lo que él llamaba

horario internacional, no había que desaprovecharlo. Estuvimos ahí, varias espumosas e internacionales jarras de por medio, hasta las tres de la tarde. Un impenetrable banco de niebla y contaminación impedía la visibilidad en las torres de control. Aplazaron la salida tres veces, más tarde la cancelaron definitivamente en virtud de una repentina huelga de pilotos y sobrecargos confabulada con los meteoros. Rememoraba como si fuera hoy esa espectral vuelta a casa, el peso frustrante de las maletas a bordo de otro taxi. No se veía, ya no digamos los volcanes, sino más allá de tres metros del parabrisas. En casa, a instancias de Salvador, telefoneamos a Don Taco —pese a que ya nadie tenía hambre —; nos atiborramos de gringas al pastor y, antes de las ocho de la noche, todos nos fuimos a dormir. Me acordaba con nitidez de que había compartido esta misma habitación con Genaro (quien entonces vivía con su madre Antonieta) y que Genoveva había cerrado la puerta de su cuarto malhumorada por ese día inservible y porque nosotros dos no parábamos de hacer chistes. Era curioso, pero ese malogrado viaje a Oaxaca nos había provocado una fatigosa sensación de travesía inversa, como si el Barón Rojo fuese el puerto de destino y hubiéramos aterrizado en la ciudad de México tras horas y horas de vuelo desde Oaxaca.

Anoche, a la hora de la cena, Isolda y su segundo marido habían insistido en que querían llevarnos. Un ofrecimiento que no podíamos declinar y que implicaba avenirse a las obsesiones horarias de Salvador Pellicer. Por eso, a las cuatro cuarenta y cinco de la mañana, sin apenas dormir y con las imágenes de Lucerito y compañía aún bailoteando en la retícula cerebral, tomábamos un reparador café abrazaditos y acurrucados bajo el edredón. Aunque lo había dejado preparado en la cafetera a tornillo italiana antes de acostarnos, tuve que levantarme previamente, muerto de frío, para servirlo en la cocina y poner las tazas en una bandeja. Cada mañana desde que habíamos arribado de Madrid, Salvador objetaba ese café. Decía que dejaba un regusto a lodo, él preparaba uno infinitamente superior: un brebaje parduzco de calcetín calentado aprisa en una olla y pasado sin arte por un desvaído filtro Melita. Daba la cómica impresión de que, tratándose de café, se ponía celoso de las

habilidades de su entenado. Ayer por la noche Salvador no había parado de advertirnos que ese viernes 12 más valía ser precavidos, la grey arrodillada podía extenderse como un cáncer y taponar todas las calles. Después de mucho negociar, logramos convencerlo de que no era necesario presentarse en ningún aeropuerto cinco horas antes, aunque de mala gana aceptó que dejásemos un margen de cuatro. Si salíamos a las cinco veinte llegaríamos allá a las seis. En esos momentos Isolda, que no cantaba mal las rancheras en cuanto a nervios anticipatorios, nos tocaba la puerta para cerciorarse de que estuviéramos efectivamente despiertos. No te preocupes, Ma, entoné muy quedo, como si temiese interrumpir el sueño de alguien. Estaríamos listos a las cinco veinte, apenas iban a dar las cinco. Dimos sendos sorbitos a nuestras tazas, sin animarnos a deshacer el abrazo, salir de la cama y proceder a la ducha.

Por qué sería, pregunté apretándome más a mi consorte, que uno modulaba la voz en un entorno oscuro. ¿Por qué asociábamos ese tono susurrante a la ausencia de luz? ¿Sería un reflejo congénito o un hábito inculcado por las instancias educativas? Marcia opinó que lo segundo, a juzgar por el creciente número de cavernícolas que gritaban o hablaban por móvil en cines y teatros. Di un trago y pasé abruptamente a otro tema. Había estado reflexionando sobre la conveniencia de un cambio de look, llevar el flequillo suelto, la mata abundante tras la nuca. Tendría, más adelante, que rebajarme el copete, fantaseaba con recuperar la onda heavy metal de la adolescencia, cuando usaba una arracada en la oreja izquierda (conforme a los códigos de la época, la derecha era de jotos). Que ni se me ocurriera, fui conminado desde la oscura y aromática contigüidad. Eso era de cuarteto cordobés. ¿Acaso quería hacerme pasar por la Mona Jiménez? ¿Por qué no, qué había de malo con la Mona Jiménez?, repliqué. Dentro del género chun-ta-ta era un genio, cantaba bien, tan bien o mejor que Lucerito (si la Virgen era la emperatriz, Lucerito era la novia de América). Porque no, Claudito, y punto. Eso sí que era de nacos (mersa, en argentino), el peinado cuartetero. Por lo que al flequillo

incumbía, que esperara a llegar a Blanco Trópico, tal vez en alguna peluquería —¡pretendía que ella me lo cortara ahora! — pudieran hacerme un buen arreglo. Los pasos de Isolda resonaron amortiguados sobre la alfombra. Esta vez golpeó con más fuerza la puerta entornada. No era por fastidiar, pero Salvador creía que había que partir cuanto antes.

Cuando cargamos el equipaje en el maletero del Ford hacía un frío de los mil demonios. Unos chiflones helados se colaban por los resquicios entre la fachada de la casa y el toldo de acrílicos ondulados del garaje. Ese cobertizo era hasta cierto punto nuevo, producto de una sostenida batalla campal entre Isolda y Salvador, quien, afecto a la improvisación de bricolajes, después de una tormenta que echó abajo el anterior techo, había decidido sustituirlo con unas planchas de cinc unidas con tuercas. Aproveché un momento de distracción de mi padrastro, que enfundado en un sobretodo de lana negro inspeccionaba todas las maniobras de salida, y acomodé los bultos de manera que también cupieran los bolsos de mano. Pero Marcia se acercó frotándose los brazos y me pidió que sacara la valija grande, necesitaba ponerse un pulóver debajo de la campera de corderoy. Yo llevaba sólo una camisa de franela y camiseta. ¿No me estaba congelando? Con ínfulas de leñador montañés respondí que quería acumular mucha baja temperatura en el organismo para resistir después la vida en el trópico caliente. Que no dijera bobadas, me taparon la boca, lo que acumularía serían días de hospital con neumonía apenas llegáramos. Me puse refunfuñando el espantoso plumífero guinda, según Marcia, que me había traído de Madrid (yo lo juzgaba elegantísimo). Isolda hizo su aparición desde los entresijos de la casa. Había perdido las llaves del coche —para variar, exclamó Salvador, las cosas tienen un lugar y no cinco— y llevaba veinte minutos buscando, hasta que se dio cuenta de que las tenía en la mano. Estaba nerviosa, claro; los iba a extrañar horrores. Ella y Marcia se abrazaron. Reacomodé los chirimbolos en el compartimento trasero del auto. Llegó Salvador y empezó a descolocar todo. Luego estuvimos aporreando la tapa de la cajuela, que rebotaba al estrellarse con un asa de maleta que bloqueaba la cerradura. Marcia lamentó sinceramente que nuestras pertenencias aún

no hubiesen llegado de España, las molestias que sin duda ocasionaría su reenvío a Blanco Trópico. No tenía ninguna importancia, le respondió mi madre. Cuando aparecieran —“si aparecían”, agregó sin el menor atisbo de broma, cogida de la mano de Marcia— Salvador pediría a algún canchanchán de la oficina que las redespachara. Por ahora debíamos centrar nuestras energías en encontrar dónde instalarnos en nuestro nuevo hogar. Sólo teníamos que preocuparnos de eso. Al final todo se acomodaría, ya veríamos. Las cosas siempre acababan acomodándose. Hipótesis plausible, pensé cuando cerraba por fin el maletero a pesar de la ayuda obstaculizadora de Salvador. Los cuatro abordamos el vehículo y azotamos las portezuelas. Desde su puesto de piloto Isolda volvió la cabeza para dirigir el control remoto al portón eléctrico, que comenzó a chirriar y abrirse develando el tiznado trazo brumoso de la calle, la mole del gomero. Salimos en reversa. Isolda acopló el pequeño mando a distancia a la sombrilla plegable (con espejito) del techo y giró el volante para alinearse con el rasante. Al tiempo que aceleraba, Salvador comentó que debía ser más cuidadosa al retroceder. Se había cargado ya dos espejos laterales. Uno con el borde del portón y otro con el árbol.

Cuando subimos las rampas en espiral del estacionamiento ni siquiera habían dado las seis. No había cola frente a los mostradores, la única supervisora nos atendió en cinco minutos. Negocios y cafeterías aún permanecían cerrados, estuvimos caminando cual nómadas errantes por los pasillos desérticos. Las pisadas se confundían con el eco de las palabras, y cuando me senté para guardar los pasaportes la hilera de butacas azules gimió igual que un gigantesco animal herido que ocupase la soledad de los vestíbulos. A eso de las siete treinta, un empleado de limpieza se dejó ver con escurridor y fregona. Desabrochó el listón que, entre dos tubos, acordonaba la entrada del Barón Rojo. Empezó a mojar y batir el mosaico cansinamente, nosotros nos abalanzamos sobre una mesa. Atraje una silla del sitio de al lado, sobre la que coloqué abrigos y bolsos. Eché un vistazo alrededor. Inferí que cabrían también León Ramírez Rubio y Elena Sierra, quienes la víspera habían anunciado que nos alcanzarían para despedirse.

Y ahí estábamos otra vez, a las ocho de la mañana, sentados a la mesa del mismo restaurante de aquel fallido viaje a Oaxaca, a la espera de un viaje a una nueva vida de pareja, en horario internacional. Un mesero se acercó mientras terminaba de colocarse el saco rojo. Escuchaba con desconcierto que Salvador quería una Negra Modelo. La camisa mal fajada, la corbata de lazo suelta alrededor del cuello levantado de la camisa, revelaban que todavía faltaban unos quince minutos para que abriera la cocina. Al poco, nos trajo las cartas, tazas y un café bastante flojo. Salvador quiso saber entonces si tendrían una salsa de hombres, que picara de verdad. El mesero preguntó secamente si ya queríamos que tomara la orden. Isolda respondió que los dejara ver con calma la carta. Por lo pronto, le encargaba que no olvidara la cerveza y los chiles del señor. El saco rojo desaliñado (le quedaba corto de mangas y hombros) giró sobre sus talones y se marchó, me pareció que mascullando una maldición. Isolda se volvió hacia Marcia y hacia mí y, cubriéndose un poco la boca con la palma, cuchicheó que Salvador la tenía preocupada. Últimamente estaba más neurótico de lo habitual, se escapaba del trabajo y se pasaba horas en el supermercado o comprando cds en el Mixup de algún centro comercial. Además de que se metía más a menudo en lo que no le importaba. Isolda fastidiaba a su esposo diciéndole que tenía varios doctorados honoris causa en súperes y discos. La estaba escuchando, dijo Salvador, mientras miraba reconcentrado el menú y se masajeaba la lúnula del índice con el pulgar de la misma mano derecha.

El que había estado fregando los pisos amontonó los bártulos en un rincón, traspuso una puerta cercana al bar y reapareció detrás de una vidriera en la pared con mandil y gorro de cocinero. Encendió la estufa y se puso a trajinar con unas sartenes. Otro mesero se plantó delante de nosotros y extrajo un bloc del bolsillo de su chaleco color grana. Quitó la tapa a un bolígrafo y se dispuso a escribir en el papel. A sus órdenes.

A las ocho con veinte minutos, confirmaba la comanda (la Negra Modelo a la cabeza de la lista). Hizo un gesto aprobatorio, recogió las cartas y se dirigió a la cocina. Volvió unos segundos después para transmitir a Salvador un pequeño

detalle: no estaba seguro de que estuviera autorizado a servirle alcohol. No sabía, vamos a ver, si el gobierno había decretado ley seca con motivo de las celebraciones del día de la Virgen (nosotros tampoco, no recordábamos haber leído nada sobre el particular en el periódico). En caso de desobediencia, la gerencia se haría acreedora a una severa multa. Tenía que consultarlo con su jefe, pero éste no llegaría sino hasta el mediodía. Había una solución, sin embargo. Si el caballero (o sea, Salvador) estaba de acuerdo, por un módico cargo extra que no figuraría en la cuenta —tampoco lo haría la cerveza—, trasvasaría la bebida de la botella a un vasito de plástico blanco, así no se notaría su contenido. Si el inspector llegaba de repente, le haría una seña tocándose la oreja izquierda. En ese caso, le pediría su amable colaboración para ocultar el cuerpo del delito, de preferencia de un solo trago. Salvador se mofó de la simpleza del plan, afirmó que ni las normativas municipales ni la patrona de México podían ejercer jurisdicción sobre la franja horaria libre del aeropuerto, el famoso horario internacional. El mesero se rió nerviosamente y Salvador dijo que sí, hombre, que la trajera como quisiera, de todos modos le daría una generosa propina, es más, si los multaban él pagaba de su bolsillo. ¿No querríamos también Marcia y yo una Negra Modelo? Isolda lo miró y le advirtió que ni nos preguntara, nos sentiríamos indispuestos el resto del día. A mí se me antojó, pero me sofrené porque podría provocarme jaqueca en la aeronave. ¿Jaqueca?, repitió Salvador, incrédulo.

El muchacho volvió de la cocina con una bandeja. Un acre olor a chile asado comenzó a impregnar la atmósfera y Salvador, campeón invicto en materia de ese noble fruto, empezó a toser de manera desmedida. Podía comer paletadas de pimientos, pero no toleraba el más sutil tufillo de su humo. Fue tal la reacción alérgica que el primer mesero reapareció corriendo con una espumosa jarra de líquido oscuro (a la mierda el inspector). El garguero de Salvador carburaba como un mecanismo de pistones a medida que el rostro enrojecido comenzaba a recuperar su color natural. Agradeció la intervención del chico con un movimiento de brazo, al que siguió un giro de muñeca para indicar que deseaba otra Negra Modelo. Con la voz atragantada, pidió también que no

olvidara traer más chiles con el resto de los platillos.

A las ocho con cuarenta miraba con insistencia mi reloj. Faltaban treinta y cinco escasos minutos para que tuviéramos que ingresar en la zona de embarque y no había novedades procedentes de la cocina. Sentía punzadas en la boca del estómago y temía que me fuera a dar una diarrea si no comía pronto algo sólido. León Ramírez y Elena Sierra Aguilar no pudieron llegar en momento más oportuno. A Marcia le servían sus huevitos rancheros; un plato de frutas con yogur a Isolda; a mí, hot cakes con tocino y una tercera cerveza a Salvador, junto con huevos albañiles bien, pero bien picosos. Sobre la mesa pusieron además una típica y neutra salsa a la mexicana —la del "caldito de limonada", decía Pellicer— y otro platito aparte con chiles toreados. Todos nos pusimos de pie y saludamos cordialmente a los recién llegados, hombres y mujeres de beso en la mejilla. León sugirió juntar dos mesas, pero los cilindros que hacían las veces de pata estaban atornillados al piso. Trasladé los bolsos de viaje al asiento vecino, Elena se sentó en la silla que quedó desocupada y el mesero arrimó otra para León. Éste solía canalizar la tensión inicial de esas reuniones de mis dos familias con chistes o comentarios extravagantes que nadie entendía. Luego se relajaba, era amable y considerado. Dijo "provecho" a los comensales, quienes se lo agradecimos mientras tomábamos los cubiertos (Marcia alargó la mano a la canastilla del pan, adoraba rehogarlo en la yema) y después comentó que no sería mala idea copiar el ejemplo de esa cafetería fijando también las mesas de su taberna a las baldosas bajo el alfombrado. Así muchos habitués insufribles (entre ellos varios políticos), acostumbrados a pasarse de un mantel a otro en aras del chismorreo y la grilla, tendrían que resignarse al sitio originalmente asignado por el capitán. León se desternilló de su propia ocurrencia mientras el resto, sin dar muestras de contagio, nos ocupábamos en silencio de los primeros bocados. Salvador preguntó si no querían pedir algo con que acompañar los chiles toreados, ¡híjoles, están bravísimos!, se los recomendaba. Elena respondió que no tomarían otra cosa salvo café, más tarde tenían un *brunch* con unos amigos. Por esas fechas comenzaba ya la locura de las celebraciones prenavideñas. Isolda quiso averiguar adónde

irían, no era fácil disfrutar de un buen *brunch* en la ciudad, solían ser caros y con un bufet tristón. Elena estaba de acuerdo, ni siquiera el restaurante El Lago, donde habían quedado con sus conocidos, en pleno bosque de Chapultepec, cubría las expectativas. Aunque el decorado interior y la vista, convinieron ambas, eran preciosos. ¡Bah!, opinó León, los precios no dejaban de ser desproporcionadamente altos en relación con la calidad de la cocina. ¡Horripilante!, Salvador se sumó a la charla, los cocineros de El Lago ignoraban todo acerca de la ciencia de los chiles. Daba testimonio de ello, él había ido a almorzar ahí centenares de veces. ¿Cuándo?, preguntó Isolda, extrañadísima. ¿Acaso Salvador llevaba una doble vida secreta? Cualquier cosa que su actual marido afirmara, se burló, había que agarrarlo con pincitas. Sus críticas eran muy parciales, seguro ahora, complacido con sus chilitos sofritos, exaltaría al Barón Rojo a establecimiento de postín afiliado al *cordon bleu*.

No escapó a nadie un embarazoso intervalo. Mi madre se percató de que tal vez había metido la pata. La Taberna de León Rubio contaba, entre otros títulos, con el aludido reconocimiento culinario internacional. En ningún momento había querido ser despreciativa con el restaurante de su ex (ni, por supuesto, reducirlo al nivel de unos chiles sancochados), pero quizá sus palabras no habían sido del todo afortunadas. Por otra parte, no parecía lo más sabio hacer de una insignificancia una bola de nieve. Siempre, pensé, se propiciaban esta clase de malentendidos cuando coincidían mis padres y sus respectivas parejas. Era agotador. ¡No hombre…!, Salvador rompió, por así decir, el lapso de tensión contenida. Había ignorado olímpicamente la pregunta sobre sus imaginarias visitas a El Lago. Respecto a los chiles toreados —¿de verdad no querían?— estaban tan buenos que iba a encargar al mesero más tortillas de maíz para comerse unos taquitos de puro chile. Eran mucho mejores que los cursis franceses y su *nouvelle cuisine*. Aquí se produjo otra pausa escabrosa, algunos platos en Taberna de León Rubio se "mestizaban" bajo el influjo de la cocina gala. De pronto Salvador, entre suspiros y resuellos, se apresuró a dejar sobre el mantelito individual de papel un pedazo de tortilla rellena de huevos albañiles y chiles. Dio un desesperado trago a la

cerveza, cogió un pan y comenzó a mordisquearlo con voracidad. Sacudía los dedos de la mano en un rápido guitarreo al aire, enchiladísimo. Se había puesto tan púrpura que la anterior alergia al humazo parecería un previo y suave entrenamiento. ¡Ay, Chihua-hua!, alcanzó a levantar discontinuamente la voz. Era culpa de la combinación. ¡Uyuyuy, Chi… hua…!, siguió manoteando en progresivo trance afónico. Apartó plato y chiles y, cuando se le pasó, se compuso las solapas del sobretodo, reacomodó con un peine —que sacó quién sabe de dónde— unos cabellos detrás de las orejas y volvió a analizarse las uñas. Cuando sirvieron el café a León y Elena, mi padre ordenó que trajeran la cuenta. Hubo un pequeño rifirrafe en torno a quién iba a pagarla, pero León se adelantó a pescar la carpetita que contenía la nota. Del otro lado de la pared, con la nariz pegada al vidrio, el cocinero nos miraba con los brazos cruzados sobre el mandil. Elena y León recularon en sus sillas y Salvador, Isolda y Marcia fueron saliendo sucesivamente entre la mesa y los asientos. Me erguí por el otro extremo para recoger las cosas.

Frente a los puestos de revisión, los viajeros nos abrazamos con los familiares que dejaríamos en el DF. En un aparte, León me preguntó si necesitaba dinero. Sabía que contaba con él, sería un gusto ayudarnos en cualquier momento. Lo abracé de nuevo y estreché a mi madre, a quien se le pusieron llorosos los ojos. Sin apenas separarme de ellos, les expliqué que ese año habíamos logrado ahorrar algo de las becas posdoctorales Caja Madrid, y Marcia, además, pronto comenzaría a cobrar un sueldo. De todas maneras lo agradecía de corazón. Si fuera necesario (Isolda se había sumado al mismo ofrecimiento) les tomaría la palabra.

Me despedí de Salvador muy deportivamente, entrechocando las manos después de un *swing* en el aire. Marcia agradeció otra vez a su suegra todas las atenciones, confiaba en que nuestra estancia no se hubiera prolongado más de lo oportuno. Y se disculpó de nuevo por el fastidio que implicaría la llegada de nuestros cacharros desde España. Para nada, afirmó Isolda con un aspaviento, como si espantara moscas. Si ella podía ayudar en algo, intervino Elena Sierra, que por favor tampoco dudaran en llamarla. Luego ambas señoras intercambiaron los números de sus

celulares, estaban seguras de que ya los habían apuntado y perdido después, por distraídas. Una última ronda de apretujones de mano y abrazos. Sorteamos los controles. Todavía alcanzamos a saludar con el brazo al grupo de cuatro que decrecía en tamaño detrás del muro transparente, y anduvimos paseando en silencio unos minutos antes de enfilarnos hacia la puerta de embarque.

Ya acomodados en los asientos del avión, el piloto ordenó a la tripulación de cabina armar toboganes y efectuar el *cross check*. Marcia revolvió mis cabellos despeinados y me preguntó si iría a extrañar mucho a la familia. Sí, respondí con conmovida parquedad. Pero también descansaría de ellos. Era una de las cosas que más me gustaban de Madrid y que podríamos recuperar en Blanco Trópico. El privilegio de querer a los nuestros a la distancia.

Temporadas en Blanco Trópico

Heladez 2004

Al salir por las puertas automáticas y formarse en la cola de taxis, Marcia y Juan temieron caer desmayados en plena vía pública si no les daba antes una apoplejía. No se trataba de una simple bocanada de calor. Era algo indescriptible. Una guillotina incandescente los decapitaba a cada paso desde el cielo, un imán de lumbre transparente disolvía sus moléculas en el aire. Si no se quitaban los abrigos morirían en el acto. Si no se protegían los ojos con gafas oscuras quedarían ciegos. Si no les hubieran proporcionado sendas botellitas de agua al subir al vehículo —"cortesía de la casa"— mientras el conductor metía las cosas en el maletero, habrían sufrido un colapso debido al súbito bajón de electrolitos. A pesar del agobio infernal de ese hábitat, durante el trayecto al hotel pudieron presenciar boquiabiertos el espectáculo de muchos paisanos que caminaban por la calle con gorro, chamarra, guantes de lana y bufanda. Algunos incluso vestían unos plumíferos mucho más estorbosos y abultados que el de Juan (se había desecho del suyo embutiéndolo con desesperación allá atrás entre las maletas). El propio taxista, que a intervalos los miraba con curiosidad desde el espejo retrovisor, lucía boina española y orejeras.

—¿Qué tal la heladez, amigos? —dijo sin ánimos de bromear—. Hoy se soporta bien porque hace un día muy agradable.

Surgió a continuación una de esas clásicas conversaciones circunstanciales con el taxista (clásicas entre taxistas y Juan, Marcia jamás se enganchaba en semejantes entremeses). Se afanaba en tranquilizarlos: los inviernos en Blanco Trópico no solían ser tan crudos, de hecho hacía bueno la mayor parte del año, entre 37 y 40°C. A veces el calorcillo apretaba y andaban entre los 45 y 48°C. Lo malo era que el servicio meteorológico había pronosticado la entrada de un frente frío

para esa misma noche. ¿De dónde eran? ¡Argentina, Gardel, qué lindo, pelotudos! ¡México, epa, epa! Le encantaban Cantinflas y el Chavo del 8. ¿De verdad?, Juan fingió asombrarse. Qué curioso, nunca había escuchado algo parecido.

Pagaron la corrida y se apearon frente a la Posada del Cabalgante. Odio a quienes dicen “pelotudo” sin entender qué mierda significa, comentó Marcia. Le había pasado en Madrid antes de que ella y Juan se conocieran. Un vendedor de Biblias había conseguido colarse a su edificio y llamó a su puerta; ella abrió, el viejo le echó un rollazo, Marcia pronunció un par de palabras para quitárselo de encima; el otro sumó dos más dos y, en estruendoso madrileño, dijo “¡Venga ya, maja pelotuda, compra una Biblia, que te sentirás mucho mejor!” Eran unos pelotudos, Marcia refunfuñaba ahora arrastrando las maletas, los que decían pelotudo sin saber qué quería decir. No se acercó ningún botones a ayudarlos, tampoco pretendían que alguien lo hiciera. Un hotelito económico, céntrico y limpio, reservado por internet desde el DF. La base de operaciones para iniciar la búsqueda de casa.

Aunque ni tan barato, la cama tenía una sola almohada y la colcha estaba llena de quemaduras de cigarrillo, entre otras huellas reconocibles; de limpio, menos. Había un sarro tan asqueroso en el inodoro que era preferible no tirar de la cadena después de cagar para disimularlo. Después de dos noches y una breve pelea en un restaurante, donde Juan formuló acusaciones de princesita contra Marcia en tanto ella lo tildaba de cerdo antihigiénico por querer ocultar la caca con más caca, decidieron mudarse a otro sitio. Fueron a preguntar, nomás de antojo, al hotel Fiesta Tropical. Carísimo. Deambularon también por los alrededores de Torre Aguerreberre y las solitarias manzanas de los escasos rascacielos (era fin de semana). Al final dieron con la Casa de la Pantera Rosa, título demasiado pretencioso para la austeridad y falta de glamour del hotelito, más caro que la Posada del Cabalgante y en cualquier caso mucho mejor aseado. Estaba junto al zoológico, a unos cinco kilómetros del centro. Poco tenía de rosa, por cierto (paredes crema y blancas), salvo las luces fluorescentes y los taburetes de un

pequeño bar con un espejo biselado detrás de la barra. El bar daba a un inverosímil patiecillo interior alfombrado con césped artificial. Tenía una mini piscina que nadie —al menos en los diez días que ellos ahí se albergarían— usaba. Había una razón de peso para que los huéspedes no se metieran al agua. “La heladez polar que está azotando la isla”, les informó en tono confidencial el barman una de esas tardes en que volvían exhaustos a refrescarse con una cerveza tras haber pasado el día entero mirando casas y más casas. A Juan le entraban ataques de risa irreprimibles cuando escuchaba esas explicaciones. La heladez no traducía, por lo visto, sino una apacibilidad climática de unos 20°C, tal vez 18 si uno salía desnudo por la madrugada y se echaba hielos encima. Pero para los nativos era algo tan serio como los huracanes. Mientras picaban maníes y despachaban con fruición sus bebidas en el patio, los empleados del hotel —que los miraban como extraterrestres— se apelotonaban dentro de la atmósfera rosácea del bar para darse calor. Si alguien tenía que salir y olvidaba cerrar la puerta corrediza, le silbaban indignados. Una mañana, en el desayuno, Juan leyó en *Diario de Blanco Trópico* que la oleada de neumonía ocasionada por el brusco descenso de las temperaturas había provocado una saturación en los hospitales, el personal médico para hacer frente a la contingencia ambiental era insuficiente. Parecía un bulo, pero era cierto. Le había llamado la atención también que el periódico “anticipara” el frente frío cuando por la tele ya habían informado de que estaba por salir de la isla.

Desde su arribo, recopilaron información relativa a casas en alquiler consultando la sección de clasificados de los dos periódicos que existen en Blanco Trópico: el aludido *Diario…* y *Denuncia!*, así como revistas especializadas que les facilitó el conserje. Seleccionaban las de precio accesible con un rotulador naranja y, sobre la mesita, desplegaban el mapa que Marcia había comprado (los de la guía eran muy deficientes). Fijaban probables itinerarios por colonias y se ponían a pulsar las teclas del recién adquirido teléfono móvil para concertar las citas. Si no había suerte, insistían a primera hora del día siguiente.

Juan ordenó otra ronda al barman. Tuvo que recordarle que deseaban las cervezas frías, no al tiempo, como se

obstinaba en servirlas. Y sí, de verdad, muy amable, preferían seguir ahí en el patio aunque se estuviera mejor y más abrigado dentro del bar. Tampoco era necesario que fuera a buscarles frazadas para cubrirse las piernas. Ni un calefactor eléctrico portátil, muchísimas gracias.

El cambio de hoteles los había malhumorado un poco, sentían que de alguna manera había retrasado la búsqueda. Pero se trataba de una percepción exagerada. El domingo 14 de diciembre, cuando llevaron a cabo el operativo, la ciudad estaba casi muerta, los negocios cerrados, y apenas un propietario —que al día siguiente, lunes, los dejaría plantados — atendió su llamada. Para el jueves 18, ya se habían hecho un panorama claro. Alquilar un sitio para vivir no era cuestión de nada más echar un vistazo y decidirse. Había muchos terciadores, algunos muy confianzudos, que querían llevarse una tajada del pastel. Agentes inmobiliarios profesionales pero también advenedizos que improvisaban tratando de hacer su agosto con algún incauto. Se palpaban los bolsillos de la camisa o guayaterno, ni siquiera sabían dónde estaban las llaves de la morada que iban a mostrar. En general, todos tendían a tergiversar la información, a vender gato por liebre, tomar ocho y dar dos. Esta "economía" del comportamiento intrigaba sobremanera a Juan, quien pretendía incluirla como punto de análisis en su trabajo posdoctoral. En teoría, estaba por concluirlo —como por su parte, para variar, en efecto había hecho Marcia—, cuando ni siquiera lo había iniciado. Se culpaba de ello. Había estado actuando con la Fundación Caja Madrid como un agente inmobiliario isleño.

Prometían, por ejemplo, una casa en tal zona y con determinadas características, luego los subían a un automóvil y les ofrecían otra por completo diferente. Los dueños, cuando eran ellos mismos y no un listillo impostor que quería subalquilar, solían ser de la misma calaña. Ventanas y mosquiteros (miriñaques, los llaman) rotos, puertas salidas de quicio, marcos descuadrados, paredes enteras en proceso de transformación al muralismo infantil o en plena efervescencia de grafitos y mocos; calentadores reventados, parqués con las tablas saltadas, revestimientos de moqueta hechos trizas, tapices desprendidos y goteras eran estimados como leves

reparaciones a costa del inquilino. Así justificaban no tener que limpiar ni pintar nada, invertir un solo albo en los destrozos de los anteriores ocupantes. Y luego estaba el aval bancario, que era tan indispensable como obvio el hecho de que Marcia y Juan no pudieran aportar uno, extranjeros recién llegados. Para solucionar este inconveniente, unos les pidieron seis meses de adelanto, otros ocho, todos a condición de que no se expidiera comprobante ni se firmara contrato alguno. Tan pronto hicieran el depósito, les entregarían las llaves, lo prometían. El colmo fue un intermediario libanés que a cada segundo confirmaba sus aviesas intenciones. Los obligó a visitar, con engaños, un ostentoso bodrio arquitectónico de diecisiete recámaras y bañeras de mármol para hidromasaje en los pasillos. Él lo llamaba con orgullo la Mansión de Sherezada. Se notaba que había sido desocupada hacía poco, era deprimente. Colosales arañas de bombillas eléctricas pendían sobre los inodoros; las duchas rebosaban de firuletes, el menaje, afrancesado, lleno de terciopelos y oropel, y las porcelanas de Lladró. Además olía a manteca frita. Por tratarse de ellos, se notaba a leguas que eran personas de pro (ni Marcia ni Juan habían abierto la boca), esa señorona residencia podría ser suya por sólo dos años de mensualidades de adelanto, de nueve mil albos en efectivo (¡tres mil dólares multiplicados por veinticuatro meses!). No, respondió el agente a una pregunta estéril de Juan. Lamentablemente no estaba autorizado a extenderles ningún recibo. Manías de la dueña, una prima suya y la persona con el corazón más grande sobre la faz de la tierra. En compensación, negociaría con ella para que mandara lavar los tinacos sin costo.

Y además estaba el abogado. No uno específico sino aquel que propusiera el arrendador, porque en Blanco Trópico no se celebraban contratos de arrendamiento sino un “convenio transaccional” que, firmado por las partes, pasaba ante notario y luego el abogado lo presentaba ante un juez que lo daba como cosa juzgada. Un mecanismo ingenioso para desproteger totalmente al inquilino y que en muchas sociedades resultaría anticonstitucional. En términos prácticos, se traducía en la posibilidad de un desalojo ipso facto al concluir un año. Había asimismo que emitir tantos

pagarés como mensualidades por saldar. Se devolvían uno a uno, hasta doce, contra cobro de la cantidad establecida o papeleta acreditativa de su abono. El señor licenciado doctor (el cabrón leguleyo sanguijuela) se llevaba el equivalente a un mes de renta por concepto de honorarios. Si uno empezaba a contar, el camino se hacía bien cuesta arriba.

Ese jueves 18 de diciembre, a casi una semana de su desembarco, habían visto ya una treintena de viviendas. Comentaban el asunto sentados otra vez a una mesita en el patio del bar. Declinaba el sol y hacía un bochorno irrespirable. Ni las camisetas de algodón ni los pantalones bermudas lo aligeraban. De la heladez no quedaba rastro. Mosquitos y chaquistes se cebaban en sus tobillos y pantorrillas pese al copioso repelente que se habían aplicado minutos antes al bajar de la habitación en el primer piso de la casona, después de que retornaran de la calle y dejaran ahí algunas bolsas de compra. No se movía una sola molécula en la piscina y sobre la superficie se había formado una capa gelatinosa como rebalse de aceite. Daba la impresión de que ese estancamiento oleaginoso acumulaba energía desde abajo, que en cualquier momento borbotearía. No apetecía ni mínimamente sumergirse en esa viscosidad, aunque sólo fuera para escabullirse de los molestos insectos.

La luz ambarina irradiada desde el cielo imprimía al bar, a través del vidrio, un tono rosicler todavía más decadentón. Dentro, los climatizadores zumbaban a toda máquina, parte de las carcasas quedaban expuestas a la intemperie contenidas por unas rejillas empotradas en los muros. La puerta vidriera emitía vagos resplandores, se empañaba adentro y acentuaba una atmósfera de invernadero rosáceo. El barman limpiaba unas copas detrás del mostrador, como fragmentado en hielo seco. Charlaba con otros miembros del personal de servicio, confabulados ahí nuevamente, en esta ocasión contra el acaloramiento. Juan le hizo una seña desde el patio para que les pusiera otro par de Blancas Luna bien heladas, la cerveza número uno de la nación, como rezaba la publicidad. Les habría gustado echarse al gaznate un tequila y despejarse la cabeza, pero en esos pagos ese aguardiente era

una auténtica exoticidad y sus precios prohibitivos. Juan hubiera preferido confinarse también en ese tabernáculo de frescor postizo, pero Marcia, que no paraba de abanicarse con el mapa (vuelto sobre sí mismo en varios dobleces), se quejaría de inmediato del aire tan “criminalmente” frío y él tendría que levantarse a buscarle un suéter en la habitación. Además andaban medio alérgicos con tanto cambio de temperatura. Tampoco invitaba precisamente el ejército de empleados ociosos que invadía el bar.

El problema que se planteaba a esa abrasadora hora del crepúsculo era la diferente idea de “panorama claro” que ellos dos tenían. Para Juan, la claridad pasaba por una evidencia: el conjunto de casas que les habían mostrado, departamentos, sótanos y hasta un lamentable altillo habilitado dizque como *loft* en medio de una bodega, eran una mierda lisa y llana. En relación calidad-precio y bajo cualquier otro parámetro. Opinaba que no había nada que hacer al respecto, salvo treparse al próximo vuelo rumbo al DF, o a Madrid, y empezar desde el principio. Pero Marcia no se dejaba amedrentar a la primera por los obstáculos, y menos por las depresiones apriorísticas a que tan proclive era su señor esposo. Tenía en mente otra opción: una modesta pero funcional casita situada en la colonia Pinares al norte de la ciudad. Era lo más decente que habían visto. Y, decente también, parecía su dueño, un tal ingeniero Urcelón o Ircelín o Urzibalieta, no recordaban bien su nombre. Era el único que, ante la falta de garantía, les proponía una alternativa aceptable: pagar la primera mensualidad y, en calidad de fianza, dos meses más. Sin intermediarios. Excepto el indefectible abogado, un amigo suyo que les cobraría un tercio de lo que solían pedir otros picapleitos. Juan se acordaba bien de ese hombre canoso y serio, pero no antipático. Le había contado que de joven se había dedicado a la espeleología subacuática y había descubierto unos medallones yomas y una efigie muy famosa del Sagrado Rinoceronte Blanco. La imagen de la abada, le había dicho, estuvo muchos años en el Museo de las Culturas Milenarias. Luego los austriacos la pidieron prestada para una exposición internacional y nunca la devolvieron.

Venga, instruyó Marcia, a marcar. Contestó el mismísimo

ingeniero Jorge Urcelay Gándara, su futuro casero. Mañana mismo, viernes 19, harían el depósito en la cuenta que Juan, teléfono móvil entre barbilla y hombro, garabateaba en la contracubierta plegada del mapa. El sábado, Urcelay llevaría a un pintor para que diera algunos retoques. Él, en persona, revisaría el calentador, la tubería de agua y otros detalles. Les advertía que el servicio eléctrico estaba suspendido, tendrían que ir a CEBT para darlo de alta. ¿Que qué era CEBT? Central Eléctrica de Blanco Trópico. No, tampoco había teléfono, pero las clavijas para conectarlo estaban preparadas. En absoluto, no pensaba Urcelay que hubiera problema alguno para contratar una nueva línea. Para eso tendrían que acudir a Teléfonos de Blanco Trópico (TELBT). El lunes 22 podrían entrar a la casa. No, al contrario, gracias a usted. Perfecto, nuevamente muchas gracias y buenas tar… noches.

Se trataba, en efecto, de una casa sencilla y de alquiler razonable (trescientos dólares al mes, novecientos albos). No había errado el buen ojo de Marcia. Un entorno doméstico, en cualquier caso, más amplio que su antiguo pisito de Madrid. Hicieron el depósito y Urcelay cumplió puntualmente su palabra y les entregó las llaves en la fecha acordada: el número 42 A de la calle Abedul, entre Tilos y Fresno, colonia Pinares. Permanecieron alojados en la Pantera Rosa hasta la noche del martes 23, lapso durante el cual estuvieron trajinando para proveerse de lo más básico con vistas a habitar un domicilio por entero desamueblado. En el tanque de la azotea quedaba un poco de gas, pero no les convenía usarlo sino para bañarse, según los había prevenido el propio señor Urcelay, puesto que las pipas repartidoras no darían servicio sino hasta pasados Navidad y el siguiente largo fin de semana.

Las paredes aún olían a pintura, aunque bajo los aromas químicos se percibía la humedad latente. Por una verja blanca con candado se ingresaba al garaje, un simple cobertizo sostenido por cuatro pilastras, sin muros, salvo la albarrada de la casa contigua a la derecha. Adosado a la fachada, ese techo antecedía la entrada principal, situada en un extraño giro a la izquierda: una pesada puerta metálica con ramajes

de herrería decorativos. Previo al acceso, también a la izquierda, ya fuera del garaje, había un arriate rectangular que lindaba con el resto del paramento exterior. Se extendía al aire libre hasta la cerca que delimitaba el frente de la propiedad y, a un costado, también a la siniestra, hasta la tapia de la otra casa colindante. Entre ésta y la finca se abría un estrecho corredor lateral que llevaba por fuera al patio trasero y al cuarto de servicio sin necesidad de entrar a la vivienda. Al destrabar la cerradura, pese a los esmerados oficios de Urcelay por aceitar los goznes, la hoja principal se abría con un chirrido hueco que recordaba a Juan esas películas que miraba de niño a escondidas con sus primos. Santo, Blue Demon y Mil Máscaras luchaban contra los vampiros, tenían que destapar un montón de rechinantes ataúdes para agujerear con estacas los corazones de esos inicuos voladores chupasangre. Aparecía entonces la sala, no la de aquel castillo de cartón piedra de los dráculas sino la de Abedul 42 A. Unas semanas después, una barata mesa de madera hecha en Taiwán inauguraría el comedor en el espacio anexo.

A sus treinta y seis años, Juan seguía sin entender por qué los otros dos, es decir Santo y Blue Demon, no imitaban a Mil Máscaras. Por una cuestión meramente técnica, era casi imposible que la identidad de éste pudiera ser revelada al público, aunque los villanos lo maltrataran feo. Si desprendían un capuchón de su cara siempre restaban centenas de embozos debajo. En cambio Santo y Blue Demon, que se crecían al castigo tras una buena paliza, cuando un licántropo u otro monstruo les ponía la careta igual que una gualdrapa al revés, preferían correr como nenas con las manos crispadas sobre la cabeza antes que exponerse al deshonor mayor de perder el viril anonimato. Permanecían siendo un misterio los métodos con que los científicos del mal conseguían hipnotizar a los tres gladiadores para que pelearan entre sí y trataran de desenmascararse mutuamente. Mil Máscaras, de nuevo, llevaba todas las de ganar antes de que una milagrosa pócima los devolviera a la normalidad superbienhechora.

La frontera entre sala y comedor apenas la insinuaba una prolongación interior del tabique donde encajaba la puerta de

entrada: parapeto de ladrillo revocado que se extendía unos metros dentro de la casa, como una pared incompleta. Cortaba un poco el vientecillo de fuego que se colaba por la ventana que daba al garaje, así como las ráfagas de lava infernal que cimbraban a periodos regulares las ventilas de la sala abiertas sobre el arriate. Marcia no paraba de abanicarse con el mapa plegado y su marido tenía que limpiar constantemente, con el borde de la camisa, las gafas empañadas por el sudor que se le metía en los ojos (entre otras partes). Habría que poner un biombo junto al tabique, en el mismo sentido, para separar mejor los ambientes. Un pasillo llevaba —a la izquierda— a una luminosa cocina desprovista de equipamiento, a no ser por la alacena minúscula y un aparador, ambos horribles y con puertas de PVC beige (en su ignorancia del Trópico, Marcia las sustituiría por unas más bonitas de madera corriente, un manjar para las termitas que precipitarían el retorno inmediato al PVC, esta vez azul). Más adentro, un baño con botiquín sobre el descascarado lavamanos. Las llaves del grifo recubiertas por una pátina de óxido; inodoro con asiento y tapa de plástico, mosaicos desprendidos del suelo fijados de nuevo con pegamento amarillo. El cancel de la ducha, lleno de hongos que el cloro no había eliminado. Frente al baño, una habitación intermedia sería habilitada para eventuales huéspedes, mientras Marcia y Juan no tuvieran niños. Al volver al pasillo, se abría un descanso de buenas dimensiones para poner libreros. Al final de todo, dos dormitorios. El más grande, siempre a mano izquierda, tenía un armario desportillado medio roto (éste sí de tablones, según el casero protegido con barnices antiinsecto de última generación) que se engarzaba en la pared al fondo a la derecha. En el muro opuesto (por donde se entraba), otra ventana más pequeña miraba al corredor exterior en inquietante cercanía con el calentador de gas. Había un ventilador de techo, lo mismo que en los otros cuartos (tres en total). Aire acondicionado, en ninguno.

No había una sola área alfombrada, ningún petate o estera a la vista en esa sólida caja de zapatos con divisiones de cemento. Las baldosas de cerámica imitación mármol que, excepción hecha del baño, recubrían la superficie, eran en

exceso resbaladizas, según pudieron corroborar Marcia y Juan entre aspavientos y patinajes, si bien Urcelay las ponderaba sobremanera considerándolas muy limpias, por su color clarito, y excelentes conductores del fresco que corría de norte a sur. Así llamaba él, "fresco", a las vaharadas dragontinas que se filtraban desde afuera por los mosquiteros. Incluso mencionó la palabra "brisa". Luego descubrirían que, efectivamente, como los muelles no quedaban tan lejos —a unos diez kilómetros—, algunas noches soplaba un cierzo muy agradable, emisario del mar.

Por una de las piezas se salía al patio cementoso. Si uno no llevaba sombrero ni gorra, ni gafas oscuras, había que hacer una visera con la mano para enfocar y no dejarse herir por la refracción del pavimento. Los macilentos arbustos de hojas pulposas brillaban bajo el sol como resina en el ocaso, se aferraban a las tapias y a las paredes del cuarto de servicio, donde hacía un calor todavía más insoportable: cadáveres de insectos flotaban en el agua pútrida de un retrete que nunca funcionaría. No estaban preparados los caños para conectar una lavadora automática (que no tenían, tampoco nevera ni estufa). Pero había una batea atornillada para lavar a mano.

Habilitarían la alcoba que salía al patio como estudio. Tendría unos cinco metros cuadrados menos que la recámara donde ellos dormirían. Era tan luminosa que parecía absorber no sólo la luz exterior sino irradiar su propia energía desde los cimientos del subsuelo. Un géiser de haces cónicos dentro de los cuales se arremolinaba el polvo. Ahí se instalaría el valeroso Juan, con ayuda de unas precarias persianas horizontales de oficina a bajo precio, a la espera de que llegara desde Madrid, pasando por el DF, su añorado escritorio. En tanto concluía su trabajo posdoctoral y conseguía un empleo digno. Bueno, cualquier empleo.

El miércoles 24 de diciembre, al mediodía, pagaron el hotel y se trasladaron con sus cosas a la nueva casa. Luego fueron en taxi a la sucursal norte de Tropical White Wall Market, que no les quedaba tan lejos si subían por Boulevard Centella. Una muchedumbre abarrotaba la megatienda, gente nerviosa empujaba los carritos a zancadas mientras los omnipresentes

celulares emitían sus fastidiosos tonos. Los niños lloraban y moqueaban, había apelotonamientos frente a las cajeras con abrigos y gorros de Papá Noel. Los “cerillos” (chicos que guardan las mercancías en bolsas de polietileno a cambio de una propina), también con gorros, competían entre ellos con cara de perro enrabiado.

Compraron una colchoneta, sábanas y cobertores; dos toallas, un canasto de mimbre para guardar la ropa blanca; quesos y carnes frías para la noche, la última baguette que de milagro nadie había cogido ni pellizcado; platos, vasos y cubiertos de plástico, servilletas de papel, la única botella de vino tinto que había —un Casillero del Diablo carísimo—, garrafones de agua, unas velas, linternas y pilas. No había sacacorchos. Cuando pudieron pagar y salir, tras hacer una cola monumentalmente desordenada en la que todo el mundo se quería colar para tomar otro coche en la base de taxis de la tienda, anduvieron del tingo al tango por toda clase de negocios para conseguir un puto sacacorchos. Licorerías, ferreterías, boneterías, mercerías, lencerías, verdulerías, pescaderías, carnicerías, sastrerías, un hospital. El chofer, de malas pero al mismo tiempo intensamente compenetrado en la búsqueda del Cáliz Tirabuzón, los llevó incluso a los talleres mecánicos del periférico que rodea la ciudad e interconecta la red de carreteras. En esa época, era evidente, no existía en la isla la más mínima cultura de vino, y Juan se detestó por haber metido su navaja suiza en las cajas despachadas a la ciudad de México desde Madrid. Preguntaron también en moteles de las autopistas. El encargado de uno de ellos les sugirió que probaran en Sexópolis, un deplorable y minúsculo changarro —pese al presuntuoso cosmopolitismo de su nombre— asentado en un lote baldío entre dos trochas vecinales de terracería. Violar a una cabra enferma, pensó Juan, sería más erótico que entrar ahí, pero no se resignaban a tragarse esa noche los embutidos con agua. El taxista aparcó en el arcén, puso las balizas sin sacar la llave del interruptor, atravesó la calzada esquivando automóviles, motocicletas y un camión de remolque. Ellos, absortos, observaban sus temerarios lances y esperaban en el asiento trasero. Ruborizados, los cabellos hechos un mazacote por el sudor, sólo esperaban que no se fuera a echar a perder

la comida guardada en el maletero. Entre el ondear caliginoso del bochorno que nublaba la carretera, reapareció el amigo salvador. Trotaba muy satisfecho, la enorme barriga dura rebotaba mientras deshacía el camino. Al auparse y azotar la portezuela se removió el chasis. Tenga, dijo a Juan, extendiéndole un adminículo que se asemejaba bastante a un sacacorchos. No tenía caso investigar en qué otra cosa podía emplearse. Llegaron por fin a Abedul 42 A. De la carrera eran cien albos, de lo otro, lo que fuera su voluntad.

Estaban emocionadísimos, sería su primera Nochebuena en Blanco Trópico. Iban de arriba abajo armados de linternas, reconociendo en la penumbra cada vez más oscura los espacios de la casa. Aquí iría esto, allá pondrían aquello otro, más adelante invertirían en uno (dos, tres) aparatos climatizadores, aunque primero deberían comprar heladera y cocina, obviamente la cama, el menaje básico. Tenían abierta la puerta del cuarto radioactivo, como lo acababa de bautizar Marcia (Juan se preocupó. ¿No creía entonces que fuera a funcionar como estudio?). Era verdad que desde el patio, a esa hora del anochecer, se filtraba una brisilla proveniente del nordeste. Hasta los arbustos, tan pegados a los muros, mecían sus ramajes con rítmica apacibilidad.

Hacía rato la vecina los había voceado por encima de la verja. Era increíble, pero las casas en Blanco Trópico carecían de timbre. Todo se arreglaba a viva voz. Ni siquiera los contados departamentos que habían visto lo tenían, había que gritar hasta que el portero o la portera saliera a preguntar qué se ofrecía. Dentro de una de las cajas madrileñas vendría viajando —confiaban— una campanilla de bronce aceitunada por el paso del tiempo, un antiguo obsequio de León a su hijo. Tan pronto llegara la colocarían allá afuera junto al buzón. En Madrid la tenían de adorno sobre un porta cds (una bonita torre de madera con estanterías). Aquí supliría muy bien al timbre con su tintineo agudo. Natalia se había presentado muy gentilmente. Iba vestida como un pingüino siberiano, la capucha de un Montgomery de lana calada hasta las orejas, botas de alpinismo, bufanda y mitones. La heladez no se compadecía, explicó. Tendría unos cincuenta años. Desde el garaje, a donde la invitaron a pasar, les fue presentando con el dedo a la numerosa comitiva de su parentela apostada en la

cochera adyacente, mucho más amplia que la suya y adaptada para la ocasión como sala de fiestas con mesas de alquiler y manteles blancos. Los parientes de Natalia (una madre, un padre, seis hermanos, veinte tíos, dieciocho sobrinas, catorce sobrinos nietos, treinta y nueve primos…) escudriñaban entre sonrisas y risitas a los nuevos vecinos, cuyas vestimentas veraniegas (si bien Marcia se había puesto un suéter de hilo ligero y Juan soquetes bajo las sandalias) les parecería cosa de locos. Natalia no tenía hijos, hizo saber sin que nadie se lo preguntara. Era soltera, por aquello de la salud de sus padres, como podían ver ya eran mayores. Dos viejos con las piernas cubiertas con mantas de franela los miraban fijamente mientras se columpiaban del otro lado en sendas mecedoras. La señora tenía los cabellos blancos, al señor apenas le quedaba dentadura. A unos metros, un grupo de adolescentes armaba bulla en una hamaca suspendida entre los pilotes del garaje de Natalia. Bien abrigados, al rato perdieron interés por la hamaca y se pusieron a entonar villancicos y encender luces de bengala; unos cuantos se dispersaron y se pusieron a jugar a la gallina ciega. Lo que Natalia deseaba saber, con su cara de no matar una mosca, era si tendrían inconveniente en que ella asegurara una soga en la ventana del garaje de Marcia (entre los barrotes de protección, por encima de la medianera y del techo de la propia cochera de Natalia). Quería levantar una lona, como era tradición en cada Pascua de Cristo y hasta Reyes, que sirviera de carpa y protegiera a su familia del glacial sereno. Los anteriores inquilinos —muy buenas personas ellos— también se lo permitían. ¿También?, pensó Marcia. ¿Atar unas cuerdas a tu casa podía entenderse como una tradición?, se preguntó Juan. Pero estaban de buen ánimo. A diferencia de posteriores ocasiones, esa vez aceptaron. Dos hermanos, o tíos, o primos de Natalia, de edad indefinible, saltaron la tapia y, luego de dar las buenas noches, se pusieron a faenar con los cabos.

A eso de las diez, se sentaron en el piso sobre la colchoneta, frente al canasto de mimbre improvisado como mesa de picnic. Tenían mucha hambre. Debido a la tenue luz del alumbrado público que entraba por la puerta abierta al patio, habían elegido como escenario de esa importante cena inaugural el futuro estudio. En la cocina, poco antes, al

resplandor de velas y linternas que luego llevarían consigo, prepararon los platos con fetas de jamón serrano y cocido, salami calabrese, pechuga de pavo y varios tipos de queso. Acarrearon la baguette sin sacarla de su envoltura. Se sentían dichosos dentro de ese círculo de discretas luminiscencias. Unas estáticas, otras palpitantes, teñían de reverberos de sombras las paredes y pintaban planetarios y constelaciones en el cielo raso. El sacacorchos, por otra parte, había sido un éxito. Brindaron y se besaron.

Justo cuando entrelazaban los brazos para dar a sus vasos de plástico el primer sorbo, entró un murciélago que se estacionó en el pelo de Juan. Lo espantaron con el propio susto cuando se pusieron de pie, de un salto, reacción que provocó que Juan derramara su vaso sobre el piso y pateara una linterna. Marcia tuvo que ir afuera a arrancar un palo de los arbustos y echó al quiróptero. Mejor cerraron la puerta, con el resultante incremento de la temperatura. Limpiaron y después comieron en paz un buen rato, desoyendo en la medida de lo posible al trío que daba una desafinada serenata navideña en la parte delantera de casa de Natalia.

Comenzaron a sentir un escozor insoportable, Marcia en los muslos y alrededor de su minifalda de jeans, Juan en la ingle bajo el short. Tomaron una linterna y alumbraron el suelo. Estaban amenazadoramente copados por hormigas rojas. Se sacudieron las ropas, pisoteaban a los insectos que les mordían los tobillos y ya se habían subido a la comida. Mientras se apoyaba en un pie u otro, Juan no pudo menos de recordar con angustia la escena de la marabunta en la novela *La vorágine*. Imaginaba, presa de pánico, que había llegado el apocalipsis de sus vidas. ¡Qué ridícula forma de morir, sólo encontrarían sus carcasas en el cuarto vacío de una casa recién alquilada! Tuvieron que meter todo en una bolsa y llevarla a la cocina. Se dieron una ducha a oscuras, sacudieron la colchoneta y se fueron a dormir temerosos de ser blanco de una nueva agresión fórmica. Tampoco estaban prevenidos contra los regimientos de cucarachas. Caminaban orondas por encima de sus brazos y cayeron del cielo raso y del aspa inmóvil del ventilador durante toda la madrugada. Apenas pudieron dormir sobre la colchoneta, tapados hasta la coronilla con una sábana transpirada.

En vista de lo acaecido en Nochebuena, fraguaron un plan alternativo para Nochevieja. Habían llamado a distintas compañías fumigadoras —Natalia comentó que a nadie se le ocurría habitar una casa en el trópico sin fumigarla primero —, pero fue imposible acordar una cita antes de Reyes. De todas maneras, esta vez la salvaje fauna insectil no los agarraría desprevenidos. Fueron de nuevo a Tropical White Wall Market, donde Juan se adelantó a un cascarrabias para ganarle la única botella de Casillero que quedaba, todavía más cara, y se armaron hasta los dientes de insecticidas, repelentes y espirales contra mosquitos. Respecto al menú, decidieron dejarse de mariconadas, comerían buena carne y chorizos. Juan sabía asarlos gracias a las enseñanzas argentinas de su suegro. Pero primero debían agenciarse una parrilla, proyecto no exento de complicaciones. Además de su precio estratosférico, todas las que veían funcionaban a gas y tenían una campana de metal plegadiza. Las perillas de los reguladores no mantendrían un fuego bajo y constante, sino uno intenso y alto, con lo cual la carne se sellaría por fuera y quedaría cruda por dentro, pecado capital conforme a la doctrina cárnica que le habían inculcado. Por fin dieron con un asador convencional, más bien pequeño, pero con espacio suficiente entre la rejilla con asas y la bandeja para colocar el carbón. Se llamaba Blancogrill II. Ignoraban cómo habrá sido Blancogrill I, pero ése les venía de perlas. Compraron bolsas de carbón, fósforos y el *Diario de Blanco Trópico*, que Juan utilizaría como iniciador del fuego, y dos sillas de plástico azul para cenar en el patio. Unos cortes parecidos al bife de lomo, que acá se conocen como filete corazón, y chorizos tipo español. Un tenedor y una tabla de cocinero, un cuchillo grande Tramontina. Cuando pidieron al carnicero un pedazo entero de costillar de cerdo partido longitudinalmente por el centro y le explicaron que no les interesaban las costillitas sueltas y empacadas de los mostradores refrigerados, los miró como si lo estuvieran amenazando con una escopeta. Esa muda incomprensión, aunada a la circunstancia de que no tuvieran electricidad ni dónde guardar lo que sobrara, los hizo reconsiderar el menú y mejor suprimir las costillas. Fue un milagro (muy bien pagado) que en la sección de servicio a clientes aceptaran trasladar a Blancogrill II y las sillas a su

flamante domicilio. Una bestia se emperró en la tesis de que el 42 A de Abedul no existía, sólo el 42, lo que pasaba era que como los señores eran extranjeros confundían los datos de su residencia. Dejarían las mercancías en el 42 (en casa de Natalia, de donde efectivamente tuvieron que rescatarlas a las nueve de la noche). Tras muchas vueltas, un ropero con cara de chimpancé y muy malas pulgas, la palma abierta para recibir otra generosa propina, gruñó que llevaría las cosas más tarde.

Comieron deliciosamente en el patio, a la vera de los humeantes chisporroteos y el aromático crepitar de Blancogrill II. Disponían al fin de sillas y habían cubierto el cesto de mimbre, a modo de mantel, con toallas de cocina. Ahí dejaba su plato Juan (la botella y los vasos descansaban en el piso) al levantarse a hacer nuevos cortes. Los colocaba sobre la tabla para que Marcia eligiera el que más le apeteciera. Sólo había una linterna atravesada sobre el alféizar exterior de la ventana del cuarto de servicio. Alrededor de su haz bullían escarabajos y revoloteaban palomillas. No les importó que Natalia hubiera optado en esa oportunidad por un escandaloso grupo de animadores musicales y rumberos que hacían vibrar las hojas de los arbustos y las tapias del patio. Ni que torturara sus tímpanos con el karaoke por medio del cual sus parientes estuvieron desgañitándose hasta el alba. Al sonar las doce campanadas —lo dedujeron por el griterío de los vecinos—, se pusieron de pie y se abrazaron. En el firmamento estallaron petardos, retumbó la pirotecnia, se desgajaron las cascadas multicolores de los fuegos artificiales. Había llegado 2004. No divisaron ningún globo de los buenos deseos y los propósitos renovados, ésos que en la Patagonia y otras regiones del Cono Sur se lanzan al aire por medio de una mecha encendida. Eso entristeció a Marcia. Para reconfortarla, Juan la abrazó todavía más fuerte.

Había calculado mal, como de costumbre. Juan no concluyó su trabajo posdoctoral en enero, ni siquiera en febrero, sino hasta marzo de 2004, de manera desastrosa y a las apuradas. Había idealizado la situación: dejaría que pasara

la fecha de Reyes Magos —como hizo con toda pachorra— y luego se abocaría con disciplina militar a cumplir con ese compromiso pendiente. Tendría que invertir a lo sumo un par de semanas. Se levantaría a las seis y le metería caña al asunto, el día entero si era necesario. Había venido dando forma a un nuevo ensayo, *Riqueza para todos*, derivado de sus estudios de posgrado. Deseaba publicarlo más adelante. Entre tanto, estaba a la espera de una respuesta por parte del Fideicomiso de Estudiantes Mexicanos para las Ciencias Económicas, al que había enviado desde España, en septiembre de 2003, su tesis doctoral (corregida y rebautizada gracias a Marcia *Sustentabilidad equitativa)*. Uno de los capítulos finales que integraría *Riqueza para todos* constituía la parte toral del proyecto de posdoctorado que se había hecho acreedor —¡increíblemente!— a una segunda beca de Caja Madrid. Dicho capítulo versaba sobre algunos aspectos de las últimas corrientes de economía experimental y su subcampo de la economía del comportamiento, entendidos como variables psicológicas individuales que pueden influir en las interpretaciones macroeconómicas clásicas. Había recopilado abundantes datos en Madrid, con base en declaraciones de informantes latinoamericanos entrevistados en el parque del Retiro. Era cuestión de ordenar todo y transformarlo en un documento coherente, ponerse a la talacha de redactar. Quince días máximo. Una vez liberado de ese muermo, antes de que acabara el primer mes del año, podría dedicarse a actividades que le entusiasmaban mucho más que ese informe obligatorio. No dejaría de despertarse heroicamente con las primeras luces. Proseguiría con las revisiones del material completo de *Riqueza para todos*, escribiría o corregiría algún cuento para *La garza ojona* y, ya sin la carga de Caja Madrid a cuestas, ensayaría estimulantes itinerarios para las próximas jornadas. El ritual de un buen desayuno, un baño a eso de las once y salir de Abedul 42 A hecho un caballero andante (sin rocín ni adarga pero perfumado) decidido a resolver lo que hubiera que resolver. Y a conseguir trabajo. Dos semanas, tres a lo mucho. Que se prolongaron hasta el mes de marzo. Había calculado mal, para variar, magnificado sus limitadas capacidades.

Uno de los problemas que surgieron era atribuible a su

propia y monumental desorganización. Las fichas que había anotado para estructurar el trabajo eran caóticas, tarjetones a tal punto tachonados que se volvieran imposibles de entender; otras las había capturado de modo parcial en computadora o duplicado en archivos electrónicos bajo distinto título. Otras más —suponía— las habría metido sin darse cuenta en alguna de las famosas cajas que habrían de estar surcando el Atlántico en los pestilentes contenedores de un buque. Había también contratiempos teóricos y metodológicos. Los experimentos realizados con ciudadanos peruanos y ecuatorianos detrás del Estanque de Alfonso XII (Juan les regalaba cervezas, la policía nacional merodeando con ganas de arrestar a alguien) habían arrojado resultados imprevistos que, si bien no ponían en entredicho la premisa primordial: hay motivaciones potencialmente egoístas que escapan a la hipotética infalibilidad matemática de las leyes económicas, sí cuestionaban los métodos por los cuales se llegaba a determinadas conclusiones. A partir de los modelos Dictador y Ultimátum, inspirados a su vez por el Dilema del Prisionero desarrollado por Flood, Dresher, Tucker y Nash, Juan había aplicado cuestionarios a su fortuita muestra sudamericana. Si le daba veinte euros a Mario —preguntaba— y Mario podía repartirlos a su arbitrio entre él mismo y Roberto, o quedarse con todo, ¿qué haría? La respuesta esperada era que Mario, movido por un falso espíritu de altruismo o el sentimiento de culpa que camuflaba la codicia, se quedara con dieciséis y se desprendiera “generosamente” de cuatro. En la modalidad Ultimátum, Mario debía ofrecer a Roberto cualquier cantidad, de un céntimo a veinte euros, pero ahora la decisión recaía en Roberto. Si aceptaba, se repartirían el dinero según la oferta inicial. Si la rechazaba, ambos se quedarían sin nada. Las estadísticas indicaban que, en este supuesto, Roberto aprobaría una suma entre tres y seis, si era más baja preferiría que se jodieran los dos. Pero en la práctica las cosas no eran tan sencillas. Jirair y Wilfredo, personas reales que debían colaborar asumiendo esos roles, no facilitaron precisamente la pesquisa de campo. En primer lugar, objetaron, por qué tenían que cambiarse de nombre a Mario y Roberto, si ya tenían los suyos propios, y si Juan, en aras de la operatividad del experimento, accedía a conservar

los de Jirair y Wilfredo, pues entonces debía pagarles un anticipo por derechos de imagen. A ellos no les constaba el uso que pudiera dar a sus nombres después. Juan juró y perjuró que no había otra intención más que una estrictamente académica, lo que no convenció ni a Jirair ni a Wilfredo. ¿Para qué prestarse a un juego tan estúpido que ni siquiera involucraba dinero verdadero? Era un mero ejercicio masturbatorio ("paja", dijo Jirair). Si Juan quería que participaran, y de paso que no lo asaltasen, debía entregarles diez euros a cada uno por experimento. Más otros cinco, en compensación por lo que estaban dejando de percibir con tanto parloteo. Por su culpa —la de Juan— tenían "fósil" la merca (el hachís oculto bajo una piedra a la sombra de un árbol) mientras los malditos moros sacaban provecho. Desde luego, no podría mencionar estos pormenores en el reporte final que debía enviar a Caja Madrid. Ni poner en entredicho la metodología Dictador/Ultimátum.

Pasado Reyes, Juan se rompió el lomo tratando de integrar en un cuerpo textual inteligible lecturas más o menos digeridas, citas no muy fiables en cuanto a su transcripción —extraídas además de fuentes inexactas—, deducciones sostenidas en pruebas empíricas manipuladas por los sujetos objeto de estudio (Jirair y Wilfredo). Esa suerte de tarea de ilusionismo académico duraría el resto de enero, todo febrero, la primera semana de marzo. La rutina era exasperante: escribía a toda prisa en una laptop dinosáurica, herencia de Madrid. Chorreaba sobre el teclado y cuando se levantaba para volver del baño con un trozo de papel higiénico, se le metía el sudor en los ojos. Las gafas se empañaban, churretes terrosos se escurrían detrás de los muslos y por la entrepierna. La raya del culo estaba incómodamente mojada por más que restregara las nalgas contra el asiento. El resorte empapado del calzón le escocía las ingles, gotas de vapor se condensaban en las corvas y describían espinilla abajo, entre el vello, temblorosos trazos helicoidales alrededor de las pantorrillas. El aspa del techo sólo servía para remover el pegajoso aire estancado en cuatro velocidades, como cuchara batidora dentro de una olla hirviente.

Juan trajinaba cual alma en pena entre la mesa taiwanesa del comedor y el canasto de mimbre en el estudio.

Desesperaba en pos del mejor “escritorio”, iba y venía por el pasillo sentado sobre la silla ergonómica de rueditas recién comprada. Flexionaba con presteza las piernas (de las rodillas hacia abajo), la computadora en el regazo, el cable suelto rebotando entre las paredes. En esa desgarbada caminata sedente, al impeler la silla rodadora, chapaleaba con las sandalias y a intervalos tenía que detenerse para inclinarse y volvérselas a colocar. Por momentos, el vestíbulo entre el baño y las habitaciones, hasta cierto punto sombreado, alimentaba la vana esperanza de un resquicio de frescor. Pero lo único que encontraba era la permanente constatación de su ausencia lumbrosa, el amparo estéril de una penumbra abrasadora que ondeaba como una saeta en llamas a través de toda la casa. En el propio comedor, en la sala, bajo la defensa inexistente de las persianas de oficina —que velaban la ventana del estudio igual que la cegadora irradiación de un improbable óleo blanco de Rothko—, en las habitaciones principal y de huéspedes, en la cocina, incluso en el baño, la densidad calorífica se multiplicaba a sí misma y se tornaba independiente de la luz. El calor del trópico generaba claustrofobia, se enquistaba en el organismo como un padecimiento físico que Juan jamás habría imaginado experimentar. Recorría su tórax reflejado por la pantalla del ordenador, se internaba en el estómago y le revolvía la saliva provocándole náuseas; le pinchaba las piernas dobladas, se metía bajo uñas y epidermis, le recalentaba la frente perlada cada vez que se la enjugaba. Los músculos gemelos se acalambraban sin siquiera moverlos. El calor bajaba del techo y se expandía en el entorno, subía a fumarolas —casi podría decirse— por la base tubular de la silla, febricitante, para empalarlo. Juan se sumía en la impotencia. En ocasiones lo resentía en forma de reuma, sobre los brazos, en las articulaciones de los dedos, fémures y espalda. Como en aquellas noches invernales de la infancia cuando Isolda tenía que masajearlo con algún ungüento medicinal para calmar sus dolencias. Una tabla, ese calor. No un golpe recibido con ella sino una plancha maciza, invisible y aplastante. Lo iba comprimiendo como a un gusano.

Y no sólo era la transpiración asquerosa, la camiseta con lamparones húmedos en las axilas, los propios sobacos

infestados de granos por una reacción química inhabitual al desodorante. El hedor corporal a testículo poché (los calzoncillos olían a bolas y el asiento ergonómico a calzoncillos); la hostilidad contraproducente de los ventiladores, que de todas maneras convenía no apagar, su ruido propiciaba al menos el espejismo de un dínamo de vientos refrescante. Además, Juan había recibido una carta perentoria de Caja Madrid. Miriam Dávila, una madrileña amiga común de él y Marcia, la había encontrado en su buzón y se la había redespachado. La historia se repetía, volvía a rondarlo el fantasma del becario por cuya cabeza se ofrecía una recompensa. La convocatoria a las becas de posdoctorado establecía en una de sus bases que el beneficiario debía permanecer en España hasta el término del estímulo. Como Juan y Marcia no estaban dispuestos a dilatar la salida de Madrid por ese motivo, que no tomaba ni podía tomar en cuenta la situación real de uno de tantos hermanos latinoamericanos triunfando en las Europas, él pidió a Miriam que le hiciese el enorme favor de permitir dar sus señas como si fuesen las de un nuevo domicilio de Juan. Una pequeña trampa que no perjudicaría a nadie. Como ya había pasado diciembre y Caja Madrid no había recibido el informe correspondiente, mandaron al edifico de Miriam ese escrito dirigido al posdoctorante holgazán. Habían intentado localizarlo por teléfono, lo puso al tanto Miriam cuando Juan, a su vez, la llamó aterrado desde Blanco Trópico para indagar en los detalles. La misiva, según se enteró al borde de un infarto, lo conminaba a cumplir con lo que se había comprometido antes de que finalizara enero. De lo contrario, tendría que reembolsar cada una de las mensualidades devengadas. Casualmente, por esas mismas fechas, Juan recibió otro comunicado amenazante: ¡un emplazamiento a pago por parte de una empresa de cobranza, que había adquirido su deuda con Telefónica, la cual nunca pudo pagar porque pretendían que permanecieran en España hasta que emitiesen la nueva factura! ¿Cómo demonios lo habían podido ubicar en esa isla, ellos apenas acababan de instalarse ahí? Esa tarde, al volver del vivero, Marcia tuvo que pedir un taxi por el celular y depositó a su marido en la sala de urgencias de un hospital. Una crisis de ansiedad y dos cajas

de ansiolíticos infundieron a Juan la templanza necesaria para comunicarse desde un locutorio con la encargada del departamento de becas de Caja Madrid. Inventó un cuento chino para justificar por qué aparecía un número de larga distancia en la minipantalla del aparato receptor. Una emergencia relativa a un abuelito muy enfermo que vivía en el extranjero, trató de convencer a la funcionaria. Luego solicitó, de la manera más atenta, se le concediera una prórroga para entregar el producto final de su investigación. Ésta incorporaba relevantes descubrimientos a raíz de entrevistas con fuentes de primera mano (Jirair y Wilfredo) y otras pruebas empíricas que figuraban en un anexo. Habían requerido un minucioso trabajo de sistematización que, lamentablemente, había excedido sus previsiones y retrasado todo el proceso. ¿Cuánto más necesitaba? Pues… ¿Cuánto? De acuerdo, zanjó la responsable de becas. Vería que le autorizaran un plazo de gracia a cambio de que Juan se comprometiera a concluir su proyecto a la brevedad. Acto seguido, para más inri y humillación, Juan marcó el teléfono de la empresa de cobranza. Telefónica se podía ir mucho al infierno, y si no habían liquidado el adeudo en su momento había sido porque la compañía no les había ofrecido alternativas. No iban a esperar con los brazos cruzados, uno o dos meses más, la estúpida factura. Pero si no solucionaba eso corría el riesgo de que le embargaran los ahorros de Caja Madrid, de donde procedía el dinero que extraía de cajeros automáticos en la isla y depositaba en la cuenta de Marcia (él, en su calidad de "dependiente económico de no residente", no estaba autorizado a abrir la suya propia). Tras varias intentonas sin éxito, el despacho de cobradores atendió su telefonazo. Juan expuso que quería liquidar su deuda, nunca se había rehusado a pagar, lo que pasaba era que había tenido que irse de España y no le enviaron con anticipación el balance —contaba con un ridículo saldo a favor por un desperfecto en la línea—; incluso relató, para mover a compasión a sus perseguidores internacionales, el vía crucis de los accidentados viajes a correos para transportar las cajas con la carretilla de mano. La telefonista le indicó, con absoluta e indiferente sequedad, que tomara nota de los datos bancarios donde debía hacer el abono, y que enviara de

inmediato el comprobante a un fax que le dictó, y repitió, en un tono de lo más borde.

Y luego estaban las demandas de la cotidianeidad que, en paralelo a su maldito ensayo posdoctoral atrasado, debía enfrentar el Caballero Andante Bienoliente, aunque pronto Juan, al salir de casa, optó por no perfumarse, las abejas y las avispas se abalanzaban sobre él. Esos apremios parecían asfixiantes losas que trasladar a cuestas, jorobas autorregenerativas incrustadas en vértebras y huesos. No sólo la piedra de Sísifo sino varios Sísisfos con su propia carga sobre los hombros de uno. No le daban tregua. No había manera, por ejemplo, de contratar una línea telefónica. El anterior inquilino —a quien era imposible localizar— debía una suma exorbitante y en Blanco Trópico, según le explicó una recepcionista con satisfecho orgullo de civilista déspota, las deudas telefónicas “se quedaban en el predio”. Como la única solución que le proponían era que se responsabilizara de lo que otro no había querido pagar, Juan tuvo que volver a las oficinas del TELBT con una carta aclaratoria, acompañado de Urcelay y el amigo abogado que les había hecho descuento por arreglar los papeles de la casa que estaban alquilando. Esa maniobra destrabaría el asunto, pero a velocidad de tortuga, al grado que se resignaron a prescindir del servicio en tanto no se mudaran a un nuevo sitio (pese a que la compañía ya había cobrado el alta, seguirían sin teléfono fijo durante meses). Tampoco resultó fácil restablecer el suministro de electricidad, con la que felizmente pudieron contar luego de Reyes, lo mismo que el gas. Fue un problema, y un buen susto. Juan se acercó a la central eléctrica de Blanco Trópico a solicitar la reactivación de la corriente. Al otro día, frente a la verja frenaba con brusquedad una camioneta sin matrícula, de la que bajaron tres individuos corpulentos, dos de ellos con pinta de matones. El otro, pelirrojo, que vestía guayaterno violeta, llevaba una cámara digital y era, por lo visto, una especie de inspector. Los morenos de botas vaqueras y chaquetas de mezclilla ceñidas a la cintura, sacaron del interior del vehículo unos gruesos desarmadores y comenzaron a desmontar la caja de los fusibles. ¿Por qué había alterado Juan el medidor?, lo increpó el del guayaterno mientras tomaba fotografías de las

conexiones. Era un delito federal, por si no sabía, podría ir a prisión, estaban autorizados a detenerlo ahí mismo. El anterior inquilino, el grandísimo hijo de la gran puta. Había manipulado alambres e interruptores para falsear la lectura del consumo. Presa de taquicardia, Juan pidió permiso a sus captores electricistas para ir corriendo otra vez al locutorio junto al parque. Unos cuantos telefonazos —Marcia no pudo atenderlo porque estaba en una reunión en el vivero— y, por fortuna para su salud, reaparecieron en su auxilio el casero y el amigo abogado, quienes le sacaron las castañas del fuego al aportar la justa versión de los hechos. El del guayaterno no se mostró demasiado complacido, ni mucho menos condescendiente, pero aceptó una propina para los tres. Subieron a la camioneta y azotaron las puertas. El inspector bajó la ventanilla, bombeando con el pie el pedal del acelerador, y le advirtió que se anduviera con cuidado.

A finales de febrero, dos incidentes le aportaron nuevos elementos de angustia en su desoladora lucha contra el informe de Caja Madrid. La aparición de la adorable cachorra weimaraner, Enriqueta, y el sorpresivo arribo de las cajas con sus pertenencias, que Isolda había redespachado desde la ciudad de México sin avisarles. Respecto a lo primero, desde aquel viernes de la Virgen de Guadalupe, cuando abordaban el avión para venir a la isla, Marcia había anticipado su firme resolución de comprar un perrito tan pronto se presentara la oportunidad. Era un deseo comprensible, su crianza había transcurrido en estrecha comunión con la naturaleza salvaje, entre canes y gatos, culebras y ranas. No sólo estaba acostumbrada a esas alimañas, la convivencia con ellas había dejado una impronta en su temperamento. La casa misma de Isabel Mayoral albergaba a la fecha una auténtica jauría en el jardín y bajo el quincho, compuesta tanto de ovejeros alemanes de pedigrí como de animalillos de toda laya recogidos de la calle. Una debilidad de la madre de Marcia, quien no toleraba el espectáculo de una bestezuela sufriente o abandonada, a despecho de las protestas de Pablo de Francisco, a quien sacaba canas verdes con la llegada de cada nuevo y maltrecho huésped. René Trujillo, un compañero de Marcia (aquel que enviara a Madrid la carta invitándola a trabajar a Blanco Trópico), conocía sus intenciones. Una

prima suya era dueña de una hermosa perra weimaraner que acababa de tener crías. No podía quedarse con la camada entera, así que estaba vendiendo algunos cachorritos a precio muy económico. Marcia apuntó los datos en su agenda electrónica y una tarde, al salir del vivero, fue a despegar a su sufrido y exudado esposo del potro de tortura de la silla ergonómica. Fueron en taxi a esa dirección, todavía más al norte. A la vuelta el chofer bordeó por la zona de los muelles mientras el crepúsculo orlaba la mansedumbre espumosa del mar con festones violáceos y oriflama. Entre ellos dos, en el asiento trasero, un cubo de cartón. Dentro de éste, sobre una base de periódico y una frazada asquerosa, la cabrona perrita que a partir de entonces sería bautizada Enriqueta. Tenía esas largas orejas grises características de los weimaraner, un melancólico mirar ambarino de raza aristocrática. Como era muy pequeña y apenas estaba desarrollando sus facultades vocales, sus esporádicos ladridos sonaban muy bajo, entre roncos y agudos, como el gorjeo de un pajarillo con gripe. Ni bien abrieron la puerta cuando Enriqueta ya se había cagado en el umbral. Luego meó por varios rincones, acuclillada; levantaba una pata, estiraba el cuello, aleteaba la nariz y levantaba la cola en el típico ademán de perro cazador que marca la presa (por ahí había una cucaracha muerta).

A partir de entonces Juan se pasaba la mañana jugando con Enriqueta, la correteaba o le hacía cosquillas en la panza; o la dejaba entrar para que no se “deshidratara” en el patio, pero después tenía que limpiar la casa, hecha un campo minado de cacas y vomititos de croquetas. Y los orines, ¡Dios Santo! Esas asquerosas emanaciones acres picaban en la garganta, le provocaban tos. Juan se iba a la mesa del comedor, pero se preocupaba por dejar sin vigilancia a la pobrecilla, no le fuera a dar un pasmo o algo. Entonces la llevaba al arriate del frente —ella le humedecía las manos a lengüetazos— para poder mirarla a través de las ventilas de la sala. Si desaparecía de la visual, Juan salía al garaje para comprobar que Enriqueta no tenía un pelo de su pelaje gris pardusco de tonta. Boca arriba y con las cuatro patas plácidamente estiradas bajo el alféizar exterior de la ventana, aprovechaba la sombra. Al verlo, movía la cola muy contenta. Por la tarde, Marcia volvía de una extenuante jornada, su esposo se

quejaba de que no había podido avanzar un solo párrafo, no había conseguido organizarse, había tenido que consagrar horas y horas de su valioso tiempo a atender las necesidades primordiales de Enriqueta. Incluso Natalia había ido a gritarle, para preguntar si no necesitaba nada la perrita. Marcia le decía que dejara de buscar pretextos, que parara de boicotearse su propio trabajo, habían acordado que ella se encargaría de dar de comer a Enriqueta antes de salir a la cooperativa y al regresar a casa mientras preparaba la cena. Enfocate, Juan, no seas chillón. Él podía —no podía, "debía"— desentenderse de distracciones que lo desviaran de su prioridad. Estaba muy bien que adorara (ese verbo había empleado Juan, "adorar") a Enriqueta, pero debía esforzarse más. Por otra parte, la chucho no se enfermaría por estar expuesta a la intemperie, se lo aseguraba, era una perra. Ella tampoco comprendía en qué sentido sacar un bote a la calle para el camión de la basura anulaba la capacidad de concentración de Juan el resto del día. A Natalia, que no le hiciera caso. Lo único que debía importarle ahora era lo de Caja Madrid, terminar con eso. De qué le servía andar lloriqueando. ¡Madurá, Claudito! ¡Madurá de una vez!

Las cajas lo distrajeron mucho también, pero tras justas reconvenciones de su esposa, Juan resolvió cerrarse la boca con una cremallera y acometer el negocio con lo que quedaba de su dignidad perdida. Marcia ayudaba, como siempre, en la logística y con su sentido común, pero no podía ir físicamente a solucionar las cosas, tenía que cumplir con sus obligaciones. A él, por supuesto, le pasó de todo. Natalia le llevó el aviso de llegada, que el idiota del cartero para variar había metido en el buzón equivocado. Fue a la zona de los muelles y se apalabró con cuatro estibadores negros para que lo acompañaran a las bodegas de la Oficina Nacional de Correos de Blanco Trópico (OFNACOBT) y transportaran las cajas a Abedul 42 A. Lo dejaron plantado, pese a que ya habían fijado el precio. Entonces fue al mercado municipal, cerca del distrito financiero, a alquilar una camioneta de fletes. Preguntó a una verdulera si sabía quién prestaba ese servicio. Después de misteriosos cuchicheos entre marchantes que salían aprisa de sus puestos, escudriñaban a Juan y se dirigían quién sabe a qué escondrijos, se aproximó un sujeto que se

hacía llamar don Luis González. De origen cubano, se ofreció de chofer previo pago por adelantado. Le dijo que lo esperara en la entrada principal, nomás iba a recoger el vehículo al estacionamiento. Nunca volvió. En las dársenas, Juan se topó con dos pescadores yomas que acababan de capturar unos pulpos. Llevaban a cuestas unos sacos de arpillera de donde sobresalían perchel y redes, y unas bolsas de plástico con los moluscos. Era raro verlos ahí (a los yomas y a los pulpos), solían vender su mercancía a las pescaderías. Negociar con ellos fue tan sencillo como pedir en una aldea rusa, sin saber ruso, una ensalada rusa. El requisito indispensable para que lo ayudaran, Juan pudo inferir de sus ruidosas gesticulaciones, además de una suma respetable de dinero, era que les comprara la pesca. No imaginaba Juan el regaño que le caería encima por la noche, cuando Marcia abriera el refrigerador y se encontrara con dos pulpos crudos embutidos entre los cartones de leche y el frasco de mermelada. Al principio pensó que los yomas le estaban tomando el pelo. Él debía adelantarse a correos (con los octópodos en el maletero, lo que originó una discusión con el taxista) y ellos lo alcanzarían más tarde con sus triciclos de carga. Entre el taxi y los dos triciclos llevarían las cajas a su domicilio. Si los yomas tenían que hacer más viajes, él no tenía de qué preocuparse, estaban acostumbrados a pedalear por la selva. Imagínese (Juan creyó entender que le decían) hacerlo por Boulevard Centella, pan comido.

Juan estaba por decirle al taxista que mejor lo llevara a casa cuando los yomas triciclistas aparecieron a las puertas de OFNACOBT. Se apearon, fueron con Juan al mostrador y, en un español rudimentario, explicaron que se harían cargo de las pertenencias del míster. Si el señor estaba de acuerdo, dijo la oficinista, debía firmar aquí de recibido. Las bodegas no se situaban ahí sino en la parte trasera del edificio. Esa dupla era un portento de fuerza física, unos mulos de hierro que además se partían de risa. Se echaban al hombro las cajas y las acomodaban en las canastillas como si izaran bultos de aire, no los vestigios de un piso montado en Madrid. Ni siquiera llevaban sombrero o gorra. Las cabelleras hirsutas, el rostro galvanizado como máscara de bronce húmedo, la musculatura compacta bajo el sol despiadado. Juan temió que

él pudiera desmayarse. Los yomas tuvieron que hacer tres periplos completos, el taxista colaboró sólo con el primero. Juan se preocupó sobremanera por el último, que tardó muchísimo. Una patrulla de la policía los había detenido en Boulevard Centella. No a causa de una probable infracción de tránsito, como cabría suponer, sino para cerciorarse de que no se estuviesen robando la carga. Juan despidió a sus amigos con un estrechón de mano mientras Enriqueta pelaba los colmillitos y les dedicaba unos ladridos furiosos que por instantes sonaban a perro grande. Admiraba que en nuestro mundo existiesen aún esas esencias telúricas. Anhelaba, en secreto, que le contagiasen algo de su corpulencia mineral.

El 11 de marzo, Juan puso punto final a su informe de Caja Madrid. Casi coincidió ese momento sublime con una inesperada llamada al celular. Marcia solía llevárselo por motivos de trabajo, con frecuencia tenía que hacer llamadas urgentes de larga distancia. Esa vez lo había olvidado. Juan pulsó el botón verde y pronunció el clásico “¿Bueno?” mexicano. ¿Cariño?, escuchó decir. De inmediato reconoció la voz entrañable de Basilisa, una tía abuela de Marcia que vivía en un acogedor departamentito en Montgat, cerca de Barcelona, donde ellos habían pasado inolvidables semanas de gozo vacacional durante la estancia española. Basilisa había cumplido los cien años, era normal que le temblara la voz cuando hablaba. Pero había algo más, estaba verdaderamente compungida. Se echó a llorar. Madrid, informó, había sufrido un atentado espantoso en la estación de trenes de Atocha. Colgaron y Juan salió corriendo al cibercafé del parque junto al locutorio telefónico. Las imágenes por internet eran espeluznantes. Por si fuera poco, los madrileños se encontraban a tres días de elegir jefe de gobierno. Marcia no lo podía creer, no se había enterado de nada. Había estado encerrada en el invernadero. Entre otros problemas, había una plaga que se estaba cebando en rosedales y orquídeas. Por la tarde, Juan relató a su mujer la conversación con la tía y lo que él mismo había visto en la red. Nunca supo en qué instante se dio cuenta cabal de que él mismo lloraba, como al mediodía lo había hecho Basilisa por

teléfono.

La dinámica domiciliaria de Juan experimentaría algunas modificaciones a raíz de la entrega —más o menos airosa— de su reporte final de posdoctorado, que la Fundación Caja Madrid dio por recibido de manera formal a través de una carta. La había librado otra vez, tenía cierta tendencia al funambulismo, un día podría tropezar sobre la cuerda floja y caer sin redes al vacío. La problemática de fondo, sin embargo, no había variado. En esencia seguía en las mismas. Trabajaba en sus proyectos personales siendo un desempleado, y sudaba la gota gorda en sentido literal. Marcia también trabajaba y trabajaba, pero lo hacía feliz y era remunerada por la sociedad. A todo esto, la garza ojona había reaparecido en sus pesadillas. Se levantaba de la cama sobresaltado, con un escozor punzante en la cabeza, sin la menor duda de que sus demonios mentales por fin habían encarnado para cobrarle alguna antigua deuda. Seguro estaría con los sesos a flor de cráneo, desparramados sobre la nuca en un amasijo sanguinolento; se tocaba con pavor la cabeza y removía a Marcia a un costado para que lo llevara a la sala de urgencias. Una noche soñó que entraba en un cuarto pintado de verde aguacate, sin ventanas, mortuorio y desleído. En una triste variante del pirata con el loro al hombro, él llevaba la garza agarrada a su coronilla, la cual el ave picoteaba con sostenida saña. En la pared de enfrente, patíbulo dentro de un recinto de por sí patibulario, colgaban tres cruces negras descomunales. De pronto el muro se tornaba inmenso y bajo las aspas oscuras unas monjas también gigantes, los rosarios cautivos en las manos entrelazadas, lo encaraban de pie. No llevaban las tradicionales tocas sino unos burkas horribles, lo que confería al cuadro un inefable matiz. Las Gargantúas de hábito blanco y tupido velo negro se carcajeaban sin romper el ademán oratorio; se sacudían arqueando el torso hacia atrás, se inclinaban ligeramente echando el cuerpo adelante y volvían a reírse, ya no al unísono sino en arqueos alternativos. La garza continuaba con lo suyo, a ese compás diabólico. Juan berreaba entre aullidos sin lograr despertarse. Marcia debía abrazarlo con toda la fuerza que le permitía su

turbada somnolencia, cuchichearle palabras tranquilizadoras que lo devolvieran al presente. Él se asombraba de no hallar sangre entre los cabellos, de que las yemas de sus dedos sólo pudiesen constatar la habitual presencia orgánica de esa sudoración matutina. Ni Juan ni ella sabían qué culpa cargaba. A lo mejor su pasado de becario lo perseguía, como buen católico disfrazado de ateo que era. Aunque esas fantasmagorías pajariles bien podían obedecer a otras causas. Los atentados de Madrid, qué duda cabía, habían hecho mella en el ánimo de ambos. El organismo de Juan, en estado de falso reposo, podría haber reaccionado de ese modo. O tal vez el infierno noctívago de la garza torturante era un efecto que se prolongaba, desde las obsesiones de otra época, a las exigencias actuales a que estaba sometido. En particular, la búsqueda de un empleo, que se demoraba más de lo previsto.

Su rutina ya no podía ser la misma. No sólo por el súbito rebrote de esos malditos sueños persecutorios (la parte positiva, como decía Marcia, era que le suministraban vívidas imágenes para sus cuentos). Se empeñaba, era cierto, en las correcciones de su manuscrito *Riqueza para todos*, y se esforzaba también en dedicar periodos cada vez más extendidos a sus dispersos textos literarios. La pesadilla de las religiosas originaría uno intitulado “Burkas en la recámara”. Pero ahora toleraba menos el encierro, le resultaba insufrible seguir deambulando con el ordenador y la silla rodadora de un extremo a otro de la casa. Enriqueta era muy graciosa, pero francamente, a su edad, Juan ya no podía seguir dándose el lujo de perder la mañana entera jugando con una perrita. Y Natalia, ¡vaya ladilla! Las constantes reuniones familiares bajo la cochera (cuya cercanía la volvía casi una extensión de su propio garaje), los nutridos grupos evangélicos del barrio que concurrían en el patio delantero de su domicilio. Ella auspiciaba esos interminables sermones y cantamisas con los ojos rebosantes de lágrimas emocionadas. Para colmo, su expansiva alegría redentora la hacía obstinarse en que Juan se uniera a ellos y conociese la Palabra, expectativa que se anunciaba a gritos desde la verja y redundaba en irritantes interrupciones (aunque él no estuviese haciendo otra cosa que tirarle una pelota de tenis a Enriqueta en el patio). Días después apareció Manolo, de la

casa vecina hasta entonces deshabitada. Según se enterarían, ese señor con pinta de macarra siciliano era en realidad un macarra local emigrado a Miami, donde había hecho jugosos *business* antes de que, ejem, lo deportaran. Era cuestión de arreglar unos papeles que ya estaba viendo un amigo abogado (nunca falta uno) allá en Miami. Los yanquis eran muy quisquillosos con todo, eso ya se notaba desde que instalaron sus bases militares en la isla. A Manolo se le había olvidado poner una firmita en un cheque; a decir verdad, él había puesto la suya en una orden de pago ajena, sólo para facilitar una diligencia urgente que, a la postre, le había costado que lo subieran al avión con su esposa y su hijo Manolito. Previo juicio y seis semanas en la cárcel y una multota. El "malentendido" se había saldado también con una severa crisis respiratoria de su señora. Reina Esmeralda, por prescripción médica, tenía que ejercitarse por la mañana con breves caminatas en la acera bajo el sol crecientemente implacable mientras Manolo y Manolito se sentaban en el bordillo, o en el peldaño de su porche, sin mejor ocupación que contemplar a la debilitada caminante. Al verla pasar, Enriqueta se ponía fúrica y pelaba los dientes, le ladraba con las patas apoyadas detrás del enrejado. Reina Esmeralda saltaba, chillaba y maldecía, por culpa de esa perra acabaría muriéndose de un susto. Juan se veía obligado a salir de casa en su defensa, disculparse y explicar por encima de la verja que Enriqueta era inofensiva.

Las relaciones con Manolo, Manolito y Reina Esmeralda fueron complicadas desde el principio. Lo primero que hizo el vecino al retornar a esa vivienda que ellos tres ya habían habitado antes de emigrar a Estados Unidos, fue reunir toda la basura acumulada durante su ausencia, meterla en una bolsa y tirarla al patio de Juan por encima de la tapia. Juan no daba crédito, hacía rebotar la pelotita contra una pared para que Enriqueta aprendiera a cacharla en pleno vuelo con el hocico cuando sintió una sombra voladora sobre su cabeza, como si pasara un ovni. Y ahí cayó, en el centro de las baldosas de concreto, una gran bolsa de plástico negra retacada de desperdicios. Ni siquiera la habían cerrado. Turbado por completo, con una violencia tal que sentía que el ventrículo le iba a explotar en la garganta, recogió las

decrépitas cáscaras de naranja esparcidas por doquier y se personó en la otra casa. Manolo y Manolito lo recibieron de lo más campechanos con sus característicos shorts nike de colores chillones hasta las rodillas y sus holgadas camisetas blancas de algodón sin mangas, bajo las que se acomodaban bien sus barrigas flácidas. Tenían las manos velludas, repletas de anillos, tres gruesas cadenas de oro cada uno. Los eslabones se enredaban en las vedijas del pecho, el cuello en U estaba tan vencido que dejaba expuestas las tetillas. Manolo, más bien retaco, el pelo peinado con raya en medio y mucha gomina, en chancletas, se impulsaba con lentitud en el patio delantero sentado en una de esas oxidadas mecedoras. Manolito mediría su buen metro ochenta y cinco y lucía una cabellera rubia pajiza quemada a fuerza de tinturas y permanentes. Llevaba coleta, las pestañas también teñidas, y un tatuaje de lo más cursi en el pálido antebrazo rechoncho (un motorista sobre una Harley Davidson dentro de una orla de flechas y rosas). Estaba de pie recostado contra una jamba de la puerta abierta, flexionaba ligeramente la pierna izquierda. La lengua de fuera le impedía cerrar la boca, su mirada perdida evocaba a un borrico asesino.

Titubeó en sus afanes por explicar el problema (como si ese par no lo supiera). Por alguna lamentable confusión, le habían arrojado esa bolsa que llevaba en la mano. Ninguna confusión, respondió Manolo, sólo había devuelto lo que le habían tirado a él primero. No, no, perseveraba Juan. Quizá el anterior vecino lo hubiera hecho, pero él (o sea, Juan) y su esposa acababan de mudarse ahí, jamás se atreverían a utilizar su casa (esto es, la de Manolo) como basurero. El detalle estaba, respondió Manolo, en que ahora esa bolsa ya había cambiado de propietario. Él (Manolo) no podía ayudarlo (a Juan). Además, todavía no se daban de alta en el servicio de colecta de basura (ni lo harían nunca, quemaban ocasionalmente los residuos en el patio trasero de su casa cuando ya era de noche). Que le hiciera un favor (Juan). Que sacara esa bolsa que le habían arrojado con su propia basura (la de Juan). Como señal de buena voluntad entre vecinos, Manolo, sin dejar de mecerse, le ofreció la mano regordeta. Si lo prefería había otra solución: poner toda la basura encima del cubo de los de enfrente. Le recomendaba, en ese caso,

esperar hasta la madrugada, así no lo verían. Juan quedó tan patidifuso que, antes de darse cuenta, ya estaba de nuevo junto a Enriqueta en su patio con la bolsa de basura de Manolo en la mano. La guardó en su propio bote el resto del día y cuando Marcia llegó del vivero refirió lo sucedido. El enfado de ella sólo era parangonable con el bochorno que producía al relator la desconcertada y paralizante pusilanimidad que lo había invadido, la dialéctica basurera con que Manolo lo había humillado. No iban a permitir —¿no?— semejante desaguisado, tamaña tropelía.

Esperaron a que dieran las tres de la mañana. Pero no para consumar el plan sugerido por Manolo sino uno muy distinto. No en perjuicio de los incautos al otro lado de la calle (un doctor y una ama de casa con un niño pequeño y otro recién nacido) sino a favor de la justicia. Juan trepó sigilosamente a la azotea (aún no compraban una escalera) por los barrotes de la ventana de la cocina, que daba al corredor exterior. Usó como escabel el depósito de agua, a un costado del calentador. Ya arriba, se sitúo junto a los tinacos. Se sentía nervioso, no sabía muy bien si protagonista de una película del Agente 007 o un vulgar ladronzuelo. Por instantes se descubría agazapado, tratando de ocultarse, lo cual resultaría inútil si de verdad alguien estuviera espiándolo, la luna llena se había posado sobre el barrio. Abajo, en el pasillo, bañada por el suave haz lácteo del satélite, Marcia aguardaba con una cuerda en uno de cuyos extremos habían atado la bolsa de basura de Manolo. Al recibir la señal convenida (¡psst, psst!) lanzó el otro cabo al techo. Juan comenzó a izar la carga —a cada segundo más maloliente—, la estampa absurda de un marinero en un techo levando a tumbos un ancla de inmundicias. Desató la soga, asió con fuerza el nudo con que había reforzado el cierre y dio vueltas como una hélice sobre su eje para cobrar impulso. Bajo la claridad difusa del cielo, la silueta giratoria de Juan podría haberse confundido con la de un Batman enloquecido tratando de atrapar la punta de su capa. La bolsa salió volando —mientras él se agarraba del tinaco para no irse de boca— y aterrizó con un certero golpe seco en la azotea de Manolo. Bajó de prisa golpeándose las espinillas con las barras de la ventana. Se encerraron en el cuarto y permanecieron insomnes y alertas a cualquier

represalia unos buenos cuarenta y cinco minutos.

Manolo y Manolito ni se inmutaron por esta audaz revancha. A lo sumo, se habrán fatigado acarreando las porquerías a su patio trasero y apilándolas antes de echarles gasolina y prenderles fuego. Ese humo acre e insalubre se colaba inevitablemente en la habitación de Marcia y Juan, lo que originó airadas reclamaciones a Manolo, quien por toda respuesta esbozaba una socarrona sonrisa. De hecho, Manolo y Manolito consideraban a Juan como una especie de amigo, un cofrade más de la hermandad de desempleados. Iban a cada rato a pedirle leche, una tacita de azúcar, el teléfono móvil prestado —las raras ocasiones que Marcia se lo había olvidado—, que les facilitara unas monedas para un taxi que tenían que tomar. La música de DJ gay que ponía a todo volumen Manolito era intragable. Además, se ponía a bailar y batir las palmas, agitaba sus obscenas grasas bajo el sol en pleno patio de adelante, un panorama que despedazaba la concentración de Juan el resto de la jornada. Por momentos, se sentía una rata asediada: de un lado karaokes y rezos evangélicos, de otro un obeso escandaloso peligrosamente desocupado, y el padre, de la misma calaña. Manolo también se entretenía lanzando al pasillo tapas de refresco, basuritas que no valía la pena incendiar. Ni los ladridos furibundos de Enriqueta —que contribuían en no escasa medida a incrementar la ansiedad de Juan— lo amedrentaban. Y luego las continuas protestas de Reina Esmeralda por culpa de ese ladrar incontrolable. Si Manolito amanecía inspirado ya podía uno irse suicidando. En lugar de sus almibarados cds techno, Andrea Bocelli. La misma melodía —“Por ti volaré”—, esa estrofilla emética “mi fin de trayecto eres tú” repitiéndose con melifluo estruendo durante horas, como círculos concéntricos del Tártaro. Manolito, por si fuera poco, en su tiempo libre (cuando no estaba entregado a la impudicia musical o danzadora moviendo la coleta de un lado a otro), ejercía el voyerismo. Lo habían sorprendido fisgoneando con unos binoculares desde la ventana de su baño por encima de la tapia.

Para eludir esas complicaciones y, sobre todo, la neurosis

que le provocaban, Juan se marchaba al cibercafé del parque. Rodeado de adolescentes con auriculares que se habían ido de pinta (que hacían ovillos, como dirían en España) y navegaban o chateaban frente a los monitores, y de niños cibernéticos que bajaban información de internet para plagiarla en sus tareas, se ponía a revisar la sección de clasificados del *Diario de Blanco Trópico.* A veces hallaba ahí algún ejemplar impreso que alguien había dejado, de lo contrario consultaba el portal electrónico. Le causaba verdadero asombro confirmar lo que Marcia decía en broma respecto a ese órgano informativo: representaba la vanguardia del periodismo mundial: sólo reportaba primicias del pretérito. Una política que, en la actualidad, ningún otro periódico se atrevía a seguir. El desfase entre los acontecimientos y las noticias que los describían era inverosímil. Ahora en abril, por ejemplo, la primera plana informaba, como novedad, de que Miklos Fehér, jugador húngaro del Benfica portugués, había fallecido por causas naturales sobre el terreno de juego, cuando cualquiera sabía que eso había ocurrido en enero.

Las ofertas de empleo desesperaban a Juan. En primer lugar, desconfiaba de la exactitud de los anuncios, pues no era disparatado suponer que la anacronía imperante en la práctica totalidad de las páginas —salvo la sección de sociales, ésa siempre estaba al día— se extendiera a ellos. Su perfil, era irónico, no encajaba con ninguna de las posibilidades (en caso de que realmente existieran). Estaba sobrecalificado para la mayoría de los puestos que se ofrecían, aquellos pocos que podrían corresponder a sus capacidades exigían por lo menos cinco años de experiencia, y se rehusaba de plano a trabajar de mesero o repartidor de pizzas. Juan volvía a casa desalentado, miraba con gradual desasosiego las palmeras y flamboyanes que se levantaban en las aceras de Abedul. Caminaba en medio de la calle preguntándose qué hacía ahí, miraba al cielo con sus gafas de sol graduadas y la visera de la desteñida *cap* roja, imploraba en secreto a Dios. Le gustaría ser todopoderoso y saltar a otras islas, se decía mientras palpaba el bolsillo de sus bermudas para asegurarse de no haber olvidado el estuche con sus anteojos normales. A las Canarias o a Madeira, por

qué no fugarse con Marcia a Cabo Verde o las Azores, donde ella podría fundar su propio vivero. Nada de eso, por supuesto, era factible. Por lo pronto, Juan se conformaría con otra clase de milagro. Que Manolito, cuya presencia se intuía ya a una cuadra, no protagonizara ese mediodía su repugnante meneo de odalisca tropical. Aunque había una perspectiva aún más asoladora: que estuviese, por el contrario, en extática quietud: los ojos cerrados, repanchigado al frente de su casa junto a su padre en la mecedora oxidada, a la escucha atroz de “Mi fin de trayecto eres tú”.

A finales de agosto, desde su oficina en el invernadero, Marcia respondió un correo electrónico de Rafaela Pirezzi. ¿Así que estaba pensando ya en quedar embarazada? Le daba mucho gusto oír eso de su amiga del alma. A Marcia también le gustaría hacerlo pronto, pero antes tenían que cambiar las circunstancias, que Juan madurase, no podía parir un bebé teniendo a otro por marido. Para ser franca, estaba preocupada por él. Lo veía muy neurótico, no paraba de quejarse de todo, en especial por la falta de empleo. Había que reconocer que se esforzaba, había ido a tocar puertas —sin éxito hasta ahora—, pero la impaciencia lo estaba matando. Llegaba al ridículo de confesar que le daba vergüenza no poder contribuir siquiera con las croquetas de Enriqueta. Se autodevaluaba diciendo que le habría convenido ahorrarse sus títulos en economía, a fin de cuentas era un bueno para nada como Manolo y Manolito (una peste de vecinos). Esa actitud, tecleaba Marcia a Rafaela, la embolaba, entendía que la situación de Juan no era precisamente la más cómoda, pero al menospreciarse de ese modo sentía que la descalificaba a ella misma. La verdad, Fafita, estaba intratable. Para celebrar sus 37 años, continuaba Marcia, fueron a pasar la noche a Zona Baluarte. Una ciudad amurallada, hermosa, construida hace más de tres siglos en defensa contra los ataques piratas. Se podían visitar los bastiones, y los de la muralla principal dan directamente al mar, un paisaje divino. Aunque hacía un calor de cagarse. Como el cumpleaños de Juan cae el diez de mayo, Día de las Madres igual que en México, los museos y restaurantes

estaban atascados. Se puso furioso y maldijo a todas las mamás del mundo por relegarlo y usurparle (ése fue el verbo que usó) el protagonismo en esa fecha. Lo habían hecho infeliz año tras año desde que era niño, incluso Isolda. Al día siguiente en casa, preparé una sopa *clam chowder* que le había prometido como premio de consolación. El termómetro rebasaba los 42°C y creéme, Fafi, no apetecía para nada tomarla. Se puso furioso y no paró de putear al clima. Esperamos hasta la una a que bajara el calor, que habrá descendido cuatro grados. Yo ya no tenía hambre, el sofoco era demasiado (no corría una partícula de brisa a pesar de que habíamos abierto toda la casa) y en el ínterin habíamos estado picando galletitas con queso y aceitunas. De todas maneras, para no agitar más las aguas y hacer honor a mi guiso, llevé la sopera a la mesa y serví una porción moderada para mí y otra que rebosaba. Terminamos y Juan repitió dos veces llenando el plato hasta el borde.

Luego él se obstinó en que cogiéramos, y aunque técnicamente ya había dejado de ser el cumpleañero y salía sobrando ese tono señor feudal exigiendo derecho de pernada, accedí a prestarle mi cuerpo. Pero Juan se sentía tan lleno que se arriesgaba a un paro cardíaco con sólo intentar la postura del misionero. Otra vez se puso furioso. Yo, muerta de risa por dentro, pero guardándome muy bien de evidenciarlo, me ofrecí entonces, por puro altruismo sexual, a hacerle un *manualation.* Juan se negó, quería una buena mamada, pero ahí si que estaba reloco. “Te imaginás, Fafi, con ese bochorno”. Total, no le quedó más remedio que resignarse. Un niño malcriado, berrinchudo, aunque le estuvieran dando uno de sus juguetes predilectos.

Estaba preocupada, escribía Marcia a Rafaela. El malestar de Juan comenzaba a resentirse en la pareja. Las dos semanas de julio que habían pasado juntos y que habían decidido aprovechar para hacer excursiones a sitios de interés arqueológico (Castro Yoma era muy bonito, y Balbalbak no se quedaba lejos, ya irían cuando los visitara) tampoco ayudaron a crear un ambiente de relajación. Ella, al llevar apenas seis meses en el vivero, no tenía derecho a vacaciones de verano, pero el licenciado Víctor Urdanivia Hernández, cooperativista mayor de Horticultores de Blanco Trópico (el dueño), estaba

tan contento con su desempeño que ordenó se las otorgaran. Quince insoportables días de lamentos continuos, Fafita. No importaba que estuviéramos escalando una maravillosa pirámide yoma con nuestras mochilas a cuestas, las fotografías que tomábamos a esas fascinantes iguanas pleistocenas tendidas al sol sobre las piedras (te mando unas imágenes); que fuéramos a almorzar a una pintoresca cabañita enclavada en plena selva. Juan dale y dale con la misma cantinela: nada tenía sentido, su vida se había convertido en las permanentes vacaciones involuntarias de un incompetente casi cuarentón. Puf, amiga, pesado, pesadito.

Marcia se despedía de Rafaela con algunos comentarios sobre las vicisitudes por las que estaba pasando para encontrar servicio doméstico. No quería sonar clasista, pero la fuerza de trabajo disponible la constituían por lo general indias yomas o mestizas que querían sacar tajada de todo, cansarse lo mínimo bajo el principio de economía del trabajo. Todas pretendían cobrar aparte la planchada alegando que era una actividad tan especializada como la de un ingeniero en un reactor nuclear. Televisor en el cuarto de servicio, que les dejara hecho el desayuno. Otro problema, querían estar de planta, ella buscaba a alguien de entrada por salida. Muchos besos, Fafita. Pulsó *send* y al cabo de unos minutos, cuando Marcia colocaba semillas de ricino en la base del microscopio para analizar unas moléculas de albumen, escuchó que tenía un mensaje nuevo en la bandeja de entrada. Rafaela, con su característico estilo telegráfico, respondía: “Raúl igual neurótico Juan por otras razones tenele paciencia amiga… más fácil encontrar tesoro profundidades mar que ayuda casa, imaginate acá en Bs. As… a veces Dios se apiada nosotras y ocurre milagro seño Jimena, ecuatoriana, una joya impagable… vuelvo tan cansada laburo que estoy por pedirle que también se coja a Raúl mientras descanso… los hombres misma escala evolutiva orangutanes: su pito, comer, cagar, dormir, tele y deportes, no existe otra cosa para ellos… bstos”.

Juan había llegado al convencimiento rotundo de que tenía que hacer algo para quebrar la absorbente inercia en que

estaba atrapado. ¿Pero qué? Después de la desastrosa celebración de su cumpleaños, había telefoneado desde el celular (seguían sin línea fija) a Julián Zavala Dilinger, el empresario y escritor cuyos datos le proporcionaran José Alberto y Uge cuando se reunieron con ellos en la ciudad de México. No hacía mucho, Juan había entrado a una librería (bueno, a la librería Goethe, la única que existe en la isla con numerosas sucursales) y se había topado en la mesa de novedades con la novela *Carreteras de espejismo*, la obra más reciente de Zavala. La había leído con interés, entre los gemidos de Bocelli y las plegarias de los socios espirituales de Natalia, y disfrutado su estilo seco y desnudo. No era el tipo de narrativa que más le deleitara, pues advertía en ella una evidente intencionalidad comercial, aunque el autor tampoco caía de lleno en la tentación de la crónica periodística (o seudoperiodística) disfrazada de literatura. Había sutilezas y matizaciones. El argumento era estereotipado, su desarrollo, muy efectivo. Le había hecho recordar, en su particular registro, las cintas de los vengadores anónimos de Charles Bronson, a Harry el Sucio de Clint Eastwood, al Mel Gibson de *Mad Max*. Se trataba, más o menos, de lo siguiente: Jonás Dávila, ingeniero en sistemas informáticos y padre de familia, inventa un violento y popular videojuego que ofrece a los narcotraficantes de *posma*, de carne y hueso, un brillante repertorio de ideas para alcanzar sus objetivos. Intentan enganchar a Dávila para la organización, Jonás los denuncia, pero el gobierno se encuentra infiltrado a todos los niveles. En represalia, le dan una paliza, violan a su mujer y la matan junto con los hijos. El otrora pacífico creador de *videogames* clama venganza, se recupera, hace pesas hasta reventar, fabrica un veloz coche artillado, se lanza a las carreteras y extermina a los maleantes en compañía de una temperamental rubia autoestopista, toxicómana rehabilitada y ex amante del capo del cártel.

No, no era la clase de literatura que más le fascinara, pero aceptaba que la trama estaba bien entretejida y la valoraba en sus justos méritos. Se prestaba a una lectura ligera en la playa tumbado bajo una sombrilla. Algo de esto, aunque sin tanta franqueza, quería comentar a Julián Zavala Dilinger cuando lo telefoneó. Un poco para tender un puente de comunicación

amistosa, un poco por el propósito más interesado de plantearle lo que realmente le preocupaba: si podía ayudarlo a encontrar un trabajo.

Lo decepcionó que Zavala no pudiese verlo, tenía una agenda muy apretada que incluía viajes al extranjero el resto del año con motivo de diversos proyectos de expansión de su compañía, y otros dentro de la propia isla como parte de la campaña promocional de su novela. No le dio la impresión de que le mintiera o se estuviera dando importancia. Zavala Dilinger era un *best-seller* local y nada tenía de extraño que su editorial (Esquife) se esforzara en acercarlo a sus lectores, más allá de que fuera el dueño de la fábrica de refrescos Miranda, la más grande de la isla. Zavala, no obstante, estaba al tanto de su situación. Lo había llamado por teléfono Uge —de eso haría ya algunos meses— y lo había puesto en antecedentes. Se le ocurría que Juan fuera a ver al maestro Ray Medina de la Universidad del Paradigma. Medina era el coordinador de la Licenciatura en Cultura y Humanidades Latinoamericanas, el programa incluía asignaturas de corte socioeconómico. Su teléfono era 9388876. Juan agradeció a Zavala su buena disposición. No tenía nada que agradecer. Uge también le había comentado a Julián que Juan escribía relatos. Ya encontrarían el tiempo de reunirse y charlar sobre literatura.

Juan pidió una cita y acudió a las modernas instalaciones de la universidad privada de la isla. Había descartado de antemano probar suerte en la pública, la del Litoral, porque estaba en otra entidad federativa. Pero si el estancamiento en que estaba inmerso persistía, tendría que replanteárselo. Ray Medina lo escuchó con absoluta atención. A Juan le había sorprendido que fuera ciego. De vez en cuando tomaba notas en su computadora pulsando con pericia unas teclas acondicionadas al sistema braille. Le preguntó datos concernientes a su currículum, le pidió que se lo enviara también a su correo raymedina@uparadigma.com.bt y que llenara una solicitud antes de marcharse. Le hablaba a calzón quitado (así dijo, a calzón quitado): los cursos correspondientes al segundo semestre estaban ya asignados, pero que volviera a principios de 2005, con probabilidad se liberaría alguno. El profesor Solórzano estaba teniendo

muchos problemas con los muchachos y había anunciado su intención de tomarse un año sabático. En enero, sí. En las primeras semanas de febrero, como tarde, pues el próximo ciclo iniciaría a finales de ese mes. ¿Qué materia sería? Estaba por definirse, a lo mejor “Retos microeconómicos de la macroeconomía en América Latina”. Su titular era el profesor González, desde hacía diez años, pero había manifestado su interés en suplir a Solórzano de manera provisoria en la otra cátedra. Ya lo verían. Juan se puso de pie y estrechó una mano inesperadamente fuerte. Por cierto, recordó Medina mientras volvía a su silla ejecutiva, abría una agenda y la palpaba con las yemas de los dedos. Había escuchado que el ministro de Turismo, Natación, Deporte, Ciencia y Espectáculos estaba planeando inaugurar en la isla una universidad interdisciplinaria regional. Comenzarían con dos unidades académicas autosuficientes, quizá Juan también podría tener cabida ahí. El ministro, licenciado Roger Novelo Briceño, era su amigo, podía llamarlo de su parte (de parte de Ray Medina) y decirle que deseaba participar en ese proyecto. Medina se levantó de nuevo y extendió a Juan una tarjetita de presentación. En el anverso estaban impresos sus datos, con la dirección electrónica referida y dos números telefónicos. En el reverso, trazado con caligrafía grande y temblorosa pero nítida, otro número para localizar al ministro.

Al volver a casa, Juan se desesperó porque Marcia se había llevado el celular. ¿Algún puto día les pondrían el teléfono fijo? Si fuera un poco más hombre incendiaría las oficinas de TELBT. A la mañana siguiente, aprovechando un invaluable y transitorio cese de actividades en las fincas de Manolito y Natalia, llamó al ministerio. Lo fueron derivando por un laberinto de contestadoras automáticas. Al final una telefonista, Karina, lo enlazó tras muchas súplicas de Juan con una asistente del despacho del secretario privado. Éste no se encontraba, pero le transmitirían su mensaje: una enredada exposición acerca de un rumor sobre ciertas unidades académicas, a lo que Juan sumó el vergonzoso lucimiento rimbombante de su título de doctor en economía por la Universidad Complutense. Se ponía a las incondicionales órdenes del señor ministro. Imploró que le facilitaran una

cuenta de correo electrónico, así podría enviarles su currículum.

Como Juan había dejado el número del móvil a la asistente, compró otro teléfono a Marcia, así él no tendría que separarse del primer aparato. Esperó y esperó a que lo llamaran del ministerio. Todo junio. Todo julio. Todo agosto. Y septiembre. También octubre. Mierda.

Para noviembre, Juan había adoptado un nuevo hábito. Asfixiado en su casa, comenzó a ir a cafeterías donde escribía casi toda la mañana. Se levantaba al sonar el despertador de Marcia, se bañaba y peinaba, desayunaban tostadas y café con leche y luego la acompañaba muy formal, con su portafolios, hasta la esquina donde ella tomaba el microbús que paraba a dos calles del vivero. Al cerrar la verja (Juan tenía que mover a empellones a Enriqueta), coincidían en ocasiones con el joven doctor que salía de la casa de enfrente para trasladarse en su BMW a alguno de los hospitales. No entendían cómo ese automóvil de lujo entraba en el garaje más bien modesto del vecino. Marcia y Juan intercambiaban unos cordiales buenos días con el médico —aquel a quien Manolo quería enjaretarle la basura— y después charlaban un rato bajo las ramas de un flamboyán. El BMW doblaba a la derecha por Fresno, Enriqueta aullaba en anticipada nostalgia por los amos y ellos dos esperaban el ruidoso traqueteo del transporte público, cuya inminente aparición se adivinaba ya en la lejanía de alguna calle paralela. Un matrimonio bien avenido, un equipo de trabajadores tempraneros dispuestos a enfrentar con la cabeza en alto los avatares que les deparaba la jornada. En condiciones distintas, claro. Y en el caso de Juan, la verdad, con la cabeza ya no tan alta al promediar el día. Sino a media asta.

Al principio le encantaba ir a Johnny be Good, ubicado dentro del centro comercial El Templo, al noroeste de la ciudad. Se podía ir a pie, iniciativa que exigía una vigorosa caminata de unos cuarenta y cinco minutos. Se despedían de beso, Marcia subía al microbús y él se echaba a recorrer el tramo restante de Abedul. Atravesaba el parque a esas horas en que el sol aún no caía a plomo. Algunas personas estarían

haciendo estiramientos de calistenia o *jogging*. No le vendría mal retomar las sesiones de ejercicio, suspendidas desde que se habían marchado de España, era notorio cómo había ganado peso. Andaba unas cuadras más y luego venía el cruzamiento, no exento de peligro, de Boulevard Centella. Podía intentarlo a la altura del retorno en U o, un poco más al norte, por debajo de los puentes que conectan con Circuito Circunvalación. Si se decidía por el primer punto, debía estar atento a los bólidos, de improviso cambiaban de dirección hacia el centro, apenas si frenaban al pasar de una calzada a otra. Si optaba por el camino bajo las rampas, había que correr primero y luego esperar en tierra de nadie a que cesara el tránsito. En medio de dos carriles ocupados por conductores que violaban los límites de velocidad en ambos sentidos, sin paso de peatones, convenía santiguarse. Esa zona era el escenario de continuos accidentes, choques en que se veían involucrados motoristas, atropellamientos a transeúntes irresponsables como Juan. Tan pronto se presentaba la oportunidad, salía disparado a alcanzar el otro bordillo. Las piernas flexionadas, el portafolios terciado con la correa al hombro, cuando arrancaba tenía que asegurarse las gafas con un dedo para que no se le cayeran. A cada zancada el pelo lacio le bailoteaba sobre la frente, le estorbaba la vista incrementando el riesgo de maniobra. Además los lagrimales se le irritaban por el sudor y tenía que frotárselos con la otra mano por debajo de los cristales en plena carrera. Pero esa temeraria pasada por la arteria principal de la urbe era su pequeña aventura física del día, la secreta dosis de adrenalina que se reservaba para sí mismo (Marcia le había preguntado si no era peligroso cruzar por ahí y él había mentido diciendo que había un policía que controlaba las preferencias de paso).

En sus primeras visitas a Johnny be Good se pescó un resfrío. Después de la galopada a través de Boulevard Centella, seguía un rodeo por unas cuantas manzanas hasta llegar a las escaleras mecánicas de la entrada principal de El Templo. Subía al segundo piso, lo recorría largamente hasta el otro extremo donde estaban el área de cines y la propia cafetería. Cuando franqueaba la puerta corrediza su camisa estaba empapada y el climatizador puesto a bajísima temperatura desde que abrían, a las ocho treinta. Era natural

que se enfermara. Marcia le sugirió que llevara una prenda de repuesto, así que en lo sucesivo posaba el portafolios sobre una silla y pasaba a cambiarse al baño (muy rápido, siempre temeroso de que le fueran a robar sus cosas, aunque se las hubiese encargado a una de las chicas). Volvía con la ropa remplazada hecha una abullonada jerga de piso alrededor de su puño y la embutía en el maletín, de donde extraía un hermoso cuaderno de notas italiano y un bolígrafo Stypen azul oscuro o uno Harley Davidson verde metálico, según el ánimo que le hubiese infundido ese día la heroica travesía a lo ancho de Boulevard Centella.

El sitio era una nevera agradable, umbrosa (sólo un ventana daba al interior del centro comercial), con algunas mesas distribuidas sobre pequeños entarimados —a Juan le gustaba en particular una aislada en una esquina—; posavasos de estrellas cinematográficas y grupos de rock hoy ya decanos (Led Zeppelin, Deep Purple, Black Sabbath); tres anónimas guitarras eléctricas colgadas de la pared (lo que distaba de los Hard Rock Cafe y su estandarizada vanagloria fetichista de las firmas); un repertorio musical a volumen moderado que abarcaba piezas de los sesenta a los ochenta e incluía piezas de jazz y de blues. Ese ambiente acogedor contrastaba con las situaciones que Juan imaginaba y escribía al dictado de su numen en las hojas de renglones añiles. No acertaba a determinar si reflejaban sus preocupaciones o si eran fruto de una fantasía enfebrecida, hasta una consecuencia psicosomática de sus recientes carrerillas entre los automóviles. Después de “Burkas en la recámara”, inspirado en esa pesadilla de las monjas que continuaba espeluznándolo, redactó:

No sé cómo vine a parar aquí con el diablo. Es un diablo estereotipado, pero negro, no rojo. Y brilla con un raro lustre. Accedo —¿accedo?—, me arrastra atravesando espejos que llevan a otra dimensión, o yendo de espaldas y rompiendo paredes con mi nuca, hasta que la perspectiva de lo que está delante se aleja vertiginosamente de mí y se coloca encima, como un cielo, como una cúpula de objetos, mientras sigo descendiendo y barrenando todo con la parte posterior de mi cabeza, hacia el

centro de la tierra, donde recupero la posición vertical; he estado viajando a los abismos chupado boca arriba, resquebrajando la materia con mi nuca, y me encuentro de nuevo con los espejos. Los atravieso a una velocidad lumínica y me estrello con el diablo negro. No tiene pene sino vagina, o muchos penes y vaginas, y me tiende la mano hirviente antes de ser succionado de espaldas, rompiendo nuevas paredes con la nuca hasta regresar tras innumerables vueltas de campana hacia espacios de arriba que me escupen hacia abajo. Recobro la postura bípeda que honra a mi especie. Y un nuevo espejo, en el que no me reconozco, abre nuevamente las puertas del otro lado.

Un poco tétrico, pensó, pero acaso puliéndolo aquí y allá, podría servir. Debía consultárselo a Marcia, confiaba plenamente en su criterio. Era una lástima que no hubiera podido reunirse con Julián Zavala Dilinger. Necesitaba más canales de comunicación literaria, despejar de una buena vez la duda respecto a que careciera del más mínimo talento, de que se estuviera embarcando en una empresa estéril de antemano por su patente incapacidad artística para llevarla a cabo. Y de pronto, por un extraño fenómeno de transferencia, Juan empezó a identificar esos tormentos con una incomodidad corporal que le provocaba un factor específico del entorno: el arribo, a eso de las once treinta de la mañana, de un batallón de señoras ricas amas de casa que lo miraban como a un delincuente. Quizá fuera paranoia, pero juraría que incluso se volvían desde sus asientos para criticarlo y reírse de él. En su pasmosa candidez, en un primer momento se sintió halagado y consideró la posibilidad de que lo estuvieran analizando con esa insistencia debido a su donosura (después de todo Marcia era muy guapa y se había casado con él). Luego creyó percibir que se estaban burlando, que lo conceptuaban como un holgazán sin oficio ni beneficio, un *looser* mantenido que se ponía a rayar sandeces en un cuadernito mientras su mujer —o marido, en estos tiempos ya no se sabía— trabajaba como una mula. ¡Carajo!, se decía Juan, ¿a qué venía eso? Nunca se había considerado una persona acomplejada. Y aunque así pensaran —seguían con el jijiji—, ¡qué más le daba! Las tenía bien vistas a esas

brujas ociosas (¿tan ociosas como él?, jijiji). El otro día, Marcia le pidió que hiciera un mandado y llegó tarde a El Templo, coincidiendo con ellas al entrar. Se las encontraba a cada rato. Eran unas engreídas ridículas, al volante de sus camionetotas Cadillac Escalade, Mercedes Benz ML o Mazda CX7, de sus Land Rovers, Lincoln Navigators y Audis Q7. A veces ni siquiera se las veía dentro de esas cabinas de barco, si uno iba detrás en un taxi y miraba hacia delante no percibía sino mini monitores de televisión titilando y el solitario respaldo del asiento del piloto, como si esos yates con neumáticos se condujeran solos. Gran despliegue de indumentaria, maquillaje y alhajas, ya fuera para tomar café descafeinado y Nestea durazno, como ahora, o para ir a misa o alquilar un video. Si tenían que hacerse cargo de sus retoños, una legión de nanas yomas las escoltaba a cualquier sitio donde reposaran sus asentaderas, así podían distenderse mientras la servidumbre pastoreaba a los ruidosos críos. Esas señoras y sus cuchicheos hacían que perdiera la concentración. Y luego surgió otro contratiempo inesperado en Johnny be Good. Juan comenzó a desear a esas mujeres, se le levantaba el pito cuando llegaban. Tal vez fuese un mecanismo compensatorio de los textos fúnebres que estaba intentando redactar, una válvula de escape de tensiones reprimidas. El caso es que experimentaba una vaga pero ineludible atracción sexual hacia ninguna y todas ellas. Una escalonada pero consistente excitación en la entrepierna, un cosquilleo perentorio en los testículos. Ahora su temor era que de alguna manera lo descubriesen, que lo denunciaran por depravado y acabara en la comisaría. ¿Cómo se atrevía, sentarse en un lugar público a fantasear con esas damas de sociedad que ya tenían su propio pene en casa? Él qué sabía, por otra parte, no era imposible que tuvieran varios, dentro y fuera de su domicilio. Pero, al margen de esa eventualidad, ¿aspiraba a convertirse en un amante que prestara sus servicios externos? ¿Acostarse con cualquier boba —o varias — a bordo de uno de esos galeones motorizados, el crujir de los asientos abatibles bajo una cadenita con crucifijo pendiente del retrovisor? En esa lógica de la sinrazón calenturienta, sentía el impulso de demorarse en el baño de la cafetería y masturbarse, pero eso sí sería vergonzoso, lo

delataría (si no ante todas, ante sí mismo). En esos instantes de sórdida y silenciosa privacidad, una mano en la boca y la otra con la Harley Davidson suspendida sobre los pliegos abiertos, Juan clamaba en su mente: “Marcia, socórreme por favor”. Estaba claro que su mujer era la única que podría ayudarlo a calmar esa ansiedad erótica abstracta e indeterminada. Pero faltaba mucho para la tarde, y luego ella volvía cansada, o él se sentía tan culpable que prefería aguardar a otra ocasión en que estuviese menos atormentado. De todas formas, si conseguía mantener la sangre fría podría desfogarse el fin de semana, cuando Marcia estaba más tranquila y proclive a los acercamientos. No cabía duda, la familia y el sistema educativo le habían instilado eficazmente aquellos miedos y prejuicios que permiten al hombre vivir abnegado en comunidad. Ni siquiera tenía el consuelo de ser católico. Imaginaba que un católico al menos podía regodearse en el masoquismo justificado de su hipocresía. ¡Pero él, un librepensador! Por otro lado, ¿acaso no tenía fuerza de voluntad? ¿Quería volver a ser un sátiro, como en su temprana juventud? (¿Un sátiro?, ya le gustaría.) ¿Una marioneta de las más bajas lascivias? Para conjurar esas tentaciones (o jadeos en sordina de los hemisferios cerebrales, según se le ocurrió definirlas) escribió “El sultán en la corte de las feladoras del café”. El relato era patético. El título podría sonar a Marcia mucho más autorreferencial de lo deseable y no consiguió sino describir actos explícitos en un dudoso y manierista paisaje oriental. Había sustituido las guitarras de la pared por tapices y alfombras voladoras, y el café, cuyo nombre ahora era Jamil Basim, daba a un oasis adonde el harén salía desnudo y con unos velos en la cabeza, las tacitas de exprés entre índice y pulgar antes de reunirse en torno al príncipe mahometano bajo una palmera datilera para mamársela por turnos. Terrible, de verdad. Aun así, ese argumento, un día que volvió temprano, le había valido una buena paja en el escusado de su casa, pese a las entonaciones evangélicas de Natalia y los gañidos simultáneos de Andrea Bocelli. Juan optó por cambiarse de cafetería. Era lo más sabio. Empezó a frecuentar un Italian Coffee en otro centro comercial, Malland, todavía más al norte de la ciudad, frente al puerto, cerca de la base militar de los yanquis (los

albotropicales tenían su cuartel, mucho más pequeño, en esa misma zona). Pero también estaba plagado de cotorras adineradas de camioneta, el café era muy ácido y además tenía que ir en taxi, pues había que seguir todo Boulevard Centella, más allá de los puentes, y bajar por un largo túnel prohibido a peatones y ciclistas. Probó fortuna, por último, en La City, negocio situado a medio camino entre la Plaza Mayor y el Distrito Financiero, en pleno corazón de la ciudad. No estaba exento de mujeres atractivas, pero en ese sitio Juan encontró un ambiente que le resultaba más cordial y relajado y una clientela integrada por profesionistas metidos en sus propias cosas. Tardaba en llegar, eso sí. Se ahorraba el taxímetro pero debía cambiar dos veces de microbús. Ahí pudo seguir escribiendo afanosamente el resto de noviembre. Sobrevivir a la punzante incertidumbre que le aguijoneaba el alma.

Y así, casi imperceptiblemente, llegó el último mes de 2004. Empezaron a cobrar conciencia de ello una mañana soleada mientras esperaban en la esquina bajo la copa del flamboyán. Desde que Juan iba a… trabajar a La City, compartían el transporte que rodeaba Glorieta Bandera y finalizaba en el remate de Boulevard Centella, junto a las vías, muy cerca de La Puerta (donde él debía tomar el penúltimo autobús). Estaban charlando sobre las características del televisor que recién habían comprado. Juan invirtió en ese aparato los residuos de sus ahorros de Caja Madrid. Discutían si la pantalla tendría veintiuna o veintiocho pulgadas y qué tan caro sería suscribirse a un servicio de cable, pues la programación abierta de Tele Trópico y Tele Blanco era nauseabunda. Tele Trópico y Tele Blanco eran también los propietarios de las dos únicas compañías de cable que existían, pero ése era otro tema. Se apoyaban en el muro exterior de la casa del doctor, que había partido más temprano. Marcia se abanicaba con la mano, Juan jugueteaba con la hebilla donde encajaba la cinta de su portafolios. Tenía veintiuna, dijo Juan. Ella le demostraría con el flexómetro que eran veintiocho. Entrechocaron las manos para sellar la apuesta. El perdedor invitaría una cena en la pizzería que

estaba del otro lado del parque.

Entonces vieron pasar frente a ellos a una familia entera: el padre, la mamá, tres niños con sus mochilitas para el jardín de infancia. Todos vestían jerséis de lana, bufandas, abrigos, gorros y guantes. Buenos días, dijo Marcia. Ni tan buenos, respondió el señor. ¡Hay una heladez que cala los huesos! Se fueron y Juan, víctima de una repentina y morbosa curiosidad climática, cruzó la calle, abrió la verja, se quitó de encima a Enriqueta (que lo perseguía detrás lanzándole tarascones a los tobillos) y corrió hacia el patio. Analizó con detenimiento el termómetro de *camping* que había clavado por fuera en una pared colindante con el estudio: 24°C. Salió muerto de risa, se le habían ocurrido un montón de chistes sobre el peculiar termostato de los albotropicales (eran tan friolentos que confundían las palomitas de maíz con copos de nieve; iban con bolsas de agua caliente a los mingitorios porque temían que la orina se congelara en el aire). Se entristeció de inmediato, Marcia ya se había ido.

Esa misma tarde se sentaron a beber café en los taburetes del desayunador junto a la estufa. Juan estaba un poco arrítmico. Se le había pasado la mano con los capuchinos en La City. Marcia le acariciaba el pelo en señal conciliatoria, en serio, Claudito, no creyó que se ofendiera cuando se marchó, había asuntos urgentes que atender en el vivero y no podía demorarse hasta que él finalizara su consulta al termómetro. ¡La heladez había retornado! Era increíble, coincidieron, que estuviera por cumplirse un año desde su llegada el día de la Virgen de Guadalupe. En el DF, bromeó Juan, Lucerito y Marco Antonio Muñiz (o Mijares o Rafael o Emmanuel o los Fernández Pedrito y Alejandro) ya estarían solfeando para romperle los tímpanos a los feligreses el próximo domingo 12. Y en Madrid, nueva e inesperadamente socialista, seguirían de luto por los sucesos atroces de ese año. Juan extrañaba mucho Madrid. Cuando lo recordaba no podía evitar que se le escurrieran las lágrimas. Ella lo sabía, pero todo iría a mejor. Tenía que confiar, ya se resolvería lo de su empleo.

Aprovecharon la puesta de sol para dar un paseo con Enriqueta por el parque. Marcia la liberó del collar de ahorque para que pudiese merodear por los arbustos y fijar falsamente, con orines, su territorio. No sabía muy bien por

qué, quizás en contrapartida con el suyo, Juan se acordó con especial viveza del cumpleaños pasado de Marcia, el número 36. No podía haber nacido en una fecha más revolucionaria: 14 de julio. Lo habían celebrado con una nueva visita, ésta sí feliz, a Zona Baluarte. Recordaba el cuadro como si fuese posible trasplantar lo remoto, con su materialidad, a nuestra existencia presente: repantigados en la terraza de una marisquería, ante las murallas levantadas para evitar los saqueos de Henry Morgan y tantos perros del mar, aspiraban de nuevo el viento salobre y se deleitaban con las carcajadas compartidas mientras trataban una cuestión tan seria como el reloj biológico de Marcia. Unos silbidos rompieron el hechizo. En las canchas de baloncesto, los niños atraían la atención de Enriqueta para que jugara a corretearlos. Regresó con ellos, jadeaba con la lengua de fuera y movía la cola.

Hacia finales de diciembre, Juan recibió dos noticias que lo llenaron de alegría y ansiedad en partes iguales. La primera llegó en un sobre tamaño carta. ¡El Fideicomiso de Estudiantes Mexicanos para las Ciencias Económicas había aceptado publicar su manuscrito *Sustentabilidad equitativa!* Saldría a la luz en el segundo semestre de 2005. Un tiraje de quinientos ejemplares. Le mandaban el contrato de edición en diez juegos para que firmara al margen las primeras seis hojas y la última al pie del documento, en la línea bajo la cual se leía “El autor”. “El editor”, el licenciado Laureano Cesarino, ya había estampado su rúbrica. Le pedían atentamente que conservara un impreso y que reenviara cuanto antes los otros nueve a la dirección que figuraba como remitente. Le entregarían veinte libros en concepto de regalías.

De la otra noticia se enteró… ¡por teléfono fijo!, justo al día siguiente de que los técnicos de TELBT acudieran a instalarlo casi un año después. De hecho, fue la primera llamada “oficial” que recibieron (una telefonista de la centralita había marcado antes para comprobar que funcionara la línea). Por medio de un correo electrónico colectivo, Marcia había informado del nuevo número a familiares y amigos. León Ramírez Rubio, sentado a la computadora del restaurante, lo había transcrito a su directorio de papel. Cuando contestó Juan, su padre estaba de lo más contento. Los felicitaba, al fin podría localizarlos en casa. Pensó que sería una excelente

idea pasar con ellos Navidades en la isla. Confiaba en que no juzgaran demasiado unilateral esa iniciativa. Ya tenía reservado el pasaje de avión, pero antes quería confirmar que Isolda y Salvador no estuvieran planeando algo parecido. Al colgar, Juan notó que su mano estaba roja e hinchada, le escocía. Previó un rebrote de dermatitis, como aquella que lo invadió cuando Marcia y su padre se trenzaron en una fuerte discusión en la Taberna de León Rubio. Corrió al botiquín a buscar la caja de antihistamínicos.

La visita de León resultó muy distinta a lo esperado. Estaba de excelente humor, no tocó el tema del desempleo rampante de Juan ni cometió la imprudencia de insistir en que Marcia y Juan triunfarían en la ciudad de México. Por el contrario, era manifiesto su deseo de echarles la mano en las condiciones actuales. No cejó, por ejemplo, en sus intentonas de que le permitieran comprar un automóvil para ellos. Marcia se opuso, su suegro ya tendría suficientes gastos que atender como para que además derrochara en necesidades de terceras personas. La resistencia inicial de Juan se diluyó pronto en una aquiescencia pasiva. La verdad era que les vendría muy bien ese apoyo motorizado. Incluso se imaginó a sí mismo haciendo competencia a las pintarrajeadas ociosas de las camionetas carabela, se adelantaba raudo entre los parachoques para llegar derrapando al estacionamiento subterráneo de El Templo antes de subir con su portafolios al Johnny be Good. Todo un señorón escritor y economista, con vehículo particular. Aunque, desde luego, sería más conveniente que Marcia lo utilizara para ir a su chamba. Después de varias discusiones cuyo tono jovial León cuidó que no degenerara en molesta pesadez, llegaron a un acuerdo sobre dos puntos esenciales. De ninguna manera comprarían un coche caro. La aportación de León sería por tres cuartas partes del precio, no por el total. De ese modo, ellos al menos contribuirían con algo (Marcia, porque después de la adquisición del televisor Juan no tenía un quinto).

Fueron en taxi a una agencia automotriz ubicada al norte, al oriente de Malland, cerca de playa Cofa de Drake. Estuvieron mirando un rato sometidos a la amabilidad agobiante de un agente de ventas que les resoplaba en la nuca mientras inspeccionaban los interiores y comprobaban las

especificaciones técnicas de los monovolúmenes. En un alarde temerario de falso ahorrador, Juan propuso que optaran por un modelo sin sistema de aire acondicionado. Estaba rematadamente loco, opinó Marcia. Y no estaba tomando en cuenta que, si algún día tenían un bebé, no deberían exponerlo a esas temperaturas extremas. León secundó a Marcia. Juan se encogió de hombros.

Volvieron a primera hora de la mañana siguiente, previa visita al banco, aunque los hicieron esperar hasta bien entrado el mediodía, los "trabajos de acondicionamiento de la unidad" demoraban. Marcia recibió el manual y la póliza de garantía, el cuadernillo de servicios de mantenimiento y un permiso provisional que tendrían que canjear después por la tarjeta de circulación y las matrículas definitivas. En la cochera de la agencia, las portezuelas abiertas, Juan al frente del volante y el motor al ralentí, León y Marcia discutían acerca de a quién correspondía el honor de ocupar el asiento del copiloto. Una cedía el sitio al otro y viceversa. León reclinó el respaldo y se acomodó atrás, Juan cerró su seguro y pidió a Marcia que hiciera lo mismo con el suyo. Probó los pedales y el freno de mano unas cuantas veces, sin acelerar. Olía a esa fragancia inconfundible de los automóviles recién estrenados, un edén de caucho y otros materiales plásticos en pulcro ensamblaje. El niño Ramírez Gallardo descubría los mecanismos de una versión austera (pero con aire acondicionado) de ese robot de cuatro cilindros y neumáticos *made in China* que había comprado papi. Emergieron por la rampa y la radiación del cielo, por completo despejado, los encandiló expandiéndose como una granada a través del parabrisas. Antes de ingresar en Boulevard Centella, el piloto se orilló junto a una acera. Los tres se ajustaron las gafas de sol y Juan guardó en la guantera el estuche con sus otros anteojos. Estiró el brazo y manipuló algunos botones bajo el tablero. Quería confirmar que no estuviera puesta la calefacción sino el sistema de enfriamiento. Hizo girar la perilla al máximo, hasta el número cuatro. Reanudaron la marcha a bordo de Flamante Chevy Rojo. Debía admitir que Marcia y León tenían razón: inconcebible circular en Blanco Trópico con las ventanillas abajo.

Las Pascuas transcurrieron entre animadas charlas y

apacibles paseos crepusculares. Los tres salían a caminar por el malecón del puerto o se sentaban a tomar algo en las terrazas de las playas municipales: Cofa de Drake, Farallón, Paquebote, Pata de Palo, Rorcual, Libertad y Progreso. Otras veces mataban tiempo en El Templo o Malland, y fueron a conocer Gran Plaza Galerías del Trópico, un nuevo centro comercial construido bien al sur, más allá del cinturón industrial suburbano y las barracas periféricas. Hacían *shopping* (sobre todo León, que se desvivía por conseguirles cosas para la casa), compraban un helado o simplemente descansaban del calor bajo la refrigerada brisa artificial de esos impersonales hábitats del consumo. Marcia se aburría pronto, mostraba mucho menos tolerancia que sus acompañantes a esa clase de entretenimiento. Si planeaban ver alguna película en el cine enseguida se desanimaban, la cartelera era pésima. De vuelta en casa, cuando no habían ido a algún restaurante —los buenos no superaban el puñado en la isla—, cenaban con vino. León finalizaba con un digestivo, coñac o tequila que se servía de una de las botellas que les había llevado de obsequio. Juan lo emulaba, no siempre con consecuencias benéficas. A diferencia de su padre, que se levantaba rozagante como una lechuga, alguna mañana la cabeza se le partía en cuatro.

Para Nochebuena, Marcia preparó una cena fría, como solían hacer los suegros de Juan en esas veraniegas fechas del hemisferio austral. Acá en el Septentrión, a mitad del océano Atlántico, tampoco eran concebibles los platos calientes. Panqueques rellenos de jamón y palmito, en lugar de pavo; *vitel tone* (imposible especular siquiera con un bacalao a la vizcaína), sopa de puerro fría, huevitos cocidos coronados con pasta de atún, langostinos frescos y, eso sí, turrón español de postre. Natalia, disfrazada de pingüino como el año pasado, volvió a fastidiar con la cantinela de la carpa y la tradición familiar, pero esta vez Marcia se rehusó educadamente a dar permiso para que los bullangueros parientes de Natalia ataran la soga en su ventana. Esa misma tarde, Reina Esmeralda, Manolo y Manolito estuvieron coreando a bronco pulmón “mi fin de trayecto eres tú”, lo que ocasionó que León se despertara sobresaltado de la siesta y preguntara acerca de la naturaleza de ese singular fenómeno acústico que hacía ladrar

como una enferma de tos ferina a Enriqueta. Dios debe existir (aunque Juan se empeñe sin convicción en sostener lo contrario), porque al anochecer el trío cantor cerró su vivienda a cal y canto y migró de vacaciones quién sabe a qué destino, y no reapareció sino hasta pasado Reyes de 2005, cuando anunciaron su retorno triunfal arrojando al patio trasero de Juan y Marcia una renovada bolsa de basura.

En Navidad comieron no el “recalentado”, como se dice en México, sino las sobras frías de la noche anterior. Estaban desvelados, la parentela infinita de Natalia había estado regurgitando hasta altas horas de la madrugada un popurrí de villancicos. Pero luego del café corrieron con muchísima suerte. Sí, definitivamente Dios debía existir. Cuando el sol declinaba, los primos de Natalia, vestidos como esquimales a causa de la heladez —unos 24°C—, subieron a los viejitos papás a una Suburban blanca destartalada. A la señora la cargaron con todo y mecedora. Natalia colocó un candado y todavía se acercó a la verja de los Ramírez para dejarles un número de emergencia escrito en un papelito. A últimas fechas se habían reportado algunos robos en la colonia Pinares. Odiaría que le pasara algo al Santa Claus inflable y con foquitos que, a su entender, hermoseaba su fachada bamboleándose sobre el techo. Por lo visto, no les guardaba rencor por lo de la ventana. Se despidieron con amabilidad y Natalia giró sobre sus talones. Los guantes enfundados en el abrigo, una bufanda de lana alrededor del cuello, cualquiera diría que en esa isla proliferaban cordilleras de cúspides glaciares, y que la vecina Natalia y su club de alpinismo se aprestaban a conquistarlas. Azotó la puerta y, después de unos humosos acelerones, la Suburban arrancó. En el horizonte de los Ramírez y la señora De Francisco se vislumbraba un remanso para la felicidad del alma, un paréntesis de paz para las trompas de Eustaquio.

La Nochevieja en Blanco Trópico representaba una magnífica ocasión para un banquete, salir luego a continuar la borrachera en la calle y verse involucrado en alguno de los múltiples accidentes que atiborraban las salas de urgencias de los hospitales el primer día del año. Las estadísticas no mentían, solía haber un escalofriante número de colisiones y atropellamientos, de quemados por explosivos. Por esa razón,

Marcia, León y Juan prefirieron celebrar el advenimiento del nuevo año instalados con toda comodidad en Abedul 42 A.

De pie junto a unas sillas plegables que habían sacado al patio, copa de cava en mano, presenciaron por segunda vez (León por primera) en Blanco Trópico la pirotecnia conmemorativa del año fenecido. Marcia tenía una noticia que comunicarles: un vivero canadiense, The Old Willow Tree, se había puesto en contacto con la Cooperativa de Horticultores para solicitar el apoyo de un especialista que viajara allá un par de semanas en enero y les enseñara algunas técnicas de trasplante vegetal en condiciones de calor extremas. Ella había aceptado, estaba muy contenta. Aunque temía que a Claudito no le resultara fácil digerirlo, en esas situaciones se dejaba vencer por una inseguridad primitiva. Riadas multicolores estallaban en la bóveda celeste, retumbaban los fuegos artificiales contra el telón de fondo de la Vía Láctea mientras Enriqueta aullaba como una loba de la estepa. Juan sintió que se abría una grieta bajo sus pies, no lo contagiaban los vítores de León. Para reconfortarlo, Marcia lo besó y abrazó con fuerza.

Huracanes 2005

Marcia lo llamó desde el hotel de Edmonton, capital de Alberta, Canadá. Ahí se ubicaba el vivero The Old Willow Tree. Hacía un frío de cagarse, Claudito. Ese día unos colegas botánicos la habían llevado en automóvil a conocer Calgary, donde se celebraron los juegos olímpicos de invierno de 1988, según le explicaron con empalagoso orgullo canadiense. Quedaba a unos doscientos ochenta kilómetros de Edmonton y tenía un río grisáceo con el simpático nombre de "Elbow". Le dijeron que Calgary dependía en buena medida de la industria petrolera. Estuvo convencida de que moriría durante el paseo, los lagrimales se le congelaron como esos cubitos de hielo que salen de los ojos a los pingüinos en las caricaturas. Ahora mismo, al amparo del calefactor, tenía la nariz roja y pelada igual que las branquias de un pez. Llevaba puestos, para que se hiciera una idea, camiseta térmica, camisa de franela, dos pulóveres, bufanda, un gorro andino tipo indio coya y uno de esos espantosos plumíferos como el suyo, que había tenido que comprarse. Aun así seguía aterida. Menos mal que había conseguido comunicarse con él, estaba desesperada.

Al salir del área de llegadas del Edmonton International Airport, Marcia había hablado con Juan desde una cabina, pero luego lo había intentado infructuosamente una y otra vez a lo largo de casi cuatro días. Había tenido suerte en el aeropuerto, en vista de los posteriores chascos. Un simple llamado de teléfono a Blanco Trópico o a donde fuera (había pretendido también localizar a Isolda y a León en el DF para que informaran a su hijo que ella estaba bien) se había convertido en una empresa imposible. Era más fácil, te lo juro Claudito, descifrar sin microscopio el genoma de la palma de aceite que entender las claves de los absurdos sistemas de telecomunicación anglosajones. Estos países, en teoría

desarrollados, se empeñan en hacer todo tan sofisticado que lo más sencillo se torna complicadísimo. Pulsaba mil teclas para obtener línea, una grabación remitía a otra, no había forma de que a una la asesoraran personalmente. Ni siquiera el chico de la recepción pudo orientarla. Por cierto, Juan, la habían cambiado de hotel. Ya no estaba en el Holiday Inn Express sino en el Yellowhead Inn, tomá nota del número por favor: (780)4472400. Sería mejor que en adelante, los días que restaban de su estancia, él la llamara. No, no estaba mal el Yellowhead, aunque había encontrado un poco de polvo debajo de la cama y un par de calcetines olvidados en el armario.

Los colegas también la habían llevado a Wabamum Lake, un lago hermoso con embarcaderos y playas, las Montañas Rocosas recortándose contra el cielo cristalino, a unos sesenta kilómetros al oeste de la ciudad. Estaba segura de que a su maridito le encantaría ese soberbio cuadro de la naturaleza. A lo mejor en algunas futuras vacaciones podrían volver juntos. Tenía que admitir que la estaban tratando muy bien. Incluso en esa ocasión del Wabamum Lake, Tim, Karen y otros compañeros herbarios planearon agasajarla haciendo un picnic sobre una manta en un prado, pero ella no pudo resistir las bajas temperaturas y acabaron comiendo en una hamburguesería. La verdad, Claudito, la deprimía esa geografía de cumbres nevadas y hielos perennes que escondía una tristeza indefinible y desoladora. Le daba la impresión de que, de algún modo, trascendía el paisaje y anidaba bajo las pieles de sus moradores (rubios y pelirrojos de mejillas enrojecidas y cuerpos talcosos, casi translúcidos). ¿Que si los naturales de Edmonton se parecían a los personajes de Twin Peaks de David Lynch? Pues no lo había pensado antes, la verdad, pero ahora que lo preguntaba creía que sí. Lo extrañaba, Claudito. Por la noche se aburría y encendía la tele. Los noticieros dedicaban todo su espacio a la inminente toma de posesión del segundo mandato de Bush. Sería mañana, jueves 20 de enero. Sí, coincidía con Juan, una pena que el atragantamiento con pretzel sufrido por Bush años antes no hubiera tenido otro desenlace. Marcia no podía creer que llevara ahí ya casi una semana desde que despegara de Blanco Trópico muy temprano, el sábado 15, con escala en

Detroit. Sí, Juan, había una diferencia de menos tres horas, se lo había dicho veinte veces. Insistía, Claudito, hacía un frío cagador, pero por fortuna se esperaba en los próximos días la llegada de los *chinooks*, vientos cálidos que soplan desde el Pacífico. Marcia no sólo estaba aportando sus conocimientos, también estaba aprendiendo acerca de lo que podría denominarse jardinería urbana e industrial. Los canadienses eran unos magos para arborizar hectáreas enteras con rollos de césped: los trasladaban prearmados en camiones y los desplegaban de nuevo a lo ancho de grandes superficies, sobre las que florecían distintas especies ornamentales y de sombra. ¿Edmonton? Diría que igual a tantas ciudades del norte de América. Rascacielos enormes, una concepción arquitectónica estandarizada y funcional. Claudito, estaba muerta de sueño. Un beso y llamame cuando querás. A partir de las siete la encontraba fijo en la habitación.

Después de colgar, Juan se entregó de lleno a la preparación de una de esas suculentas y mazacotudas pastas de estudiantes que cenaba antes de conocer a Marcia: *penne rigate* más una salsa de tomate de lata más unas salchichas sancochadas más una pastilla de Knorr Suiza más un bote de queso parmesano. Una auténtica delicia. Una vez que los humosos componentes del excelso manjar estuvieron listos, echó todo en un plato sopero, removió el contenido, lo salpimentó y, con una servilleta, un copón de vino repleto hasta el borde y la misma cuchara sucia que había empleado para cocinar, colocó las cosas sobre la mesa ratona y se echó en el sofá de la sala. Tomó el control remoto y puso el noticiario de Fermín Como Combo. A diferencia de Edmonton, donde estaba Marcia, en Blanco Trópico hacía, como siempre, un calor de vomitarse. De pronto, distraído, lo asaltó la remembranza de una noche de verano en que acudió a una discoteca junto a la Torre Picasso. Adornada con palapas y sombrillas que imprimían al local una atmósfera caribeña ridículamente *kitsch*, allí trabajaba una camarera temperamental que fue su efímera novia. Con frecuencia, al recordar esos episodios, a casi diez años de instalarse en Madrid y a poco más de uno de haberse marchado de ahí, una

nostalgia irreprimible le oprimía el pecho, cuando no le sacaba algunas lágrimas. No era infeliz con Marcia, todo lo contrario. Pero lamentaba haber perdido para siempre la posibilidad de aprehender esos días de amor despreocupado, de expectativas gigantescas, de inconsciente y plena confianza en las absolutas capacidades personales para comerse el mundo. Habían sido tan suyos esos días felices y ahora era imposible volver a ellos, como mañana lo sería recobrar el tiempo presente desde donde Juan ejercía la memoria. Una tarde veraniega de aquellas, acostarse en el regazo de Marcia, sobre una banca, en la azotea de su edificio de la calle Mallorca; contemplar así, tendido y acariciado, el revoloteo de una alta parvada de gorriones rielando contra el cielo límpido como diminutas manchas vibratorias de un tapiz cerúleo. Alzaba un poco la cabeza para que ella pudiera levantarse y remover las brasas de una modesta parrilla. Marcia la gobernaba con notable pericia. Un solomillo se doraba lentamente entre tragos de vermut y los aleccionadores consejos de la experta asadora acerca del amoroso tiempo argentino que debe tomar la correcta cocción de la carne. Porvenir vencido, pretérito fugaz, patético presente inasible. Los tiempos de una gramática inmisericorde. Ningún hombre, ya se sabe, se baña dos veces en las aguas del mismo río, el agua del río nunca moja dos veces al mismo hombre. Somos y no somos, diría Heráclito El Oscuro. Pero basta de filosofar.

Si tan sólo pudiera olvidarse de las asfixiantes presiones. Por ejemplo, que seguía en paro mientras su esposa triunfaba en el extranjero y él se atascaba de pasta corta con salchichas. Dedicarse a *La garza ojona* (respecto a *Riqueza para todos*, había llegado a una versión que estimaba casi definitiva, aunque tampoco sabía qué hacer con ese material). Le vino a la mente, y experimentó un vuelco en el corazón, una frase de *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier transcrita a su cuaderno durante una tortuosa sesión de cafetería en El Templo: "Un día comete el irreparable error de desandar lo andado, creyendo que lo excepcional pueda serlo dos veces, y al regresar encuentra los pasajes trastocados, los puntos de referencia barridos". ¿Le pasaría algo similar?, se preguntó. Si tuviese una máquina retropropulsora de las ondas tempo-

espaciales, ¿hallaría todo pulverizado? Si viajaba al pasado al menos podría intentar conseguirse un empleo.

Juan terminó de despachar la pasta y procedió a enjugarse con una servilleta el releje de salsa de tomate. Llevó plato, cuchara y copón al fregadero. Como no estaba Marcia, los lavaría mañana por la mañana, aunque se llenaran de cucarachas tropicales. Volvió a su sitio y cambió el noticiero de Fermín Como Combo, aburridísimo. Intentó ver el de Jorge Frambuesa, de la otra cadena. Decididamente debían contratar cuanto antes un servicio por cable. Empezó a zapear: series gringas atrasadas, *realities* repugnantes, comentaristas de deportes que confundían sus perogrulladas con axiomas dignos de Einstein. La misma mierda de siempre. Para colmo, se le había pasado ya la hora de la telenovela venezolana. Mientras pensaba en la protagonista, a quien no podría admirar esa noche, sintió que los testículos le hormigueaban. Metió la diestra bajo el calzón, se levantó la playera que hacía las veces de pijama por encima del ombligo y comenzó a sacudírsela. Extrajo del brumoso arcón del pasado las figuras apetecibles de chicas de otros tiempos. Ahora acompañaban desnudas por el bosque a la actriz de Venezuela. En conjunto, no mostraban mucho interés en colaborar que digamos, al grado de que se fueron diluyendo en la imaginación de Juan hasta encarnar en la reconocible figura, penetrada por otro hombre, de Marcia. Detestaba esta vulgar fantasía de hombre casado, pero a veces echaba mano de ella. Si ESO llegara a ocurrir ante sus ojos (o a sus espaldas, daba lo mismo), pensaba mientras se dejaba hacer y una agradable sensación de desvanecimiento le rondaba por la cabeza, se cagaría las piernas y quedaría destruido psicológicamente por el resto de su vida. Se limpió el vientre y las manos con un pañuelo desechable que tomó de la caja sobre la mesilla donde descansaba una lámpara. ¡Ups!, esperaba que esa luz no delatara a través de la cortina y la ventana lo que había estado haciendo. Los destellos del televisor sobre su mueblecillo portátil —un velador frente a la mesa ratona— podrían también haberlo puesto en evidencia. Se espeluznó sólo de pensar que Manolo o Manolito pudieran estarlo espiando allá afuera.

La sala, cobraba conciencia de ello de repente, era

demasiado pequeña. Los tratados de economía y botánica, su colección de novelas estadunidenses e hispanoamericanas, apretados en doble fila en un mísero librero, parecían a punto de explotar sobre él. Se arregló un poco la ropa y se dirigió al retrete a deshacerse del cuerpo del delito. Volvió de inmediato al sofá para asegurarse, mediante una inspección rigurosa, de que ni una sola partícula de semen hubiera quedado delatoramente expuesta en la tela. Nunca dejaba de maravillarle el extraordinario trabajo de represión que, como un reflejo adquirido, había conseguido inocularle "el sistema". Marcia no estaría en casa sino hasta el 31 de enero y él actuaba como si ella acabara de irrumpir por la puerta principal y lo hubiera descubierto en coito consigo mismo. A la mañana siguiente se deprimiría, se pondría de mal humor al notar que la tenue punzada en el pene era consecuencia de sus reprobables maniobras onanistas, no de un encuentro real y pleno con Marcia, perspectiva por la que un verdadero espadachín andante hubiera aguantado el tipo todo el tiempo necesario. Lo peor del caso: pecaría de nuevo. Se la volvería a agarrar frente al televisor, con o sin plato de pasta con salchichas. ¡Qué pedazo de mojigato era!, se dijo. Estuvo todavía un rato mirando la tele, con creciente aflicción. Otra vez el noticiario de Fermín Como Combo, una vez más Jorge Frambuesa, el recorrido circular por cinco canales invisibles. Se detuvo en un resumen de los resultados de la jornada del campeonato de futbol de Blanco Trópico. Juan pensaba que la liga mexicana era la peor del orbe, pero la realidad siempre se supera a sí misma. Una jugada espantosa, el delantero erraba sólo frente al marco vacío, como solía hacer Giovanni dos Santos en los partidos de la selección tricolor. Era demasiado. Apagó la pantalla. Se disponía a hacer lo mismo con el interruptor de la luz cuando se topó con un descomunal escorpión que se contoneaba, tan fresco, por el pasillo. Dicen que en Blanco Trópico los arácnidos no son ponzoñosos, siempre y cuando uno no sea alérgico. Cuando llegaron a Blanco Trópico, Marcia, con su talante naturalista, le tenía prohibido matar una mosca. Ahora ninguno de los dos le perdonaba la vida a una inofensiva palomilla.

¡Ni loco se atrevía a pasar por donde estaba la abominable sabandija! Podría brincarle a la cara, picarle reiteradamente

los ojos con su curvo aguijón. Así que tuvo que salir por el frente y rodear la casa para hacerse de un tablón que el anterior inquilino había dejado en el cuarto de servicio. Armado de esa guisa reingresó por el estudio y, previa visita al dormitorio para calzarse como medida de seguridad unas botas vaqueras que jamás usaba, atacó al pavoroso e inmóvil bicho a traidores tablazos. Concluido el exterminio (durante el cual dio saltos hacia atrás y soltó varias veces la tabla que recuperaba entre muecas de asco) se rio de su propia cobardía. Baldeó la escena del crimen con ayuda de un trapeador y luego se descalzó las botas. Tenía razón Marcia, eran de lo más hortera. Comprobó que la casa estuviera cerrada y, antes de apagar la luz y tirarse en la cama, se cercioró de que otros peligros no acecharan debajo del somier.

Finalizaba la segunda quincena de febrero. Eran casi las diez de la mañana cuando Juan, descamisado y sudoroso, en sandalias y calzoncillos, tomaba una tercera taza de café en el desayunador mientras hojeaba las páginas en blanco de una preciosa libreta de apuntes con cubierta de cuero que Marcia le había traído de Edmonton como *souvenir*. Ella hacía rato que se había ido a la cooperativa, debía concluir el informe acerca de su experiencia canadiense, que tanto su jefe como sus compañeros estaban ansiosos de escuchar. Juan no las traía todas consigo, le ensombrecía particularmente el ánimo la última de Manolo y Manolito, quienes ante la falta de ingresos —el “amigo abogado” de Miami se demoraba en arreglar lo de la deportación— habían concebido la brillante idea de improvisar una hamburguesería en su patio. Los oía trajinar arrastrando dos mesas viejas y cojas, el tubo de una sombrilla rasgada que no alcanzaría a cubrirlas, cuatro sillas de plástico blanco que debían estimar elegantísimas, pues mostraban el desvaído logotipo rojo de la cervecería Blanca Luna. Ahora percibía el olor medio pútrido de la carne molida, su fritura con aceite barato de automóvil. Juan había tenido que cerrar la ventana de la cocina, pese al bochorno. Sólo un incauto con la nariz atrofiada sin remedio caería en la trampa diarreica de sentarse a comer una hamburguesa en

casa de los Manolos. Ni las moscas se paraban ahí.

Malhumorado e indeciso, quería estrenar su libreta, pero lo derrotaba la mera perspectiva de ir andando al Johnny be Good o de pensar siquiera en tomar un taxi a Malland o La City. Al final, como decía Marcia, se le iba una pasta en taxis. Mucho menos estaba dispuesto a hacer el esfuerzo de trasladarse hasta Gran Plaza Galerías del Trópico, cuyo paisaje antecesor de casuchas miserables hoy no podría tolerar. Era consciente de que se trataba de una exageración, pero de alguna manera vaga identificaba su momentánea infelicidad con los habitantes de esos chamizos de muros de cartón y techos de cinc. No era bueno para la salud estar bebiendo café todo el día, tenía taquicardia. Entonces sonó el teléfono.

Era Ray Medina, de la Universidad del Paradigma. Quería hablar si fuera tan gentil con el doctor Juan Ramírez Gallardo, quien le había proporcionado amablemente ese número. A sus órdenes, maestro Medina, soy yo. ¡¿Que si seguía interesado en dar una clase?! ¿Interesado?, pensó Juan. ¡Desesperado!, una clase o lo que fuera, aquí en la Tierra o acullá en Júpiter. No obstante, supo fingir muy bien una serenidad profesional de la que hacía tiempo se sentía por completo imposibilitado. El profesor Solórzano, le explicaron, continuaba teniendo muchos problemas con los muchachos. Pero justo ayer había retirado su solicitud de año sabático y, por consiguiente, continuaría impartiendo “Sector público y dinámica empresarial”. El profesor González, quien quería sustituir a Solórzano durante su virtual ausencia, tendría que conformarse con seguir al frente de “Retos microeconómicos de la macroeconomía en América Latina”. Por lo regular, esas dos materias eran las únicas de contenido estrictamente económico que se enseñaban en la licenciatura. En un principio, Medina había pensado que Juan podría cubrir el lugar de González, quien a su vez reemplazaría a Solórzano. La renuncia de este último al año sabático había dado al traste con la posibilidad de esos relevos, pero se había presentado un nuevo factor a considerar. Debido a la importancia progresiva del estudio de las ciencias económicas, la Junta de Notables de la universidad, por recomendación del Comité de Académicos, había aprobado la

creación de una nueva asignatura optativa: “Aspectos fundamentales de la economía actual de Blanco Trópico”. Se ofrecería en semestres alternados. Estaba vacante, doctor Ramírez. Ray Medina quería, en todo caso, ser franco con él. La primera opción no había sido Juan sino un tercer profesor, Mendizábal, que ya formaba parte del plantel. El problema era que el docente había sido arrollado cuando iba a bordo de su motocicleta en año nuevo. Lo habían tenido que hospitalizar y todavía estaba convaleciente. En definitiva, ¿querría hacerse cargo de la nueva materia durante el semestre que iba a arrancar? Le advertía que estaría sujeto a un periodo de prueba. La paga era más bien modesta. Mil doscientos albos (¡unos cuatrocientos dólares!).

Juan agradecía la oportunidad con frases ceremoniosas. En eso, el aparador y el camino de tela, la misma base del teléfono, empezaron a vibrar. Como el continuo bajo luciferino de una pesadilla, retumbaba la horrísona melodía tecnogay con que Manolito pretendía ganar adeptos para su hamburguesería. Reconoció no sólo esta revitalizada agresión acústica sino un miedo cerval en su interior que no podía ser sino pánico escénico. ¿Qué sabía él de los aspectos fundamentales de la economía actual de la isla? ¿No era una desfachatez sentar cátedra sobre ellos? Pero no podía negarse, no se lo perdonaría Marcia. ¿Cuándo principiaba el curso?, inquirió con la oreja pegada al auricular, la mano haciendo una concha en la bocina. Hoy mismo, respondió Medina del otro lado de la línea, jueves 24 de febrero. Las clases se impartirían todos los martes y jueves, de 16:00 a 20:00 horas. El propósito era comprimir el calendario del programa oficial en un menor número de sesiones, aunque más largas e intensas, así el semestre se reducía y los alumnos podrían aprovechar para ir avanzando con sus tesinas. Bien, dijo Medina, lo esperaba entonces esa tarde para presentarlo formalmente ante el grupo. Antes de despedirse, preguntó a Juan si no había llamado al ministro Roger Novelo Briceño, como le había sugerido. Sí, pero no había obtenido respuesta. Qué pena. No cesaban las habladurías acerca de la creación de esas dichosas unidades académicas. En la isla tampoco había tantos doctores, Medina pensaba que su perfil podría resultarles atractivo. La música seguía y apenas lo escuchaba.

Cuando colgaron, Juan tuvo que ir corriendo al baño. Demasiado café, con probabilidad.

Marcia se puso muy contenta al enterarse de la noticia y volvió a casa a comer “alguna macanita”, para que Juan pudiera llevarse luego el Chevy a su primera jornada como profesor temporario. Que no fuera tonto, ella tomaba un taxi para regresar por la tarde al vivero, a la salida capaz que René Trujillo podría traerla, vivía cerca de la colonia. Que no fuera celoso, además de tonto, ya le había montado cuarenta mil veces la misma escena por el supuesto enamoramiento de su compañero hacia ella, y aunque así fuera —que no lo era— Juan debía quedarse tranquilo. No estaba en entredicho el amor que su adorada esposita sentía por él. ¡Dejate de babosadas, debés estar feliz!

Y lo estaba hasta cierto punto, se dijo mientras conducía el Chevy. La universidad se extendía sobre un descampado, un área cercada y desbrozada en la zona del noroeste donde las playas se vuelven intransitables confundiéndose con la maleza y los ejidos. Tenía un amplio estacionamiento con caseta de vigilancia (nunca había nadie), la pintura amarilla de los cajones bien delineada sobre el pavimento. Un sector con letreros para asignar a cada autoridad o maestro su sitio correspondiente. Prof. Solórzano (sobre su apellido alguien había trazado “puto”), Prof. González (“mierdilla”), Prof. Mendizábal (“te rompiste la cabeza tarado”), rector Sauri. Con ese rótulo nadie se había atrevido.

Tuvo que dar tres vueltas en el Chevy por el perímetro triangular del parking, atestado de vehículos último modelo. Se angustió al considerar que las señas de hostilidad en los letreros pudieran ser sintomáticas del ambiente que reinaría en las aulas. Por un instante, al pasar otra vez delante de ellos, esperó también ver su nombre impreso a través del parabrisas. Un yerro de percepción motivado acaso por un desliz de vanidad, era imposible que Medina lo hubiera llamado esa misma mañana y que después una secretaria saliera corriendo para mandar imprimir de emergencia un nuevo letrero. Encontró un hueco en la concurrida sección de los alumnos, entre un Seat naranja y un Jaguar descapotable

magenta colocado deportivamente sobre el símbolo de silla de ruedas reservado a los paralíticos. Asió su portafolios y descendió del auto presa de un transpirado nerviosismo. Contempló otra vez, con aprensión, los insultos de los letreros. Pasó junto a la ostentosa fuente decorada con arreglos florales de piedra y cuatro estatuillas de cemento, alegorías de las virtudes cardinales de la Antigüedad, y transpuso el monumental arco de concreto que precedía el mostrador de información, suerte de gran vestíbulo sólo a medias techado por el cual se ingresaba a las modernas instalaciones. Al fondo de la explanada se veía el edificio cúbico y de vidrios polarizados de la cafetería, que por atrás daba a la playa. Fue hasta las oficinas administrativas y tocó con los nudillos la puerta de la Coordinación de Cultura y Humanidades. El corazón le palpitaba veloz. Medina en persona, con sus lentes oscuros, abrió. Volvió todavía el cuerpo para dar alguna instrucción a alguien de adentro y luego extendió su mano al aire. Juan la estrechó y a continuación se dejó tomar por el brazo. Subieron las escaleras hacia las aulas superiores con la parsimonia aplomada que imponía la marcha del ciego. ¿Estaba nervioso?, preguntó Ray Medina. Sólo un poco, mintió Juan afanándose en controlar la respiración. Soplaba una brisa agradable, pero sentía que le faltaba oxígeno. Desde los balcones del segundo piso se disfrutaba de una vista privilegiada del mar. En un infantil intento de hallar un amparo que lo eximiera de sus presentes responsabilidades, Juan se imaginó nadando a brazo partido kilómetros agua adentro. Si pudiera volver a nacer escogería ser un arponero como el capitán Ahab, un navegante vikingo, así podría evadirse para siempre de las pesadas cargas que agobiaban a los hombres en tierra. Medina accionó el picaporte y ante ellos se desplegó una sala muy bien equipada, con pupitres de tapas plegables, pizarra y sillas acojinadas nuevas. Un par de pantallas, computadoras, un micrófono y dos cañones para proyectar imágenes en distintas direcciones. Había también, dispuesta en el centro para la ocasión, una larga mesa rectangular de trabajo compuesta por piezas unitarias que podían desacoplarse, de esas que se arman cuando se celebran actos académicos en modalidad de seminario. Alrededor de

ella, una veintena de alumnos charlaban a gritos, la mayoría pulsaba con frenesí las teclas de sus teléfonos móviles absortos en responder mensajes o reafirmar sus destrezas con los juegos electrónicos. Ninguno se puso de pie cuando entraron Juan y Medina, y sólo después de un rato dejaron de parlotear. El coordinador de la licenciatura les presentó a quien ese semestre sería el titular de la asignatura "Aspectos fundamentales de la economía actual de Blanco Trópico". Soltaron unas risitas y luego Medina se incorporó también a la mesa para quedarse a escuchar un rato. Él mismo tuvo que agenciarse una silla disponible tentando el vacío con las manos, nadie se la ofreció.

De pie, Juan daba la espalda al grupo mientras apuntaba la abreviatura doctor, su nombre completo y el título de la materia en el pizarrón. Agradecía esa transitoria salida del paro, tras numerosas tentativas frustradas, pero habría agradecido sobremanera disponer mínimamente de una semana para planear su *performance*. Detrás de él se escuchaban cuchicheos, alguna estrepitosa carcajada. Se volvió para enfrentar a esa manada de búfalos sedentes que manipulaba sus juguetitos tecnológicos con las pezuñas. Juraría que al fondo alguien había bufado, tragó saliva. Su estrategia en esa inicial prueba de fuego (habida cuenta de que apenas había tenido unas horas tras el telefonazo de Ray Medina) se basaba en la típica primera clase de presentación.

El profesor se sentó en un pupitre cercano a la mesa y se dio a la faena de confeccionar una lista provisoria. Cuál era el nombre de menganito, por qué había decidido estudiar esa licenciatura y escogido precisamente su materia. Juan no daba crédito al silabeo de sus propias palabras: "su ma-te-ria". Pues sí, era su materia. Las respuestas que obtuvo, cuando no groseras, estaban cargadas de tedio. El profesor Olaizola ya les había preguntado lo mismo, que Juan le preguntara entonces al profesor Olaizola. Otros, temiendo represalias —la participación en clase, se los advertía desde ahora, era obligatoria—, improvisaban cualquier explicación. Uno adujo que para triunfar en el mundo globalizado del siglo XXI era indispensable saber marketing, inglés, computación, diseño de interiores y administración de empresas. Ignoraba si esas materias entraban en el temario, o

si el doctor Ramírez tenía contemplado reforzarlas. Otra confesó que no había ninguna razón concreta para estar en su clase, de hecho sólo estaba de oyente para ver si le gustaba y decidía inscribirse más tarde. Aquel otro señaló que había tomado esa materia optativa porque era la que mejor se acomodaba a su horario. Uno más dijo que la había elegido por descarte, las otras optativas parecían todavía más aburridas. Otra bestezuela, que se creía irresistiblemente simpático, sin levantar la vista de su minipantalla, anunció que el azar había decidido por él: jugó al cara o cruz con una moneda que encontró tirada al pie de la ventanilla de registro escolar. Eran odiosos. Luego de las presentaciones Juan miró su reloj de pulsera. ¡Apenas habían pasado quince minutos! Las tres horas y cuarenta y cinco minutos restantes, con una pequeña pausa para el café que Medina aprovechó para retirarse (una asistente había subido antes al segundo piso para poner a esos zánganos mimados su servicio de bebida caliente y galletitas), Juan las dedicó a recitar a esas piedras el contenido de su tesis doctoral, la cual, les participó con vacilante tono de orgullo, sería publicada ese 2005. Se asombraba de todo lo que recordaba, y de todo lo que había olvidado. Cuando dieron las veinte horas y pudo finalizar la clase se sentía al límite de sus fuerzas, como si hubiese corrido un maratón. Les encargó de tarea, para el martes 1 de marzo, que consultaran bibliografía sobre la economía insular. Labor en la que Juan, en secreto, también debía concentrarse muy arduamente.

Llegó mejor preparado a la siguiente clase. Mejor dicho: llegó preparado a secas. Había aprovechado el fin de semana para sistematizar ciertos datos obtenidos de la guía comprada en México (reconocía que esto no era muy profesional), de internet (esto tampoco), de un libro sobre el particular escrito por una tal doctora Gabriela Bracamontes que el propio Medina le facilitó cuando Juan bajó agotado a despedirse después de la sesión inaugural. El sábado, Marcia lo había ayudado a diseñar el Power Point. Añoraba la época en que el ejercicio del magisterio se limitaba a una buena y solemne puesta en escena dramática, apoyada en la voz y los gestos,

sin ese componente técnico añadido para entretener al alumnado y evitar que dormite o ronque.

Entró al aula y dijo buenas tardes. Nadie devolvió el saludo. Ahí estaban sentados otra vez los búfalos bufadores, con ese insufrible aire de sabihondos de la nadería tecnológica, con sus detestables maquinitas. Juan batalló un rato para encontrar la ranura donde introducir el lápiz USB. Pidió que apagaran las luces, pero como nadie hizo caso, él tuvo que ir a apagar el interruptor junto a la puerta de entrada. Esos maleducados consideraban que, como ellos pagaban, los profesores debían subordinarse a sus caprichos, desempeñar el papel de espolique ante el amo. Nada más faltaba que le dijeran que se metiera su Power Point por el culo, mejor querían ver una película. Pulsó clic en el botón izquierdo del ratón del ordenador, para proyectar unas diapositivas introductorias bajadas de la red. Luego pasó a modo manual y fue desplegando una por una las notas generales que había tecleado. Leía a voces. Hacía una pausa. Pulsaba clic en la barra deslizante a la derecha y proseguía.

Blanco Trópico produce anualmente 52 millones de toneladas de cítricos: limón dulce, naranja y mandarinas. Cerca de la mitad se exporta a China. Se siembra maíz, trigo, frijol, calabacín, arroz, aguacate y alfalfa. Hectáreas de suelo acidificado han recibido tratamiento en los últimos años para plantar soya. Argentina compra el total de la cosecha y la transforma en aceites y harinas que por su parte vende también a China y a otras naciones de Asia. Se cultiva papaya, mango, melón y sandía. Las regiones indígenas de Selva Oriente e Isla Morgan rigen su agricultura por un peculiar modelo rayano en la autarquía económica…

Alguien emitió un bostezo atroz y la gracia fue celebrada con un jubiloso estallido de gritos y aplausos. Se escudaban en la penumbra fluorescente del salón, malditos. El destello de los teléfonos móviles se reflejaba en la insolente cara de muchos. Juan apretó las mandíbulas y posó el cursor sobre la flechita simple en el ángulo inferior derecho, abrió el menú

de opciones e hizo clic en “desplazar abajo”.

Dentro de las estrategias para captar divisas, el turismo, hoy día la quinta fuente de ingresos del país, en especial el ecoturismo y el deporte de aventuras, han recibido un evidente impulso desde la década de los noventa del siglo pasado. A pesar de ello, Bracamontes, O’Neill y el doctor en sociología Roberto Cárdenas, citado por el segundo, insisten en la importancia de propulsar proyectos de desarrollo en Selva Oriente e Isla Morgan, cuyos habitantes por lo general se muestran poco receptivos a estas políticas. En esa lógica, se empieza a destacar el papel de las ciencias sociales y humanas como factor estratégico que debe incidir…

Un estudiante alzó la mano en la oscuridad. Sólo quería hacer un comentario. No sabía si el maestro estaba enterado de que a la gobernadora Aguerreberre la enloquecía la farándula. Era una actriz frustrada, abundó mientras sus compañeros se descojonaban. En serio, insistió, ¿acaso el maestro Jesús Guajardo no había visto sus últimos comerciales? Ramírez Gallardo, corrigió Juan. Como sea, dijo el chico, y describió a continuación un almibarado anuncio televisivo en el cual, por lo visto, la gobernadora cabalgaba sobre un brioso alazán abrazada a la cintura del actorcillo de moda que protagonizaba la novela estelar de la noche. Sale en *close-up*, profe, con botas y fuete, la cabellera revuelta por el viento. Voltea la cabeza y mira a la cámara, nos manda un beso con sus labios recubiertos de brillo. Un audio sobrepuesto, al parecer, transmitía luego el mensaje: “¿Qué estás esperando? Ven a Blanco Trópico, un paraíso al alcance de todos”. En otra publicidad, la gobernadora, sumergida en bikini hasta la cintura bajo un techo de palma, tomaba cocteles con el mismo actor frente al bar acuático de una piscina. Juan, por completo desconcertado, agradeció la valiosa aportación y accionó la siguiente diapositiva.

Cerró los archivos en la computadora. Se levantó a encender la luz, apagó el proyector, arrastró el pupitre del que había echado mano para quedar frente a la pantalla y

volvió a sentarse. ¿Dudas o comentarios acerca de esta primera aproximación a las facetas esenciales de la vida económica de la isla? Habló entonces, sin molestarse en pedir la palabra ni despegar los ojos del telefonito, un alumno a quien Juan identificó en su lista como Manuel Duba Borrego. Duba Borrego dijo: “Está muy bien que vengamos aquí a poner sobre la mesa nuestros conocimientos de primaria, pero para perder la tarde por qué mejor no nos quedamos en casa. Podríamos ver un documental de Discovery Channel que de verdad nos enseñe, trabajar con Wikipedia”. Pedazo de retaco arrogante, con sus ricitos de calvo prematuro, embelesado de sí mismo. Duba ocupaba un sitio lateral en la mesa y ni siquiera se dignaba a levantar la vista. Hablaba directamente a su aparato. Juan se defendió como pudo, ironizó sobre la falaz seguridad de su interpelante al asumir que sabía todo lo que había que saber sobre la materia. Se sacó de la manga el recurso de citar a un célebre catedrático de la UNAM (de la UNAM, entendía, no de la discreta U del P) que aseguraba ser preferible que los educandos memorizaran de nuevo lo que pensaban ya habían asimilado, antes de interpretarlo. La interpretación venía después. Mucho después. Estaba superado, se limitó a replicar Duba. ¿Qué?, Juan casi grita. ¿Qué está superado? El libro de Gabriela Bracamontes era muy viejo. ¿Ah sí?, aventuró Juan con mal disimulado encono. ¿Por quién, quién había superado a Bracamontes, referencia obligada? Duba calló, pero tomó el testigo una joven que vestía una camisa floreada con cuello alechugado, sobre el que caía un pretensioso collar imitación perlas. Se presentó como la esposa de Manuel y dijo llamarse Marcela de Duba. Era obvio que había dedicado un rato a su copete ante el espejo. Hablaba con indulgencia y un sonsonete nasal, otro hígado encebollado. Al menos ella miraba a la cara. El profesor Ramírez, dijo, no debía molestarse con ellos, sus comentarios estaban motivados por un afán de crítica constructiva. Se puso de pie y entrelazó las manos sobre el esternón como una predicadora, luego se echó un rollazo sobre las características de esa nueva generación de la que ella y su marido formaban parte: más dinámica, más práctica, conectada con el mundo y los *mass media*. Escéptica pero esperanzada, incrédula de los grandes relatos de la historia

pero decidida a librar la lucha por su propia identidad. Juan se sonrío. Marcela de Duba encarnaba la desorientación metafísica de los moradores postodo de la tierra.

Esa tónica de desprecio persistió hasta concluidas las clases regulares del "semestre", el último martes de abril. Cuando presentaron sus trabajos finales de investigación, Juan —como dirían en México— los puso a parir chayotes. No por maldad ni resentimiento, sencillamente porque sus inflados egos no estaban a la altura de sus fragmentarias capacidades sintácticas. Quizá supieran más que el propio profesor acerca de la economía de la isla, al fin y al cabo habían nacido ahí —salvo un japonés taciturno y retraído, nunca hablaba y obtuvo la mejor nota. Pero ¿qué podían hacer con eso? No tenían idea acerca de hipótesis ni objetivos ni metodología ni aparato crítico. Era gracioso, todos habían tenido que recurrir, en sus incompletas bibliografías, al libro en teoría superado de Gabriela Bracamontes. Manuel Duba Borrego incluido. Él y su esposa pidieron revisión de examen para subir la calificación, y ante la negativa de Juan de modificarla, armaron gran revuelo para que una chica de piel atezada, que había conseguido un resultado mediocre, lo acusara de hostigamiento sexual y racismo ante el coordinador de la licenciatura. Por fortuna Ray Medina, que en otro caso había dado muestras de una ética un tanto dudosa asentando en actas una nota aprobatoria que no era tal, se puso incondicionalmente de su parte. La perversa moda del fundamentalismo democrático académico, la demagogia del alumno evaluador y denunciante, las coacciones discriminatorias cada vez menos veladas de las "minorías discriminadas", aún no habían calado hondo en la isla, como en Estados Unidos y otros países. Esa experiencia magisterial significó no sólo el primer trabajo remunerado de Juan en la isla. Le dejó también un resabio metálico incrustado en el paladar.

No acostumbraba a levantarse de la cama tan temprano los sábados, pero ante el prolongado desfallecimiento de las sesenta y cuatro horas de clase impartidas frente al grupo (dieciséis sesiones de cuatro horas cada una), había decidido

contrarrestar esos malestares, a lo largo de lo que restaba de ese mes de junio —en mayo había cumplido treinta y ocho—, con una intensiva terapia de trabajo matinal en uno de sus proyectos personales. *Simila similibus curantur*.

Desactivó la alarma del despertador antes de que timbrara. En perezoso cumplimiento de la disciplina que se había impuesto, se incorporó sobre un almohadón y dudó en abandonar la agradable tibieza que irradiaba Marcia, quien dormía plácida a su costado. En la cocina, en tanto vertía un chorrito de leche en la taza, se rio por lo bajo de que su esposa hubiese cambiado el mote de Ratzinger, Cardenal de Hierro, por Cardenal de Cera. Era cierto, tenía un cutis blancuzco y exudado como de sebo. ¿Por qué estaba de pronto pensando en el Papa? ¿Sus inconscientes mecanismos bíblicos asociaban el trabajo a las recompensas y la redención, y la pereza al pecado? Ahora que reflexionaba sobre ello, la vida en Blanco Trópico era bastante bíblica. Uno sufría la penitencia de su clima abrasivo y, al ponerse el sol, obraba una especie de bendición: la brisa que el mar había dejado de manera casi imperceptible sobre la tierra tornaba refractada a él. Entonces era una delicia salir al patio, abrir los brazos en cruz y ofrendar el rostro a esas ráfagas apacibles (y las rodillas a los empalagosos lengüetazos de Enriqueta bajo los bermudas, lo que no era tan delicioso).

Se dirigió al estudio y colocó la taza sobre el escritorio junto a la computadora; subió las persianas de oficina. Una tenue frescura rosicler impregnó la estancia. A las 5:45 am reinaba la quietud en toda la casa. Afuera, la pajarería no se había alborotado aún y los orines perrunos todavía no exhalaban sus mortíferos miasmas recalentados. En cierta forma era una muestra de amor por parte de Enriqueta, negarse a excretar en sitio alguno que no fuera al pie de la ventana de su amo, justo del otro lado de la pared. Esperó a que Windows terminara de configurar los íconos de archivos y programas, se reclinó un poco torcido contra el respaldo ergonómico. Entrelazaba las manos detrás de la nuca mientras releía lo que iba tecleando.

Marcia despertó a eso de las diez, según pudo escuchar. Ahora, allá afuera en el frente de la casa, Enriqueta ladraba como loca. Se la tenía jurada al camión repartidor de

bombonas de gas. Era una mascota de odios específicos: el señor de los garrafones de agua, a bordo de su gran triciclo; los albañiles, fontaneros y electricistas; los testigos de Jehová (cosa muy comprensible) y, por supuesto, los gatos. Cuando Enriqueta era cachorra, una félida recién parida la atacó. Habían planeado un tranquilo paseo dominical a la caída de la tarde, la llevaban sujeta a la correa para enseñarle a detenerse, *stop!*, y sentarse, *sit!* Sin previo aviso, en plena calle, la gata paranoica le saltó al hocico y se le enroscó en la cabeza como un turbante erizado. Pobre Enriqueta, días antes había sido víctima de otra agresión descriptible como violencia de género. Un bulldog acomplejado, de ridículo nombre Rocky, se abalanzó contra ella saliendo por una rendija de la puerta entornada de una casa, aprovechando un segundo de distracción de los dueños. Una embestida alevosa, en franca contravención al pacto tácito de mutua urbanidad que opera entre ejemplares de la misma especie y distinto sexo. Debía de ser joto, opinó Marcia de Rocky, luego de una espectacular vapuleada callejera a Enriqueta que culminó con cuatro personas encima del bulldog para intentar inmovilizarlo. Cuando la perra por fin logró zafarse y salir corriendo despavorida, Juan la persiguió a lo largo de tres cuadras. Era curioso pero, a diferencia de su insobornable animadversión hacia los gatos, Enriqueta no desarrolló ninguna fobia, enemistad o resentimiento respecto a sus congéneres, y a medida que iba creciendo se volvía más dominante. Ahora menguaban sus bravatas y se presentían, por el corredor exterior y el patio, de un extremo a otro, sus raudos pasitos de almohadilla.

Estaba embalado. Entrevió a Marcia por el pasillo, con un camisón blanco un tanto espectral, y escuchó que cerraba la puerta del baño. Luego ella la abrió y se encaminó hacia la cocina. Juan dio otra media vuelta sobre el asiento rotatorio, el codo apoyado en el antebrazo de tela, la mano en la barbilla. Miraba el vano de la puerta abierta del estudio sin decidirse, estaba a un jeme de poner punto final. Recobró la postura productiva frente a la pantalla; tecleó un par de oraciones de cierre, las borró y las reescribió con esmero. Deslizó reiteradamente la rueda del ratón de arriba abajo y viceversa. Los párrafos subían y descendían con cierta

intermediación autónoma, como si no dependieran de su voluntad ni del interfaz informático que agilizaba su movimiento. Llevó el cursor a uno de ellos, subrayó un fragmento, pulsó “cortar” y trasladó los bits electrónicamente codificados al último parágrafo. Hizo clic en “pegar” y de inmediato se desplegó el entramado de las oraciones finales. Lo sangró, punteó “guardar” sobre el icono del *floppy disk* en la barra superior y actualizó la copia de seguridad. Listo. ¿Listo? Abrió de nuevo el archivo principal, recortó y remendó aquí y allá, justificó un bloque inexplicablemente alineado a la izquierda, otros que estaban centrados, revisó a las apuradas las notas al pie y remplazó la copia de respaldo modificada por última vez no hacía ni cinco minutos. Ojeó, gracias a la simbiosis dedo-rueda del *mouse*, los tres centenares de páginas. Ahora sí, listo. Casi al mediodía, se sentía satisfecho por el deber cumplido, aunque comenzaba a invadirlo un sueño arrollador. Quedaban aún cosas por hacer: imprimir y, si llegaba a tiempo a la papelería —antes de que cerraran a las dos—, fotocopiar el texto y encuadernarlo. Tampoco había que ponerse nerviosos. No despacharía *Riqueza para todos* sino hasta el lunes, tan pronto abrieran las oficinas de correo. Restaba averiguar la dirección exacta del Fondo de Cultura Económica de México. Iluso.

El mes de junio Julián Zavala Dilinger llegó a La City poco antes de las nueve. Abrió la puerta corrediza de cristales polarizados e ingresó en la atmósfera climatizada e impersonalmente reconfortante de la cafetería. Era un cuarentón largo, pero se las arreglaba para mantenerse en forma. Como todas las mañanas, a esas horas ya había recorrido a trote, por la zona de los muelles, sus buenos ocho kilómetros y tomado después su riguroso batido de leche, nuez y huevo. Seguía con apetito, desayunaría con ganas en ese encuentro que había acordado con Juan Ramírez Gallardo.

Se levantó y fue al casillero de la entrada, donde siempre había dispuestos para el público ejemplares del *Diario de Blanco Trópico*. Tomó uno y volvió a la mesa. En primera plana: “Científicos de Harvard aíslan un gen que demuestra la

correlación entre los colores y la eficiencia laboral". Pasa a "Imagen", p. 2. Julián fue a la página 2 de dicha sección: "A los empleados de una empresa se les asignó un plazo fatal para entregar un informe. Los dividieron en dos grupos. Quienes trabajaron en oficinas de paredes azules, se desempeñaron con eficiencia y armonía. Los que fueron confinados a despachos rojos, mostraron desconcierto e ira, y la mayoría perdió sus puestos. La revista *Nature* reporta los resultados del exitoso experimento". Vaya, Julián frunció el ceño. Habría que demandar a Harvard y a los jefes directos de los empleados. ¡Oficinas de color rojo!

—El señor, ¿gustaría ordenar?

Julián apartó el periódico y miró de frente al mesero. En muchos lugares los obligaban a vestir guayaterno para fomentar el turismo, como decía el ministro del ramo Roger Novelo, quien no se quitaba el suyo ni para ducharse. En La City llevaban levita negra, por lo general raída, sobre camisa gris de mangas largas y cuello de pajarita, lazo blanco al cuello, combinación que en conjunto les confería un aire de una formalidad absurda. Un platillo volador los había abducido de un salón de más alto postín y depositado acá. Eran ellos mismos extraterrestres de incógnito, desorientados ante los códigos de etiqueta que exigían los terrícolas.

—Estoy esperando a una persona, deme unos minutitos.

—Muy bien. Cuando el señor guste. Estamos a sus órdenes.

Retomó la lectura del diario. Se distrajo unos segundos recordando los pendientes del día. Debía revisar unos balances de la fábrica. Su contador estaba pasando por un difícil trámite de divorcio y tenía la atención por las nubes. Lo que sería pasar por ese trago amargo, un proceso de divorcio. Por la tarde, si Irina llevaba a los niños a casa de su suegra, como habían quedado, podría empezar las correcciones de *Paraíso en casa*, su última novela, inédita. Le maravillaba la velocidad con que estaba escribiendo en esa etapa de su vida. A Juan ya se le había hecho tarde. Paciencia, él no tenía un Mercedes Benz deportivo, le había comentado que necesitaba cambiar dos veces de microbús para poder llegar a La City. Julián miró a través del ventanal a una chica espigada y morena, de minifalda y camiseta musculosa, y recordó la aventurilla a que se había prestado

durante la reciente gira con motivo de la aparición de *Carreteras de espejismo.* Desde entonces una sombría angustia lo aplastaba de manera intermitente. ¿Qué pasaría si Irina se enteraba? Para conjurar esos temores, se reconcentró en los fotograbados informativos. La impresión de mala calidad ensuciaba de tinta los dedos.

El brazo neumático de una de las puertas laterales, no la principal por la que había entrado Julián, emitió su peculiar sonido de compresión. Por detrás de la caja registradora emergió la figura larguirucha de quien Julián supuso sería Juan Ramírez Gallardo. Tenía el pelo y las patillas largas. Su andar desgarbado por entre las mesas, ocupadas ya casi en su totalidad, era presidido por unos toscos botines tipo campista que calzaban unos pies de por sí grandes. No era muy alto, pero tampoco estaría tan lejos del metro ochenta. Llevaba colgado del hombro un portafolios. Julián observó cómo su aún desconocido contertulio se enredaba con la correa en uno de los respaldos. Lo vio dar vueltas alrededor de sí mismo sin decidirse a enfilar un rumbo y disfrutó siendo testigo de la cómica torpeza con que, por poco, ocasiona un percance entre mozos que acarreaban platos. No se podía decir que Juan fuera la viva estampa de un economista, cualquier cosa que esto significase. Julián le hizo una seña, aquél se acomodó las gafas para ver mejor. ¿Juan? ¿Julián? Mucho gusto.

Juan se sentó junto a él y colocó el portafolios en otra silla. De cerca, Julián notó que, detrás de los anteojos, el recién llegado escondía un rostro carismático de pómulos altos, ojos grandes y brillantes un tanto achinados.

—El señor —el mesero volvía a la carga pertrechado de boliatómica y libreta. Se refería a ambos como “el señor”, la suma de Juan y Julián cabía en el mismo concepto—. ¿Gustan ordenar? —se quedó así de pie, una estatua de sal en su uniforme ceniciento. No pensaba dilatar de nuevo el asunto.

Julián quería un revuelto de queso fresco y espinacas, y café bien cargado. Juan preguntó por el plato de frutas.

—Ya se *gastó*.

Bien, se dejaría de cursilerías. Que le trajeran entonces unos chinchunchones (variedad de arepas fritas y rellenas de picadillo picante). “El señor” les tomó el pedido y se retiró

hacia la cocina. Como era paticorto, los faldones de la levita cojeaban al compás de sus desplazamientos. Al ponerse de espaldas, como estaba ahora que lo miraban, daba la impresión de que movía la cabeza en un gesto desaprobatorio. Se evidenciaba que le molestaba el nudo de la corbata de lazo, el cual se empeñaba en aflojar con un dedo.

Intentaron romper el hielo y ponerse al corriente. ¿Ya se había adaptado Juan al ritmo de vida de la isla? Sí, tenía razón, quizá sería más exacto preguntar: ¿a su "extraño ritmo"? ¿Así que también escribía? Por cierto, Julián, le había encantado su novela. Juan sintió que mentía sólo un poquito, que morigeraba su relativa hipocresía el hecho —reparaba en ello en ese instante, sorprendido— de que se acordara al detalle del argumento. A lo mejor *Carreteras de espejismo* le había agradado mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir en un principio. ¿Cuándo dejaría Juan leer sus cuentos a Julián? No, desde luego que no importaba que no estuvieran publicados aún, eso le daba un plus, el privilegio de ser uno de sus primeros lectores. Y luego encaminaron la charla hacia sus respectivas mujeres. Desde hacía unas semanas, Marcia insistía en que quería quedar embarazada. A Juan le preocupaba lo de su trabajo (es decir, lo del trabajo de Marcia, por no hablar de la falta del mismo en su caso), pero a eso ella respondía que tenía derecho a solicitar una licencia con goce de sueldo. Irina, por su parte, no cejaba de martirizar a su marido para convencerlo de la conveniencia de procrear un tercer hijo. Perseveraba sobre todo los sábados después del coctel de mediodía en la piscina, bromeó Julián. Ramiro había cumplido ya los diez. Elena tenía doce.

Retomaron el tema más entusiasta: la literatura. Julián insistió en que le pasara su manuscrito. Lo leería con sumo interés y, si Juan estaba de acuerdo, le haría saber después sus comentarios. Ramírez Gallardo agradeció sinceramente el generoso ofrecimiento de su colega (sí, colega en cierta medida) y aprovechó para hacerle una consulta. Había estado pensando en presentar una selección de los cuentos de *La garza ojona* al Sistema Nacional de Creadores de Blanco Trópico (SNCBT), como un proyecto de creación artística en desarrollo. Era consciente de que una propuesta de esa índole no sería del todo legítima, en términos éticos, pues el

volumen estaba casi concluido, pero por otro lado verse beneficiado con una de esas becas —de tres años de duración— significaría no sólo un espaldarazo a su creatividad (de la que, dicho sea de paso, no estaba del todo convencido) sino una solución temporal a sus problemas financieros. ¿Qué opinaba? Zavala Dilinger lo miró primero con cara de roca, luego sonrió. En sus ojos pugnaba la cautelosa reserva de quien sabe algo y no se decide a revelarlo. El "no" Juan ya lo tenía, así que desde ese punto de vista podría intentarlo a riesgo de perder tiempo y dinero por las fotocopias y los documentos que le pedirían. Pero le recomendaba que no se hiciera demasiadas ilusiones ni que apostara el resto a esa sola carta. Por propia experiencia, podía asegurarle que uno de los más poderosos caciques culturales de la isla, el narrador Enrique Cornucopia Álvarez, era quien en la práctica controlaba los apoyos económicos, él decidía despóticamente a quién se becaba y a quién no. Cornucopia era famoso no sólo por sus pésimas novelas premiadas a nivel internacional sino por el sadismo que ejercía contra cualquiera que tuviera una pizca de talento y no fuese un lambiscón. Jamás otorgaba algo a cambio de nada. Era vox pópuli asimismo que había infiltrado al poeta Miguel David, su becario hombre de paja (quien le prestaba otros servicios inconfesables), en el Tribunal Artístico encargado de las evaluaciones. De ese modo garantizaba la victoria de sus adláteres sobre otros candidatos. Aunque cabía considerar una posibilidad: que Cornucopia fuera benevolente con Juan por el hecho de ser extranjero y no pertenecer a ninguna capilla. Julián sentía no poder orientar mejor a Juan en ese punto. No exageraba al relatarle que incluso había sido una de las numerosas víctimas de los complejos novelísticos (en sentido psicológico) de ese tiranuelo resentido llamado Enrique Cornucopia Álvarez. Desestimó, por ejemplo, *Carreteras de espejismo* cuando el hoy exitoso libro de Zavala era apenas un primer borrador (cierto que incipiente, pero bien planteado desde el punto de vista argumental y con un plan de trabajo estructurado y lógico). En la misma convocatoria, Miguel David se hizo acreedor a una especie de prebenda vitalicia por *Hiel en las venas*, un poemario pésimo que no superaba las doce páginas. Así era esta bazofia, Juan,

como en muchas otras partes. Pero no quería desanimarlo. Lo gracioso del asunto era que, si antes Cornucopia no desaprovechaba oportunidad de despreciarlo en público, ahora, a raíz de la excelente acogida de *Carreteras de espejismo*, se desvivía rogándole a Julián que presidiera los eventos literarios más importantes.

El mesero retiró los platos vacíos y preguntó si se les ofrecía algo más. Pidieron la cuenta. Charlaron todavía un rato y luego pagaron y se pusieron de pie. Julián se adelantó hacia la salida, tenía que resolver unos asuntos urgentes en la fábrica antes del mediodía. Corpulento, algo mulato, de facciones duras pero llamativas, vestía pantalones de pinza beige y una impoluta camisa de lino blanco que, pese a estar ceñida, le daba un aire holgado y lo hacía lucir menos chaparro. Un fuerte estrechón de manos. Seguirían en contacto, que Juan no olvidara mandarle el manuscrito a sus oficinas (encontraría la dirección postal en el reverso de cualquier botella Miranda). Si prefería, que se lo hiciera llegar por correo electrónico. A través de la ventana, Juan lo observó sortear con agilidad los coches detenidos frente a un semáforo. Sus zapatos lustrados de negro alcanzaron la otra orilla de la calle. Él dudó entre volver a los tormentos cuentísticos en la solana de su estudio ("El sultán en la corte de las feladoras del café" seguía sin convencerlo; ¿por qué no modificaba el título?: "El sultán y su harem de feladoras cafeteras") o chequear sus mensajes en el *ciberlounge* de los bajos. Optó por lo segundo. Al abrir su cuenta, halló toneladas de *spam* en la bandeja de entrada, los filtros servían para maldita la cosa. Siete invitaciones para unirse a Hi-5, todas dirigidas por completos desconocidos. Odiaba el mundo moderno. Siempre tenía la impresión de que lo estaban espiando.

Las vacaciones de julio finalizaban dentro de una atmósfera internacional enrarecida. El terrorismo había asestado un nuevo y eficaz golpe, esta vez contra el sistema de transporte público de Londres, justo al día siguiente (el 7) de la elección de la ciudad como sede olímpica para el 2012. Tres bombas explotaron en vagones del metro y una más en un autobús. En

contraste, el Irish Republican Army había declarado ese viernes 29 el fin de la lucha armada contra el Reino Unido. De eso se venía a enterar Juan por la mañana, mientras tomaba un café y miraba la tele antes de decidirse a hacer lo que tenía planeado. *Diario de Blanco Trópico*, fiel a su singular estilo informativo, se haría eco de esas noticias mucho después.

Marcia ya había vuelto al trabajo. En sentido estricto, las vacaciones habían sido para ella, pues él proseguía tan de vacaciones como cuando habían arribado a la isla, salvo el paréntesis remunerador del curso impartido en la Universidad del Paradigma. Su mujer había aprovechado ese periodo de asueto para ordenar la casa, hacer una limpieza a fondo de cocina y baños (incluido el del cuarto de servicio, siempre rebalsado, aunque nadie lo usara); arregló varios imperfectos con taladro y destornillador —era una auténtica manitas—, sustituyó las bombillas pelonas de los techos por unos bonitos y modernos plafones que ella misma había ido a comprar e hizo lo mismo con los horrendos tubos luminiscentes del estudio, orgullo del casero Urcelay, por ser muy ahorradores. Desmontó, casi sin ayuda, el pesado cancel de la ducha, plagado de hongos, e instaló una cortinilla de plástico. Ajardinó con arte el patio cementoso, que ahora parecía un primoroso vergel con tantas macetas y plantas en flor. Al atardecer, todavía le quedaban fuerzas para poner a Enriqueta el collar de ahorque y remolcar a su marido a un paseo en el parque. En cambio Juan… Juan no sabía muy bien en qué había invertido todo ese tiempo.

Terminó su café, apagó la tele y se dirigió al comedor. Descolgó el teléfono y marcó el número. *Tut…, tut…, tut…, tut…, tut…* Estaba por devolver el aparato a su sitio, pues no tenía ganas de dejar mensaje en la contestadora, cuando Ray Medina en persona tomó la llamada. No, lamentablemente no podía invitar a Juan a un nuevo curso. Ni garantizar que "Aspectos fundamentales de la economía actual de Blanco Trópico" volviera a impartirse pronto. Por cierto, en la encuesta de evaluación de profesores aplicada a los alumnos, Juan había obtenido, en términos generales, una nota aprobatoria. Sí, desde hacía años en la U del P los estudiantes también calificaban a los maestros. Tampoco Medina estaba

muy de acuerdo, pero, doctor Ramírez, qué quería, eran los vientos que soplaban. Respecto a su consulta, por qué no probaba suerte en la otra universidad, la pública, la del Litoral. Ahí tenían una carrera, Licenciatura en Socioprospección, de fuerte cariz antropológico. Su plan de estudios incluía varias asignaturas orientadas al estudio del comercio y el comportamiento de los mercados. El Departamento de Disciplinas Económicas estaba a cargo del licenciado Pascual Arias. Medina le sugería que se entrevistara con él, aunque le advertía que era una persona de carácter difícil. Podía decir que se ponía en contacto con Arias por recomendación de Medina, desde luego, ningún problema.

Juan intentó localizar sin éxito a Pascual Arias durante toda la mañana y la tarde del viernes. El lunes, 1 de agosto, sin mayores preámbulos, tomó el tren bala a Ciudad Litoral. Llegó a la universidad y, tras calurosos vaivenes por rectoría y los edificios adyacentes, dio con la Facultad de Antropología. En el Departamento de Disciplinas Económicas no había más que una secretaria detrás de un escritorio repleto de papeles y, al final de un estrecho pasillo, una puerta de cristal velado cerrada a piedra y lodo en la que colgaba un rótulo en chapa de metal. La empleada tenía una halitosis que noqueaba y un genio que hubiera desalentado a Juan si la necesidad no apremiara. Se puso furiosa cuando se enteró de que había ido ahí sin cita, y hecha una gorgona al escuchar la justificación del imprudente visitante: había estado marcando todo el viernes sin que nadie contestara. Tampoco la impresionó particularmente que Juan hubiera sido recomendado por Ray Medina. No podía asegurarle —nadie podía asegurar nada a Juan— que el licenciado Pascual Arias fuera a recibirlo. A ese departamento la gente iba con cita, no era un parque de diversiones. Arias salió un par de veces de su oficina sin dignarse a mirar a Juan. La secretaria le cuchicheó algo, el jefe retiró la cara con mueca de asco. Regresó a la oficina, se ausentó un par de horas (habrá ido a dar clases, pensó Juan), se encerró de nuevo, desapareció otras dos horas, dio un portazo.

Entretanto, a la secretaria la habían ido a saludar varias amigas de los departamentos vecinos. Zampaban

chinchunchones condimentados, bebían como cosacos refrescos Miranda, ojeaban revistas del corazón y chismeaban a sus anchas. La secretaria abandonó su puesto un largo rato, con bolso y un estudio de cosméticos que llevaba en la mano. Cuando Juan, desgastado psicológicamente y con un punzante dolor a la altura de los riñones, estaba por levantarse de la sillita, donde sufría ese suplicio, y largarse, Arias lo mandó llamar.

Era un tipo desagradable: regordete y bajito, de piel cremosa y fofa, antebrazos pequeños y vellosos, manos afeminadas. Un ribete de cabellos rizados, bajo la tonsura reluciente del cráneo, sombreaba la parte inferior de la cabeza. Sin mediar palabra, Arias estiró un brazo para que Juan le mostrara su currículum vítae. Ni siquiera pasó de la tercera hoja. Se lo devolvió, lo sentía. En su departamento por ahora sólo estaban contratando gente con posgrados en Estados Unidos o naciones integrantes del Commonwealth. Por política del rector, recelaban de los títulos —como el suyo— obtenidos en instituciones españolas, cuyo nivel de excelencia académica dejaba mucho que desear. Juan sintió que una ola de sangre le hervía (¿hervía?, supuraba) por el plexo solar. Le estaban diciendo en sus narices que no era apto para dar unas roñosas clases de licenciatura. ¿Y quién coño se creía ese licenciaducho que tenía enfrente? ¿Dónde estaban, en la NASA o en una universidad de provincia con alto índice de deserción escolar? ¿Por qué Arias, contra sus propios argumentos, con galones todavía más exiguos, sí podía desempeñarse como profesor? ¿En su caso rectoría relajaba su política? ¡Qué antigüedad ni qué mierdas! Le habría encantado levantarse y romperle la jeta de un puñetazo, no le costaría demasiado doblegar a ese enano ensoberbecido. Por eso mismo, contra su dignidad herida, se sorprendió escuchándose preguntar: ¿pe… pero todos los cargos de profesor los ocupan doctores con diplomas en Estados Unidos o Inglaterra? Ése era precisamente el quid del asunto, suspiró con benévola satisfacción Arias, el brillo humillante en sus ojillos. De hecho, el departamento contaba con 18 plazas disponibles, pero no podía asignar una sola hasta que no apareciese el súper héroe académico cuya docta epifanía estaban esperando. En la práctica, Arias era el titular

de… ¡todas las materias de Socioprospección! Ése era su modus operandi, una fuente de ingresos exclusiva, nadie le haría sombra; al no haber candidatos, su falta de méritos nunca lo inhabilitaría. Los egresados de Harvard, Oxford y Cambridge estarían en Harvard, Oxford o Cambridge, y salvo que hubiera enloquecido ninguno de ellos se plantearía con seriedad ir a la Universidad del Litoral. El licenciado Pascual Arias fue el primer criminal perfecto que conoció Juan. A diferencia del Raskólnikov de Dostoievski, su plan maestro no tenía fisuras. Se perpetuaría en el fraude de la excelencia académica hasta que muriera, con su grado de licenciado y las dieciocho plazas disponibles.

Días después, ante el fiasco de su malograda excursión, Juan optó por apuntar temporalmente hacia una diana más baja (bajar el listón, como diría Marcia): la Escuela de Bachilleres de Ciudad Norte, la tercera provincia, al sureste de Blanco Trópico. La víspera, durante la cena, habían discutido. Él esgrimió la peregrina hipótesis de que, a la luz de los últimos acontecimientos, tal vez sería más conveniente presentarse no como economista sino como profesor de literatura. ¿Tenía documentos que acreditaran esa especialidad?, le preguntó Marcia, azorada. Pues no. ¿Y entonces? Entonces nada, contestó malhumorado. Levantaron la mesa y se dispuso a recogerse temprano. A la madrugada siguiente le esperaba un engorroso viaje de cuatro horas por carretera.

Antes de ir a la terminal de autobuses, pidió al taxista que pasaran un minuto a correos y despachó un sobre con su solicitud de ingreso al SNCBT (que había bajado de internet), junto con su acta de nacimiento, currículum vítae, comprobante de domicilio, certificado de no antecedentes penales (había sido un rollazo gestionarlo en Migración) y, conforme a lo establecido en la convocatoria, cinco juegos de fotocopias encuadernadas de *La garza ojona*, más el índice provisional de lo que sería propiamente su proyecto, un futuro libro de cuentos intitulado *Rata rabiosa* (había desechado la opción de presentar *La garza…* como un producto a desarrollar). Lo había decidido, no le podía ir peor de lo que ya le estaba yendo. Con suerte se sacaba la beca. Se compraría una boina que no habría de quitarse aunque el

calor le produjera seborrea, empezaría a fumar pipa, como todo un intelectual.

Durante el trayecto sintió una fuerte opresión en la boca del estómago. Como quería despejarse, llevaba consigo las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, que había leído por primera vez de adolescente. No dejaba de maravillarlo cómo la ciencia ficción, tan desacreditada por los selectos círculos de la "literatura seria", le brindaba inolvidables momentos de relajación. Una válvula de escape al aherrojamiento que imponía la vida real. Y le pasaba también con algunas películas cienciaficcioneras. Las distintas versiones de *Solaris* (que nunca habían podido superar el modelo original de Stanislaw Lem), *Blade Runner* de Ridley Scott, inigualable desde el punto de vista cinematográfico, pues la novela en que se inspiraba era otra cosa, tan magnífica o muy probablemente más, pero otra cosa. Hacía meses que Juan no acudía a ese género, lo último que había leído, después de *Laberinto de muerte* y *El fin de la infancia*, era un relato asfixiante sobre las suplantadoras realidades virtuales difundidas impunemente por la televisión, en la línea de *Fahrenheit 451*. Se titulaba *A bocajarro*. La firmaba un oscuro autor, no recordaba su nombre. Se arrepentía de no haber comprado, en aquella librería de viejo del DF, el libro del ruso de nombre tan raro que había inspirado a Orwell.

Pero, ahora, esa clase de historias no conseguían tranquilizarlo. La extraña composición mineral de la geografía, los yermos paisajes de Marte imaginados por Bradbury, las desconcertantes experiencias oníricas sufridas por los primeros colonizadores humanos del planeta, lo llenaban de angustia. De pronto identificaba a Marte con Blanco Trópico, qué tal si seres de inteligencia superior lo habían raptado en otra vida, después lo habían hipnotizado o hecho la lobotomía, daba lo mismo; le habían hecho creer que se había graduado en economía, vivido en Madrid, casado con Marcia; que vivía en una isla a mitad del Atlántico cuando en realidad él era un cobaya, su esposa un holograma de tecnología de punta y el entorno un decorado camuflado desde donde escudriñaban sus reacciones de organismo celular primitivo. Había datos para suponer con objetividad que Blanco Trópico no fuera sino un rinconcito de Marte: los

automovilistas que transitaban a alta velocidad paraban sin previo aviso a cincuenta metros del semáforo, para tomar la sombra bajo la copa de un árbol, hasta que la luz cambiara otra vez a verde. Cuando manejaban, si no estaban chocando contra otros vehículos, los conductores se esmeraban en alinear imaginariamente su culo con la raya blanca pintada sobre el pavimento, así seguían en adelante, en lugar de ocupar un carril. Estaba asimismo el tren de la miel, que al circular a cualquier hora y sin guardavías —como si fuera un inofensivo *chucuchú* en una infantil pista de feria— provocaba unos embotellamientos fabulosos. Si uno llamaba a Delta Gas, o a Rota Gas, y les explicaba que había una fuga en el tanque de la azotea, mandaban a un técnico un mes después. Éste ni se inmutaba cuando uno refería, escandalizado, que había tenido que llamar de urgencia a un fontanero servicio las veinticuatro horas, quien tampoco había acudido al desesperado s.o.s., siendo al final un yoma que llevaba todo el día sentado frente a la casa, mirando contemplativo el enjambre de avispas que sobrevolaba el tanque, quien solucionara el problema. Juan cerró las *Crónicas marcianas* y las guardó en el portafolios embutido bajo el respaldo del asiento de enfrente. Estaba en el umbral de una crisis de ansiedad. Para atajarla, extrajo su Moleskine de tapas negras y una boliatómica. Abrió la libreta sobre su regazo y pasó las páginas hasta encontrar el último borrador de “El sultán en la corte de las feladoras de café”. Había tenido el buen juicio de no incluirlo en la selección remitida al SNCBT. Aunque había introducido varias mejoras —y atemperado la atmósfera *Salambó* que lo impregnaba en un principio—, no lograba redondearlo. Luego, en un afán simplificador, lo había rebautizado “El sultán y su harem de feladoras cafeteras”, pero ese título podría sugerir al lector que se trataba de humosas máquinas chupapitos, no de voluptuosas mujeres que bañaban de semen sus cuerdas vocales (¡que horrorosa imagen, Juan, había dicho Marcia, ni se te ocurra ponerla!).

En esos instantes, mientras el autobús traqueteaba sobre un tramo de ripio, se percataba de otro inconveniente en el título original, al que había vuelto: “corte” era un concepto para referirse a reyes católicos, no a un príncipe mahometano. Si dejaba “corte” en lugar de “harem”, podría sobreentenderse

que el sultán había viajado a un reino cristiano, donde habría conocido a las feladoras, cuando la acción se desarrollaba en la cafetería Jamil Basim, en un oasis contiguo por donde todos paseaban desnudos bajo una palmera datilera. ¡Dios!, se dijo Juan. ¡Qué manera tan equivocada de concebir un cuento! Lo que seguía sería el disparate de pretender escribir una novela sobre un solo personaje, dos a lo sumo, una pareja en una isla perdida. ¿Por qué era tan difícil la literatura? ¿Por qué era tan difícil conseguir trabajo? ¿Por qué faltaba tan poco para que cumpliera cuarenta años? ¿Por qué era tan difícil todo en general?

La secretaria del director de la Escuela de Bachilleres era mucho más amable que la del imbécil de Pascual Arias —de hecho, era muy amable—, pero Juan hubo de comerse de todas maneras sus cinco horas de antesala. Por suerte, otra constante marciana de Blanco Trópico, estaba encendido un televisor. Siempre, en cualquier establecimiento público, había una tele en funcionamiento. Fuera un banco o un recinto educativo. Ahora que lo pensaba, también en las oficinas de Ray Medina y de Arias se había topado con la caja tonta, aunque en el primer caso estaba puesta a un volumen moderado. El programa Blanco Trópico Hoy, de chismorreos y variedades, era insoportable. Los noticiarios matutinos ya habían terminado. Juan se reclinó sobre la dura silla en que esperaba y pudo divisar, por entre la puerta entornada de la dirección, sentado en su sillón imperial, al licenciado Andrés Ramírez. Le entraban espasmos de risa con su micrófono inalámbrico de diadema; se sacudía, se palmeaba los muslos y se frotaba los ojos (con probabilidad llorosos) frente a una webcam. Luego se puso de pie, cerró la puerta y, casi de inmediato, salió con un maletín y una enorme sonrisa. A mitad del vestíbulo se detuvo para palmearse una vez más la pierna. Se puso derecho, se acomodó el saco de lino y los rubios cabellos engominados detrás de las orejas. Tendría unos treinta y pocos. Fue hasta un viejo chifonier de madera con espejos laterales, que debían de utilizar como archivero, y delante de una de las lunas se acicaló el bigotillo cuidadosamente recortado, también rubio. La secretaria no

apartaba la mirada de la pantalla, absorta en la ridícula danza de unos fortachones disfrazados de crisantemos. Con un afable, impersonal "buenas tardes", el licenciado Ramírez pasó a retirarse.

—¿Oiga? —inquirió Juan con aprensión—. ¿Ese que acaba de irse no era el director?

—Así es —respondió la empleada sin quitar la vista del aparato. La pantalla resplandecía sobre un soporte atornillado en el muro.

—¿Y piensa regresar?

—Me temo que el director no vuelve esta tarde —ella no quería ser descortés, pero tampoco podía distraerse justo ahora que iban a ponerle una corona a uno de los floripondios —. ¿Por qué lo pregunta?

—Pues porque tenía una cita con él.

—¡Ay, licenciado Ramírez, perdone! ¿No se lo dije?

—Doctor. Doctor Ramírez.

—Como guste, doctor. ¿Pero no se lo dije?

—¿Qué cosa?

—El licenciado Ramírez tuvo que salir de improviso porque lo mandó llamar a junta el alcalde. ¡Qué chistoso que usted se apellide como él! ¿Le parece si lo llamo después para que acordemos otra cita?

El crisantemo coronado, en malla de ballet, saltaba de un extremo a otro del escenario y hacía girar un aro de plástico con la cintura. Si Juan hubiera tenido una escopeta le habría disparado. Después de balear con escrupulosidad a la secretaria, al director de la Escuela de Bachilleres y al regidor. Dejó su currículum sobre el escritorio, aunque sabía que ese proyecto también se había ido al garete.

Otra mañana —Marcia ya se había marchado al vivero— Juan recibió una llamada telefónica de lo más irritante. Si puede designarse llamada un interrogatorio grosero y policial. Tras mucho insistir Juan, la borde interlocutora del otro lado de la línea, que le hablaba de tú, se identificó escuetamente como Karina —una de tantas Karinas que pueblan la vasta galaxia de telefonistas—, encargada de recibir las solicitudes dirigidas al SNCBT. Un primer filtro, en resumidas cuentas. Lo

que sucedía en su caso, o sea, en el de Juan, era que se había limitado a enviar unos cuentos junto con su solicitud. ¿Y?, preguntó el interpelado, ¿había algún problema porque fueran inéditos? *¿Inéditos?*, se extrañó Karina. *¿Qué quieres decir con eso?* Pues que no se han publicado, balbuceó. Tuvo que repetirlo más fuerte porque Karina se resistía a captar el significado de la palabra "inédito". Juan comenzó a sentir la lengua tumefacta, una súbita oleada de desconcierto. ¿Le estarían gastando una broma pesada? *¡Ah, no!*, le espetaron. Eso era irrelevante, no importaba que no hubiera publicado, siempre y cuando *la muestra que me mandaste sea de calidad.* Era increíble la rapidez con que se gastaba el lenguaje en esa edad histórica de la barbarie. Se hablaba de arte y literatura como si fueran muestras de orina en un frasco. Si no era eso, que *La garza ojona* permaneciese inédita, Juan infirió que le estarían poniendo pegas por no haber sido traducido a otros idiomas, pero cómo podrían traducirlo si aún no había editado el libro. ¿No? ¿Eso tampoco era significativo? ¿Cuál era la objeción entonces? *¿De verdad me lo preguntas, no sabes cuál es la objeción?* Juan se venía a enterar de que había cometido un pecado capital: no había anexado constancia alguna de haber ganado premios. Requisito indispensable, según Karina, para poder participar en la evaluación. Parecía un callejón sin salida: cómo habría ganado un premio si no estaba publicado ni, por ende, traducido; por qué habrían de apoyarlo como potencial creador de *Rata rabiosa* si no probaba antes ser un escritor consumado y exhibía sus laureles. Que no las llamaran becas de creación sino coronaciones. ¿Cabía la posibilidad de recibir un premio a priori, sin antecedentes que lo justificaran? Había oído de premiados en certámenes literarios cuya obra después nadie quería editar. Le vino a la mente también un sonado escándalo de sus años de estudiante en México. ¡Perdóneme, señorita!, Juan levantó la voz con involuntario enojo. Comenzaba a resoplar como un toro con banderillas clavadas en el cerviguillo. En ningún párrafo de las bases, alegó, se establecía ese condicionamiento. En la número cuatro, inciso b), se leía precisamente —como había reconocido la propia Karina— "presentar un texto o conjunto de textos que certifiquen la alta calidad artística de la propuesta". A su

humilde entender, su colección de relatos tenía una calidad aceptable, y en última instancia, y con todo respeto, correspondía al H. Tribunal Artístico pronunciarse sobre el particular. *Pero si tú mismo me estás dando la razón*, respondió Karina con un sutil tonillo de sorna a través de los diminutos orificios de plástico. *Si no tienes premios, obvio que tu obra no es de calidad.* ¡Pero usted, Karina… tú, zopenca pedorra, te figuras por el amor de Dios que en el mundo en que vivimos los galardones de cualquier especie son sinónimos de justicia y un reconocimiento inapelable al mérito! *¿Moby Dick, Suave es la noche, La* meta*morfosis* han dependido de la concesión de un premio por parte de un conciliábulo de premiadores? ¡Ay!, Karinita. Debía contarse entre los bobalicones que se han fumado el cuento ese de que Darío Fo ha ganado el Nobel por su inconmensurable talento. En caso de que supiera quién era Fo. Y que existía el Premio Nobel de Literatura. Todo esto, y mucho más, se iba acumulando en la cabeza de Juan como una rueda de centellas insultantes, pero supo guardar la mesura y no permitió que su pensamiento traspasara la muralla interior de las mandíbulas apretadas. Sospechaba que Karina ya había cortado la comunicación, pero en la lejanía la escuchó comentar algo sobre la bocina tapada. El aspirante a becario suspiró con un desesperanzado hilillo de voz. ¿Y entonces, señorita, qué me sugiere? *¿No tienes por ahí un premio, el que sea, aunque sea de la secundaria?* Pues no, Juan nunca se había hecho acreedor a un premio. Había ganado, dijo, algunas becas para investigación académica, por ejemplo de Caja Madrid, pero no sabía si se las podían tomar en cuenta a efectos de… *¿El qué, señor García, no te entiendo, por favor habla más despacio, qué banco investigaste?* Juan tuvo que resumir a Karina lo que, a grandes rasgos, podría definirse como investigación académica. Y aclararle que no se apellidaba García sino Ramírez. Y que era un economista, no un detective especialista en delitos bancarios. *Mira, por esta única ocasión voy a pasar el expediente a los dictaminadores, pero no te garantizo que no me lo vayan a devolver. Lástima que no tengas premios. El maestro Enrique Cornucopia Álvarez es muy estricto con estas cosas.* Colgaron y Juan hubiera apostado a que se desvanecería. Le ardían las orejas y sentía un palo atravesado en la garganta.

Al fin recibía una buena noticia. Su amigo Mayer Levitt se encontraba de visita en Blanco Trópico y quería reunirse con él. Levitt era un amigo judío que había conocido en Madrid. También era economista. Y muy famoso a nivel mundial por sus brillantes aportaciones teóricas. A pesar de ser coetáneos exactos, Mayer había sido su profesor en un curso de doctorado de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de Somosaguas. Había postulado el Teorema de los Flujos Imperceptibles. El Teorema de los Flujos Imperceptibles sostenía que la economía generada desde las plataformas alternas de la criminalidad era matemáticamente imposible de suprimir, puesto que su anulación provocaría la entropía y el colapso total del sistema radial. La criminalidad, por tanto, era una fuerza oscura y censurable desde el punto de vista ético, pero imprescindible para el adecuado funcionamiento de los mecanismos sociales de la economía. Una sociedad sin criminales no sólo era improbable sino indeseable. "Sería como apagar el universo", le dijo Mayer mirándolo con sus pobladas cejas y sus penetrantes ojos glaucos. Tenía el rostro tostado, ligeramente cetrino, y una larga cabellera negra de recia raigambre que peinaba hacia atrás sin necesidad de fijadores. Tomaba la tacita del expreso doble envolviéndola con los diez dedos, desde su asiento se inclinaba apasionadamente sobre la mesa de la cafetería cuando decía algo a Juan, como si quisiera abrazarlo con las palabras. Era un tipo muy físico, a cada rato tomaba a Juan de los hombros y lo vapuleaba con cariño. Habían ido a La City, luego de que el visitante telefoneara a Juan desde el hotel y se pusieran de acuerdo, porque Mayer se moría de ganas de beber un café turco. En ningún lado lo servirían, pero en La City preparaban un cortado bastante fuerte. A Levitt lo había invitado un tal Pascual Arias a dar una conferencia magistral en la Universidad del Litoral. ¿Lo conocía Juan? Debían de estar forrados en dinero. Mayer iba a cobrar cinco mil dólares (¡quince mil albos!). Juan se reservó su opinión sobre Arias y omitió el relato sobre la afrentosa entrevista que había mantenido con él. Tampoco manifestó su opinión sobre lo desproporcionado que le

parecía que Mayer cobrara cinco mil dólares por monologar dos horas frente a unos isleños en un auditorio mientras a él se le negaba el más mínimo chance de un trabajo cuyo sueldo mensual de ninguna manera rozaría esa cifra.

Sin embargo, confesó parte de sus avatares, lo difícil que le estaban resultando el desempleo (sobre todo el desempleo) y el proceso de adaptación a Blanco Trópico. Mayer alternadamente bebía café y ponía sus fornidas manos sobre la clavícula de Juan; luego lo cacheteaba con afecto para infundirle ánimo. Más tarde, a petición de su camarada y ex alumno, Mayer narró cómo le iba. Era contrastante. Su programa televisivo tenía el más alto *ranking* de audiencia entre los programas científicos y culturales de Nueva York. No sólo disfrutaba de cuatro generosas becas de investigación, además de su también generoso sueldo en la New York University (con el cual aquéllas, el colmo, no eran incompatibles), sino que además formaba parte o presidía otros tantos jurados que concedían apoyos económicos a estudiantes de alto rendimiento, actividad por la que igualmente lo remuneraban. Era habitual profesor invitado de las Universidades de Harvard y Yale. Ese año había sido nominado al premio de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos. Juan sintió entre las costillas un agudo aguijonazo, el tridente purulento de la envidia, pero hizo un esfuerzo heroico por distender los músculos de la cara y admitir de buen grado las indiscutibles virtudes de su amigo. Mayer, desde luego, también tenía sus defectos. Uno de ellos era la pasmosa propensión a desviar la charla hacia su tema predilecto: las mujeres con las que ponía en práctica sus habilidades de seducción, tan deslumbrantes como su teorema. Era sorprendente que un genio de la economía fuera al mismo tiempo una de las personas más frívolas que Juan conociera. Soltero empedernido, nunca había cosechado un rechazo, según pormenorizaba no con jactancia sino, por el contrario, con entera naturalidad. La única vez que tuvo que declinar una invitación a la cama se había debido a causas ajenas a su control. Porque ese don Juan irresistible que era Mayer, sufría hemorroides, como ventilaba sin empacho. Cuando las crisis lo hostigaban se veía obligado a ponerse unos pañales para adulto muy poco afrodisiacos, que por

decoro prefería no lucir ante la dama en turno. Los lances de Mayer le recordaban a Juan una vieja melodía de Tom Waits en la que se describían de forma gráfica encuentros con mujeres de distinta fisonomía y en diferentes partes, pero la oralidad despreocupada de Levitt era mucho más inquietante porque su veleidoso apetito sexual no parecía ser inventado. Se solazaba en esas aventuras, pero —lo admitía— empezaban a cansarlo los inconvenientes que implicaban.

Dos noches antes, la víspera de su viaje (Mayer había llegado a Blanco Trópico apenas ayer), había aceptado el gentil ofrecimiento de Sofía, una prima muy querida: podía quedarse en su apartamento, así no tendría que preocuparse de la cena ni de otros engorrosos preparativos antes de tomar el taxi que lo llevaría al aeropuerto JFK de Nueva York. Ese mismo mediodía, la prima se había desviado de su itinerario habitual, estacionado el automóvil y hecho una visita al piso de su primo. ¿No quería Mayer ir adelantando algo, que ella se llevara de una vez alguna maleta o lo que quisiera? Sofía —pretextó— no podría atenderlo más tarde. Tenía que recoger a su esposo Justin en otro aeropuerto, el de Newark, y luego debían asistir juntos a una cena de negocios. Sofía había hablado por teléfono con Justin y éste mandaba recuerdos al *cousin*, por si acaso no coincidían y ya no veía a Mayer cuando se marchara del apartamento por la madrugada. Y al cabo de unos instantes ambos, Sofía y Mayer, de un modo acaso no tan fortuito, se estaban besando apasionadamente en la cocina apoyándose contra el fregadero lleno de platos sucios que el relator ahora recordaba haber olvidado lavar. Se debían eso desde hacía mucho tiempo, musitaban mientras se mordisqueaban los labios. Nadie —es decir, Justin— tenía por qué enterarse, verse afectado o salir herido. Sofía, que se había estrenado como madre hacía poco más de un año, había arreglado con la *babysitter* el dadivoso pago de horas extras por una excepcional jornada completa, así que no tenía prisa. Se dieron una ducha compartida y lo volvieron a hacer con lujo de animalidad bajo el tibio chorro de agua. Después Mayer se sintió triste y afligido, pero actuó como habían acordado para no despertar sospechas. Ya en casa de su prima, en tanto el buen Leonard dormía a gruñido tendido en su cunita y él y la niñera miraban una película

echados en el sofá de la salita de televisión, descubrió varias cosas inquietantes acerca de esa chica: que, como a él, le encantaba Nine Inch Nails. Que era una estudiante de *Management and Leadership*, de pelo rizado y pelirrojo, muy bonita. Que había cumplido la mayoría de edad y que no le importaba que él no tuviera a mano un condón, porque ella sí. A partir de entonces, proseguía Mayer, las cosas no habían hecho sino empeorar. En el avión, rumbo a la isla, conoció a una modelo de la agencia White Tropic Models & Beauty que viajaba sentada junto a él en la zona *business.* Era de lo más sencilla, agradable y atractiva, y quedaron en reunirse ayer por la noche para ir a tomar una copa y que ella le enseñara la ciudad. Pero, por desgracia, el plan se había frustrado cuando Mayer decidió ir a comprar una camisa a una conocida boutique en Gran Plaza Galerías del Trópico —¿conocía Juan ese centro comercial?—, precisamente con el objeto de acudir luego bien presentadito a la cita con la modelo. No entendía bien cómo se habían precipitado las cosas. La vendedora, una linda morena de rasgos finos y boca grande y carnosa, entró al vestidor, se disculpó sin retirarse y acto seguido trató de ayudarlo a probarse otra talla. Mayer acabó sentado en el banquito, en camiseta, con los calzoncillos a medio bajar y la cabeza de la dependienta clavada en la entrepierna. Lo más gracioso era que no le había dado tiempo de deshacerse de la prenda que había elegido al principio, la mantuvo colgada de la percha con una mano hasta que terminó la función. No diría que no disfrutó. Es más, creía que había sido una vivencia sicalíptica mercantil de lo más excitante (al final se había llevado ambas camisas), pero la verdad después se había sentido mal y deprimido, como usado. ¿A Juan nunca le había pasado algo similar? ¿No, nunca? ¡Qué afortunado! Por eso prefirió dejar plantada a la compañera de White Tropic Models & Beauty, no le restaban fuerzas para lidiar con otro cuerpo. Debía descansar, concentrarse en su conferencia.

Juan acercó a Mayer al hotel Fiesta Tropical y volvió en el Chevy a Abedul 42 A. Durante la cena, sintetizó a Marcia la conversación que había sostenido con su amigo, a quien tildó en broma de perdulario sexista. Juan incluso fue lo suficientemente hipócrita para fingir, antes de apagar el

soporífero noticiario de Fermín Como Combo e irse los dos a la camita, que estaba de lo más contento. Le alegraba haber visto a Mayer, del mismo modo que le alegraba ser él mismo la persona que era, y no otra. Pero ocultaba que el encuentro lo había alterado. Había tocado una fibra sensible que, por alguna razón, no acertaba a determinar, contra lo que decía al ponerse el pijama, dar un beso a su esposa y apagar la lámpara sobre la mesita de noche.

A la mañana siguiente, un sábado, Juan estaba que trinaba. Y entonces ocurrió un pleitazo terrible con Marcia. Ella lo cuestionó acerca de si envidiaba la vida disoluta de Mayer Levitt. Por supuesto que no. ¿Y su prestigio profesional? No, para nada. Bueno, tenía que aceptar que… ¿Le gustaría hacer el amor con muchas mujeres? Juan negó categóricamente estar domeñado por semejante anhelo, él era un ente racional, por favor; además una apetencia así, en su caso, no pasaría de ser una fantasía estúpida. Tan estúpida como la frase que salió de su boca: se trataba de una etapa ya superada de su vida. Marcia no desaprovechó la oportunidad para reanudar el interrogatorio. ¿Qué había superado Juan, el deseo de acostarse con fulanas, o haberse encamado con ellas? ¿Así que había paseado su pito por muchas partes antes de conocerla? Juan seguía perdiendo terreno, ya ni siquiera escuchaba. Confundía las fulanas con personajes femeninos de sus cuentos, su desempleo con la destreza intelectual y la holgura monetaria de Mayer. La cabeza le daba vueltas, sufría una ansiedad al borde de la náusea. Quizá por ello continuaba con sus inoportunas explicaciones, como quien se hace un harakiri en automático. Reconocía que a veces lo había pensado, lo de las aventuras y tal, pero podían estar tranquilos porque cuando eso pasaba una como vocecilla de alerta en el fondo de su ser lo prevenía: "Mira Juan que mantener relaciones sexuales con una desconocida es como arrojarse de cabeza a un pozo de enfermedades". Marcia no se sintió ni mínimamente tranquila, más bien bastante furiosa. El corolario de toda esa palabrería atolondrada de Juan era que se resignaba a estar con su legítima señora sólo por evitar el riesgo de contagio a que lo expondría el trato íntimo con un "pozo de enfermedades". Marcia podía ser muy incisiva cuando "le tocaban las pelotas". La discusión derivó hacia

otras cuestiones ríspidas. Estaba harta de que Juan se gastara el dinero que no ganaba en cafeterías. Que se lo llevara la mierda, todavía que estaba viviendo una situación tan estresante como el paro, ella le venía a recriminar esas minucias. No eran minucias, y él sabía a qué se refería, cada vez que iba a una cafetería acababa comprándose cinco cds, ni Rockefeller. Pues ya que sacaba el tema del dinero a colación, le recontraquecagaba que Migración no le permitiera abrir su propia cuenta bancaria a él, que sabía dos o tres cositas más de economía que esos nazis imbéciles, todo por ser —¡vaya paradoja cruel!— dependiente económico de ella. Rebrotó el *affaire* hijos. Marcia insistía en que no lo veía preparado para un asunto de esa trascendencia, se empeñaba en comportarse como un nene. En su descargo, Juan se limitó a declarar que ya lo vería, le aseguraba que en eso no la iba a defraudar. Y reclamó el derecho a bautizar, al menos, a sus eventuales retoños, si algún día engendraban, ya que le había coartado esa libertad tratándose de Enriqueta. ¿Qué tenía que ver Enriqueta con todo eso? A Juan no le deliraba el nombre, habría preferido ponerle otro. ¿Ah sí, cuál? Pantuflas. ¿Cómo Pantuflas?, era horrible. No, era precioso y hacía honor a sus patas almohadilladas. Había sido una arbitrariedad de Marcia imponer a la pobre mascota ese mote. Debía de llamarse Pantuflas. Marcia explotó en un llanto colérico. Cuando su marido se enfrascaba en esas obcecaciones era más fácil atravesar de cabeza un dique. Juan hacía aspavientos, boqueaba enrojecido por la bronca (una bronca indeterminada pero gigantesca), ya no atinaba a decir nada. Se sentía prisionero dentro de uno de esos angustiantes cuentos de Raymond Carver sobre la infelicidad humana que tanto lo habían impactado, sólo que un chapucero *deus ex machina* había trastocado el escenario de los suburbios norteamericanos por el tórrido Trópico de mierda.

Juan salió, azotó la puerta y se enfiló sin ningún objetivo claro hacia la verja de entrada. Le palpitaban las sienes y el pecho le pesaba como un camión. Enriqueta expelía unas caquitas mientras arqueaba las patas traseras. Luego las olisqueó y les arrojó tierra del arriate, marcó el pequeño montículo con la nariz, agazapada. Una fina estampa cinegética pese a la ausencia de blancos móviles. Por encima

de la albarrada, Juan contempló a su vecina Natalia disponiéndose a recibir a un trío de pastores evangélicos, y a un millar de invitados que aguardaban en la calle para celebrar una sabatina cantamisa a domicilio. No lo pudo evitar, ahora él también lloraba a moco tendido. Marcia lo rescató antes de quedar expuesto a la vista de esa multitud angelical y volvieron a refugiarse en la sala. Esa semana ella había comprado dos aires acondicionados y pagado el servicio de instalación. Lo encendieron y pusieron una película (cuando ella volvió de Edmonton, se habían hecho de un reproductor de dvds). Abrazados en el sofá, poco a poco, dejaron de sollozar.

En los días postreros de agosto de 2005, la amenaza del huracán Katrina se cernía sobre la isla. En septiembre del año pasado habían vivido por primera vez la memorable experiencia colectiva de una alerta de huracán. Blanco Trópico era un país acostumbrado a desdeñar estos fenómenos meteorológicos hasta que, en 2002, Isidoro transformó las tres ciudades principales y los doce municipios en un asolado campo de batalla antes de continuar su marcha destructora por el Caribe y ensañarse con la blanca Mérida de Yucatán. En Blanco Trópico, Isidoro había arrancado de cuajo y retorcido postes de luz, como si fueran de plastilina; habían estallado ventilas y ventanas, habían volado no sólo las tapas de los tinacos sino los tinacos mismos, en una borrasca añadida de objetos contundentes que hizo recordar a Juan, cuando leyó acerca de ese huracán, la aterradora lluvia de fuego imaginada por Leopoldo Lugones. Los damnificados se contabilizaron por centenas y el saldo negro extraoficial fue de 40 muertos, aunque gracias a esa especial predilección que las repúblicas bananeras de aquí y de allá sienten por el arte de la cosmética, la cifra oficial fue de “sólo veinte muertos y un número indeterminado de desaparecidos”.

Cuando en aquel septiembre de 2004 se difundió la noticia de que otro huracán, Iván, se aproximaba a Blanco Trópico, la gente ya había escarmentado y salió disparada de oficinas, negocios y escuelas a hacer compras de pánico. Juan y Marcia, ante la escasez de provisiones en las tiendas, habían

tenido que acudir con el Chevy a la central de abastos situada a las afueras de la ciudad, más allá de los suburbios de oriente y sus barracas, cerca de la carretera que atraviesa la selva rumbo a Isla Morgan. Debieron avituallarse con abundante latería y garrafones de veinte litros de agua, que Juan arrastró a trompicones entre la muchedumbre congregada frente a la única caja abierta en ese inmenso galpón. Fue necesario comprar también un radiorreceptor a pilas para estar informado y seguir las instrucciones de las autoridades de protección civil, era probable que la CEBT cortara preventivamente la electricidad, ninguna precaución salía sobrando. Al salir de la concurrida playa de estacionamiento, hicieron dos horas de cola en una gasolinera. Los automovilistas querían asegurarse de que el tanque estuviera lleno, como si hubiera a donde ir en una isla abatida por un ciclón en medio del Atlántico. En casa se pertrecharon siguiendo al pie de la letra las instrucciones dirigidas a la población por radio y televisión. Pero Iván se desvió caprichosamente hacia el oeste y el peligro se diluyó.

Ese año 2005, la fobia huracanada ya se había desatado con anterioridad. Hacia mediados de julio, justo por las fechas del cumpleaños número treinta y siete de Marcia. Ante el inminente arribo de Emily, una vez más tuvieron que aprovisionarse, suspender las actividades cotidianas y fortificarse en el hogar. Circulaban varios rumores sobre la cantidad de agua que entraba en una casa como consecuencia de un huracán. Equivalía a unir una manguera de bomberos con un dispensador de la calle, apuntar con ella hacia las aberturas de la fachada y luego abrirla a todo lo que daba. La lluvia tempestuosa se asemejaba al alcoholismo, no respetaba ni sexo ni edad ni condición social, entraba como Pedro por su casa en las moradas y se esparcía a baldazos sobre pisos y muebles. Un huracán no conocía barreras. Si alguien tenía libros —como era el caso— que se olvidara de ellos; quedaban empapados y destruidos, a lo mejor cubriéndolos y recubriéndolos con capas y capas de plásticos y periódicos podrían salvarse. Había que tapar asimismo los aparatos electrónicos, y al televisor mejor ponerlo lejos de cualquier ranura, cubierto incluso con sábanas y volteado contra la pared.

Celebraron el cumple de Marcia estremecidos, encerrados en casa con Enriqueta, paladeando entre centellas y sobresaltos una deliciosa pasta a la putanesca que ella había cocinado. Histéricos vaticinios acerca del fin de mundo resonaban por la radio, en español y yoma. En lengua indígena resultaban particularmente angustiosos, los irresponsables productores, en su obsesión efectista, los montaban sobre un fondo de gritos y sirenas de ambulancia que los volvía aún más ininteligibles. Emily cambió de trayectoria rumbo al Estrecho de Yucatán, y masas nubosas del extrarradio dejaron sentir sus efectos en forma de tormenta tropical. Había numerosos meteoros anuales de esta categoría en Blanco Trópico, derribaban palmeras y flamboyanes como piezas de dominó.

Ahora, a finales de agosto, debían prepararse para plantar cara a un nuevo y poderoso huracán: Katrina. Se enclaustraron otra vez con Enriqueta. Juan se preguntó si debía fijar unas mamparas de seguridad delante de las ventanas, había visto por televisión que así procedían en Miami frente a estos imponderables. Pero lo agotó la sola idea de tener que ir a buscar el taladro al cuarto de servicio. Marcia era la manitas de la casa y, al fin y al cabo, si un huracán podía llevarse por los aires una construcción entera, para qué molestarse en escudarse detrás de unos tablones. Sobre el particular, se suscitaba siempre un acalorado debate entre los habitantes de la isla. Unos sostenían que los paneles constituían la forma más eficaz de guarecerse. Otros, que creaban una peligrosa bolsa de aire comprimido hacia el interior de la vivienda, las paredes podían implosionar. Era mejor entreabrir un poco ventanas y ventilas y, a costa del agua que entraría, permitir que la ventolera hallase recovecos y rendijas por donde fluir. Revisaron la cinta adhesiva con que habían reforzado los vidrios, sí, había que entornar las aberturas, pero también pegarles por dentro largas tiras diagonales en forma de X, si se astillaban, se evitaría que muchos fragmentos saltaran como proyectiles. Comprobaron que hubiera suficiente periódico bajo los libreros, y plástico recubriendo los muebles. Enriqueta deambulaba de una habitación a otra acompañando a sus nerviosos amos.

Hacia mediodía se encontraban a oscuras en el estudio.

Marcia y Juan sentados en el piso, la perra tendida y con el hocico hundido entre las patas delanteras. Habían cortado la corriente eléctrica. El cielo estaba densamente encapotado y filtraba una luz cenital. La atmósfera grisácea y electrizada creaba la sensación de que la Tierra se hubiera transformado en un planeta sin sol. Las ráfagas comenzaron a cimbrar la puerta que daba al patio. Enriqueta se aterraba con los truenos y los petardos, y sin embargo se levantó y fue hacia la puerta. La rascó pidiendo que la dejaran salir. Marcia manipuló la manija y, afuera, los tres se dejaron envolver por ese ambiente extrañísimo, de pesantez y calma chicha rotas por el ulular del viento y la agitación resonante de las frondas. El caótico cableado eléctrico colgaba de los postes de concreto y se mecía amedrentador, látigos de titán a punto de restallar sobre ellos.

El viento gemía y Enriqueta, en medio del patio, escudriñaba el cielo ansiosamente, como si avizorara por dónde podría pasar el vórtice para ella misma abrirse por ahí un boquete que la liberara de su mansedumbre de mascota comecroquetas y la teletransportara a un paraíso soleado de jaurías consagradas a la caza y el apareamiento. Era curiosa esa sincronización de quietudes aparentes, esa concordia de paz engañosa entre elementos y bestia, bajo la cual se presagiaba un desencadenamiento incontrolable. Sin posibilidad de escuchar música en su equipo Sony con bandeja para cinco cds (una reliquia resucitada durante la corta estancia en el DF y que Isolda había añadido a las cajas que habían viajado desde Madrid); hartos de los reportes erráticos y alarmistas de los locutores de la radio; muertos de calor y transpirados por la humedad, optaron por una alternativa que podría resultar excéntrica en los prolegómenos de un huracán: desnudarse, darse un baño, cerrar el dormitorio al hocico fisgón de Enriqueta y hacer el amor.

A lo largo de la noche del domingo 28, el himplar del viento cesó y dio paso a descargas intermitentes de lluvia torrencial. En la cama, junto a Marcia, la sábana arrebujada en los pies y pegoteado de sudor, Juan recordó sobrecogido a Abraracúrcix, el jefe de los galos en las historietas de Astérix, cuyo máximo temor era que el cielo se desplomara sobre su

cabeza. ¿Sería eso factible, que el cielo se desplomara sobre la cabeza? Cosas más raras se habían visto. Por la madrugada, en un mensaje radiofónico transmitido por cadena nacional, la gobernadora Inge Aguerreberre anunció que, gracias a Dios, la devastación con que amenazaba Katrina había sido conjurada.

A primera hora del lunes 29 se restableció el suministro de electricidad y el Ministerio de Protección Civil, creado a raíz de Isidoro, suprimió el arresto domiciliario, o en refugios ad hoc, a que tenía sometidos a los pobladores desde hacía 48 horas. Dominados por una rara exaltación, Marcia y Juan se pusieron los impermeables, cerraron bien toda la casa, sacaron a Enriqueta (que de inmediato se enroscó detrás de su maceta bajo el cobertizo) y subieron al Chevy, azotado por una artillería de lluvia horizontal. Esas salvas de agua gélida se colaban por las paredes inexistentes del garaje, zarandeaban al vehículo, que oscilaba sobre los neumáticos. Las sandalias de goma empapadas, con muchas dificultades, consiguieron hacerlo arrancar. Juan tuvo que apearse de nuevo para abrir la verja y, otra vez, para cerrarla. Bloques de sal licuada se estampaban contra las portezuelas y brincaban, copiosos cubetazos caían como ladrillos sobre las ventanillas, empañadas por dentro y recubiertas por una gelatinosa película de espejuelos y granizo. Aceleró.

El objetivo de la expedición era dar una vuelta y conocer de visu el paisaje de una ciudad milagrosamente salvada de un huracán, a merced de la estela de chaparrones que dejaban sus coletazos tormentosos. Y agenciarse algo para desayunar. Sobre el parabrisas aparecían burbujas y goterones, se fragmentaban y recomponían, lo mismo que los objetos que divisaban a través del vaivén de los limpiadores: calles inundadas, una palmera de cabeza apoyada contra una mansión, un grueso cable caído en el pavimento entre dos charcos. Transcurriría buena parte de la mañana antes de que los empleados municipales comenzaran a desazolvar las alcantarillas y las avenidas principales quedaran desaguadas. Navegaron unas cuadras a bordo del Chevy, a la pesca de mantecadas y filtros de café, hasta que dieron con el único autoservicio abierto a la redonda.

Cuando volvieron a casa, Enriqueta estaba muy alterada.

Apenas se apartaba de la maceta, tornaba a esconderse detrás de ella. Inflaba los mofletes, fruncía los labios y pegaba unos aulliditos discontinuos. La dejaron pasar y colocaron unos manteles individuales sobre la mesa ratonera de la sala. Prepararon las cosas en una bandeja y se tiraron sobre el sofá. Encendieron el televisor con el mando a distancia. Enriqueta se hizo un ovillo entre las bajas patas del mueble. Katrina había tocado tierra en Luisiana convertido en huracán categoría cuatro, de la que se habían salvado. El resto del día se les fue en partidas de ajedrez, siesta, comidas y lectura. El vivero no reiniciaría actividades hasta el día siguiente. De todas maneras, llamaron a Marcia: no había habido daños en el invernadero.

El martes 30 se levantaron temprano. Mientras Marcia se aprestaba a partir y Juan se resignaba a otra jornada de desempleo, sintonizaron el noticiario matutino de Carlos Duela Dolmo, el calco juvenil de Fermín Como Combo. Tras una cortinilla publicitaria, apareció una imagen insólita: Nueva Orleáns transformada en un pantano, sumergida bajo un marjal de estiércol turbio y tóxico. Una toma aérea captada desde un helicóptero mostraba a un negro arrodillado sobre un colchón inflable, remando hacia ningún lado con una raqueta de tenis. Juan recordó la primera vez que visitó esa ciudad. Las secuencias televisivas eran desconsoladoras. En el estadio del equipo de futbol americano Santos habían improvisado un albergue insalubre. El hacinamiento, digno de un campo de refugiados en África, propiciaba un ambiente de guerra. No había agua potable, se habían reportado violaciones en los baños. Muela Dolmo estableció una conexión en directo con monseñor Norberto Emilio de Landa Rivera Berlie, arzobispo de Blanco Trópico. El prelado se entregó a una sancta perorata plagada de lugares comunes. Marcia se levantó y apagó la tele. No soportaba al arzobispo Landa Rivera. A ningún arzobispo, en realidad.

Juan se encontraba en estado de duermevela. No podía precisar la hora pero tenía conciencia de que Marcia se había levantado antes de que sonara el despertador. A través de las cortinas y persianas que ella misma había instalado cuando

comenzaron a vivir en Abedul 42 A, se tamizaba el brillo luminoso de una mañana que afuera debía ser ya cegadora. Por las noches en que refrescaba y no era necesario encender el nuevo climatizador, subían el cortinaje y dejaban abiertas las ventilas para que la brisa pudiera filtrarse por los mosquiteros. A la madrugada, Marcia abandonaba el colchón y, tras la religiosa visita al baño, reiniciaba como una sonámbula el ritual de bajar de nuevo las telas anticipándose al alba. Juan se incorporaba entonces, confundido en la penumbra como alma errante en purgatorio, y enfilaba hacia el retrete con una punzada en la vejiga y otra en la espinilla al golpearse cada noche con el filo de la cama. Al encender la luz, descubría que Marcia había olvidado otra vez tirar de la cadena. Somnoliento, hincaba una rodilla en el piso, para no mear fuera del tarro; alzaba el asiento y soltaba el chorro, la frente reclinada entre bostezos contra la tapa. Volvía a la cama caminando como si estuviera esposado y con grilletes. Se metía en la sábana y se tapaba con el único cobertor. Ella refunfuñaba, le daba una patada con el talón y lo hacía retroceder a codazos. En las primeras noches que pasaron juntos en Madrid, cuando él se quedaba en el apartamento de ella, Marcia se quejaba por la mañana de la estrechez del lecho. Si, en cambio, iban al piso del novio, protestaba por la estrechez nocturna a la que la sometía Juan sobre un colchón mucho más amplio. Me agarrás como si me fuera a escabullir, solía decirle Marcia. Y él, en efecto, temía sobre todas las cosas que eso pudiera suceder. Todavía hoy.

Los graznidos de los cuervillos que picoteaban el naranjero de Manolo terminaron de despertarlo. También se escuchaban trinos de benteveos, horneros y gorriones; el zumbar frenético de los colibríes, el zureo de las palomas, los pesados chasquidos de las iguanas al trasladarse de un solárium a otro, de la cima de la barda a la candente redondez de una piedra al fondo del patio, entre arbustos y floridas macetas. Bullía el trópico más allá de los muros, sobre el techo, detrás de la cortina azul de la ventana principal donde se reconcentraba el calor.

Marcia irrumpió en la habitación con el nuevo teléfono inalámbrico, la bocina tapada con la mano.

—¡Pero mirá nada más…, el príncipe de la colonia Pinares

decidió despertar!

—¡No seas criticona! Tú te vas al vivero y yo me quedo con mis calzones olor a bolas y con las mierdas de Enriqueta. Merezco dormir un poco más.

—Uy, qué gruñón. ¿Nos hemos levantado de malas? Ya te he dicho que tenés que lavarlos bien, ¿por qué te siguen oliendo tanto? Tiralos, Claudito, comprate otros. Ponete el aire si te quedás a trabajar en el estudio. Por cierto, volviste a mear el piso del baño.

—¡¿Cómo, si hasta me arrodillo para evitarlo?!

—Pues hay que apuntar bien, compañero.

—Oye, oye, vos todas las noches dejás tus burbujitas en el inodoro.

—¡Bueno, bueno, shhh! Cortala, nos van a oír. Es para vos. Tenés una llamada.

Marcia le pasó el aparato y salió del dormitorio. Del otro lado de la línea aguardaba… ¡Manuel Duba Borrego!, el odioso alumno de la U del P. Había pedido su número al coordinador de la licenciatura. El objeto de su telefonazo, se explicó, era invitarlo a formar parte de un equipo de futbol cinco, pues les faltaba un elemento para poder inscribirse en el campeonato regional de amateurs. Como Juan había mencionado en clases que le gustaría retomar la práctica de ese deporte (eso debía de ser lo único que recordaba Duba de aquellas sesiones), pensó que podría interesarle. El torneo iniciaría ese septiembre y, si conseguían pasar a la fase eliminatoria, duraría hasta diciembre. Se pusieron de acuerdo y luego colgaron. A Juan le hacía mucha ilusión volver a las canchas. Si es que podía llamarse cancha el césped artificial donde se jugaba al futbol cinco. Tendría que cuidarse los tobillos, la suela solía quedarse adherida a ese tipo de superficie.

Marcia volvió al cuarto cargando una bandeja con tazas de café, jugo de mandarina recién exprimido y tostadas. Juan estaba recostado contra la almohada, el teléfono sobre el regazo, boquiabierto.

—¿En qué nueva y excitante aventura se ha embarcado mi señor marido?

Lo inquietaba, admitió, la reciente invitación de Manuel Duba. Seguro quería tenderle una trampa, una emboscada

deportiva en represalia por no haberles subido la nota ni a él ni a su demagoga mujer. Habrá contratado a un esbirro, con uniforme reglamentario, para que le fracture la pierna. Su ex estudiante, con lo rechonchito y enanoide que era, difícilmente podría conseguirlo. Marcia se rio de Juan, siempre había sido un "persecuta". Él, indignado, cruzó los brazos y levantó la vista hacia el ventilador del techo, en funcionamiento desde la noche. No importaba que encendieran el aire acondicionado, nunca apagaban el ventilador. La hélice giraba, translúcida, contra el cielo raso, lo que producía un curioso efecto visual, como una rueda fónica girando al impulso de átomos electrizados.

—¿Qué piensas entonces?

—¿Sobre qué?

—Sobre la posibilidad de volver a las canchas.

Marcia volvió a reírse, esta vez por el tragicómico tono de futbolista profesional retirado, la carrera temporalmente truncada, que había empleado su cónyuge. El remoquete cariñoso de Drama King, entre muchos otros que Juan se había ganado a pulso, no era en absoluto gratuito.

—Pienso que te haría muy bien volver a las canchas.

—Sólo que, según ha averiguado el gnomo de Duba, tendremos que inscribirnos en la categoría de veteranos.

—¿Sólo…? ¿Y qué esperabas, volver a jugar en las ligas infantiles?

Ella hizo a continuación un comentario que él tardaría semanas en digerir.

—¿Por qué llamás enanoide y gnomo a Manuel? Salvo la estatura, vos y él tienen el cuerpo bastante parecido.

Juan Ramírez Gallardo sintió que caía succionado en una ventosa abisal con todo y jugo de mandarina. Era incontrovertible, los michelines se propagaban alrededor de su cintura. Si no tomaba medidas de inmediato y fortalecía (entre otras cosas) espalda y bíceps, su cuerpo mutaría a la forma maricona de una pera. Menos mal que pronto volvería a las canchas, aunque fuera de la mano de Duba y en una competición para veteranos. Juan comprendió otra cosa, con lastimosa clarividencia: la imagen que tenía de sí mismo correspondía a una realidad pretérita. Y si no a la realidad, lo que esto significase, en definitiva sí al pretérito. Cobró

nuevamente conciencia del vaso que sujetaba, del peso de la bandeja que Marcia había desplazado y que ahora descansaba sobre sus muslos. En el techo los ventiladores continuaban su marcha rotatoria, tanto el real como el reflectado. Giró la cabeza y pudo constatar que Marcia llevaba rato sin quitarle los ojos de encima, grandes y brillosos.

—Te tengo una primicia, *Claudito*.

Un cosquilleo relampagueó en las tripas de Juan. Ese Claudito, entonado así en ese instante, sólo podía expresar que lo amaba con pasión, o que lo odiaba con odio jarocho. Había un retraso considerable. Sí, un retraso considerable en la regla. A ello obedecía esa barrita de plástico, y las dos rayitas reactivas, paralelas y color violeta, que se habían marcado sin temor a equivocaciones mientras Juan hablaba por teléfono y Marcia se aplicaba la prueba en el baño. Él rompió a llorar de emoción, siempre ha sido un sentimental.

—No seas bobo, Claudito. ¿Por qué llorás?, es una hermosa noticia.

Estuvieron estrechamente abrazados durante unos minutos, mejilla con mejilla, de rodillas sobre la cama (la bandeja había volcado al piso); suspiraban y percibían el propio acto de respirar en el pecho del otro. Ahora ella también sollozaba y se limpiaba el rostro con la falda del camisón. Se separaron, se pusieron de pie y llevaron las cosas al fregadero de la cocina. La vida debía continuar, aunque la vida había dado un viraje que la convertiría en algo completamente distinto. Se dieron una rápida ducha, apagaron el ventilador antes de salir y cerrar con llave la puerta principal. Marcia iría al vivero, como de costumbre. Juan… Juan no tenía la menor idea de adónde dirigirse. Había planeado quedarse a trabajar en casa, pero la novedad era de tal magnitud que le sería imposible concentrarse. Hoy no se resignaría a otra encerrona en el estudio con su trusa pestilente, ni a los apuntes o esbozos de cuentos en una cafetería. La savia de la existencia pulsaba por sus venas, envolvía todo lo que absorbían sus sentidos.

El Chevy reculó y él se ocupó de la verja. Detrás del volante, las ventanillas subidas para que el climatizador comenzara a funcionar, Marcia le brindó una sonrisa cómplice e hizo con los dedos la V del saludo de la victoria.

Se incorporó a la calle con un medio giro en reversa y arrancó. En el predio vecino, Manolo y su hijo empezaban a freír comida soñando con esa copiosa clientela que aquel día de calor infernal seguiría sin aparecer. Juan aspiró el aroma de la carne crepitante antes de encaminarse hacia la esquina a esperar el microbús. Aún no sabía adónde iría. Tampoco le importaba. Esa mañana las hamburguesas olían delicioso.

Calor 2006

El doctor Navarro pronosticó un par de días, aunque era probable que ni siquiera se cumpliera ese plazo y dentro de unas horas tuvieran que volver al hospital. Los últimos chequeos a Marcia en Clínica Blanco Trópico habían llenado de angustia a Juan. Se sentía muy irritable, cualquier nimiedad lo sacaba de sus casillas. No soportaba que Enriqueta revoloteara entre sus piernas cuando salían de casa rumbo a la consulta del ginecólogo, ubicado en el ala este del sanatorio. Lo ponía furioso que les saltara y los lamiera mientras él abría la puerta de copiloto del Chevy y ayudaba a la gordaza de su mujer a auparse. Abrir la verja, sacar el automóvil, bajarse otra vez y corretear a la can escapista por la calle para que diera vuelta y entrara a la casa le parecían proezas dignas de Ulises al retornar a Ítaca. Lo mismo que poner la cadena y cerrarla con candado. Le hubiera resultado más fácil reescribir *Sustentabilidad equitativa, Riqueza para todos* o *La garza ojona*, redactar los primeros textos de *Rata rabiosa*, incluso impartir de nuevo una materia optativa en la U del P.

Para ir a los cada vez más periódicos controles médicos, había que salir de la colonia Pinares y enfilar hacia el sur por Boulevard Centella, congestionado de tráfico a esas horas matutinas. Luego había que bordear La Puerta y atravesar el distrito financiero del centro, siempre y cuando el puto tren de la miel no estuviera taponando todo. No convenía aventurarse a un rodeo por Circuito Circunvalación, desde hacía unas semanas los puentes de acceso al periférico permanecían cerrados a causa de obras de mantenimiento. Y luego estaban los conductores albotropicales, no sólo alineaban el culo sobre las rayas del pavimento que dividían los carriles sino que, a bordo de sus automóviles, practicaban todo tipo de maniobras inusitadas para entorpecer la

circulación. Cuando iban a doblar a la derecha, por ejemplo, accionaban las intermitentes de la izquierda y orientaban la máquina hacia ese costado. Frenaban de improviso, como si hubieran topado con un muro, y reanudaban la marcha con una lentitud exasperante, en perpendicular e invadiendo toda la vía. Ni Marcia ni Juan habían visto choferes tan ineptos en ninguna parte del mundo.

Cada vez que iban a la clínica, Juan se desesperaba con tanto escollo vial y se iba estresando de manera progresiva; pisaba con enervante frecuencia el embrague y se encolerizaba con la palanca de cambios aminorando a tumbos la velocidad. Su único consuelo era la imaginación: de pronto encarnaba al personaje protagonizado por Michael Douglas en la película *Un día de furia:* atrapado en un embotellamiento, decidía plantar cara a las pequeñas pero incisivas agresiones que la ciudad depara al hombre moderno. Tomaba la escopeta —¿por qué habría de portar un arma así un civilizado oficinista?— y ¡cataplum!, se acabó, señores, ¡qué liberación!, a diestra y siniestra, a troche y moche. Figúrense a Juan, hombre cuerdo y razonable, con un rifle.

Dos días a lo sumo, había decretado Navarro. Y después, con brutal franqueza más propia de un ibérico de las llanuras castellanas que de un criollo del exuberante trópico, la había interpelado acerca de si deseaba tener otra criatura. Había que empezar por la que se venía gestando en su cuerpo, respondió Marcia con prudente criterio, pero el tocólogo ya se había subido a la moto y peroraba ahora sobre el factor riesgo que representaba la edad en las mujeres paridoras. Por desgracia, ese reloj era un mecanismo infalible incorporado a la memoria biológica de la especie desde la etapa del macho recolector. La ciencia había logrado grandes avances, desde luego, las técnicas de reproducción in vitro ofrecían alternativas antes impensables. Seguro habían oído hablar en esos días del sonado caso de una madre primeriza de sesenta años. Pero la edad era la edad. Más valía ser precavidos. Marcia respondió que lo tomaría en cuenta, y luego se quejó de una dolorosa punzada en el estómago.

De vuelta en casa se suscitó la cuestión del coche. Marcia, sin ofender, estaba hecha una piñata que apenas podía sentarse. Caminaba casi en cuclillas y resoplaba la mayor

parte del tiempo. A Juan le hubiera gustado quedarse con ella pero debía por fuerza salir un momento a llevar un documento a la Unidad de Desarrollo Regional Interdisciplinaria. En febrero de 2006 lo había llamado una secretaria del licenciado Roger Novelo Briceño para acordar una cita. Su asistente lo atendió en un lujoso despacho de la Torre Aguerreberre y le ofreció, en nombre del ministro, unirse como investigador en economía a la UDRI, que calculaban abriría sus puertas hacia fines de mayo. Habían visto el expediente que les había mandado hacía poco por correo (¡poco, a mediados de 2004!) y al licenciado Novelo le había gustado. No tenía muy en claro la ayudante —nadie, a decir verdad— cuáles serían los objetivos de esa unidad académica ni, por tanto, las obligaciones específicas de Juan. Sólo podía adelantarle que constituiría una fuerte apuesta por la interdisciplina científica en el ámbito de las ciencias sociales. No se trataba de un puesto definitivo sino de un contrato susceptible de renovación anual, según su desempeño. La colaboradora del ministro le había pedido después que fuera elaborando un proyecto de investigación acorde a las necesidades regionales (o sea, de la isla entera) y al espíritu multidisciplinario a que había hecho referencia. Se lo pedirían más tarde, era un requisito imprescindible para poder ser contratado. Parecía que la suerte de Juan comenzaba por fin a cambiar en 2006. Ese año, el protocolo diplomático había sido quebrantado por Evo Morales al entrevistarse con el rey Juan Carlos vestido con un jersey a rayas. Caricaturas de Mahoma desataban una violenta ola de protestas en Medio Oriente. Slobodoban Milosevic moría en la celda durante su juicio por crímenes de guerra. El próximo Mundial de Alemania generaba grandes expectativas y contratos millonarios por publicidad y derechos televisivos. Allá a lo lejos, en su México lindo y querido, se avecinaban elecciones presidenciales.

En resumidas cuentas, Juan necesitaba el Chevy para ir a dejar su proyecto. ¿Pero qué pasaría si, entre tanto, a Marcia se le ocurría traer al mundo a quien planeaban llamar Emiliano? Lo ideal, desde luego, sería partir y regresar lo más pronto posible… ¿y si en ese intervalo se le rompía la fuente? Entonces tendría que “aliviarse” —como decían las

comadronas— ella solita, o con el auxilio dudoso de Enriqueta. Aunque el nutrido tránsito automovilístico hacía aparentar lo contrario, el hospital en realidad no quedaba tan lejos. En el peor de los casos, convinieron, ella alcanzaría a conducir hasta la sala de urgencias.

Llamó a un taxi por teléfono y salió de la vivienda dejando previsoramente abierto el candado, la verja sin cadena (la cual guardó sin prestar atención en su portafolios, junto al fólder donde había metido su propuesta investigativa). La verdad, no había podido disponer de mucho tiempo para trabajar en su proyecto, y como el tema elegido era nuevo (nuevo, nuevo, por completo) se sentía un poco inseguro. ¿Qué sabía él de las implicaciones económicas de la captura de pulpo? En fin, iría consultando bibliografía y haciendo indagaciones sobre la marcha, la perspectiva de tener incluso que meterse en el agua y examinar su objeto de estudio in situ lo colmaba de una extraña mezcla de miedo y emoción. ¿Sería capaz de meterse a bucear en el mar? Quizá la experiencia le aportara alguna idea literaria, a lo mejor la explotaría después escribiendo una novela. ¿Escribiría algún día una novela? ¿Se imaginan, un trabajo novelístico inspirado en las facetas económicas de la pesca de pulpo? Cualquier asunto, por supuesto, podía ser el más divertido o aburrido de la Tierra.

Afuera el calor superaba los 45°C a la sombra. Por algún motivo se sentía culpable de que Marcia, en su estado, tuviese que lidiar con el abominable clima. No había que olvidarse, se dijo para convencerse de su inocencia, de que ya contaban con aire acondicionado. Además su mujer era santacruceña, templada en los rigores de las vastedades patagónicas. No como él, blando urbanita siempre en pos de cafeterías climatizadas, triste exiliado en una selva tropical disfrazada de ciudad. Juan debía tranquilizarse, sus pensamientos se desbocaban, no podía darse el lujo de rendirse a las aprensiones y quejumbres. Debía enfocarse en los hechos inmediatos: Marcia estaba por dar a luz. Cumpliría con sus obligaciones profesionales y volvería cuanto antes a asistirla.

Caminó unos metros hacia la esquina opuesta a la parada

del microbús. Se proponía interceptar el taxi antes de que el vehículo ingresara por Abedul. Como a esas horas aún habría mucho tránsito en Boulevard Centella, sería buena idea un cambio de ruta. Podrían tomar Tilos, hacia el sur, hasta dar con una calle principal; descender al centro rodeándolo por el este y luego seguir por Mártires del Trópico, o su paralela, Héroes Patrios, en las que desembocaba Platanares. Junto a una plazoleta desarbolada encontrarían el horrible monumento a la Ley Suprema, levantado sobre una peana también de hormigón. Ese aborto de parque había sido bautizado Máxima Norma Constitucional, aunque pudo muy bien haberse llamado Columpio Desvencijado, que era lo único que había además del mazacote escultórico y las impávidas iguanas bajo los rayos de sol. Junto al parque se ubicaba el edificio de la UDRI. Enfrente, del otro lado de la calle Platanares, la antigua estación de ferrocarriles, vieja y abandonada, se confundía con la maleza. La nueva operaba en el norte, cerca del puerto, desde que la gobernadora inaugurara el tren bala a Ciudad Litoral.

Juan sudaba a mares, pero tenía las manos frías como témpanos. El típico taxi naranja, las impronunciables siglas negras FUTVBT impresas en las puertas, apareció ante su vista y él se apresuró a hacerle señas con el brazo. Se acomodó con torpeza en el asiento trasero, muy agitado, como si hubiera estado escalando las montañas ausentes de la isla. Debía ser el calor. O los nervios.

—¿Adónde nos dirigimos, señor? —dijo el chofer del Frente Único de Trabajadores al Volante de Blanco Trópico.

En la isla los taxistas suelen ser como los taxistas de todo el mundo. Odian a los políticos, están al tanto de los chismes relacionados con artistas y conductores de programas de televisión, reprueban admirativamente los sueldos exorbitantes de los más famosos jugadores de balompié; son todólogos de vocación, graduados en sentido común, esconden siempre bajo la manga una proeza protagonizada por ellos mismos y, sin que nadie se los pida, dan mil consejos. Un ingrediente infaltable, el gremio taxista, en el sabroso anecdotario popular del teatro de las calles.

—Lléveme a la UDRI, por favor.

—¡Ah, carajos! ¿Qué es eso?

El pasajero estaba por responder Unidad de Desarrollo Regional Interdisciplinaria. Pero lo pensó mejor, era tan absurdo como decir UDRI.

—Ahí nomás a un ladito de la plaza Máxima Norma Constitucional.

—Vamos allá —confirmó.

Juan receló de lo que vendría. Estaba demasiado abrumado como para escuchar una de las consabidas diatribas contra los compañeros del COUNISMBT, tema predilecto de los conductores del FUTVBT. Era irrisoria la pasión con que, unos y otros, denostaban a sus hipotéticos competidores. Un coche del COUNISMBT, los colores invertidos: negro con las siglas naranja en los costados, se emparejó a ellos en un semáforo en rojo. Era del dominio público que tanto el Colectivo Unido de Servidores del Manubrio de Blanco Trópico como el FUTVBT pertenecían al mismo dueño, Nacif Eliseo González, pariente político e íntimo de la gobernadora.

—Déjeme adivinar —prorrumpió ominosamente el taxista afiliado al FUTVBT al ponerse la luz verde. Era un moreno flaco y nervudo, de unos cincuenta años. Vestía guayaterno rosa desgastado y usaba mitones blancos para no quemarse con el volante—. Usted debe de ser pintor, bailarín de ballet o poeta.

Ya se lo había advertido Marcia, llevaba el pelo demasiado largo, había permitido que las patillas le crecieran mucho. Apenas pasara el embrollo del parto iría a la peluquería.

—En realidad me dedico a… soy… —Juan se debatía con angustia entre distintas alternativas: “economista”, “académico”, “profesor”. Le hubiera encantado gritar “lo que me sale de los cojones”—. Soy doctor, hago investigación.

—¿Cómo doctor, de esos que curan? —el temido interrogatorio no hacía sino comenzar—. ¿Cómo investigación? —Juan se había preguntado muchas veces si de niño no le habrían injertado un radiador para atraer a bichos impertinentes. A menudo perfectos desconocidos lo acribillaran a preguntas personales.

—En economía.

—¿Cómo en economía?

Juan había tenido que probar sus no en demasía brillantes dotes oratorias en distintos foros. Algunos estrictos, como los

de su jurado de doctorado. Otros más benignos; otros más, hostiles sin disimulo, como el liderado por Manuel Duba Borrego y Marcela de Duba. Sin embargo, en ese preciso momento nada le parecía más difícil que explicar al señor de adelante en qué consistiría su futura investigación sobre la pesca de pulpo, de la que ignoraba cuantiosos aspectos, y cuál sería —si había alguna— su utilidad práctica. El hombre se percató, se podría decir que hasta con preocupación, de que Juan debía afinar sus planteamientos, de lo contrario corría el riesgo de quedar mal parado frente al cónclave de eruditos ante el cual, con seguridad, tendría que defenderlos.

Permanecieron en silencio unos minutos. Más adelante había un retén policial que inspeccionaba a discreción los automóviles. El motor al ralentí, Juan sentía las vibraciones de la máquina en la palma apoyada en el asiento. Pensó si convendría telefonear a casa por el móvil, pero desechó la idea temiendo una nueva charla que recayera en su privacidad. El taxista concluyó, con cierto retintín, mientras los agentes retiraban los conos de señalización para que pudiesen avanzar, que el pasajero era entonces una especie de detective de pulpos. Una apreciación desproporcionada, burlas aparte. Y luego confesó, sin el menor asomo de sorna, que él por desgracia nunca había tenido la fortuna del doctor sentado allá atrás. La suya había sido una autobiografía patética. Puro lío de falda, joven, puros fracasos sentimentales.

La UDRI se avizoraba ya en el paso de cebra de Héroes Patrios. Se detuvieron para que cruzara un grupo de viandantes con pinta de asesinos. Doblaron por Platanares y prosiguieron. El taxista dijo ignorar que aquella construcción neoyoma hubiera sido transformada en Olimpo de la Ciencia. La UTRIX, o como se llamara, había sido una casa de locos (cosa que Juan ya sabía). De hecho, a él —al chofer— su ex había querido internarlo, no ahí sino en otro manicomio. El taxi paró frente al portón ante la mirada impasible de tres trabajadores del sindicato. Habían puesto un banco en la calle, bajo una sombrilla, y un letrero de *valet parking.* Leían con toda calma las "últimas" noticias de *Diario de Blanco Trópico*.

Juan se fijó en la tarifa que marcaba el taxímetro, pero el

conductor le pidió que, antes de bajar, le permitiera concluir su relato: el problema se había originado a raíz del divorcio. Ella demandó una pensión del setenta por ciento de sus volátiles ingresos, y el licenciado Ferreira negoció el cuarenta y cinco. Pero, como él más tarde sólo hallaba consuelo en el aguardiente, la cabrona había tratado de extorsionarlo: o le daba más dinero, o vería la forma de que se pudriera encerrado con los orates. Es que la suerte nunca lo había favorecido —en este punto Juan levantó el seguro y llevó la mano a la manija con esperanzada impotencia—. Cuando cumplió dieciséis años lavaba platos para ganarse el pan, sus allegados lo mortificaban diciéndole que era un maricón con delantal. A los veintiséis tuvo siete viejas y once hijos, los últimos dos con la chantajista. Llevaba un bienio —así dijo, bienio— divorciado por quinta ocasión, aunque por un pelo le da gusto a la fulana y la deja viuda antes de separarse. Hoy día había aprendido a capear los temporales, pero hacía un bienio, no señor. Compró una pistola para la depresión, ya sabe, aunque a la hora de la verdad se encasquilló. Una señal de Dios, otra oportunidad. ¿Si no qué, mi estimado? Lo más irónico del asunto —sí, irónico— era que ahora su ex se moría de ganas de volver con él. Encontraba irresistiblemente sexy su rechazo, pero a él no se le había ido el rencor. Le cobraría, uno a uno, sus desprecios, las humillaciones.

En el asiento, Juan levantó un poco la pelvis para rebuscar en el pequeño bolsillo de los jeans monedas con que cubrir la cantidad exacta en monedas. No quería sacar otro billete de la cartera del pantalón. Muy temprano, antes de salir al consultorio del doctor Navarro (un doctor de los que curan), había guardado ahí la tarjeta del seguro médico de Marcia, y temía extraviarla. Pagó la carrera y el taxista recibió la calderilla con su mano huesuda, apilándola en una bandejita con compartimentos atornillada bajo el radiotransmisor. Se santiguó y bendijo a Juan para que el destino no fuese a castigarlo mandándole una bruja mercenaria como su quinta esposa.

Tomó el portafolios por el asa y, al apearse, la correa se enredó con el marco de la portezuela. La cerró y miró su reloj. Faltaban unos minutos para las doce. ¿Cómo estaría Marcia? Dijo buenos días y los atareados porteros

respondieron con una venia casi imperceptible. Juan caminó por los mosaicos blanquinegros de la galería, embebido en la amortiguada resonancia que producían sus pasos por las oficinas desiertas. Con frecuencia había reflexionado si cada historia individual no sería la simple suma de sus movimientos sobre ese tablero de ajedrez invisible que era la vida, y ahora que contemplaba el deslizamiento alternativo de las puntas de sus botines sobre los escaques del suelo esa metáfora cobraba fuerza. Como no había nacido rey o torre, se conformaba imaginándose caballo, aunque a veces dudaba que llegara siquiera a peón de canje.

Entró en la covacha mal iluminada de la administración. Detrás de uno de los tres escritorios que se apiñaban en ese espacio estaba sentada la contadora pública, ciudadana Anastasia Rosedal Villadelcampo. Así se había presentado cuando lo llamó por teléfono. Junto a ella, de pie, una mujer flaquita y de gafas ejecutivas ordenaba unos papeles. Se llamaba Susana García Mendiola, según se alcanzaba a leer en la cédula que llevaba prendida a la solapa de su chaqueta. Le ofreció una taza de café, a lo que Juan declinó cortésmente por el absurdo miedo de que pudiera trastornarle todavía más los nervios. Anastasia Rosedal colgó el aparato y le brindó una fatigada y penumbrosa sonrisa. Luego extendió el brazo para recibir de Juan su proyecto sobre la pesca responsable de pulpo como factor económico de crecimiento. La administradora le solicitó a continuación que firmara el acuse de recibo de una circular donde se detallaban otros documentos que también debía entregar. En los próximos días, llamarían a Juan para indicarle cuándo sería su primer día de trabajo, que coincidiría también con la presentación oficial del primer director.

Al salir de la UDRI consultó otra vez la hora. ¿Cómo no se le había ocurrido pedir al taxi, a cambio de una propina, que lo esperara? La buena noticia era que no tendría que escuchar una anécdota más. No, al menos, de ese taxista.

Abrió la puerta e irrumpió en la casa como un proyectil, apartando a patadas a Enriqueta, más mimosa y demandante que de costumbre. Ahí estaba Su Majestad, como llamaba de

broma a Marcia, aunque ese título nobiliario no hacía sino confirmar una realidad jerárquica. Ella respiraba con rítmica pesadez, diosa de la fertilidad sumida en sofá naranja. La mitad del rostro arrebolado, pálida arriba de la nariz, los rizos renacentistas hechos una desastrosa madeja.

—Acaba de llamar tu mamá —dijo Marcia tras un penoso suspiro—. El vuelo se adelantó. Le sugerí que nos alcanzara directamente en la clínica.

—¿Y qué más te dijo? ¿En la clínica?

—¿Qué más va a decir? Nada. Que allá nos vemos. Que procure estar tranquila.

—¿Pero entonces ya nos vamos? —preguntó bobaliconamente Juan.

—Me tiene que revisar otra vez Navarro —Marcia dejó escapar un sonoro resoplido—. Ya no aguanto, sólo estaba esperando a que volvieras.

Miss Simpatía, así habían apodado a la secretaria del ginecólogo, los recibió con su acritud habitual, como si no los hubiera visto esa misma mañana. No se apiadó de esa señora gorda y tambaleante frente a ella, encorvada por el peso del vientre, ni el más mínimo gesto de levantarse y gestionar un sitio entre las pacientes que saturaban la sala de espera. Era un legítimo cancerbero de la obstetricia. Marcia sostenía una hipótesis respecto al hecho de que esa mujer con cara de hiena (habría aterrorizado a los tripulantes de un buque corsario) hubiera sido elegida para lidiar con mujeres frágiles, al borde del llanto, congestionadas tras una temporada de pasteles de chocolate y fresas con azúcar. Detrás, en la sombra, había una mente diabólica: la esposa del ginecólogo. Quería dejar bien claro el mensaje, no fuera siendo que alguna de esas vaginas sometidas a la auscultación de su marido se despistara.

—Dígame —musitó Miss Simpatía dirigiendo sus ojillos de perro a Marcia. Para ella Juan era invisible—. ¿En qué puedo servirle?

Le explicaron lo obvio que ya sabía. Navarro había dado órdenes de que volvieran de inmediato si aparecían las contracciones. Las rítmicas, no ésas que se confundían con retortijones y que Marcia había venido sufriendo más o menos desde el sexto mes de embarazo. Miss Simpatía

escuchó la atropellada reseña de Juan sin molestarse en mirarlo. Una verdadera piedra detrás del mostrador. "¿En qué puedo servirle?", vaya desgraciada, igual que la quinta ex mujer del taxista. ¿No sería ella, la quinta ex mujer del taxista? Miss Simpatía se había puesto a rellenar unos recibos de honorarios, asunto mucho más urgente que un bebé en puertas. El sonsonete del programa televisivo Blanco Trópico Hoy, que mantenía idiotizadas en la sala a mamás y futuras mamás, cobró un volumen estereofónico de plasma ionizado. Detrás del lóbulo de la oreja, una presencia incorpórea cuchicheaba a Juan los últimos chismes de artistas y gente de la farándula. Pensó en propinar una buena bofetada a Miss Simpatía.

—¿Va a requerir factura? —preguntó mientras pulsaba unos botones del conmutador.

Ahora lo miraba de lleno, como un zorrillo a punto de levantar la cola. Las palabras de la secretaria dejaban traslucir un velado sarcasmo, un secreto alegrarse de que los hombres tuvieran que pagar con dinero por sus sucias cópulas con las hembras. No imaginaba que Juan no tenía en dónde caerse muerto y que Marcia, con lo previsora que era, había contratado desde que llegaron a la isla un seguro que cubriría casi el total de los gastos. No había errado la esposa del ginecólogo, en cualquier caso, en elegir a Miss Simpatía como feroz guardiana. Había, por cierto, otros elementos disuasivos. Sobre el escritorio de la consulta de Navarro, la efigie vigilante de la cónyuge, junto a las cabezas recortadas de los dos hijos adolescentes, flotaba como orfebrería jíbara dentro de un retrato tridimensional electrónico. Era aterrador.

—Ya pueden bajar —ladró Miss Simpatía. Había cambiado de foco, ahora sólo se dirigía a Juan, como si él fuera la preñada—. Llamaré para que vayan preparando el cuarto de labor. El doctor Navarro los verá directamente allá abajo.

Desandaron el camino hasta los ascensores. Había mucha gente congregada frente a las puertas. Algunos los miraban con solidaria curiosidad. Las flechas indicadoras no paraban de pitar y encenderse, pero ningún elevador parecía querer deshonrar su nombre aviniéndose a descender. Juan temió que estuvieran averiados, que tuvieran que bajar hasta la

planta baja llevando él en volandas a Marcia. Se herniaría, se desgarraría los bíceps, le daría taquicardia, podrían caerse y rodar por las escaleras. Describió ese angustioso cuadro y ella, con voz fatigada pero amorosa, apoyándose en su brazo, le hizo comprender que estaban en un hospital y no en un desierto plagado de escorpiones. Ante una situación de emergencia (pongamos, por caso, dar a luz ahí mismo) las enfermeras y médicos sabrían cómo responder.

Se abrió el ascensor y salieron a la planta baja. Se acercaron a la mesa de información. Una señorita de uniforme con el cabello recogido en moño le mostraba a una humilde familia yoma que parecía bastante perdida el tablero del directorio clínico fijado en la pared. Marcia y Juan esperaron su turno para que los atendiera. Les indicó por dónde tenían que ir y ellos continuaron por un pasillo. A la derecha, la antesala de los cuartos de rayos X, ultrasonido y mamografía lucía atestada e inmunda como siempre, niños y adultos se retrepaban unos sobre otros en los insuficientes asientos de plástico rojo atornillados al piso. Habían padecido ese amontonamiento de humanidades en los ultrasonidos que le habían venido practicando a Marcia durante los meses de gestación. El laboratorio de análisis era todavía peor, había cola no sólo dentro de la pequeña oficina donde se recibían las pruebas y se entregaban los resultados sino fuera de la puerta de acceso, a medio abrir por el incesante flujo de personas, un auténtico caldo de cultivo bacteriano, huellas dactilares mugrientas y una repulsiva película de vaho estampadas en el vidrio. Pasaron por la unidad de cuidados intensivos, de cuyas hojas batientes emergió en camilla una señora entubada, la bata abierta por la espalda y los pies descubiertos bajo la pringosa sábana. Caminaron unos metros más, torcieron a la izquierda por un descanso con macetas, bajo un tragaluz, y enfilaron en sentido opuesto un corredor sin ventanas y alumbrado por tubos halógenos. Al fondo, detrás de un mostrador semicircular, se alcanzaba a distinguir la cofia de una enfermera. Al verlos llegar, se levantó y dijo a Marcia que se sentara en las butacas azules de enfrente. Debían aguardar unos minutos mientras llamaba a una compañera y preparaban la sala de labor 1. La 2 estaba libre, pero no tenía aire acondicionado. ¿El señor había efectuado

ya el trámite de internamiento? Tendría que hacerlo antes de que pasaran a la señora a quirófano, no necesariamente en ese instante, pero por favor se lo encargaba, a veces en esas situaciones uno olvidaba todo. ¿Cuántos centímetros de dilatación, mamita? ¿Cuatro por la mañana? Bueno, bueno, había que alegrarse, la cosa iba bien encaminada.

La enfermera se esfumó detrás de la puerta corrediza del cuarto 2 y segundos después apareció su colega, quien entregó a Juan unos formularios. Marcia hacía ejercicios de respiración a la buena de Dios. Gemía un poquito al espirar, los ojos cerrados. Gotas de sudor le perlaban la frente y la nariz. Asía con fuerza sus manos y él se desesperaba, no quería soltarla y al mismo tiempo le urgía sacarse de encima el papeleo. Imaginó tener unas alas motorizadas que le permitieran desplazarse por el hospital con extrema presteza.

—En el bolso tengo una lapicera —Marcia lo bajó de las nubes.

Removió en el interior palpando toda laya de objetos. Era difícil creer que en un rectángulo de tela de aproximadamente treinta por veinte centímetros cupieran estuches, un cable, monedero, gafas, una cámara fotográfica, cosméticos, toallitas protectoras, su teléfono móvil, grapas, chicles (¿de cuándo acá mascaba chicle Marcia?), botones, hilo y agujas, un misterioso mechero, tarjetas de visita, publicidad, estados de cuenta, post-its, pañuelos, dos chupa pops, una calculadora y un i-pod. Por mencionar sólo los objetos reconocibles a través de una presurosa inspección digital.

—Está en el bolsillo de fuera —precisó la embarazada con un quejido susurrante—. Hay un cierre muy chiquito.

Juan lo abrió, extrajo la boliatómica y se dispuso a llenar los impresos. En una esquina bajo el techo, un pequeño monitor reproducía las mismas banalidades televisivas del consultorio de Navarro. Por fortuna, el volumen estaba al mínimo.

La primera enfermera abrió la puerta corrediza de la sala 1. Tenía un rostro dulce y triste, aindiado, del que era imposible deducir su edad.

—Pasen, por favor —dijo sin desasirse de la agarradera—. En unos minutitos bajará el doctor.

La acompañó hasta el camastro. Antes de acostarse, le pidieron a la parturienta que se desnudara y se pusiera la batita. Ya vería que todo iba a salir de maravilla. Enfermera Dos, una matrona regordeta y con aire de taimada bromista, depositó varias sábanas en una plancha contigua a un bastidor portátil con rueditas. Detrás de él, dijo, el señor podía cambiarse. Entonces le entregó a Juan su kit de acompañante de quirófano, que incluía pantalones especiales y batón, gorro, mascarilla y unos pantuflones que se ajustaban cubriendo los zapatos. Enseguida se puso a trajinar en el baño; salió de él con gasas, una botella de alcohol y un platito con un líquido pardo que Juan supuso sería una mezcla con yodoformo. Entró el chico de la limpieza armado de trapeador y dos escurridores, dio un veloz repaso al piso antes de encerrarse junto al retrete y rociar el interior con litros de desinfectante. Cuando abrió la puerta de nuevo, el hedor a químicos combinado con un sutil sustrato de formaldehído, como de gas estancado en una cavidad, impregnó el recinto ocasionándole a Juan un aguijoneo nauseabundo cerca del diafragma. Tenía el estómago vacío, con las prisas casi no había desayunado, ni comido nada después de dejar su proyecto, pero ahora no podía doblegarse, permitirse esa mariconería. Nunca había sido de los que se desvanecían al mirar correr dos gotas de sangre, ¿pero si ahora lo traicionaban los nervios? ¿Si los galenos se veían forzados a interrumpir el parto para atenderlo a él? ¿Si Emiliano no podía salir jamás del cuello uterino por su culpa, por no haber tomado la precaución elemental de llevarse previamente algo al buche? ¿Marcia moriría a causa de una hemorragia, olvidada sobre la mesa de operaciones mientras el equipo de especialistas se acuclillaba para practicar el boca a boca a su marido, reanimarlo y brindarle los primeros auxilios?

Enfermera Uno entró de improviso por una puerta lateral que Juan no había advertido. Por lo que pudo entrever, ésta se abría a un breve corredor que hacía un meandro y conectaba con el quirófano. Marcia, encogida en posición fetal y frunciendo el ceño de dolor, alcanzó a ver a un camillero que trasladaba a una mujer tendida bajo las sábanas revueltas. Enfermera Uno cerró tras de sí, se acercó hacia

ellos y comentó a su compañera que se trataba de una falsa alarma: la otra paciente todavía no estaba lista. Enfermera Dos acarició los rizos de Marcia e hizo de su conocimiento que tenía una competidora, otra dilatada a un tris de parir. A ver quién ganaba, había un solo quirófano para alumbramientos y, dicho sea de paso, un solo doctor, pues la chica de al lado, quien había estado antes en la sala 1 —donde Marcia yacía —, y que ahora tendría que aguardar en la 2, sin aire, pobrecita mi amor, también era clienta de Navarro. Juan se arrimó a su pareja para prodigarle una caricia solidaria. Enfermera Dos anunció que echaría un vistazo allá abajo. La otra cruzó el local y salió al mostrador para ver si se ofrecía algo. La inspectora dijo, con efusividad, que la vulva se había dilatado por lo menos seis centímetros. Le preguntó a Marcia si había hecho algún curso psicoprofiláctico. ¿No? ¡Bah!, no debía preocuparse, mamita. Madre Natura era el mejor psicoprofiláctico.

Juan decidió aprovechar ese lapso en que Marcia estaba ligeramente distraída con Enfermera Dos y fue al área de cajas a realizar los trámites de hospitalización, que demoraron una eternidad. Corrió después a la cafetería y compró una banana, comercio que generó una prolongada discusión entre los meseros y la encargada de cobrar. Las bananas se vendían en licuado, pero nunca nadie antes había pedido una así solita. Ante eso, sugirió que se la cargaran como “licuado de plátano”, pero esa opción suscitó nuevas dificultades. Unos opinaban que no estaba permitida semejante venta, otros que entonces el comprador debía llevarse también el vaso con su agua o leche, otros más se decantaban por apuntar en el ticket la aclaración “sin líquido”. Por fin logró que le dieran la fruta. La engulló a toda prisa en tanto regresaba a la sala 1, como si se autoadministrara un enorme supositorio bucal.

Las enfermeras no estaban. Marcia giraba de un lado a otro agarrándose la prominencia del vientre.

—¿Qué hora es, Claudito?

Miró su reloj. Maldita sea, justo ahora se le acababa la pila.

—Creo que cerca de las tres. Pero no estoy seguro. ¿Por qué?

—Para saber si podré resistir sin la epidural.

—¿Qué tienes contra la epidural?
—Nada.
“Epidural”, “epidural”, “epidural” clamaba a voz en cuello Marcia, sudorosa, despeinada. Juan revoloteaba frenético por el cuarto. Convenía mantener la calma, tampoco era probable que las enfermeras hubieran desaparecido sin más, aunque en esa isla no había que descartar nada. Trató de dar un beso en la frente a su mujer, para tranquilizarla —“¡epidural, epidural, la puta, epidural!”—, pero los rizos escapaban de su visión como un hámster asustadizo. Chocó torpemente la cara contra los bullones huecos y húmedos de la almohada. Se recompuso luego de que Marcia se revolviera encajándole un porrazo en el pómulo. Avisó que iría al mostrador para que emplazaran con urgencia a Navarro.
Vislumbró al final del pasillo a una figura absolutamente familiar a la que, sin embargo, no reconoció a primer golpe de vista. Se iba agrandando a cada zancada. Con una mano sujetaba un gran bolso rojo, la correa del mismo color cruzada sobre el pecho, con la otra arrastraba una maleta de viaje con ruedas. Era Isolda Gallardo Páez, su madre. No perdía la elegancia ni en situaciones como ésa: camisa blanca de manga larga y volantes, un bonito collar de cuencas a tono con el bolso y los zapatos de medio tacón y alpargatados, las tiras cruzadas sobre el empeine y atadas a los tobillos. Vestía unos lustrosos jeans de ligeros tornasoles violetas y un cinturón de piedrecillas ensartadas que resaltaba sus formas todavía juveniles pese a rayar los sesenta. El colorete lucía un tanto apelmazado por la humedad y los cambios de temperatura que Isolda habrá sufrido al salir del ámbito refrigerado del aeropuerto y caminar por la solana antes de subir a un taxi.
—¡Qué bruto, qué calor! —fue su primer comentario. Abrazó a su hijo sin separarse de la maleta—. ¿Siempre hace este calor? ¿Y Marcia?
Juan señaló con angustioso ademán el letrero “sala 1” situado en la pared junto a la puerta corrediza. Después externó su profunda preocupación, las enfermeras hacía rato que no aparecían. Además, tenían noticia de que en la sala 2 otra señora con muchas ganas de “aliviarse” andaba también en los preparativos, y para colmo había un solo quirófano en

toda el área de maternidad. Entraron al cuarto, Isolda aferrada a su maleta. Marcia se retorcía sobre la cama, agitaba los brazos, se llevaba la muñeca a los ojos y susurraba… "epidural". Su suegra se acercó para infundirle ánimo y ella pareció calmarse un poco. Hablaron de contracciones y cólicos, del dolor agónico que paradójicamente precedía al alumbramiento de una vida nueva. Entrelazaron las manos, Isolda luego dejó la valija arrumbada por ahí, humedeció una toalla y ayudó a su nuera a limpiarse el sudor acumulado alrededor del cuello y en las oquedades de las clavículas.

El anestesista hizo su triunfal aparición vestido ya con su mono de faena. Preguntó por las asistentes, y al escuchar la respuesta de Isolda movió la cabeza en clara señal de disgusto. Era otro doctor Navarro, primo hermano del tocólogo y su clon virtual salvo por la estatura una brizna superior, la corpulencia menos palmaria y una rudeza aún más notable. Trató a Marcia de niña, ordenándole que se pusiera de costado. Se sentó al borde del camastro y comenzó a manipular catéteres y cables sintéticos de muy poco grosor. La sonda debía entrar entre la duramadre y el raquis, niña, así que no se te ocurra moverte. Sacó una pinza, hizo nudos, cortes y ensamblajes. Informó que el doctor Navarro había cancelado las restantes citas del día y no tardaría en bajar. Se puso de pie, que tratara de permanecer lo más quieta posible, niña. Esgrimía pendularmente el índice para reforzar la instrucción. Si eso llegaba a soltarse de la espalda no podría dosificar la droga y entonces tendrían que dormirla y practicarle una cesárea.

Al rato reapareció Enfermera Uno con cara de haberse encontrado al anestesista en el pasillo. Luego entró Enfermera Dos y aquélla salió. Empezó a dispensar a Marcia toda clase de zalamerías. Detrás llegó Navarro. Saludó estentóreamente, como un sargento a su pelotón. Aventuró un par de conjeturas sobre el parentesco que vinculaba a Isolda con la interesada e improvisó una chanza a propósito de la maleta. Hubiera traído con ella una más grande, de una vez, para el nacimiento del segundo "nené".

Extrajo una especie de banquito de debajo del camastro. Accionó el mecanismo eléctrico y el lecho descendió unos

centímetros. Sobre el delgado colchón, Marcia se contorsionaba enredándose con la manguerita por cuyo interior goteaba un líquido desde el perchero donde colgaba también la bolsa de suero. A ver, quietecita, dijo Navarro. Se sentó y procedió a realizar un meticuloso escudriñamiento. Con voz ronca confirmó sin dirigirse a nadie en particular lo que ya había adelantado Enfermera Dos. Ordenó a su subordinada que colocara el cómodo entre las piernas de la yaciente. Se levantó un segundo, desenrolló el estuche de plástico sobre una mesilla metálica y volvió a sentarse provisto de fórceps y una tenaza de brazos largos semejante a las que se emplean para sacar los biberones de una olla luego de esterilizarlos. En un santiamén, un chorro copioso emanó de la vagina, como manantial entre dos piedras rosáceas y elásticas. “Listo”, gritó jovialmente el perpetrador de aquel derramamiento. Había roto la fuente, era cuestión de veinte minutos o así. Mientras iría a ver qué estaba ocurriendo en el otro cuarto. Cualquier cosa, fijó la mirada estricta en la enfermera, le avisaban ipso facto. Isolda aprovechó la salida del doctor para disculparse y retirarse también. Era una constante de su temperamento. Odiaba sentirse invasiva, interferir en vez de ayudar. Prefería hacer guarda allá afuera, para lo que necesitaran. Palmeó cariñosa los rulos de Marcia, que orbitaban con indolencia cual peonza en cámara lenta.

Al poco, una nueva irrupción de Navarro. Ocupó el banquito y se dio a la tarea de meter sus manazas por entre los labios vaginales. Instó con tal vehemencia a que se acercaran, que Isolda reapareció como un rayo, sin maletín. Pudieron distinguir una masa hirsuta y viscosa, con seguridad un puercoespín, que resultó ser el mazacote peludo de la coronilla. La testa parecía enorme en ese estrecho ducto de pliegues inverosímiles. El médico exultaba, sus explicaciones retumbaban como si se hallasen no entre paredes sino dentro de una tarraja de guitarra. Estaba coronado. Fijándose bien, incluso era posible notar el claroscuro de la mollera. Que se fuese preparando, dijo no a Marcia sino al inminente papá. Isolda descorrió la puerta y salió junto con Navarro, que al cabo de nada entró comentando que había que aceitar los rieles del piso. Ciñó la panza de Marcia con un cinturón con sensores, pasándolo por debajo del coxis, maniobra no exenta

de dificultad y que casi provoca que el catéter de la epidural se botara. Maldijo, luego conectó un cable a un monitor. Las pulsaciones de la todavía nonata criatura coronada ascendían hasta ciento noventa o más y luego disminuían angustiosamente a treinta o cuarenta. Juan contemplaba boquiabierto esa milagrosa danza numérica que representaba el tránsito entre la vida oxigenada por el cordón umbilical y la que habría de conseguirse de forma independiente por medio de los pulmones. El lector electrónico lo tenía hipnotizado. Navarro se marchó como una exhalación de bata con estetoscopio para ponerse el traje quirúrgico y supervisar el equipo en el quirófano. Había llegado el momento de que Juan, que ya se había puesto pantalones, gorro, mascarilla y batón, envolviera sus botines con las pantuflas antisépticas, una empresa tan difícil en ese instante como inmovilizar dos mantarrayas sobre los empeines. Su teléfono móvil comenzó a repiquetear.

—¿Sí? —respondió. El aparato bailoteaba con peligro entre mentón y hombro.

—¿Doctor Ramírez Gallardo?

—Sí, dígame —Juan tenía una rodilla en el suelo y la otra flexionada, no lograba dominar los pantuflones.

—Buenas tardes, doctor. Soy la contadora pública Anastasia Rosedal Villadelcampo, de la Unidad de Desarrollo Regional Interdisciplinaria. Espero no ser inoportuna.

—No, no, a sus órdenes —mintió Juan. Marcia también contemplaba los guarismos eléctricos, aumentaban y se reducían frenéticamente en la consola junto a la cama.

—Mi llamada obedece a que el doctor Sören Ström, como usted sabe nuestro director, ha girado instrucciones para agilizar el trámite de ingreso a nómina del personal académico. Por ese motivo me permito solicitarle de la manera más atenta entregue a la brevedad la siguiente documentación.

Escuchó una retahíla de requerimientos que su cerebro sólo retuvo de manera parcial. Infinidad de fotografías, unas tamaño infantil, otras para credencial, todas en blanco y negro con la frente despejada y las orejas descubiertas, más quién sabe cuántas fotocopias de los títulos de grado, otra vez la monserga del certificado de no antecedentes penales,

declaratoria jurada ante notario de ser uno quien manifestaba ser y no otro ajeno a su propia esencia, todo en carpetas separadas y con etiquetas identificativas en que también constaran fehacientemente los generales del interesado. Enfermera Uno y Dos habían cruzado un par de veces la estancia. Él había conseguido ponerse de pie, tras tirar y recoger el teléfono en dos ocasiones, equipado con su armadura antibacteriana.

—¿Sería todo, contadora? —casi no podía hablar, el corazón le latía desbocado.

Ni remotamente. Habían entrado dos camilleros. Con una manivela bajaban la plancha de un camastro portátil más grande. Como era extranjero, también debía presentar una constancia de no haber sido inhabilitado por manchas de honor en otras instituciones educativas, así como… Navarro asomó la cabeza por la puerta lateral. Abrió la boca y el aire se resintió como si a través de él viajara una andanada de flechas megáfono.

—¡Aguanta un ratito, princesa! —guiñó un ojo a Marcia— ¡Tengo que atender primero a la otra!

—¿Disculpe usted? —inquirió con desconcierto Anastasia Rosedal.

Juan se apresuró a tapar la bocina y balbucear que llevaría los papeles, pidió a su vez disculpas y colgó sin más. Le hubiera gustado aclarar el asunto pero su capacidad de discernimiento pendía de un hilo. Pasó otra media hora, Marcia pateaba la piesera del segundo camastro (un parapeto de poliuretano rígido donde Enfermera Uno había pegado una cédula con los datos de la paciente); se azotaba contra los barrotes ajustables subidos a sus costados para que no fuera a caer. Se encogía dentro de ese talabarte ceñido a su gran barriga, que se había desplazado un poco hacia abajo desde las costillas. La manguera de la epidural se enroscaba y doblaba bajo una axila, se enmarañaba en el tubito de suero, se arracimaba con la cabellera revolucionada de Marcia. Enfermera Dos entraba y salía, enjugaba el sudor con una esponja y le agarraba la mano mientras la lisonjeaba y le hacía bromas. El anestesista corría de un lado a otro, refunfuñaba, desenrollaba hasta donde podía la manguera y los cables del contador electrónico, regañaba a la “niña” y le

palmeaba el hombro para infundirle ánimos en la etapa final de esa carrera de resistencia. Enfermera Uno traspuso la puerta lateral al trote y anunció con voz entrecortada que “la otra” ya se había aliviado. El anestesiólogo se colocó el gorro sanitario y la mascarilla sobre la boca. “Tu turno, niña”, dijo detrás del fino algodón azul del cubrebocas. Desconectó el monitor: 150-35, 144-19, 190-70 y ¡plop! El feto quedaba sólo en su lucha espeleológica por brotar del túnel, no habría ya traducciones numéricas humanas que enlazaran su mundo con el nuestro.

Los camilleros condujeron sin mayores dilaciones el armatoste rodante hasta un armazón medieval donde depositaron a Marcia como si fuera un saco de patatas a punto de reventar. Las enfermeras hicieron encajar sus piernas abiertas en unos estribos cilíndricos que se acoplaban para tal fin. Aseguraron los tobillos con unos pasadores metálicos. Mientras eso ocurría a Juan lo asaltó la extraña sensación de formar parte de una comitiva procesional detrás de un palio sobre el que transportaran una imagen sagrada. Un renovado conato de taquicardia y un eructo de banana reverberante en la mascarilla fulminaron ese cuadro mental. En su lugar emergió, con todos sus contornos, el quirófano. Del acre olor a químicos detersorios se infería un concienzudo y previo operativo de desinfección. Sobre una silla, no obstante, un montón de gasas y sábanas ensangrentadas evidenciaban que en ese estrecho local había sido representada recientemente una obra reproductiva de la ópera de la maternidad, tal como sucedería ahora. A Juan se le habían empañado los anteojos, el cuero cabelludo le escocía bajo el gorro.

De pronto, todos los engranes de la maquinaria del parto se activaron. El neonatólogo, un hombretón de modales suaves e increíblemente tranquilizadores que se había incorporado a último momento, preguntó a Juan si no se iba a desmayar. Y luego, ante su titubeante negativa, lo invitó a ocupar la primera fila. Sí, pensó Juan, cada parto debía de ser un espectáculo irrepetible, aunque hubiera miles y millones por segundo. Sin que mediara aviso, o al menos un aviso que Juan haya podido advertir, el neonatólogo se echó cuan largo era sobre el abdomen de Marcia. Ella aullaba mientras su

carga le acariciaba las manos y la alentaba con cariñosas palabras a pujar otra vez. Se retiraba unos segundos y volvía a echársele encima. Navarro, las piernas separadas y el torso inclinado, metía las manos enguantadas en la vagina para hacer brecha y desanudar el cordón umbilical, que se había enredado como una corbata. Jaleaba a Marcia con inaudita alegría, al borde del paroxismo. Zapateaba incluso. Un mariscal de campo en un partido de futbol americano dando voces a su centro para que le pase el ovoide entre los muslos. Cuando arregló lo del cordón tomó un bisturí e hizo un preciso y peligroso corte transversal entre la unión inferior de la vulva y el ano. Marcia seguía pujando y pujando, al borde del colapso, bajo las intermitentes embestidas del mamut pediatra. La ranura cedió y un pescadillo, los ojos brillosos y entrecerrados, se escurrió en una media vuelta hasta aterrizar en los brazos de Navarro. Juan habría de recordar para siempre ese minuto de las cinco y dieciocho de la tarde, según marcaba un reloj de pared que parecía más propio de una cocina. El alucinante emerger de esa criatura terrestre que rompía la legendaria simbiosis con la fauna marina. El neonatólogo se apeó de Marcia, tomó al recién nacido mientras el obstetra cortaba el último hilo que lo unía orgánicamente a su madre, y lo llevó al fondo para calentarlo sobre una mesilla bajo una lámpara. Hasta ahí trastabilló Juan. El cráneo del bebé, salpicado de trozos gelatinosos, estaba afilado como un huso. “No se preocupe”, lo tranquilizó el médico, se trataba de una deformación normal en un recién nacido. La piel del ombligo se apiñaba en un mogote de tejido atenazado por una pequeña pinza. Juan se sobresaltó al notar que Marcia continuaba pujando. A Navarro se le había olvidado participarle que ya habían terminado, entretenido como estaba extrayendo del orificio una secuencia arborescente de calamares, pólipos, madréporas y celentéreos. Era fascinante contemplar esa sustracción, tanto como la presencia del pescadillo envuelto en un paño bajo la lámpara. El quirófano cobraba visos acuáticos, dentro de sus escafandras clínicas flotaban en las profundidades oceánicas rodeados por fosforescentes organismos prehistóricos. Navarro desenrollaba, con la pericia de un bombero, una manguera translúcida y venosa de cuyo extremo afloró una

medusa. Comentó, como si tal cosa, en tanto los quejidos de la parida iban decreciendo gradualmente, que la placenta era muy apreciada en algunos pueblos de Irlanda y Escocia. Servía para preparar un caldo con el cual los felices esposos convidaban a la familia. Algo similar, según había oído, sucedía en zonas selváticas de Brasil.

El anestesista se había acuclillado para guardar sus drogas y tubitos en un maletín de acero que parecía una caja de herramientas. Se levantó y fue a decirle a Marcia que ya podía parar, todo había salido muy bien. Entonces le llevaron al bebé. Desfallecida, extenuada, llorando de felicidad, abrazó efusivamente a Emiliano. Luego le pusieron una pulserita con su nombre y lo trasladaron a la sala de incubadoras, donde debía permanecer durante un breve periodo de chequeo.

Navarro acabó de limpiar allá abajo con gasas y algodones. Metía las manos hasta los codos, hurgaba en el ducto como haría un mecánico al lavar un motor. Oprimía con fuerza el estómago de Marcia para asegurarse de expulsar todo y que no quedara el más mínimo residuo potencialmente infeccioso. Restaba suturar lo de la episiotomía, que había quedado como un boquete de escopeta. Las enfermeras le pasaron un carrete de hilo y una aguja gigantesca. Al tiempo que cosía tarareaba una vieja canción de marineros.

Agua 2007

Ese miércoles 30 de mayo Juan estaba sentado a la mesa del comedor con Emiliano entre brazos. Le había cambiado los pañales para que pudieran salir tan pronto Marcia pasara por ellos en el Chevy. Difícilmente podía creer que, apenas ayer, a sus cuarenta años, hubiera recibido el primer premio de su vida y que ahora volviera a hallarse en una situación de mierda, acorralado. ¿Por qué las circunstancias lo orillaban a esa nueva encrucijada de la que no estaba seguro de salir airoso? No era justo, pero no había que esperar justicia. La vida era esencialmente injusta. Ya no podría gastarse los puntos del monedero en lo que de verdad se le antojara: discos compactos, dvds, alguna camisa, artículos que Marcia necesitara —quizá algo para Emiliano—; tendría que invertirlos en una mochila de excursionista, brújula, cantimplora, linterna, un cuaderno de notas que deberá envolver en una bolsa de polietileno para que no se moje y estropee durante ese maldito viaje que tendría que realizar a la selva a fin de pelear a muerte por su empleo contra la enana machorra de Vicky Garfio.

Eran las cinco y media de la tarde. Marcia ya había terminado sus ocupaciones pero se demoraba en el vivero porque llovía a cántaros y si salía del edificio se empaparía. Emiliano dormía y succionaba de manera intermitente su chupete envuelto en una frazada. Juan se preguntaba si ese gorro de estambre que le había puesto no lo abrigaría en exceso. Miró a través de la ventana el garaje y la verja, caían cascadas desde el techo. El agua repicaba incesante en un inmenso charco formado en medio de la calle. Tronaba todo el tiempo, uno de esos violentos chubascos apaisados del trópico contra los que no hay paraguas ni impermeable que valgan. Lo único que se podía hacer era resguardarse, esperar a que escampara. Ese año la temporada de agua se había

adelantado. Caían baldazos sobre la isla. Caían baldazos sobre Juan.

Emiliano se despertó y comenzó a berrear. Juan se levantó con torpeza. Al recular, la silla golpeó el aparador donde descansaba el teléfono. Éste empezó a timbrar. No acertaba a ordenar sus acciones: mecer y arrullar a su hijo, contestar el aparato. Al final se las arregló para hacer todo mal al mismo tiempo. Era Marcia, continuaba sin poder salir, se estaba volcando el cielo sobre la cooperativa. Desde el ventanal donde ella estaba podía ver un par de árboles caídos y atravesados en la calle. El pavor del galo Abraracúrcix otra vez, peor que cuando Katrina. Sólo esperaba que no se formara un tráfico asqueroso cuando dejara de llover. ¿Emi estaba bien?, lo escuchaba llorar. Que no se preocupara, le dijo Juan. Acababa de despertar, ya vería cómo lo apaciguaba. Sí, sí, insistía en que no se preocupara, cuando pudiera venir, ellos ya estaban listos. Mucho cuidado al retorno. Besos y colgaron. De pie, Juan siguió columpiando a Emiliano entre sus brazos y siseándole al oído. Se veía bastante gracioso enrollado en plan papá, según constató al mirarse reflejado en el armario para copas que había detrás de la cabecera de la mesa. Emiliano se quedó dormido nuevamente y él volvió a sentarse.

En diciembre del año anterior habían viajado a Río Gallegos para pasar las navidades con Isabel Mayoral y Pablo de Francisco. Hasta allá fueron con Emiliano, quien tenía ya casi ocho meses. Su primer periplo internacional: la punta sur del planeta. Unos días estupendos, no sólo porque Marcia haya quedado embarazada por segunda ocasión sino por ese cambio radical de aires que tanto urgía a Juan. Por entonces, la inminente salida de la UDRI del doctor Ström era un rumor a voces, y la incertidumbre que generaba ese panorama había enrarecido el ambiente entre los colegas. Por eso, el fin de semana que se hospedaron con sus suegros en una calefaccionada cabañita al pie de la cordillera de los Andes, Juan comentó que preferiría no regresar nunca a Blanco Trópico. Habitaría para siempre, junto con Marcia y Emiliano, esa naturaleza prístina, esos lagos de témpanos y glaciares,

los picachos de esa imponente geografía montañosa. Se volvería leñador, qué otra cosa necesitaría además de una camisa de franela a cuadros, gorro con orejeras, guantes y una motosierra (ya ni siquiera se usaba hacha o destral). Vivirían de la naturaleza, pero no de aquella oceánica y calurosa hasta la piorrea sino de esta otra de escarpas andinas y nubes espirituales. Aprendería a cazar y desollar las presas. Después de todo, él era un montañés, había crecido en el DF a dos mil doscientos metros de altura. La montaña era tonificante. El trópico…, el trópico… Marcia se limitaba a agarrarlo con fuerza de las orejas y le daba topetazos de desesperado afecto para que se callara.

En enero de 2007, tras las vacaciones argentinas, se reincorporó a sus actividades hasta cierto punto normales (el clima de tensión en la UDRI era ya insoportable). Había extraído la carta del buzón de casa, pero aguardó hasta llegar a su cubículo para abrirlo. Era la respuesta del SNCBT a su solicitud de agosto de 2005. Ya no tendría que comprarse una boina, aunque le saliera caspa, ni aprender a fumar pipa. Lo habían rechazado. No cubría el perfil de CREADOR NACIONAL por: a) nunca haber ganado un premio (si hubiera gestionado el trámite recientemente habría podido consignar el dato meritorio del monedero electrónico), y b) dedicarse a las ciencias económicas, lo que era “incompatible” con el noble arte literario. Ni una sola consideración relativa a la calidad de sus textos. No debía extrañarle, ya se lo había advertido Julián Zavala Dilinger y lo había confirmado el desagradable interrogatorio de la tal Karina: las razones en que se fundaba el otorgamiento de apoyos literarios en Blanco Trópico no se relacionaba con la literatura. No como en México y otros países honorables, donde primaba a toda costa la rectitud y la objetividad. Le dolía la negativa, por supuesto, no tanto por el aspecto económico, pues al contar con un sueldo (todavía) esa frustrada beca ya no significaba la salvadora salida a sus apuros financieros. Sino, más bien, por ese vago malestar de haber errado por partida doble su vocación profesional: ni economista ni escritor al cien por cien. Y de ser demasiado tarde para hacer algo al respecto. Al menos, se dijo, podría hacer nuevos ajustes a *La garza ojona*, antes de empezar *Rata rabiosa.* Lo peor del caso era que,

cuando ya se había convencido de que se la negarían, lo llamó Julián Zavala Dilinger para contarle que había oído el chisme de que a Enrique Cornucopia Álvarez le habían encantado sus cuentos. Como lo escuchaba, le habían encantado. Quedaron en reunirse en La City, ya que Zavala, a quien Juan escuchaba bastante afligido, quería comentarle también otro asunto delicado. Acudió a la cita en la cafetería, con tan mala suerte que en la mesa vecina estaban Cornucopia y su lacayo Miguel David. Cornucopia fue a saludar con gran despliegue de hipocresía a Julián y le preguntó si la persona que estaba con él era "el famoso economista". Tenía cara de conejo: ojillos azulinos, nariz respingona y labios finos, la piel pálida y sebosa estirada hacia la frente. Las orejas grandes y puntiagudas, la mandíbula inferior remetida bajo la superior. Un aire de roedor maldito. Juan, con su proverbial candidez, interpretó esa curiosidad como una señal promisoria y extendió la mano para saludar. Cornucopia, el pelo lacio y pajoso, le dio la espalda y regresó a su sitio a cuchichearse con Miguel David. Ya había decidido, en un arrebato de envidia primigenia, crucificarlo por haber cometido el pecado capital de ser amigo de Zavala. Julián, por su parte, estaba en un aprieto gordo, gordísimo. Una chica con la que había tenido una aventurilla le había tomado una foto con su celular sin que se diera cuenta. Estaba desnudo, sentado en la cama mirando hacia la ventana de una habitación de hotel. Su rostro no se distinguía, pero sí una cicatriz característica que tenía en el omóplato, secuela de un accidente de juventud al esquiar en el mar. La chica, despechada por la indiferencia de Julián, anduvo indagando en internet y le mandó la imagen a Irina. ¿No era una cruel paradoja que ahora Julián estuviera haciendo las correcciones finales de una novela intitulada *Paraíso en casa?* Su mundo, vaticinó a Juan, estaba por desmoronarse.

Este revés, todo lo que venía ocurriendo desde su desembarco en Blanco Trópico, incidía poderosamente en su ánimo, al grado que podría decirse que Juan Ramírez Gallardo ya no era el mismo Juan Ramírez Gallardo. Lo notaba también en lo físico. El experimento futbolístico con Manuel Duba, el número nueve estampado en su camiseta,

había resultado un desastre pese a que Juan había sido el goleador de un equipo no especialmente eficaz. Una noche incluso anotó un tanto de palomita que le produjo tal acumulación de ácido láctico que no pudo levantarse de la cama al día siguiente. Pero, no obstante esos esfuerzos, Manuel Duba Borrego, quien se había designado a sí mismo director técnico, se ponía furioso con él porque corría como si estuviera oxidado. Sí, oxidado. Según Duba, tampoco hacía el recorrido de medio campo, lo que era absurdo pues una cancha de futbol cinco es ella misma un medio campo y basta moverse un poco para recorrerla entera. Ahora, si se refería a que los delanteros no bajaban ni los defensas subían, había que ver al propio Duba desplazarse de una banda a otra como una tortuga con las patas amputadas. En cualquier caso los habían eliminado. Al momento de la derrota, Manuel Duba se sacudía colérico detrás del alambrado de los jugadores de recambio.

Recientemente había reanudado las sesiones de *jogging* suspendidas en Madrid. Tuvo que interrumpirlas durante la elaboración de su proyecto para la UDRI y el parto de Marcia, pero luego las retomó con cierta regularidad. Se percataba de algunas menguas en su resistencia. Iba al parque y trotaba alrededor de su perímetro, cuatrocientos metros conforme al contador de kilómetros del Chevy. Procuraba completar trece veces el circuito, distancia que sumaba 5.2 kilómetros. Le costaba tanto que acabó por bautizar cada una de las vueltas. La primera se llamaba: “Híjoles”. La segunda: “Ay, nanita”. La tercera: “Me lleva la puta madre”. La cuarta: “Me va a dar un infarto”. La quinta: “¿Por qué no paro ya?” La sexta: “Venga, todo es psicológico”. La séptima: “Si no reviento echo los intestinos”. La octava: “Sí se puede, échele huevos, cabrón”. La novena: “Te falta una sola para las diez”. La décima: “La del diezmo”, porque a esas alturas sentía que su cuerpo había pagado su parte a la iglesia y que le darían la extremaunción. Las últimas tres las hacía a paso muy suave, la barbilla encajada en el pecho y las manos al frente como un zombi. Tenían el mismo nombre: “Pruaaaf”. Llegaba a casa, se daba una ducha y se servía una cerveza (o tres) y un caballito (o dos) de una botella de tequila que había llevado León Ramírez cuando pasó las pascuas navideñas con ellos.

Tampoco perdonaba unas generosas copas de vino a la hora de la cena. Solía despertarse con neuralgia, a veces con las pulsaciones aceleradas y ansiedad. No entendía qué pasaba, no había motivo para ello. Le decía entonces a Marcia, en un tono ridículamente trágico, que había llegado a una preocupante época de declive. Podría definirse como la Era Gatorade o Tequila Herradura. Para hidratarse su organismo requería los electrolitos, para relajarse por completo, alcohol. No tenía el aguante de antes, que compatibilizaba esos efectos. Quizá debería decantarse por una sola de esas alternativas, o hacer más ejercicio para conciliarlas. Ella dudaba si preocuparse en serio, Juan estaba loco de atar. No estaba cursando la Era Gatorade o Herradura sino que llevaba rato instalado cómodamente en la Era Herradura y Gatorade. ¿Pensaba que era un chico de diecinueve años? ¿Que los excesos seguirían sin pasarle la factura? ¿Por qué esgrimía esa retórica tramposa? Podría acarrearle problemas de salud. ¿Cuándo asumiría lo que era: un hombre maduro?

Su obligatoria participación en la vida colegiada de la UDRI, durante el intenso año que llevaba en funcionamiento, había influido no poco en esa sensación generalizada de inestabilidad emocional. No tenía nada que ver con su experiencia de la licenciatura en la facultad ni con el doctorado en España, ni siquiera con el esperpento de la materia optativa impartida en la U del P. Era algo por entero distinto. Un incesante y caótico devenir en grupo, con vistas a objetivos bastante vagos; un permanente polemizar sobre aspectos tan diversos de las ciencias sociales y humanísticas que, en ocasiones, se olvidaba qué asunto había propiciado la discusión. Una dinámica demandante y agotadora, en suma, de la que no podía sacarse nada en limpio. Hipnotizado por la lluvia del otro lado de la ventana, Juan recordaba como si se estuviera repitiendo en ese instante, frente a sus ojos, la ceremonia de toma de posesión del doctor Sören Ström. Ahí había empezado todo.

Aquel lunes 29 de mayo de 2006, hacía exactamente un año y un día, académicos y sindicato habían sido convocados al auditorio. La imagen empresarial de Sören Ström no

condecía con la de un antropólogo social, su estilo tampoco se asemejaba al del recién exaltado a director (no pasaban ni cuarenta y ocho horas) Berlanga Pereira. Era un hombre delgado pero fibroso, de unos cincuenta y siete, metro ochenta y tantos de estatura. No se sabía con exactitud en qué o dónde había trabajado antes. Tenía el pelo cobrizo, cortado a cepillo. El traje azul oscuro, impecablemente planchado, y una corbata roja de seda que ni siquiera ayer, cuando fue a recoger su premio, Juan hubiera osado ponerse. Llevaba unas gafas de armadura rectangular, el lujoso logotipo de marca inscrito en las patillas de aluminio (las de pelo se las había afeitado). Descendió los escalones del pasillo escoltado por dos guardaespaldas con trajes asimismo azules, aunque a diferencia de Ström, con corbatas verdes. Por encima de sus espaldas de ropero emergía el cable de un aparato radiotransmisor, bisbiseaban sobre un micrófono oculto en la solapa. La mayoría de los investigadores, dispersa en la muchedumbre, se sintió intimidada ante ese despliegue de aparatos electrónicos de vigilancia. Lavadores Rojas, por el contrario, consideró que ese tándem de funcionario y custodios constituía un excelente augurio del orden estadístico que habría de imperar en la UDRI. A la zaga de Ström y sus acompañantes, el maestro de ceremonias de la gobernadora bajaba por el corredor rumbo a la tribuna. Juan ya lo había visto en otro acto público, un hombrecillo de voz asombrosamente potente para el tamaño de su diafragma.

Después de las presentaciones protocolarias, pasaron un Power Point que respaldaba la exposición de por sí esquemática de Ström. Las diapositivas, entre los enfervorizados gritos del sindicato, podían seguirse de forma simultánea en la gran pantalla plegable y los monitores de las paredes. Había que fijar objetivos en el corto, mediano y largo plazos. Unir esfuerzos, luchar a brazo partido en la consecución de una alta meta común: la Edad de Oro Científica Interdisciplinaria.

Al concluir el acto, el público fue abandonando el auditorio con exasperante lentitud sólo para amontonarse de nuevo a la salida y de ahí dirigirse al patio polvoroso donde se plantó el tamarindo. El antropólogo sueco no hizo gran cosa, fueron sus fornidos escoltas quienes introdujeron el arbolillo en un

hoyo que luego recubrieron de tierra. Como un tamarindo, así crecería la UDRI y rendiría sus sapientes frutos. El doctor Ström invitó a todo el personal a disfrutar del rendibú.

El problema estribaba en que, desde esa inauguración oficial hasta enero de 2007, los investigadores de la UDRI habían sido incapaces de ponerse de acuerdo en nada. En los escasos recesos, cuando no se encontraban peleándose en asamblea, Juan intentaba profundizar en su tema de investigación. Pronto averiguaría que el zalabar, el perchel y la pantasana eran redes que servían para pescar al pulpo, aunque era más frecuente capturarlos a buceo con gancho o fisga. Después de Reyes, pocos días antes de que el ministro Novelo se viera obligado a aceptar la renuncia de Ström, tuvieron una enésima reunión para establecer las bases de un trabajo armónico interdisciplinario. Sobre la tarima del auditorio habían colocado una mesa revestida de una especie de mantel ceremonial. El primero en hacer uso de la palabra fue el doctor Álvaro Tarazona, posgraduado en historia. Al levantar la mano, casi volcó la taza depositada junto a él. Era un sesentón corpulento, con una lustrosa calvicie entre frente y coronilla. Quería saber, en resumidas cuentas, bajo qué enfoque teorético o metodológico podría considerarse a la sofrología, representada por la doctora Duvel (en el asiento vecino), dentro del campo de los estudios sociales y humanísticos. La sofróloga belga replicó: "¡¿Pegdón, pegdón?!" Los carrillos se le habían incendiado y contrastaban con la blancura predominante de unas hombreras adaptadas a su hopa indígena. En su defensa se limitó a argüir —casi sin separar los dientes— que Harvard, Cambridge, el mejor bufete de abogados criminalistas de Nueva York, y bueno, hasta los mejores equipos de futbol, contaban en la actualidad con los servicios científicos de un sofrólogo. La sociolingüista Beatrice Jo Berm intervino entonces para opinar, con despectivo escepticismo, que la ciencia no debía dejarse influir por las modas. Andrea se puso todavía más roja, pero la talasoterapeuta Yolanda Walsh fue al quite. Quedaba clara la postura de la doctora Jo Berm. A lo mejor, añadió Walsh con sorna, las demás especialidades le merecían la misma consideración. La sociolingüista ya no respondió, pero hizo una mueca burlona que parecía

corroborar el cargo que se le imputaba. Desde las inmediaciones de un florero, al otro extremo de la mesa, el vexilólogo Juan Vicente Gómez gritó que no se escuchaba nada. El bullicio sostenido explotó en franca algarabía. El avispero se había alborotado de nuevo, todos discutían.

Los rayos arreciaban y esparcían sus resplandores fugaces por el comedor. Desde su presente lluvioso, Juan evocaba con fascinada incredulidad esas discusiones colectivas. Era inevitable. La tecnología, las telecomunicaciones, la magia de los dispositivos electrónicos habían fundado una nueva religión secular por cuyos laberintos la academia —con otros millares de desorientados— transitaba con la brújula extraviada. Nadie quería perderse el tren (los *bytes)* de la ultramodernidad posmoderna, aunque nadie supiese adónde conducía ese tren y para qué. Respecto a la consulta de Tarazona, en aquella ocasión el primer director de la UDRI había explicado que se trataba de una política instaurada desde el ministerio. Habían decidido, teniendo en cuenta el heterogéneo perfil de los académicos —obvió decir "reclutados de cualquier modo de donde se pudo"—, ampliar la esfera conceptual en que confluían las distintas ramas cognitivas de los investigadores. Cuando Juan leyó *Laberinto de muerte* durante el vuelo de la ciudad de México a Blanco Trópico, la panda de científicos deschavetados de la novela de Philip Dick le procuró una diversión de órdago. Nunca imaginó que se los encontraría en la realidad. En la realidad no eran tan divertidos.

Así, prosiguió Ström, junto a las ciencias sociales y las humanidades, quedaban englobadas también lo que llamó disciplinas (muchos pensaron que diría alternas)… *anexas.* Pero esa precisión generó otros interrogantes. Alguien preguntó si ese ensanchamiento de concepto tendría que verse reflejado en el nombre mismo de la UDRI, que entonces habría de ser rebautizada Unidad de Desarrollo Regional Interdisciplinaria en Ciencias Sociales, Humanidades y Anexas, UDRICSHUANEX. Esa nueva inquietud suscitó otra acalorada polémica. Ström quedó sencillamente pasmado. Maggie Parral Pruneda, la vulcanóloga, alegó que esa

propuesta implicaba serias desventajas. UDRICSHUANEX era tan impronunciable como las siglas de los sindicatos de taxistas en la isla. Marvin Lavadores se empeñó en defender hasta último momento el cambio de denominación. A su juicio, UDRICSHUANEX era un acrónimo que daba realce y solemnidad, de una eufonía muy hermosa. La cuestión fue zanjada —en contra— por medio de una votación.

Tarazona insistía en airear temas incómodos. ¿Había un área de conocimiento rectora? José Luis Vázquez Morán opinó que era imperativo que el grupo académico se apoyara en los preceptos de la psicología. Luego intervino con disgusto Carla Lebowski, lo que decía Vázquez era una sandez, la filosofía analítica era la madre de todas las ciencias. Virginia Garfio Sanabria disentía, la que desempeñaba ese papel era la antropología social. Su colega, el doctor Ström, podía dar testimonio de ello. Lavadores Rojas engolaba la voz: para nadie era un secreto que el margen de error humano en las estadísticas era inferior al de cualquier otra rama del conocimiento. La herpetóloga Dolores Cejudo, una treintañera de holgado vestido hippie, defendía una vez más la tesis de que, en la escala evolutiva, los reptiles se encontraban dos estadios por encima del hombre. Todos gritaban a la vez.

Allá afuera seguía relampagueando y no paraba de llover. Con mucho cuidado para no despertarlo, haciendo una pincita con los dedos, Juan tomó el gorro transpirado de su hijo y le descubrió un poco la frente. No veía el alero situado cerca del garaje, pero lo escuchaba borbotear como si la casa se estuviera sumergiendo. El charco a media calle se había convertido en una balsa. La humedad le dejaba una bocera de agua sobre el labio superior. Le escocía esa zona, se había afeitado esa mañana. Entornaba los ojos y resoplaba. A ratos intentaba matar los minutos rememorando esas juntas de orates. Casi daban las siete y media. Marcia con seguridad seguiría atrapada en su oficina, ojalá las bujías del Chevy no se hubieran mojado. Con ese mal tiempo, a lo mejor tendrían que cancelar los planes. Su regazo se había humedecido por el peso de Emiliano, pero prefería soportar esa pasividad poco

confortante en la silla, al llanto descontrolado de un bebé (aunque fuera el suyo). Miró el teléfono con una extraña esperanza, como si de ese aparato dependiese que parara la lluvia. Se escuchó un trueno imponente y, de inmediato, la electrizante descarga de un transformador en la calle. Adiós luz. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Sentía el repiqueteo inacabable del agua, sus propias palpitaciones orgánicas en los muslos bajo la frazada y el cuerpo caliente de Emiliano.

Si en esa reunión en el auditorio hubiera tenido uno de esos martillos de juez, Ström lo habría golpeado a rabiar contra la mesa. Llamaba por micrófono a una moción de orden, reiteraba que debía primar un espíritu conciliador. De lo contrario, los científicos naturales de la URCT les arrebatarían el pastel, el presupuesto que el ministerio les había asignado se transferiría íntegro a aquella otra unidad. La interdisciplina debía entenderse como una sinergia de esfuerzos, no como una rebatiña entre áreas de conocimiento para ver cuál obtenía la medalla de oro. Con mal disimulada cara de hartazgo, el sueco había decretado después un receso de quince minutos, pausa que fue aprovechada por la secretaria García para preguntar a los investigadores, antes de ir al baño, si querían que ordenara unas pizzas.

Tras morder un crujiente trozo de masa, Douglas Adams, el experto en fenómenos paranormales, comentó que le habían quedado claros los motivos por los cuales la UDRI no habría de cambiar de nombre a UDRICSHUANEX, pero aún no entendía del todo por qué la UDRI se llamaba UDRI. ¿Por qué Unidad de Desarrollo Regional Interdisciplinaria y no *Interdisciplinario?*, planteó. ¿Qué calificar queremos, la unidad o el desarrollo? Pese a que Douglas hablaba con sobrada corrección el español, la sintaxis solía traicionarlo. Su tono bajo y pausado se iba desinflando, daba la impresión de que boquearía hasta la mudez. Tuvo que repetir la última pregunta. Era pertinente la observación, intervino el vexilólogo Gómez batiendo los carrillos, en ese caso sería mejor decir URDI: Unidad Regional de Desarrollo Interdisciplinario. “Me pagece”, terció Andrea Duvel, “que

entonces segía más pgeciso decig UIDG: Unidad Integdisciplinagia de Desagoyo Guegional”. La rubicunda sofróloga mordisqueaba una loncha de pepperoni. ¿Y por qué no UIRD?, preguntó Yolanda Walsh: Unidad Interdisciplinaria Regional de Desarrollo. ¡Una alternativa tan brillante como IRUD o DIUR!, comentó con sarcasmo Carla Lebowski. ¡A ver, señores, por favor!, la voz de Ström se amplificaba por medio del micrófono. La designación de la unidad no era negociable. La UDRI seguiría llamándose UDRI.

Maggie Parral Pruneda aprovechó para llamar la atención sobre una circunstancia que juzgaba de capital importancia: nunca se habían tomado el trabajo de precisar qué era la interdisciplina. A título personal, confesaba que le había extrañado mucho la insistencia en contratarla pese a que no había un solo volcán en la isla. Ström sonrió con las comisuras de la boca hacia abajo. En el auditorio se levantó una algazara formidable. El director se recompuso, se limpió con una servilleta de papel y llamó nuevamente al orden. La señorita García Mendiola pasaría por sus lugares a ofrecerles un pastel tres leches incluido en la compra de cinco pizzas grandes como postre de cortesía. Mientras tanto, quien lo deseara podría apuntar en un papel su definición de interdisciplina y exponerla después ante los demás. Algunas de las nociones aventuradas, Juan no creía recordar tan mal, fueron:

Álvaro Tarazona Rufo: *La interdisciplina es la comprensión plural de los fenómenos sociales en el discurrir histórico mediante el desentrañamiento del choque ideológico entre centro y periferia.* Carla Lebowski: *La ramificación cognoscitiva a partir de un supuesto problemático establecido por las ciencias filosóficas.* Andrea Duvel: *Apgovechamiento integgal de la hipnosis y las técnicas ogientales de guelajación paga la consecución del bienestag del hombgue.* Mario Zavaleta Orvañanos: *Un once inicial, goleador o no, pero con mentalidad ganadora.* Yolanda Walsh Castañeda: *Uso universal primario de elementos curativos oceánicos en la sanación de patologías y desórdenes conductuales que se presentan entre los terrícolas.* Juan Vicente Gómez: *El revelamiento de los apetitos hegemónicos del hombre plasmados en sus representaciones textiles del poder.* Marvin Lavadores Rojas: *Subordinación coadyuvante de las disciplinas no*

mensurables a la verdad estadística. Douglas Adams: *Aplicación de extrasensoriales medidores por registrar presencia de seres ultramundanos en entorno susceptible a ondulatoria captación de indicios audiovisuales.* Virginia Garfio Sarabia: *Regulación de las ramas auxiliares de la antropología en el examen de la realidad humana desde sus aspectos sociobiológicos.* Dolores Cejudo: *Trabajo científico conjunto para comprender el origen reptiliano de las sociedades humanas.* Beatrice Jo Berm: *Método heurístico aprobado por el Colegio Internacional de Sociolingüistas, del que fui presidenta y soy miembro vitalicio, para el estudio de las manifestaciones sígnicas del lenguaje y sus interconexiones pragmáticas.* Roberta Engelbrecht: *Medidas conducentes a la salvaguarda del planeta (o lo que queda de él) ante el calentamiento global y la irresponsabilidad ecocida del hombre*.

El propio Juan se había atrevido con este concepto: *Confluencia de miradas múltiples sobre un objeto de estudio determinado.* Adalberto Glen Uc seguía desde la cabina superior las profusas deliberaciones de aquel concilio de doctos. Nadie se lo preguntó, pero si el técnico asistente hubiera podido externar su opinión, habría dicho que la interdisciplina se reducía a un libro, cualquier documento, donde se reunieran los pareceres de señores y señoras que creían saber más que el común de la gente sobre algo en particular.

Ström enmarcaba el rostro entre sus puños, con los codos sobre la mesa; entrelazaba las manos sobre la cabeza rubia y se mesaba los pelitos; abatía el mentón sobre su corbata de seda roja (nunca se aficionó al guayaterno) y suspiraba. Se puso de pie y se excusó. Que prosiguieran sin él, por favor. Antes de marcharse le pidió a Marvin Lavadores Rojas que lo acompañara, quería comentarle una cosa.

El teléfono timbró de nuevo y Juan tuvo que levantarse cargando a Emiliano. Al descolgar con el brazo libre, casi simultáneamente, volvió la luz. Era Marcia otra vez, no remitía el aguacero. ¿Emi seguía dormido? ¿Sí? A lo lejos se escuchó otro chispazo de transformador eléctrico. No había cielo sino un río trasvasándose sobre la tierra. En ese preciso

instante, dijo Marcia del otro lado de la línea, se había caído otro árbol, el tercero. Podía ver ese empapado cementerio vegetal desde la ventana, de la que ella no había podido despegarse. Era una pena, morirían arrancados por la tormenta y los harían leña, que muriese una planta la acongojaba tanto como si fuese un animal o una persona. Juan se rio. Últimamente no había notado ese espíritu pro vida tratándose de los insectos. Esa mañana, la señora doctora bióloga exterminaba a gritos y chancletazos una tarántula. Las tarántulas eran otra cosa, bromeó ella, la cabrona estaba con las patas metidas en el desagüe de la ducha y no la había detectado hasta que entró desnuda a abrir las llaves del agua. Fue horrible.

Del otro lado de la verja, se encendió una farola del alumbrado público. Arrojaba su trémula luz mortecina sobre el torrente en que se había convertido la calle. No podía competir con los relámpagos, que seguían centelleando. Enriqueta hacía rato que rascaba la puerta, pero Juan no quería dejarla entrar porque empezaría a ladrar y a joder, y lo que le importaba era mantener bajo control a Emiliano. ¿Cancelaban los planes?, preguntó ella. Como quisiera, respondió Juan. Ya casi eran las ocho y cuarto, pensaba que se había hecho demasiado tarde. Permanecieron en silencio unos segundos. A través de la comunicación telefónica, como con sordina, Juan escuchó un trueno que reverberaba fuera de la oficina de Marcia, y ella oyó un fragoroso tronido que hizo que Emiliano saltara y se removiera en el brazo dolorido de su padre. Marcia, dijo Juan, voy a tener que colgar. Emi se le estaba escurriendo, el bribón se había despertado y lo estaba mirando con ojos abiertos como platos. Abortaban entonces la misión. No, no, dijo Marcia. Que aguardaran. Parecía que ya se estaba calmando, todavía disponían de hora y media. Le recordaba que doña Evodia había tenido una complicación familiar y no podría ir mañana. Al día siguiente, Juan habría de cuidar otra vez a Emiliano, hasta que ella volviera del trabajo. Te vas a poner súper neurótico, Claudito, opinó Marcia. Sobre todo después de dos días completos de encierro. La lluvia ya estaba parando. Le haría bien a Juan darse una oreadita, aunque fuera un ratito nada más. Aún les quedaba tiempo.

Después de colgar, Juan levantó a Emiliano a contraluz de la bombilla del techo. Estaba la mar de contento, con sus encías burbujeantes y su distinguida dentadura compuesta de una pieza solitaria. Movía las extremidades superiores como si flotara en el éter. Juan lo atrajo hacia sí y lo besuqueó, Emi se vengó picándole los ojos y metiéndole un dedo en la nariz. Luego le quitó el gorro de estambre, cosa que el bebé agradeció con un súbito vomitito que obligó a papi a correr al dormitorio y depositarlo en la cuna para ir a lavarse las manos en el baño y cambiarse la camisa. Lo sacó nuevamente de su camita y lo llevó a la de los padres, donde Juan se tendió con él dejando los zapatos fuera para no ensuciar. Lo invadía un repentino cansancio, superior incluso a la angustia que lo atacaba intermitentemente. Se puso de pie mientras Emiliano gateaba y giraba sobre sí mismo en el colchón. Ya podía caminar, pero por lo visto en ese momento le divertía más hacer esas piruetas. Acondicionó unos almohadones en el piso, por si Emi se caía, y volvió a echarse. Tenía un sueño invencible, quizá lo hubiera picado una mosca tse-tsé. No estaría mal, le daría al menos la satisfacción de un internamiento urgente en el hospital eximiéndolo de su ineluctable destino. Cerró los ojos. Sentía el calorcillo móvil que emanaba de su hijo, fascinado por ese libre curiosear sobre la colcha y el cuerpo rendido de papá, por cuyas rodillas ahora escalaba. De niño, cuando alguien le había pegado en la escuela, en tanto se iba quedando dormido por la noche, se consolaba imaginando que había sido él quien había propinado una severa tunda al agresor. Ahora no era él sino Paris Berlanga Pereira quien tenía que ir a la foresta y luchar con Virginia Garfio para conservar el empleo. Eso era lo maravilloso de la mente, igual que la literatura. Uno podía acomodar las cosas a su antojo, verlas tan vívidas como quisiera. Aun con los ojos cerrados.

Primero tuvo lugar la golpiza a los guardaespaldas del doctor Ström en el estacionamiento. Ése fue el primer signo ominoso de que las cosas estaban por cambiar. Pocos días después, se suscitó otro escándalo, también en el estacionamiento. Edgar Mauricio Wilson Guevara López

(Oficial de Transporte) y Dino Rogelio Magaña Peña (Vigilante) protagonizaron una caballeresca pelea de box para dejar en claro algunas cuestiones acerca de sus respectivas y adulterinas esposas (Abigail Domínguez de Guevara y Leydi Rubí Cruz de Magaña). Un tercer escándalo, en menos de una semana, generaba pánico generalizado. El viernes 19 de enero de 2007, a once días de haberse celebrado la última asamblea (lunes 8), la administración repartió una circular sin firma. Por ella se hacía del conocimiento público un hecho asombroso: las plazas de los investigadores y la del técnico académico Glen Uc habían sido transferidas en su totalidad. Les informaron que había sido una decisión fundada en las apremiantes necesidades de desarrollo científico y tecnológico de la isla. Trascendió después que esa transferencia había implicado una gratificación económica, y que el estadístico Marvin Lavadores Rojas había sido el encargado de gestionarla. Furiosos, excepto la doctora Garfio, los académicos debatieron por los pasillos si era conveniente iniciar acciones legales contra Ström, Lavadores y quienes resultasen responsables. Se rumoreaba que Xavier Poncio, a la sazón director de la URCT, se había embolsado también una tajada. Para colmo, transcurrido ese fin de semana, el lunes 22, el doctor Sören Ström presentó su renuncia irrevocable sin convocarlos de nuevo para darles la más mínima explicación. Los investigadores emitieron un desplegado en señal de protesta. La UDRI era ya un polvorín. Delante de las fotografías en blanco y negro de aquellos lunáticos que habían morado en el ex manicomio, a lo largo de la galería, los académicos deambulaban con la cabellera revuelta, los ojos enrojecidos y la boca desencajada. Se juntaban aquí y allá, en corrillos vociferantes, alzaban los brazos al cielo y clamaban por saciar su vesánica sed de venganza. En un principio pensaron en linchar limpiamente a Lavadores Rojas, pero tanto él como Garfio se habían esfumado poco después de que se difundiera la circular. Cuando una avanzadilla de investigadores amotinados se dirigía a la oficina de la administración para hacer lo conducente con Anastasia Rosedal Villadelcampo, la valerosa administradora salió a su encuentro para comunicarles las últimas novedades. Había recibido un fax del licenciado Roger Novelo Briceño. Las

plazas transferidas serían repuestas ipso facto por otro paquete. El ministro también pedía que se citara al personal académico a una nueva reunión general en el auditorio para la toma de posesión de la doctora Consuelo Sánchez, quien asumiría el cargo de directora el jueves 1 de febrero.

La monarquía moderada tutelada por el doctor Ström se caracterizó, durante sus ocho meses de vigencia —mayo 2006 a enero de 2007—, por una notable falta de cohesión en torno al trabajo interdisciplinario en equipo, tan pregonado pero que nunca llegó a materializarse. La marcada tendencia de cada investigador a subsumir esa directriz ambigua —la interdisciplina— en el ámbito de la propia especialidad fue lo que privó. La dictadura bimestral de Consuelo Sánchez, en cambio, impuso desde el inicio dogmas interdisciplinarios obligatorios, de modo vertical.

La antropóloga Sánchez no destacaba precisamente por su guapura. De hecho, su fealdad espermática atraía las miradas como un imán a los clavos. Semejaba, por decirlo, un cerdo con peluca. Un gran cerdo con peluca. Un gran cerdo rubio con peluca rubia platino. Era gorda y enorme, como esos puercos de piel rosácea mantecosa y bigotillos claros que no caben en las jaulas cuando el camión los lleva al matadero. Caminaba y los pliegues del estómago se enrollaban y desenrollaban, sus cabellos rucios parecían forraje. Una raya en medio los dividía, aunque las planchas alisadoras no lograban mantenerlos lacios durante mucho tiempo, menos en un ambiente tan húmedo. Al poco se esponjaban como un erizo güero detrás de la nuca. Por eso su cabellera daba esa impresión de organismo autosuficiente ajeno a la cabeza, como una peluca díscola y respiratoria.

Consuelo Sánchez procedía del Instituto Nacional de Cultura Yoma (INCUYO), donde se había desempeñado como directora desde que Inge Aguerreberre asumiera la jefatura del estado en el año 2000. Dentro del edificio que albergaba el instituto, una bonita casona colonial color arcilla con tejas francesas ubicada en el centro, no había sin embargo el menor rastro de cultura yoma. Sólo unos cuadros esperpénticos —la mayoría bodegones— colgados en las

paredes, obra de señoras ricas metidas a artistas. Estaban a la venta y eran ridículamente caros. Si se comparaba el INCUYO con la UDRI, se podía constatar una curiosa analogía en sus relaciones aparenciales con los indígenas. Pese a la importancia histórica de los yomas, ninguno de los investigadores se había interesado a fondo en la vertiente etnográfica que los hacía objeto de estudio (sobre todo en el extranjero). Los académicos parecían optar por enfoques más… occidentales. Lo yoma era una especie de máscara de la corrección política, una fórmula de cortesía que había que respetar antes de ocuparse de los temas elegidos libremente. Todos en la UDRI intuían que eso habría de cambiar tarde o temprano, para mal. La demagogia étnica, bien explotada, representaba siempre un capital seguro. En Blanco Trópico y en Mongolia. Era cuestión de tiempo.

Lo primero que hizo Consuelo Sánchez fue pactar con los del sindicato. Los autorizaba a restablecer el servicio de *valet parking*. Lo segundo, mandar construirse una nueva oficina. No entendía por qué el doctor Ström había decidido atender los asuntos desde el ala del primer módulo, resignándose a un espacio feo e improvisado. Luego de las indefectibles pláticas con los dirigentes sindicales (para que no la fueran a acusar de invasión de materia de trabajo), Sánchez movió sus influencias y, en menos de dos semanas, albañiles cedidos por el municipio habían montado un casetón de paneles prefabricados. Después convocó al personal académico a asamblea general.

En el auditorio, antes de que ella llegara, los investigadores estaban de muy buen humor y bromeaban. Adalberto Glen Uc participaba de ese regocijo contagioso, pedía a gritos, desde la cabina, que hablaran por los micrófonos para probar el audio. Consuelo Sánchez descendió por el pasillo lateral con el ceño fruncido. Volvió sobre sus pasos y exigió con severidad al técnico que se callara. En la mesa recriminó a los presentes su comportamiento escandaloso, se encontraban en una unidad científica, no en el tianguis del sábado. El próximo que hablara sin pedir permiso tendría que retirarse.

Bajo un silencio sepulcral, la directora abrió una carpeta del color de su vestido y sacó hoja y pluma fuente. El pelo se le estaba esponjando solo. Hablaba y los miraba con aire

retador desde la cabecera que solía ocupar Ström, excepto a Virginia Garfio, con quien intercambiaba alguna ocasional sonrisa. Cuando acababa de exponer un punto pintaba una marca en sesgo. Los tiempos habían cambiado, dijo. No sabía, ni le interesaba, lo que hubieran hecho o dejado de hacer con su antecesor. Bajo su administración se ceñirían a objetivos claros y precisos, de obligada observancia para todos. De nada servía ya el investigador solitario, aislado y encerrado en su cubículo. Había pasado de moda ese solipsismo, la actitud absurda de tener algo muy importante sobre que reflexionar. Ella no iba a consentir esas desviaciones cognoscitivas. Así como había que llevar la ciencia a la comunidad, de manera colegiada y bien planificada, era imperativo asimismo traer la cultura a la interdisciplina.

Los académicos lucían bastante confundidos. Tarazona levantó la mano, pero Sánchez lo reprimió sin interrumpir su discurso con un manotazo al aire. Para alcanzar esa noble meta, harían una serie de adecuaciones a la forma misma en que estaban redactados sus proyectos de investigación. Las ciencias sociales y las humanidades, desde sus orígenes, habían operado aherrojadas por las cadenas del machismo, habían padecido las limitantes de una visión vaginoperiférica del universo. Eso habría de cambiar, en *su* UDRI, el centro de gravedad analítico se situaría en otra parte, de su cuenta corría. Como medida inicial, les solicitaba de la manera más atenta que todo sustantivo relevante fuera reescrito en femenino cuando procediera. Consuelo blandía la pluma fuente, el cabello rubio platino se enjutaba detrás de su cráneo hasta casi desaparecer. No admitiría, bajo ninguna circunstancia, construcciones gramaticales como la juez o la bombero, pues debían prevalecer las formas femeninas jueza y bombera. En caso de que alguna palabra, debido a las secuelas del imperialismo mental del macho, no hallase su correlato femenino, el sustantivo debería *obligadamente* ir precedido de ambos artículos definidos. El femenino en primer término, y después el masculino. Vicky Garfio hizo señas de querer intervenir y la doctora Sánchez indicó con su estilográfica que podía hacerlo. Sólo deseaba aportar un ejemplo para ver si se ajustaba al nuevo criterio, que le parecía muy oportuno. ¿Su proyecto, entonces, debía

reformularse “La/el ecoturismo de aventuras”? Era correcto, sí. Consuelo tenía en mente el trabajo en marcha del doctor Ramírez Gallardo. Debía también modificar el título, así: “La pesca responsable de la/el pulpo”. En ese caso no bastaba con sustituir pulpo por pulpa, se prestaría a anfibología. ¿Alguna duda o comentario?, preguntó la directora. Tarazona alzó de nuevo la mano, pero lo ignoraron.

El siguiente punto era todavía más estrafalario. Cualquiera hubiera pensado, al escuchar su relato, que se trataba de un chascarrillo, de una guasa de campus, si no fuera porque Sánchez lo decía en serio. La nueva directora retornó a la cuestión de la cultura llevada a la interdisciplina y anunció que había previsto para ellos una enriquecedora tarea. Con independencia de su proyecto principal, a partir de ese instante cada uno quedaba comprometido a entregar, a la brevedad, un artículo sobre la obra del portugués y Premio Nobel de Literatura José de Sousa Saramago. La idea era aportar un granito de arena a los fastos conmemorativos internacionales que se celebrarían en noviembre de 2007 con motivo del aniversario número 85 del ecuménico escritor. Los ensayos habrían de enfocarse desde la propia área de especialidad. El material recopilado sería incluido en unas actas cuya publicación en forma de libro financiaría el Ministerio de Turismo, Natación, Deporte, Ciencia y Espectáculos. Todo estaba arreglado. Consuelo había hablado personalmente sobre este proyecto grupal con el licenciado Roger Novelo Briceño, que había quedado fascinado, dispuesto a apoyarlos sin condiciones. Además, se contaba ya con el antecedente de la conferencia magistral (somnífera) que el lusitano había impartido en la UDRI. La única iniciativa destacable durante la “desastrosa” gestión del doctor Ström.

El éxtasis de Sánchez era notorio. Entrelazaba las manos con la estilográfica debajo del mentón y movía la cintura de un lado a otro, como sentada sobre chinches. Las hombreras del abrigo parecían aletear, las bombillas del techo del auditorio le conferían un raro aspecto de cantante calva iluminada. El oído aguzado habría advertido un par de felices suspiros sobre la estática de los altavoces. Saramago definitivamente la embelesaba.

Algunos estaban desconcertados. La herpetóloga Dolores Cejudo negaba con la cabeza y abría las palmas como si se dispusiera a entonar un mantra. Jo Berm, Parral Pruneda, Roberta Engelbrecht intercambiaban miradas furtivas. A Andrea Duvel le habría gustado preguntar, si la directora no se hubiera hecho de la vista gorda cuando levantó el brazo, cómo podría relacionarse la sofrología con ese novelista. Juan Vicente Gómez, el vexilólogo, decidió romper la mordaza y manifestó en voz alta que ese cometido, el de ponerse todos, de buenas a primeras, a estudiar la obra de José Saramago, más que interdisciplina podía interpretarse como oportunismo deliberado de subirse a la moto de un tema de interés mediático. Consuelo Sánchez dudó entre expulsarlo de la mesa o responder. Tomó aire, contó en voz alta hasta cinco y lo exhaló formando una dona macabra con los labios. La lambiscona de Garfio tecleaba en su laptop fingiendo no querer perderse una sola de las observaciones de su jefa, quien acabó de hacer sus ejercicios de respiración antifuria y se dirigió a Gómez con todavía más aparatosa impaciencia, como si fuese un niño estúpido. La interdisciplina, por si no estaba enterado, también era difusión. Sin un serio esfuerzo divulgativo la interdisciplina era inconcebible. Volvía a lo que había dicho, de nada servía el investigador solitario, mucho menos un conjunto descoordinado de individuos en sus narcisistas cubículos. El saber debía socializarse. Saramago les brindaba una oportunidad invaluable para ello.

La aproximación interdisciplinaria a esa cumbre novelística debía hacerse, por descontado, desde los presupuestos de la inquebrantable libertad de pensamiento que caracterizaba a una entidad académica como la UDRI. La directora blandía otra vez la pluma hacia el sector de la mesa donde los académicos varones, de casualidad, habían quedado sentados juntos. Se apretaban en las sillas uno contra otro, por instinto, como escudándose. Libertad de pensamiento que debía ejercerse de modo responsable para que quedaran suficientemente resaltados dos aspectos insoslayables del orbe literario saramaguino. Sánchez los amagaba con su Montblanc estilizada, aunque también podía tratarse de una Parker. Por un lado, la sensibilidad femenina que permeaba la obra del gigante luso. Como fuese, en sus dedos porcinos daba la

sensación de ser una peligrosa moharra. Por otro, el mensaje primordial cifrado en cada una de sus páginas, en cada uno de sus párrafos, en cada línea, en cada palabra. Juan había leído una sola novela de Saramago y, como todos los oyentes, dado cabezadas cuando el portugués fue al auditorio a pontificar sobre todos los problemas imaginables del mundo. *La reivindicación absoluta de la mujer contemporánea.* Desde la importancia ecológica de los batracios hasta la miseria en América Latina. *La apasionada defensa de la libertad de las mujeres y la lucha por sus derechos irrenunciables.* No recordaba haber leído en ningún sitio esa pretendida reivindicación feminista. *La mujer había sido injustamente preterida por los esquemas de dominación genérica del macho dominante.* Tampoco le cuadraba que ese texto, u otro cualquiera, pudiese vincularse con la pesca responsable del pulpo en la isla. *Pero hoy ejercía en plenitud su papel de igualdad, cuando no de manifiesta superioridad.* Ni con cualquiera de las investigaciones de los colegas. *La mujer de hoy no retrocedería un ápice.* Ni siquiera a través del opio inyectado de la interdisciplina le cerraba. *No, no, no.* ¡¿Libertad de pensamiento, había dicho?! *Antes sacaría las uñas y se debatiría como una leona. Una leona, sí…*

La doctora Consuelo Sánchez llevaba rato meneando un puño en el aire. Con la otra mano enristraba la estilográfica sobre el mantel ceremonial. Levantó la cabeza con altanería, tenía el vasto pecho agitado. La estropajosa peluca rubia, en fase retráctil invertida, pareció recubrir de nuevo su cabeza, los rizos estaban electrizados. Cualquiera diría que un nimbo le descerrajó una centella. Tomó aire nuevamente e hizo una pausa, trazó otra tachadura en la hoja. El ejercicio interdisciplinario, dijo para concluir la sesión, no era optativo ni estaba sujeto a debate. Era una orden directa. Lo mismo valía para las adecuaciones a los proyectos. Si alguien no estaba de acuerdo que, por favor, se largara cuanto antes.

Rosedal Villadelcampo repartió días más tarde otra circular que levantó ampollas. La doctora Sánchez no se conformaba con imponer a los académicos su feministoide *cultural studies* percepción de la sociedad. Pretendía también que se

cumplieran a rajatabla ciertos “correctivos disciplinarios”. Algunos de ellos, contradictoriamente, machistas en extremo. El comunicado prohibía a las académicas, en lo sucesivo, vestir faldas cortas, pantalones (sobre todo jeans), camisetas musculosas (vade retro) o blusas sin manga. La antropóloga había observado cierta relajación en las costumbres que acabaría incidiendo negativamente en el correcto desempeño de las/los obreros de la ciencia. Todas deberían llevar saco o chaquetón, como ella. Y maquillarse. Que Consuelo no lo hiciera no las eximía de ese deber. Los hombres, bajo ningún concepto, se exhibirían con pantalones bermudas, mucho menos con falda de tartán o escarpines, como había tenido el descaro de presentarse un día el especialista en fenómenos paranormales Douglas Adams. Escuchar música (cumbias) era una atribución exclusiva de la directora, los demás debían abstenerse, pues el sonido interferiría en la concentración indispensable para el análisis interdisciplinario de la obra de José Saramago. Para ir al baño era necesario pedir permiso a la administradora, pasar con la secretaria Susana García Mendiola a apuntarse en una lista y firmar cuando entraran y salieran de los aseos. Cotillear en los pasillos, la galería o los patios sería sancionado con penas que irían desde una simple amonestación a otras muy severas: la suspensión sin goce de sueldo o la expulsión definitiva. Para los asuntos de gobierno se integraría un Consejo Interno compuesto sólo por mujeres y presidido por la misma Consuelo, con voz y voto resolutorios. Durante el horario de trabajo, absolutamente nadie podría salir del edificio sin autorización expresa. Si alguien planeaba hacer trabajo de campo, debía exponer de forma pormenorizada los motivos de su solicitud y se le colocaría un brazalete con localizador satelital para conocer en todo momento su ubicación. Si hubiera alguna actividad académica que ameritara un viaje, el interesado tendría derecho a pedir un reembolso, previo y riguroso cotejo de las correspondientes facturas. Ese derecho no implicaba ningún compromiso correlativo de pago, que de proceder se haría siempre en albos. Distinto criterio regiría las salidas de la directora, locales o internacionales. Recibiría los viáticos en euros y por adelantado.

A la anterior circular se sumó el desaguisado del Consejo

Interno, que sesionó una sola vez y acabó muy mal. Sánchez no concedió la palabra sino a Virginia Garfio (la única cuya vestimenta toleraba). Se la pasó pegando de gritos y diciendo majaderías referentes a la ineptitud de los varones de la UDRI, ni siquiera llevaban guayaterno, eran un asco. Los caballeros, por su parte, trataban de evitarla a toda costa. Incluso Recepcionista, Vigilante y Oficial de Transporte, antiguos aliados, daban la vuelta lo más rápido posible para ocultarse en el almacén ante la inminencia física de esa energúmena obesa que los hostilizaba en público.

Por fin, académicas y sindicalizadas se confabularon en una causa común. Éstas se sentían tan indignadas como aquéllas. Por lo que habían escuchado, sus comadres, las señoras doctoras, estaban siendo víctimas de una inaceptable doble censura, intelectual y a su atuendo. Sobre lo primero no tenían mucho que opinar, nunca habían leído a la novelista Sara Mago. Lo segundo era inadmisible. Ellas se ponían sus tradicionales camisetas azules del ombligo (la faja) para arriba. De la cintura a los pies, llevaban lo que saliera de los ovarios: minifalda, vaqueros ajustados, chándal, shorts, bañador, suecos, zapatos de tacón, patines o tenis. Y sus uñas multicolores pintadas de monitos y arcoíris relucían a mucha honra. Nadie les había dicho nada, eso era discriminación positiva. No lo permitirían.

La rebelión estalló a finales de marzo. Un plantón se organizó delante de la nueva oficina de Consuelo Sánchez. Allí estaba el piquete de las investigadoras, vestidas con ropajes prohibidos y armadas de pancartas con lemas contestatarios. Maggie Parral Pruneda saltaba sin moverse de sitio y levantaba un letrero, ataviada con bermudas y una sexy musculosa a franjas horizontales en azul marino y blanco. Roberta Engelbrecht, en insólito bikini y zapatillas de deporte, echaba hacia atrás sus nalgas macizas, lanzaba puntapiés y palmeaba alternativamente debajo de los muslos. Beatrice Jo Berm armaba jaleo en tanga. Andrea Duvel se había quitado la hopa y la hacía girar a rodeabrazo sobre su pamela mostrando su proteica complexión de fornida europea. Dolores Cejudo sonaba una matraca. Los hombres, encabezados por Marvin Lavadores Rojas y el psicólogo Vázquez Morán, seguían esas evoluciones escondidos tras el

tamarindo. Si Sánchez no gectificaba y supgimía sus medidas opgesogas, advirtió Duvel, iniciagían una huelga de hambge y convocagían a una güeda de pgensa. Las compañeras amotinadas del sindicato, sin embargo, habían concebido una estrategia de golpeteo más expedita. Hasta ese momento se la habían pasado haciendo chistes, pero tan pronto la directora asomó el ensortijado erizo rubio por la puerta entornada, Abigail Domínguez de Guevara y Leydi Rubí Cruz de Magaña arengaron a sus huestes para darle caza. La agarraron por las malas, de la peluca rubia; le rasgaron las hombreras y la zarandearon hasta derribarla al pie del árbol frutal, de donde salieron corriendo varios hombres. Habrían seguido maltratándola si en eso no hubiera hecho su providencial entrada la administradora, en compañía de un representante del ministro Novelo. El funcionario agitaba los antebrazos en son de calma. Con voz gangosa consiguió tranquilizar los ánimos. La contadora pública y la secretaria Susana García ayudaron a la doctora Sánchez a levantarse del suelo y la escoltaron hacia la salida. Gimoteaba, enfangada, renca.

A principios de abril Consuelo Sánchez estaría ocupando de nuevo el trono del INCUYO. Volvería a abocarse al desconocimiento de la realidad indígena nacional y a promover los espantosos bodegones de sus amigas ricachonas, lejos de la interdisciplina y sus tóxicos vericuetos. Entre tanto en la UDRI, durante el interregno que se extendió hasta la llegada del doctor Paris Berlanga Pereira (hasta ayer, martes 29 de mayo de 2007), los investigadores deambulaban por las instalaciones como nómadas sin pastura para las ovejas.

Juan continuaba con los ojos cerrados. En su conciencia aún adormilada comenzaba a infiltrarse “Mi fin de trayecto eres tú” y los rezos iniciales de una multitudinaria sesión evangélica de Natalia. Razonó, entre brumas, que esos funestos sonidos familiares podrían interpretarse como señales inequívocas de que la lluvia había cesado. Se propuso, en un vano gesto evasivo, seguir durmiendo el resto de su vida. Por lo menos hasta que Manolito sustituyera al imbécil de Bocelli por la decadente música electrónica de DJ. Pero entonces recordó que Emiliano estaba bajo su custodia y se

incorporó de un salto. Ahí estaba el ternurita junto a él, sentado precariamente sobre la cama. Balanceaba el torso y burbujeaba saliva chasqueando la lengua por entre los labios a medio abrir. Emi se puso de pie con torpeza, gorjeó una complicada teoría acerca de un tema insondable y cayó sobre el tiro del pantalón de papi dejándole otra regurgitada lechosa que Juan tuvo que ir a limpiar al baño con una toalla mojada. Marcia pitó la bocina del Chevy. Juan fue por las llaves, saludó a su mujer por la ventana (ya se le notaba muchísimo la panza, incluso sentada al volante) y volvió al dormitorio por su hijo. Cerró la puerta detrás de sí. Afuera todavía chispeaba. Enriqueta salió de su maceta, se desperezó estirando las patas delanteras y agitó la cola. El olor a escampada llenó los pulmones de Juan y acabó de despertarlo por completo. Casi se sentía feliz. Miró su reloj mientras atrancaba la verja y sostenía a su hijo con el otro brazo. Emiliano manoteaba juguetón y le metía sus dedos babosos en las orejas, que Juan no alcanzaba a secárselas con el hombro de la camisa. Todavía quedaban cincuenta minutos. Almacenes Manchester era la única tienda en la isla que cerraba a las diez de la noche. Colocó al niño en su asiento de seguridad (el cochecito estaba en el maletero), con los tirantes bien ajustados. Subió al sitio del copiloto y dio un rápido beso en la boca a Marcia. Con su ayuda se proveería de las herramientas básicas para la próxima batalla campal con la detestable doctora Virginia Garfio Sarabia. Miércoles 30 de mayo. Los limpiadores del parabrisas funcionaban a velocidad intermedia. Y pensar que apenas ayer había ganado ese monedero electrónico.

Ordalía académica en Isla Morgan

Le pido a Marcia que me santigüe, aunque es una atea redomada. Me dice que no, esos fetichismos religiosos suelen ser de mal agüero. Me pone una mano cerca de la nariz para que sienta la energía positiva que irradia. Está convencida de que saldré adelante. De cualquier forma, siento un nudo en el pescuezo, un bodoque atorado en la válvula cardias del esófago. La veo junto al espejo del baño y temo quebrarme, soltarme a llorar como una nena. Desde luego hoy, martes 5 de junio de 2007, no llevo corbata. A diferencia de hace justo una semana —29 de mayo— en el desayuno de premiación ofrecido en el hotel Fiesta Tropical y durante la posterior y desagradable audiencia con el tercer director de la UDRI.

Marcia me toma de ambos hombros y se empina para besarme. Le cuesta hacerlo, a los seis meses de su segundo embarazo. ¿Qué será de ella y Emiliano, y de la futura Victoria y de mí mismo si quedo de nuevo al margen de la vida productiva de la sociedad? Marcia tendrá tres hijos, en lugar de dos y un marido. ¿Alguna vez he dejado de ser un poco su hijo? Como sea, tendré que mendigar otra vez unas clases en la U del P, sumergirme en las sección de clasificados de *Diario de Blanco Trópico*, exponerme a nuevas humillaciones ante Pascual Arias o el director de la Escuela de Bachilleres de Ciudad Norte. De verdad me gustaría ponerme a llorar, quitarme las gafas y abrir el grifo del lavabo hasta calmarme, esconder la cabeza debajo de los mosaicos del piso como un avestruz. Marcia me sigue mirando con fijeza, sus facciones se reflejan de perfil en la luna del botiquín. Los castaños rizos renacentistas partidos en dos por una oreja (tiene una hermosa peca en el pabellón y otra más pequeña en el lóbulo). Esos ojos ámbar me infunden coraje pero, al mismo tiempo, temo decepcionarlos, fracasar. Sonríe, me acomoda el flequillo y retrocede medio metro hacia el inodoro para examinar mi vestuario de trabajo de campo. Lo adquirí el lluvioso miércoles pasado en Almacenes Manchester, al canjear parte de los tres mil albos de la tarjeta

de regalo. Pantalones de dril beige y chaleco del mismo color con cuatro bolsillos. Sombrero impermeable amarillo (naturalmente no lo tengo puesto ahora, pero me lo probé hace rato para ver cómo me quedaba echado hacia atrás y sujeto por el barboquejo). Camisa blanca de algodón, calcetines gruesos de uso rudo. Chubasquero. Los botines ya los tenía, así que no tuve que invertir en unos nuevos. "Parecés periodista de guerra", dice Marcia y me da un beso. Hay una humedad sofocante debido a las constantes lluvias. Son las 6:15 am.

Marcia sale del baño y se dirige a la cocina a preparar un biberón. Yo me acuclillo en el pasillo y reviso por última vez que no se me haya olvidado meter nada en la mochila. El cuaderno y suficientes boliatómicas de repuesto, además de los utensilios de excursionista. Me levanto y voy al estudio por el sombrero. Lo doblo y lo guardo también junto con las otras cosas. He decidido no llevar conmigo mi computadora —su lentitud me exaspera— y tampoco acepté el gentil ofrecimiento de Marcia: la veloz laptop que utiliza en la cooperativa. Lo reconsideraré, con probabilidad, cuando llegue el momento crítico de redactar las conclusiones de mi proyecto, la víspera del encuentro definitorio que Garfio y yo tendremos con el doctor Paris Berlanga Pereira dentro de un mes exacto, el jueves 5 de julio. Menos mal que Marcia me lo recordó ayer después de la cena: había dejado la navaja suiza dentro del cajón de mi mesita de noche. Vuelvo al dormitorio a espiar a Emiliano. Ronca como un tabernero. Remuevo entre sus colchas hasta dar con la mantita. La despliego sobre nuestra cama, lo saco de su cuna y lo envuelvo con el paño de franela. Manotea sin despertarse. Marcia me grita que ya está lista. Tomo a Emi con un brazo y con la mano libre, al pasar por el corredor, agarro la mochila. Salimos al garaje, donde Enriqueta nos recibe con bostezos y un aullido indolente. Nubarrones tempranos velan el cielo más allá de la verja y del horizonte de las techumbres vecinas. La aurora imprime al aire una tonalidad rosácea fantasmal.

Es Marcia quien conduce el Chevy. Le dije que, al menos, me dejara pilotearlo durante el trayecto de ida. Con su panza no era aconsejable que se fatigara demasiado, ya tenía bastante con el madrugón y además después debía volver sola

con el niño. Pero ella replicó que yo, tranquilito. Desde mi asiento la veo meter tercera con un movimiento de brazo acompañado por la sutil redondez vibratoria del vientre. Lleva otra vez la mano al volante, reconcentrada con la vista al frente. Tiene puestas sus gafas de miope de alto rendimiento, que debe usar cuando conduce un automóvil porque se le olvidó quitárselas cuando le tomaron la foto para el permiso. Si un policía la detiene y la descubre sin ellas, la multará. Me mira de soslayo a través de los cristales, me pregunta que qué pasa. Respondo que nada, sólo admiro su belleza. Me dedica una mueca de ligero fastidio, como quien escucha a la misma persona contar el mismo chiste diez mil veces. Emiliano sigue dormido allá atrás en su sillita portátil. A esas horas Boulevard Centella está libre de tráfico. Ni siquiera el maldito tren de la miel obstruye la avenida. Franqueamos Glorieta Bandera, bordeamos La Puerta y nos adentramos por el Centro. Enfilamos a la izquierda Platanares y al poco se divisa ya el parque Máxima Norma Constitucional (Columpio Desvencijado). Marcia reduce la marcha conforme nos acercamos al portón de hierro de la UDRI, que aún permanece cerrado.

La antropóloga Virginia Garfio Sarabia ya espera en la acera sentada sobre un saco de dormir. Su mochila, apoyada contra la pared del edificio, es mucho más grande que la mía. Viste sus típicos pantalones bermudas de camuflaje y las bototas Doctor Martens. También lleva chaleco sobre su camiseta bicolor de mangas tres cuartos (blanco y verde oliva). En comparación con el mío, su atuendo no parece de excursionista reporteril sino de tropa de élite. Sobre los hombros, a guisa de capa, se tapa con una de esas chaquetas de marine recicladas (con doble forro, condecoraciones e insignias). “¡Madre mía!”, dice Marcia al verla. Me pongo de hinojos sobre mi sitio y ladeo el cuerpo para dar un beso de despedida al roncador Emi, luego abrazo a Marcia con intensidad pero menos tiempo del que hubiera deseado, de pronto me domina la aprensión de que Virginia Garfio, recostada contra el muro, interprete esa muestra de amor conyugal como un rasgo de flaqueza. Ya me lo había advertido la muy cínica en aquella ocasión de la entrevista con Berlanga Pereira, que me iba a despedazar. Salgo del

coche y saco mis cosas del maletero. El Chevy arranca y lo veo encaminarse hacia el terreno del estacionamiento antes de girar hacia el norte por Héroes Patrios y desaparecer. Murmuro “buenos días” con un tiple que traiciona mi voz habitual. Virginia responde con desganada mudez llevándose dos dedos a la ceja. A esas horas su presencia en la calle me provoca una sensación de infinita soledad. Soy un torero con mochila y sin traje de luces. Ni muleta ni estoque. En medio de un coso desierto, frente a un Miura rechoncho y militar: acechante, de cuernos afilados.

Son casi las diez de la mañana y Virginia y yo seguimos esperando a que pasen por nosotros. Se había acordado que lo harían a las siete. A las nueve y media Vigilante, con cara de resaca y pésimo humor, trajo las llaves del portón. Algunos investigadores aguardaban en las afueras desde las nueve, ansiosos por tener acceso a sus cubículos. Nos saludaron a Garfio y a mí, aunque evitaron acercársenos, no sé si por grima o en señal de solidario respeto. Por fortuna no apareció Marvin Lavadores Rojas, al estadístico le hubiera importado un pepino cualquier cortesía hacia mí y se hubiese puesto a chacharear con su amigota. Antes de que los otros aportaran, Virginia y yo, muertos de tedio, incluso intercambiamos algunas palabras circunstanciales.

En determinado momento, ella se pone de pie para sacarse de encima su chaqueta marine. El cielo se ha despejado y el sol del trópico comienza su abrasadora (apedreadora) remontada hacia el cenit. Observo un tahalí alrededor de la fallida cintura de Garfio, del cual cuelgan tres cuchillos de montaña. Dice que irá por cocacola a un tendejón de por ahí cerca y pregunta si yo quiero una. Respondo que no por cobardía. Si incurro en la grotesca caballerosidad de ofrecerme yo a cumplir esa diligencia, dejaré mis pertenencias a su merced. Ni loco, no me extrañaría que esa arpía me esculcara todo. Y aunque eso no ocurriera, la Colonia Industrial es peligrosísima como para andar buscando una tienda. Después de un rato, Virginia retorna tan campante con una lata en la mano y se echa un eructo a mi lado. Decidimos recorrer nuestras cosas cerca del escalón de ingreso y sentarnos, a prudente distancia, en el bordillo. El calor aprieta, tenemos que levantarnos y refugiarnos en el

vestíbulo.

A las diez cuarenta y cinco un todoterreno derrapa y queda estacionado de culo delante de la entrada. Oficial de Transporte baja de un salto enérgico, sin apagar el motor, y abre la puerta trasera para que Virginia y yo podamos subir nuestro equipo científico. Garfio se trepa sin miramientos al asiento del copiloto; yo me acurruco con desconfianza al fondo en la segunda hilera de asientos. Edgar Mauricio Wilson Guevara López nos explica el motivo de su tardanza. Nos pide perdón de antemano por la demora. En realidad no es su culpa sino del doctor Berlanga, tuvo que ir a cenar a un exclusivo restaurante donde se reunió con el ministro Novelo y otras personalidades, entre ellas la doctora Consuelo Sánchez, a quien por cierto Oficial de Transporte vio muy desmejorada. Berlanga le había pedido de favor que esa noche se desempeñara como su chofer ejecutivo, y ni modos de decirle que no. Se habían desvelado porque luego todos fueron a una discoteca, así que prefirió dormir más esa mañana a manejar cansado. Gracias por nuestra comprensión. Guevara López no menciona las horas extra dobles que tendrá que pagarle la administradora Anastasia Rosedal Villadelcampo. Nos indica amablemente que nos coloquemos el cinturón de seguridad. Yo ya lo he hecho, respondo. Virginia se lo toma a broma y pone las botas contra el parabrisas sobre la guantera. Edgar Mauricio Wilson ofrenda una risita tonta y cómplice y sacude los hombros del otro lado del respaldo. Como usted guste, doctora. Arranca.

Abandonamos la ciudad por una de las salidas sur de Circuito Circunvalación. Dejamos atrás un matadero de ganado, fábricas de cemento, una empaquetadora de huevos y otros productos avícolas, sembradíos de algodón en los que se aprecian unos hombres encorvados con ropas hasta la cabeza. Veo también los techados de cinc y las agujereadas paredes de cartón de las ciudades perdidas. Desde que vivimos en la isla se han ido expandiendo. Edgar Mauricio ha puesto al máximo el aire acondicionado. Al pasar frente a Gran Plaza Galerías del Trópico, me digo que, de salir victorioso de esta ordalía académica, llevaré a Marcia y a Emiliano, y a Victoria dentro de Marcia, a ver una película. No importa que sea muy mala. Luego compraremos un helado a Emi y pasearemos los

cuatro por los largos corredores de ese climatizado santuario del consumo. Su madre y yo nos consentiremos, en el área de comidas, con un cafecito en la terraza artificial bajo techo, remedo tristemente reconfortante de las que pululan al aire libre en Europa. Aunque es probable que a Marcia entonces ya no le vaya a apetecer un café, con eso de la barriga hinchada que presiona el diafragma y las persistentes agruras. Nuevos tramos de chabolas, más diseminadas, detrás del traqueteo del cristal. Ordalía. ¿Por qué pienso en una ordalía? Una ordalía, cualquiera sabe, es una prueba de Dios. En mi caso, una prueba del Dios de las ciencias sociales y las humanidades. Que hoy día es como decir un Dios de la nada. Giramos hacia el este para embocar el camino hacia Ciudad Norte. Toma sus buenas cuatro horas a pesar de que, entre su capital y Blanco Trópico, median poco más de doscientos kilómetros. Pudimos haber salido directamente por el noreste rumbo a la central de abastos, pero Edgar Mauricio Wilson comenta que a media mañana hay mucho tránsito por ahí. Desde Ciudad Norte a nuestro destino restan otros cien kilómetros, dos horas más de agitado viaje. Virginia Garfio encoge las piernas y se remueve en su asiento. Levanta un poco las nalgas y se vuelve hacia mí con algo en la mano: su cinto con puñales. Que por favor lo guarde atrás. Recupera su postura suelas al horizonte. Sopeso las armas y ya me veo apuñalado y pudriéndome en medio de la selva.

La carretera de por sí es estrecha. Tiene un solo carril por sentido, la calzada se halla literalmente comprimida por la espesura. Recorrerla se hace lento y tedioso, la visibilidad es muy limitada, surgen obstáculos por todas partes: baches, ramas caídas, un perro atropellado, pesados zopilotes picoteando la carcasa de otros animales muertos, piedras sobre el pavimento, dos jamelgos extraviados, un camión de carga en dirección opuesta que ocupa todo el espacio y obliga a Oficial de Transporte a hacerse a un lado y sacarse de la manga un arcén entre el follaje. Al improvisar esas repentinas maniobras, su semblante carrilludo se distorsiona y se achata como una caja de zapatos con mechones de pelo. Advierto esa transfiguración en el retrovisor: sus pómulos cobran un brillo bulboso bajo las gafas de sol, la mandíbula parece deslizarse hacia fuera, los dientes se traban y rechinan bajo los labios

crispados. Navegamos en canoa sobre una marejada, hasta Virginia se sienta bien y derecha por momentos y estira los brazos en ademán defensivo (aunque continúa sin ponerse el cinturón de seguridad). Echo mano a la mochila que bailotea detrás de mí, en el amplio maletero, y batallo para extraer mi libreta de apuntes y una boliatómica. Casi me corto con uno de los escalpelos de caza, la muy bruja de Garfio ni siquiera se molesta en llevarlos enfundados. Me gustaría inaugurar una especie de dietario o bitácora. Empresa nada fácil, desde luego, entre tanto brinco y sobresalto.

—Tengo entendido que un práctico nos recogerá en Selva Oriente para trasladarnos después a Isla Morgan —digo esto desde mi asiento, entre tumbos, el cuaderno abierto en mi regazo.

Me propongo distraer un poco a Edgar Mauricio, ayudarlo a relajarse, la tensión muscular en su espalda está poniéndome nervioso. Él se reclina enérgicamente sobre el salpicadero, manipula la palanquita de las luces altas, la hace girar y cambia de intermedias a bajas, vuelve a poner las altas; desactiva el botón de las balizas, lo enciende otra vez. Ningún vehículo nos sigue, pero es todo un profesional y toma sus precauciones. Da constantes volantazos, como esos adictos a las carreras virtuales de fórmula uno sentados ante la consola del videojuego. Su cara de cuadro con cabellos y anteojos solares (los tres llevamos gafas oscuras) me miran a través del rectángulo especular.

—¿Un práctico? La verdad no sabría decirle, doctor. A mí el doctor Berlanga Pereira me dio instrucciones precisas para dejarlos en Santa María de Dolores. Cualquier dato adicional ignórolo por completo.

—Despreocúpate, Ramírez —tercia Garfio desde las profundidades donde se arrellana. No se aprecia nada de ella, salvo el antebrazo regordete y peludo que descansa (y estorba) sobre el freno de mano. Veo también sus Doctor Martens, las carnudas espinillas marcadas por cicatrices y costras—. Al práctico no le costará encontrarnos, en caso de que no nos esté esperando ya.

Más adelante topamos, no con una patrulla policiaca, sino con un retén militar. Virginia ni se inmuta, sigue con las patotas al frente y violando impunemente el reglamento de

tránsito. Un operativo anti-*posma*, al parecer. Un soldado se aproxima hasta la ventanilla de Edgar Mauricio, masculla “buenos días” y pide tarjeta de circulación y documentos. Otro abre la puerta corrediza lateral, se asoma al interior e introduce a un perro ovejero que me olisquea las piernas flexionadas y los huevos. Escucho que detrás de mí abren el maletero y siento la sombra de otra figura larga y uniformada. Otro can, un caniche, fisgonea sobre los bultos y luego me olfatea y me hace cosquillas detrás de las orejas. Cierran atrás y el del ovejero me pregunta si llevo conmigo algún tipo de droga o estupefaciente. Digo no. ¿Alcohol? No. Solicita mi identificación y se retira a comentar algo con los del puesto. Virginia cruza los brazos detrás de la nuca. Al rato retorna el milico y mete su jeta de bulldog con casco en la carrocería.

—Hay un pequeño detalle, jefe —me dice con la reticencia inocentona de los matones que integran las fuerzas del orden —. Usted es extranjero.

—Lo sé —trato de responder con afabilidad. Estoy cagado de miedo, pero me esfuerzo en disimularlo. Cualquiera queda a manos de un pelotón de bestias armadas hasta los dientes en medio de un camino que atraviesa la selva—. Por eso mismo le he entregado mi pasaporte.

—Ya. ¿Y su permiso de residencia?

—Puede ver el sello impreso en las páginas finales.

—¿A qué se dedica, señor?

—Soy investigador de la UDRI —me guardo muy bien de mencionar la reciente reasignación de mi plaza al inventor de la cafetera parlante, o de entrar en pormenores acerca de la “contingencia superveniente” que nos ha traído a Garfio y a mí hasta aquí. Aclaro que no soy un detective privado sino un simple académico.

Debe consultarlo con el sargento, dice. Saca el torso del vehículo y lo veo cruzar frente al parabrisas con mi pasaporte abierto entre sus dedos. Me pongo nervioso cuando, junto a sacos de arena y metralletas con trípode dispuestos entre matorrales a un costado de la vía, se forma un corrillo que hojea por turnos mi salvoconducto. Los cascos se vuelven hacia donde nos encontramos detenidos. Edgar Mauricio mejor apaga el motor. Al final lo examina un hercúleo rubio

con charreteras, cuya blancura contrasta con la piel fosca de los subordinados. Se lo devuelve al bulldog, éste regresa hacia nosotros a paso lento y con el casco inclinado. El círculo se disuelve y un elemento quita algunos de los conos fosforescentes que bloquean la senda.

—Aquí tiene— bulldog entrega toda la documentación a Oficial de Transporte. Inquiere un poco más sobre si él y Garfio también pertenecen a esa universidad, o lo que sea, donde trabajamos. Virginia ahora ronca a pierna suelta, desde donde estoy se aprecian las vedijas siniestras de su sobaco. Será muy difícil derrotarla. Con esa sangre fría, la muy cabrona—. Pueden proseguir.

Arribamos a Santa María de Dolores cerca de las 6 p.m. Santa María es uno de los cuatro municipios de la sureña provincia Ciudad Norte, lo mismo que Isla Morgan (un municipio insular). Aunque en esta última no gobierna alcalde alguno sino el Gran Jefe Yoma, también llamado Cacique Alguacil. El Gran Jefe Yoma es el preciado objetivo de nuestro viaje.

Guevara López da un par de vueltas a la plaza central de Santa María, que equivale a decir el pueblo entero. Nada hay en este villorrio aparte de una docena de casas mal pintadas y con techos de cemento. La sede consistorial, que alberga las oficinas centrales y el calabozo; una iglesia colonial hechiza, un tiovivo oxidado con bombillas y cables parchados conectados a una toma de un poste. Un feo edificio de cuatro plantas que descuella sobre el resto de las construcciones. Todo en un rectángulo en cuyos vértices convergen encenagadas bocacalles de terracería.

Estacionamos frente al edificio. Ningún letrero lo indica, pero es de suponer que se trata del hotel. Nos apeamos los tres. Al abrir la puerta de vidrio opaco tenemos que arrimar el hombro, el averiado mecanismo de regulación neumática la traba. Un murciélago revolotea espantado sobre nuestras cabezas. Nos dirigimos a la recepción, aunque semejante cosa no existe. Ni felpudo para limpiarse el lodo de las suelas en el umbral. Ni campanillas, ni escarpias para colgar las llaves. Tampoco casilleros donde depositar algún mensaje urgente. En el zaguán lóbrego una ínfima lamparilla pelona pende del cielo raso. Huele a orines y la humedad ha descascarado y

enmohecido los muros. Está infestado de mosquitos.

Después de unos buenos minutos de llamar a gritos, baja por las escaleras un muchacho sonriente y despeinado. Se apoya en un barandal de hormigón coronado por un pasamanos imitación bronce. Se planta frente a nosotros bostezando en la penumbra, sin decir nada. Tiene aspecto de acabar de despertar de una siesta tardía. Ante esa desconcertante pasividad hostelera, Oficial de Transporte pone en práctica las habilidades negociadoras que ejerce cuando no se está agarrando a piñas con su compadre Dino Rogelio Nelson Magaña Peña.

—Muy buenas tardes, amigo. Permíteme presentarte a los señores doctores Virginia Garfio Sarabia y Juan Ramírez Gallardo, respectivamente. Son reconocidas eminencias a nivel internacional. La señorita Susana García Mendiola, la secretaria de nuestra… empresa, habló contigo para reservar dos habitaciones por tres noches. ¿Están listas?

El chico nos contempla con la boca entreabierta, se lleva las manos al ombligo y se lo rasca. Luego se carcajea, prueba irrefutable de que hemos incursionado en territorio yoma. Los indígenas de la isla se ríen saludablemente antes de responder cualquier pregunta. Las risas producen un eco brumoso en el claroscuro del portal. Se limpia los mocos con los nudillos. Cuando consigue tranquilizarse, silabea:

—*Bak el ub-ak Pa-jal, mink nong Te-le-fo-no*.

—¿Cómo? —exclamamos al unísono Guevara López, Garfio y yo.

—No tengo te-lé-fo-no, no hago re-ser-vas. Dos cuartos haber en el pi-so su-pe-rior.

Bajamos nuestras mochilas. Edgar Mauricio Wilson se despide pues debe emprender cuanto antes el regreso, no quiere que lo agarre en carretera la noche cerrada. Nos estrecha la mano y nos desea mucha suerte, que gane el mejor. Sube al todoterreno y acelera con un chirrido de neumáticos que nos salpica de barro. Lo vemos dar la vuelta a la plaza y desaparecer. El chaval se recarga contra la puerta para ayudarnos a pasar. Sonríe divertidísimo y luego le da un nuevo ataque de risa. Me escuecen los brazos, llenos de ronchas frescas; tengo que palmearme continuamente para evitar que los insectos se ceben en mi cuello. Tan pronto me

instale en la pieza me voy a bañar en litros de repelente. Antes de entrar en ese inmundo hotel, Virginia y yo nos quedamos mirándonos. Por un instante tengo la ilusoria, falaz sensación de que me encuentro en una coyuntura amistosa con un compañero de viaje.

—Ramírez —me dice.

—¿Sí?

—¿Te gustaría dormir conmigo?

Tal proposición me quema el cutis. Los párpados me arden, mis mejillas deben de estar como los propulsores en ignición de un transbordador del espacio.

—A ver, no te sofoques, Ramírez —Garfio emite un jijiji perverso. Seguimos ahí, salpicados de lodo y con nuestros bártulos al pie del edificio. El muchacho continúa a la espera apoyado contra la puerta. Ya no se fija en nosotros sino en el carrusel, que ha empezado a girar con sus lucecitas y frente al cual se congregan varios niños y adolescentes yomas.

—Un economista como tú debería entenderlo —se explica Virginia—, la conveniencia de compartir gastos. No sabemos si Berlanga Pereira nos autorizará los reembolsos. Reducir el hospedaje a la mitad sería bueno para ambos. Pero como quieras, tampoco voy a rogarte.

Casi se me doblan las piernas al imaginarme en una situación de intimidad (aunque sea relativa) con Garfio. Su desnudez velada a medias por un camisón, o lo que se ponga para dormir (pintura dantesca), que se vaya a descoser a pedos. ¡Los gases mortíferos que debe expulsar! Quizá sea una estrategia para exterminarme antes de empezar nuestra lucha. Carraspeo, agradezco la gentileza pero sinceramente no puedo aceptarlo.

—Como gustes, Ramírez. ¿Cenamos juntos entonces?

La insistencia de Virginia comienza a ser agobiante. Seguro planea verter veneno en mi plato mientras me levanto al baño. Me gustaría llamar a Marcia para acusarla, pero hace unos segundos saqué el móvil del bolsillo y comprobé (con alarma) que no hay cobertura. Además, mi esposa tampoco puede hacer nada a millas de distancia, ya estoy grandecito para defenderme. Me excuso diciendo que no contemplo comer en forma, prefiero picar algo sencillo en cualquier sitio. ¡Qué coincidencia, justo lo que ella tiene en mente! Me

hago el que la Virgen me habla, recojo mi mochila y espero junto al chico a que Garfio trasponga el umbral. Subimos casi a ciegas por los peldaños malolientes. El mozo nos entrega las llaves de nuestras alcobas, para mi mala fortuna interconectadas por dentro a través de otra puerta. Enciendo el foco sobre la cabecera de la cama (a golpe de vista percibo varias cucarachas en el techo), saco la linterna de mi bolso, doy una propina a nuestro anfitrión y cierro despavorido tras de mí. Escucho que Virginia desempaca del otro lado de la pared. Busco un mueble con que atorar la manija del paso interno. Tengo que empujar un pesado sillón de madera carcomido por termitas. Las patas crujen al arrastrarlo. Echo el cerrojo, que no encaja en el marco, y pongo la herrumbrosa cadena de seguridad. Providencias inútiles, no pienso enclaustrarme en esta covacha sin echar primero un vistazo al pueblo. Destrabo la cadena, giro el pomo con mucho cuidado. Abandono la estancia caminando con las puntas de los pies. No se ve nada. Acciono la linterna. Por poco me desplomo por las escaleras.

Lo primero que encuentro al salir a la calle es a la doctora Virginia Garfio. Tiene malas noticias. Anduvo haciendo averiguaciones por la zona —exagerada manera de aludir a la plaza— y no queda un solo comedor abierto a esas “altas horas”, según le informó una viejita antes de entrar a su casa y cerrar cortinas y ventanas. Apenas pasan de las nueve. Ya no funciona el carrusel, está desconectado. Hace rato, por efecto de una súbita niebla, se formaba una verdosa aureola mortecina sobre la cima del poste iluminado. Ahora el fanal también está apagado. Damos unos rondines por la plaza a oscuras aguantando las embestidas de los mosquitos. Traigo el mismo pantalón de la mañana, lo atraviesan como si estuviera hecho de muselina. Preguntamos a algún vecino trasnochado si sabe dónde podríamos merendar algo, y ratifica la información proporcionada por la anciana: ni siquiera hay algo parecido a una casa de comidas cinco leguas a la redonda. A mí, más que algo sólido, me urge una cerveza Blanca Luna. Mataría por una cerveza Blanca Luna. Mataría a Garfio por una cerveza Blanca Luna. Nos encontramos a otro carcamal y le preguntamos lo mismo. No para de carcajearse en tanto se balancea en su mecedora. ¡¿De qué carajos se ríe?!

Volvemos frustrados al hotelucho, yo con la nariz sembrada de habas urticantes. Digo a Virginia que podríamos probar con el recepcionista, a ver si él consigue cualquier bagatela que podamos llevarnos a la boca. Pero ella lo vio partir con unos amigos antes de que yo bajara. Llevaba un zurrón, seguro no regresará hasta mañana. Nos detenemos frente al edificio resignados al ayuno nocturno. Hemos dado siete u ocho vueltas. Me separo de Virginia con dos pasitos laterales. No soy tan suicida como para subir con ella hasta arriba. Resolución que sin embargo no me impide ponderar, a fin de limar asperezas, la ventaja de despedirme de beso. Me quedo con la cara inclinada y los labios fruncidos. La veo alejarse, es una tanqueta artillada. Me estremezco. Antes de patear la puerta con la suela de una bota, se detiene para rascarse la parte posterior del muslo.

A la mañana siguiente, el chico llama a mi habitación. Pasé un insomnio de perros, las cucarachas me granizaban del techo. Tuve que taparme hasta la coronilla con las sábanas, pero olían a humanidad, a persona que lleva varios días sin ducharse ni cambiarse de ropa. Me levanto despeinado, bostezo, entreabro la hoja y le comunico que bajaré en un minuto. Mi señora esposa, ríe el encargado junto a la puerta, ya ha desayunado y salido de excursión. Agradezco sus atenciones. Me gustaría, eso sí, le digo, dejar bien en claro que la doctora Garfio no es mi mujer. Vuelve a reír. Cierro, busco mis gafas y mientras meo me miro en un largo espejo roto del baño. Estoy cubierto de costras con sangre.

El desayuno está servido en una mesa dispuesta para la ocasión en el zaguán. Si no me apuro lo harán las moscas. Es verdaderamente asqueroso. Un huevo frito remojado en aceite turbio, la yema petrificada. Café aguado y un cacho de pan tan duro que al morderlo me cimbra un colmillo. He bajado conmigo la guía de Blanco Trópico que compré en el DF. No he traído más bibliografía. Leo. *En 1770 hubo una Guerra de la Casta Yoma, la cual sumó a su causa mestizos, negros y mulatos. De haberse prolongado más allá de una milagrosa sequía conciliadora de intereses opuestos, el conflicto se hubiera saldado con el virtual exterminio de la población blanca.* Un recuadro, al margen de página, resalta que a mediados del siglo XIX tuvo lugar otro choque atroz con resultados funestos para ambos

bandos. A continuación se expone una serie de generalidades: *los yomas selváticos profesan un sincretismo religioso. Sobre el altar, junto al Crucifijo cromático tallado en roble, veneran al Sagrado Rinoceronte Blanco (hoy extinto en Blanco Trópico). Son taimados, empedernidos fumadores de la raíz alucinógena pos-tuc, abstractos contempladores del zodiaco, eficaces yerberos medicinales, enemigos acérrimos del industrioso espíritu pragmático protestante. Saben construir con habilidad pozos y norias, extraen agua con cangilones entretejidos de pleitas de esparto y palma. Sus acequias abastecen reservorios ejidales, para pulverizar el maíz sembrado emplean unos toscos molinos. En época de marea roja, las mujeres recolectan diversos cereales silvestres. Los islamorganeños se alimentan fundamentalmente de la pesca y se ocupan poco de la agricultura y la ganadería. Salvo por algunos gallineros y pocilgas para la engorda del cerdo salvaje.* Lo relativo al pulpo me lo sé de memoria: durante la temporada de captura venden una abundante cantidad a las plantas exportadoras y refrigeradoras. Alzo la taza y pido al jovenzuelo un poco más de chapopote diluido.

—*Mink nong ca-fe* —ríe con sus dientes granados, y luego dice en español—: Tu es-po-sa se lle-vó lo que que-da-ba en un ter-mo.

No sé si es idiota de solemnidad o nomás se hace, pero no voy a desperdiciar mis energías para convencerlo de que el odio que me vincula a Garfio es estrictamente profesional. Mejor que ya no quede nada de esa aguachirle alcaloide. Así me ahorraré una diarrea y me libero de paso de la repulsiva moscarda que sobrevuela con insistencia los restos de mi plato gelatinoso. Al levantarme noto un churrete de grasa en la pernera. Arriba, dentro de la mochila, tengo unos pantalones de repuesto, pero me conviene reservarlos. Subo al cuarto a lavarme los dientes, no hay agua. Adiós regaderazo. Me limpio en seco con dentífrico. Tomo sombrero y cuaderno de notas y salgo con optimismo creciente a cumplir mis funciones de reportero académico de campo.

La calcinadora pesadumbre solar de Santa María de Dolores demuele mi entusiasmo en menos de cinco minutos. El calor es todavía más insoportable que en ciudad Blanco Trópico. Pertinaces remolinos de polvo caliente me envuelven mientras camino. Entorpecen mi visión pese a mis anteojos de

sol graduados y el sombrero. Ráfagas de lumbre airosa me lo arrebatan de la cabeza y lo tiran al piso. Debo recogerlo y desdoblarlo y sacudirlo, ajustarme el barboquejo con fuerza hasta hacerme doler la papada. Con el rostro inclinado contra las rachas de viento ardiente, deambulo alrededor de la plaza y me palpo los bolsillos del chaleco en busca de algo que pueda protegerme. Pero ni los bolis ni un cuadernillo Moleskine de emergencia —lo traigo por si pierdo el que tengo en la otra mano— ni la navaja suiza pueden brindarme amparo. A ratos intento refugiarme en alguna sombra, pero ni siquiera la mía se proyecta en la tierra pedregosa. La plaza es una extensa y desolada plancha de cemento donde se levanta un templete con el techo fracturado. Hay bancas de hormigón, hediondos botes de basura, el único árbol de ese paisaje reseco: un flamboyán escuálido. En un ángulo junto al tiovivo —instalado en plena calle—, casi frente a la iglesia, la pista resquebrajada de baloncesto. El aro está torcido, no tiene red sino una cadena de eslabones oxidados y rotos.

La colecta de datos no resulta particularmente enriquecedora. Los informantes yomas muestran escaso interés en colaborar. No podría definir su actitud como resistencia, se trata diría yo de una indolencia consustancial insuperable. Pese a ello, tras mucho insistir en mis encuestas, reparo en algunos indicadores. La primera dificultad consiste en localizar a los individuos objeto de indagación. Al mediodía, en tanto "amaina la calor", mucha gente se confina en sus viviendas. Comprensible, yo haría lo mismo si al menos hubiera aquí un Johnny be Good adonde ir a perder la mañana. Aun así me topo con unos cuantos varones, de edades aproximadas entre 15 y 45 años, que dormitan como iguanas en las bancas a pleno sol, o sobre las tapias de piedra de las fincas. Se cubren la cara con sus raídas sudaderas, o con trozos de camisetas viejas, igual que los albañiles de la urbe. Se ríen antes de administrar sus parcas respuestas, por más cansados que estén. El motivo por el cual yacen tendidos, me explican, es que esperan que alguien los contrate como temporeros para un trabajo de albañilería. El problema radica en que la "industria" de la construcción en Santa María de Dolores está *de-te-ni-da (mink nong)* desde hace varias décadas. Todos se conocen ahí y cada quien sabe —cuando se

torna realmente imprescindible— reparar sus propias cosas. La mayoría son pescadores, sobre todo de pulpo. Por ahora sobrellevan la temporada de veda en horizontal, ofrecen sus servicios al mejor postor (o sea, a nadie). Cuando concluya en agosto, como cada año, el Gran Jefe Yoma de Isla Morgan les dará instrucciones para ponerse a faenar. Integran dos cooperativas, esta del pueblo y la otra de allende del mar. El Gran Jefe Yoma, a quien llevan todo lo obtenido, obra como juez inapelable en caso de que surja algún conflicto en el reparto. Tomo nota de estos temas con rápidos apuntes en el cuaderno grande (un Miquelrius español nuevo, de amplios renglones en azul y tapas negras). El sudor se me escurre desde el sombrero. No me parece que la idea de cooperativa concebida por los yomas se asemeje a la próspera sociedad de horticultores donde labora Marcia. Agradezco a mis interrogados, con una venia, las valiosas aportaciones que les he podido sacar con tirabuzón. Se ríen sin cambiar de postura. Los que están tumbados encima de las albarradas que delimitan los papayales sacuden sus risueños vientres a la altura de mis anteojos. Ante esa renovada exhibición de indómita pasividad, infiero que las mujeres deben de ser las que hacen todo el trabajo. A las afueras de la villa me tropiezo con abundante flora platanera. Me queda claro que estos yomas de Selva Oriente no morirán de hambre aunque permanezcan en pasmo el resto de la eternidad.

Retorno al tugurio con la tarea hecha. No considero necesario —ni factible— averiguar mucho más. Subo a la habitación a guardar mi Miquelrius en la mochila. Todavía no hay agua, así que echo una tibia meada sobre las irisadas capas anteriores y bajo de nuevo al zaguán después de lavarme las manos sólo con jabón. Mi hotelero me agasaja con un potingue aún más vomitivo que el desayuno. Ahuyentaría hasta a las amibas. Tengo el buen tino de probar sólo una cucharada con la punta de la lengua. Me excuso de ingerirlo alegando alergia a la salmonela, que es el ingrediente menos nocivo que creo identificar entre los corpúsculos cartilaginosos de esa humeante viscosidad negruzca. Por supuesto, le da mucha risa. Pregunta si quiero postre y digo sí, de lo que me arrepiento de inmediato pues me trae un platito con el mismo contenido —que vierte del

otro plato— y una cucharita. Me pongo de pie, balbuceo algo sobre estar indispuesto y enfilo con presteza hacia las escaleras mientras escucho a mis espaldas sus joviales carcajeos. Quizá tenga un problema neurológico. Él, quiero decir, y todos los yomas. Cuando me acuesto chirrían los muelles del colchón y se astilla la base de la cama. Ahora tampoco hay electricidad, no puedo encender el ventilador. Antes de rendirme a una pegajosa siesta confirmo que el acceso, desde el aposento de Garfio, continúe herméticamente sellado. Sigue ahí el tocador sin espejo que arrumbé para reforzar el sillón de bloqueo. Nadie ha pasado a hacer el cuarto, ni pasará. Cierro los ojos tras sacudirme de encima una tenue lluvia de cucarachas que no se han enterado de su hipotética naturaleza nocturna. Cuando siento que mis resuellos se hacen más intensos, que por fin acaricio los linderos de la inconsciencia, golpean con fuerza. Debe ser el chico para ofrecerme otro postre o alguna locura parecida. Me incorporo de mal humor.

Abro la puerta y me encuentro con una especie de guerrillero camboyano de tiempos de Pol Pot. Incluso en la penumbra pestífera es notorio que Virginia Garfio está completamente insolada. Frunce el ceño hinchado y enrojecido como si continuase expuesta a una irradiación atómica. Tiene los antebrazos manchados de cal y chamuscados bajo el chaleco. Sus ojos, sobresalientes y redondeados hacia fuera de las órbitas, lucen de pronto cual ranuras de hucha, cualquiera juraría que se ha dejado puestas unas antiparras de natación. Saco un poco más la cabeza por el vano y soy testigo de una escena singular. En el rellano, a lo largo del último tramo de escalones de ese cuarto piso, reconozco a los mismos informantes que entrevisté hace unas horas. Algunos todavía llevan trapos sobre la cabeza, distingo las sandalias de plástico de uno que estaba tendido sobre las rocas. Hacen cola frente a la habitación de Virginia, quien ha instalado una mesita con una farola portátil de campismo y su computadora, que trabaja a batería. Es admirable que haya conseguido traerlos en procesión hasta acá. Aguardan de lo más quitados de la pena, hacen comentarios en su idioma y luego se ríen con estridencia modulada. Sospecho que los haya sobornado.

—El guía te está esperando allá abajo para que arregles el precio de la excursión de mañana. Yo vengo de allá, de las salitreras. Fue espectacular, te recomiendo el paseo.

Virginia me dice esto y yo me pregunto si el tal guía no será un sicario contratado por ella para llevarme allá, descuartizarme y disolver mis restos en cloruro de sodio. Salgo y cierro mi puerta, pido permiso a la concurrencia y desciendo con creciente temor las escaleras. Percibo un olor acre, a humanidad terregosa dentro de un establo caliente.

—Antes de subir —me grita Virginia a través del cubo de paredes— te aconsejo probar la sopa de larva de caracol y algas que preparó el muchacho. Está deliciosa.

En la calle, me agota el regateo. El guía resulta ser un primo del recepcionista, que se me ha pegado como chicle. Aquel dice, por ejemplo, doscientos cincuenta albos, y luego ambos se ríen como hombres lobo bajo la luna llena. Ojalá saliera la luna, son cerca de las seis de la tarde y la temperatura debe de continuar por encima de los 45°C. No se vislumbra una sola nube, el cielo es un inmenso y llameante pabilo blanco. Pregunto cuánto le cobró a la doctora Garfio, responde a carcajadas que eso fue entre la señora y nos, hermano. Ciento setenta albos. Ciento cincuenta. Ciento veinticinco. Ni él ni yo, setenta y cinco. Declino la invitación, en realidad no me interesan las salitreras. Está bien, veinticinco albos, sólo por tratarse de mí, por adelantado. Saco mi cartera, pago y vuelvo a subir. El descansillo parece ahora los vestuarios de un equipo de futbol de tercera división. Los deponentes yacen tendidos en el piso y hacen chanzas, Virginia aporrea las teclas. Salto algunas extremidades, el plan es tomar la guía, mi cuaderno o lo que sea y largarme de ahí hasta que acaben. Me he dejado la llave dentro, me lleva la chingada. No localizo al encargado en el zaguán, de donde me expulsan los mosquitos que me aran las orejas. Tengo que dar vueltas alrededor de la plaza hasta que el sol se oculta.

Por la noche, tras la última misa del atardecer, los hombres mayores del pueblo desaparecen y emergen los niños y algunos preadolescentes que corretean y se trepan al deteriorado carrusel. Uno de ellos me hace señas. Al acercarme, me pone al tanto de que mi esposa está montada

sobre uno de los caballitos. Me pregunta si no quiero que lo paren para que yo también pueda subirme y acompañarla en la diversión. A cada vuelta la base del armatoste giratorio se inclina peligrosamente hacia el suelo por culpa del peso de la Garfio. Lo detienen, sin que yo me haya manifestado, y me piden que me coloque en el otro extremo para nivelar la carga. Luego lo abordan varios chiquillos que pegan de gritos, y alzan y bajan las manos, y patalean y sacuden las caderas sobre sus oscilantes monturas. Después de unas cuantas rondas me despido del jolgorio infantil. Tengo el estómago vacío y estoy mareado. Corro a encerrarme en mi cuarto, ya he recuperado la llave.

Al día siguiente, jueves 7 de junio, hago con el guía la expedición por las salitreras. He consumado una pequeña venganza apropiándome —como hizo Garfio ayer— del termo con café aguachinado. No se equivocaba mi odiada compañera, son un auténtico espectáculo. Vamos a paso vivo sobre un carrito de golf al que le han adaptado unas voluminosas ruedas para poder transitar sobre los breñales y pedregones que anteceden ese hermoso paisaje lunar. Voy recuperando la confianza, creo que no me van a destazar aquí. Nos internamos por trochas abiertas en los matorrales, entre zanjones y desfiladeros arbóreos, junto a insólitas pistas de crepitante hielo granuloso que adquiere sorprendentes matizaciones tornasol y se evapora en halos de arcoíris. Sólo una vez he estado en un sitio similar, en una geografía radicalmente distante, gracias a una salida recreativa con mis suegros en los Andes patagónicos. En un tramo, el guía patina sobre el mineral salino, lo que produce un brusco derrape y a mí escozor en la garganta y una crisis alérgica generalizada. Me ataca una oleada de pánico, se me cerrará la garganta y tendré que hacerme una traqueotomía con mi boliatómica. Me aferro al brazo tubular engarzado al costado derecho del carrito. El guía se inclina sobre el manubrio y se monda de risa.

Al volver al hotel me siento abrasado por debajo de la ropa, los malares me crepitan como panceta echada a una sartén. Y eso que me puse bloqueador y no me quité el sombrero. Doy una generosa propina al recepcionista para que me consiga una bolsa de papas fritas y tres Blancas Luna. Demora siglos y

luego me explica que tuvo que beber una de mis cervezas en el camino, hacía mucho calor. No salgo más de la habitación. Cuando atardece, el cura hace sonar las campanas. Después el carrusel y el bullicio de los impúberes. No lo aseguraría, pero por un instante creo que alguien grita “Doctor, baje, acá ya lo espera su esposa”.

Vuelve la energía eléctrica un par de horas, lapso que aprovecho para apagar mi linterna y cerciorarme de que mis cosas estén bien acomodadas en la mochila. Intento marcar a Marcia por el móvil pero está claro que no hay (ni habrá) señal. Tampoco hay locutorios en la villa. Ni hablar, a aguantarse como hombrecito. Los grifos de la ducha escupen unos borbotones turbios bajo los cuales me doy una aceitosa refrescada, con tal de no encontrarme hoy a Virginia. Estoy literalmente fumigado, me duelen los huesos y las articulaciones. No me extrañaría que me diera fiebre. Trato de redactar un cuento para *Rata rabiosa* recordando la reciente experiencia de las salitreras, pero no logro concentrarme. Escribo en el cuaderno “serrallo”, palabra que podría utilizar en el cuento sobre el sultán y las feladoras del café como sinónimo de harén, o en lugar de “corte”. ¿Algún día conseguiré redondear de una maldita vez *La garza ojona?* ¡Ah, las penurias del arte narrativo (o de la carencia de él)! Lamento no haber traído conmigo un buen libro. Marcia me lo advirtió pero yo, necio, me emberrinché en que iba a estar muy atareado para distraerme con lecturas. Debo de haber bajado ya unos dos kilos. Me apresto a dormir como tronco, que se indigesten con mi sangre los mosquitos, que las cucarachas me lluevan encima. Mañana, viernes 8 de junio, proseguiremos el periplo rumbo a Isla Morgan.

Llevamos cinco horas achicharrándonos en la playa, esperando al práctico que, según las indicaciones de Paris Berlanga, debería recogernos. Santa María de Dolores está enclavada en Cabo Madreperla, en el ápice noreste de Blanco Trópico. Una lengua oceánica de tres kilómetros de ancho nos separa de nuestro destino. La costa que alcanzamos a vislumbrar.

—Me parece, Ramírez, que tendremos que buscar otra alternativa —dice Virginia sentada sobre su mochilón. Se ha encasquetado un pañuelo rojo con motas azules en la cabeza,

a la usanza pirata. No sé cómo puede llevar puesta la chaqueta de marine. Pasa un dedo alrededor de la caña de una bota Doctor Martens y a continuación se huele la yema.

—Estoy de acuerdo, Garfio. ¿Qué sugieres?

—No sé, regresemos al pueblo a ver si alguien nos quiere pasar.

Nos ponemos de pie y cargamos a cuestas nuestros equipos. Noto que Virginia no es especialmente cuidadosa con su laptop, podría escurrírsele por el cierre entreabierto de su bolso y romperse al caer. Además, la tapa gris está tan mugrosa que semeja la placa de huellas dactilares de un laboratorio de criminalística. En la plaza mayor hallamos acostado en una banca a nuestro hotelero, a quien le exponemos nuestra situación. *Mink nong,* contesta haciendo una visera con la mano. Insistimos y le ofrecemos dinero, lo considera. Por lo que entendemos, existe la remota posibilidad de que su primo el guía esté libre, ya que aparte de nosotros no ha llegado más turismo. Nos cobraría igual que la expedición a las salitreras, y otro tanto para él por concepto de gastos de representación. Virginia bromea que apunte eso en mis “cuadernitos”. Los yomas de estas comarcas son unos tiburones para los negocios.

Nos salvaguardamos del sol en el pestilente portal de la posada. Han vuelto las ratas alíferas, se escuchan sus chillidos al fondo en el cubo de las escaleras. Garfio me pregunta cuánto pagué por el paseo. Respondo con otra pregunta inquiriendo primero la cantidad que ella entregó. Diez albos, dice. Desde las alturas se desploma un mojón de guano que cae cerca de nuestros pies con un ruido blandengue. O quizá sea mierda de lagartija, no sé. Los mosquitos revolotean frenéticos alrededor de nosotros como si hubieran encendido ellos mismos (y pilotaran) un helicóptero desquiciado en esa cueva abrasiva. Se mofa de mí cuando miento y digo que transé quince. Me palmeo la frente con impaciencia. Por eso mis probabilidades de éxito, opina, son casi nulas. Soy un ingenuo, dice. Estoy por ensayar una réplica iracunda cuando vemos aparecer en la calle, abrazados por los hombros, al negociador y su primo. Sobra decir que vienen riéndose. Diez albos por persona a cada uno, es decir cuarenta en total (veinte y veinte), y el guía nos hará el excepcional favor de

asumir el papel de capitán náutico y depositarnos en la otra orilla. Abandonamos los tres esa cámara de miasmas y volvemos a someternos a una fatigosa y larga caminata por la playa hasta una pequeña plataforma podrida: el atracadero. Casi me corto con una alcayata recubierta de óxido que no hace mella en las Doctor Martens de Garfio. Un cordel deshilachado sirve de amarra. Nuestro intrépido almirante lo desata mientras Virginia y yo embutimos donde podemos nuestras pertenencias y asentamos el trasero en los duros tablones. Entonces me percato de ello. La precaria lancha, casi una canoa, no cuenta con motor a gasolina. El timonel nos proporciona unas palas de madera acanalada y húmeda, de muy reducido mango, que llama remos, y él se hace con una espadilla que sumerge para hacer palanca e impulsar la nave. Pega unos salvajes alaridos en yoma, supongo que para infundirnos fuerza y coraje, y acto seguido comienza a marcarnos el ritmo a Garfio y a mí. Un, dos, tres, dentro, un, dos, tres, fuera. Virginia dispone, a estribor, de un tolete donde apoyar la vara, y de unos brazos cortos pero firmes que no parecen resentir el brutal ejercicio. A mí me duele hasta el pulgar del pie cada vez que flexiono el tronco hacia adelante y describo un círculo en el aire con los puños cerrados sobre el palo. Nuestro gondolero me regaña por atrasarme con frecuencia, se molesta mucho ya que, por mi culpa, se pierde el derrotero y él se ve obligado a intervenir con su remo grande para corregir la orientación. Hemos tenido que llegar a esta prueba atlética en el océano para descubrir que los yomas no siempre ríen, también (rara vez) se enfadan. Si me queda aire y no perezco a bordo de esta cáscara de nuez debo recordar apuntarlo en mi Miquelrius.

Al cabo de tres horas, recalamos ante las costas de Isla Morgan. Una corriente favorable nos conduce sin mayores dilaciones al litoral. Cerca de la arena donde las apacibles olas mueren en un reflujo de espuma, el piloto echa un lastre para que Garfio y yo podamos saltar al agua. Meto mi billetera y el móvil en una bolsita y los guardo en la mochila. Virginia se lanza de inmediato y me salpica, saca sus cosas por encima de la cubierta y camina hacia la playa zambullida hasta los hombros. Soporta el peso de su impedimenta desplazándose con los brazos extendidos hacia arriba, una fea

titán emergida de las profundidades abisales con el planeta sobre la cabeza. Es mi turno. Tras el desmedido esfuerzo con el remo, me complace el frescor del mar que se expande de golpe en la parte baja de mi cuerpo, aunque enseguida me incomoda la arena que se cuela dentro de mis botines. La sal se acumula en los bolsillos vacíos de mi pantalón, alrededor de la pretina bajo el cinturón y dentro de mis calzoncillos, en la raya del culo. Extraigo mi bagaje por la popa, lo que resulta complicado pues la lancha empieza a virar. Con la mochila en alto me dispongo a emprender esa breve caminata marina que me separa de la ordalía final. Para encarar la playa, no perder el equilibrio y empaparme todo, giro sobre mí mismo con mucho cuidado. Garfio alcanza con decisión la arena. Doy unos pasitos pues una ola casi me tumba y rocía mis anteojos. La brisa me bota el sombrero pero queda flameando en mi nuca gracias a la cinta que lo sujeta al cuello. Siento que los bíceps se me van a derretir a través de los poros de la piel. Me pican las axilas, las mejillas untadas de sal. De reojo percibo que nuestro práctico de ocasión, que nos miraba desapasionadamente sentado en el bote con la barbilla encuadrada entre las manos, ha sacado algo de proa. Recuerdo que había ahí una roída lona naranja bajo la madeja de unos cabos viejos. Inmerso en el mar, con un dolor intolerable en los brazos, me ladeo para observar mejor qué está haciendo. Desde el asiento que yo ocupaba trajina con gran habilidad para fijar un pequeño propulsor. Tira con vigor de la cuerda, dos veces, iza el lastre y deja tras de sí una estela de espuma que me hace trastabillar. El miserable hijo de puta se esfuma hacia Santa María de Dolores a gran velocidad. Inhalo hondamente, cuento hasta diez y acometo la penosa procesión a la orilla.

Apenas piso en seco dejo caer el fardo y cruzo los brazos para masajearme. Me arden como tizones al rojo vivo. Virginia, estevada y paticorta, en jarras, remueve el tórax de un punto cardinal a otro para estudiar el paisaje. Delante de nosotros no hay más que cocoteros y, un poco más al fondo, una pared vegetal de tupida maleza. No hay mosquitos, aunque nos sobrevuelan los tábanos. El baquiano y su botiquín de primeros auxilios —que según las previsiones de Berlanga Pereira también debían estar esperándonos— brillan

por su ausencia. Consulto mi reloj de pulsera *waterproof* Victorinox. Pasan ya de las seis y media de la tarde. No falta mucho para que oscurezca.

—¿Qué te parece que hagamos, Virginia?

—No estoy muy segura, Ramírez.

—¿Crees que vayamos a echar de menos el botiquín?

—Espero que no. En todo caso sólo los antídotos.

—¡Antídotos! ¿De verdad hay animales ponzoñosos en Isla Morgan? A mí me dijo Álvaro Tarazona que eso era un mito, una invención de nuestro nuevo director para asustarnos.

—¡Qué va, ningún mito, proliferan!

El crepúsculo se va hilvanando en jirones dorados y púrpura sobre el horizonte marítimo. Saco la brújula: la flecha apunta hacia el Septentrión. Debemos estar bien al occidente de la isla, pues desde el punto donde nos situamos se observa que el cielo adquiere un brillo enardecido. Apolo y su cuadriga han iniciado ya su singladura declinante. Me acobardo, si no tomamos rápido alguna resolución nos caerá encima la noche. No podemos confiar en mi limitada linterna, tampoco en la más potente farola de Garfio. Además, si mis chorreantes lentes no me engañan, al oriente se han formado unos cumulonimbos descomunales. Si el viento cambia de dirección estamos fritos, la lluvia podría desplazarse hacia acá. Lo mejor sería encender una fogata y sentar un campamento provisional bajo la copa de alguna palmera. A la luz del día estaremos en condiciones razonables para, a falta de baquiano, mapas (ni siquiera Google ha elaborado uno fiable de Isla Morgan) o localizadores GPS (que los dos mensos hemos olvidado), analizar con calma la mejor manera de dirigirse al caserío yoma. Virginia cuenta con su saco de dormir, enrollado sobre su mochila súper profesional con soportes de aluminio que se acoplan a la espalda. Yo, con pijama y una bolsita de plástico de Almacenes Manchester para guardar la ropa sucia. Si corto a la mitad la bolsa a lo mejor funciona como cobertor.

Virginia, sin embargo, tiene en mente una idea muy distinta. Se quita la chaqueta de marine y se arremanga su camiseta en ademán de ponerse a trabajar. Su chaleco de tirador de granadas continúa húmedo, los pezones y las areolas se transparentan a través de las telas. Unos discos

picudos, formidables para su estatura. También se lo saca de encima. Se acuclilla frente al bolso (a mi pesar le veo el escote morrocotudo) y extrae el mango naranja de alguna herramienta. Se levanta, pulsa un botón y un filoso machete se despliega en dos tiempos.

—Vamos a hacer un intento antes de que anochezca —me notifica blandiendo con temeridad la hoja—. Adentrémonos en esos matorrales, Ramírez, a ver si damos con un sendero. Cualquier brecha servirá, te apuesto a que desemboca en la aldea.

—¿Llevamos nuestras cosas? —pregunto sobresaltado.

—No, no, arrimémoslas al tronco de esa palmera. Si descubrimos un atajo volvemos por ellas. De lo contrario, acampamos aquí teniéndolas a la vista.

—Pero… ¿las dejamos así solitas, sin vigilancia? ¿No sería mejor esconderlas?

—¿Para que después no podamos encontrarlas? ¿Qué pasa, Ramírez, temes que los huipuxis salgan de la espesura y te las roben? ¿Que vengan los coyotes y se las coman?

—¿También hay coyotes? —cada vez me siento más aterrado.

—Basta de cháchara. No me hagas perder más tiempo. Trae tu linterna, Ramírez, y la farola.

Segundos antes de iniciar nuestra precipitada marcha de reconocimiento, se escuchan unos truenos retumbantes. Allá a la distancia, en la pálida penumbra mortecina, rayos intermitentes dibujan los contornos de unos nubarrones. Virginia enarbola el machete, una y otra vez, y arremete con sus andares de carro de combate. Caminamos contra un muro de ramas enredadas y hojas puntiagudas, los tallos espinosos nos saltan a la piel, fragmentos vegetales atraviesan como una metralla de astillas y volutas el vacilante haz circular con que ilumino las zancadas y los saltos resueltos de Garfio. Voy a la retaguardia con la farola y también con la linterna sujeta entre los dientes. Virginia da machetazos a diestra y siniestra, aprovecha el impulso de sus aplomados pisotones Doctor Martens hasta que se cansa y me pide que la releve. Al entregarle la farola (rechaza la linterna por estar babeada y la apago), las pilas fallan y el entorno queda envuelto en una negrura impenetrable. Imposible determinar si las estrellas

titilan en alguna parte del firmamento, la selva achaparrada nos cubre por completo. La vegetación nos acecha como una sombría mole carnívora. Brinco cuando siento que algo se escurre entre mis botines. Miro mi reloj fluorescente. Las siete y diez minutos. La farola irradia de nuevo su anillo de claridad. Me doy a la ingrata tarea de ocupar la vanguardia y cercenar vástagos y ramajes con todas mis fuerzas y mucho menos eficacia que Garfio. A cada golpe me palpitan las ampollas que me hice con el remo.

—Para, Ramírez, una trocha.

Me doy la vuelta, machete en mano, y la analizamos. Un estrecho surco de lodo con ribazos de tierra removida a los costados. Enfilamos por ahí presididos por la errante iluminación de nuestra tea artificial. Virginia está segura de que esa noche los yomas nos agasajarán con su hospitalidad, cenaremos un plato caliente y nos albergarán en un sitio agradable y cómodo. Dormiremos como angelitos. Yo tengo mis dudas. Al cabo de una media hora salimos a la playa, a unos veinte pasos de la palmera donde hemos dejado nuestras cosas.

—¿Qué hacemos ahora?

—¡Pues qué vamos a hacer, Ramírez! No tenemos más remedio que pernoctar aquí.

Comienza a caer agua. Primero una llovizna, unos goterones después, de pronto un cerrado chubasco. Truena y relampaguea por todas partes, corremos y nos apretujamos contra la palmera. Yo me cubro con la mochila, Garfio me ofrece una lona amarilla. Nos sale vaho de la boca y de los poros bajo ese toldo improvisado, olemos a ciénaga. Una hora más tarde, cuando el aguacero cesa, continuamos sentados con las piernas flexionadas y abrazadas contra el pecho. Estoy acalambrado de frío, Virginia salta como un chapulín y se sacude la pelusilla líquida que le ha quedado en la ropa. Opina que hay que extender sobre la arena la lona que nos ha servido de paraguas. Encima desenrollará el saco de dormir, si quiero puedo meterme con ella (hay suficiente espacio porque es talla familiar). Me sobrecoge un miedo ingobernable, mi primera reacción es apartarme, huir hacia la maleza. Sin quitarme ropa, anteojos, zapatos ni sombrero, me tumbo tiritando y acomodo el chaleco doblado detrás de la

cabeza. Me tapo de la cintura para arriba con el chubasquero (recuerdo tarde que traje uno). Transpuesto, en decúbito dorsal, incorporo a Marcia y Emiliano en mis ensoñaciones. Al abrigo de un roble sobre una colina, luego de un picnic con quesos franceses, vino, papillas y biberón, nos fundimos en un abrazo amoroso un tanto descompuesto a causa de la barriga del segundo embarazo y los persistentes manotazos de Emi. No importa que en Blanco Trópico no haya colinas, esas imágenes falsas me colman de felicidad. En esa embrionaria nebulosa de irrealidad me despierto con un escalofrío al ver pasar las Doctor Martens de Garfio y el extremo de una soga.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con una inesperada afonía.

—Estoy tendiendo un lazo para ahuyentar a las alimañas. Duérmete ya, Ramírez.

Al despertar al alba, Virginia está sentada sobre unos cocos y comiendo de una lata, a punta de cuchillo, unos melocotones en conserva. También fuma. Se ha colocado el cinto con las dagas. El machete está clavado junto a ella en la arena. Me ofrece de su comida con un gesto, pero la sola representación de ese almíbar en mi paladar a tan temprana hora me provoca náuseas. Me levanto con dificultad, estoy entumido y dolorido. Voy a mear oculto entre unos tallos, con aprensión de que salga una víbora y me arranque el glande. Tengo el cuello tumefacto y los dedos como manoplas por culpa de los mosquitos. Una rápida ablución facial con agua embotellada y me enjuago la boca. Garfio sigue batiendo los carrillos despatarrada sobre los fibrosos balones. Parece abstraída. Tira el cigarrillo y se lleva una mano a la cintura; la otra sostiene el puñal y la lata cerca de la cara. Me da la impresión de que no se desvistió ni parcialmente dentro de su bolsa de dormir.

Después de un rato (Virginia no se lavó los dientes) nos alistamos para reanudar la marcha. Cargamos nuestras mochilas al hombro y caminamos en dirección opuesta al feo boquete que hicimos ayer para internarnos en la maleza. No hemos dado más de diez pasos cuando nos encontramos con un letrero de madera podrida. Escrito con brochazos erráticos de pintura blanca, anuncia: “Villayoma”. Debajo, una flecha desvaída apunta hacia los arbustos. Por un resquicio entre las

frondas, en efecto, se abre un camino lodoso más ancho que aquel por el que anduvimos inútilmente en círculos al anochecer. Antes de ingresar en ese canal umbrío, me vuelvo para reconocer en la playa algún mojón que permita orientarnos en caso de un nuevo extravío. Avisto una rara estructura de tablones varada cerca del oleaje, de la que cuelgan racimos de algas. Quizá sea la pieza perdida de un naufragio. Si la marea sube, el agua la cubrirá y no podremos identificarla.

—¿Vienes, Ramírez, o te vas a quedar mirando las olas todo el día?

Caminamos en silencio por el sendero. Virginia va delante. No es necesario emplear el machete, aunque las hojitas se te meten en las fosas nasales y te pinchan con frecuencia. Me cuesta trabajo apartar la vista de las nalgas de Garfio, esas pelotas camufladas se tensan a cada pisada sobre los bolardos carnosos de sus piernas. Me doy manotazos bajo las orejas para espantar a los mosquitos. Las perneras posteriores del pantalón bermudas se levantan alternativamente y dejan al descubierto sus corvas sudadas, de las que se escurren goterones de mugre hacia el interior de las botas. Opto por concentrarme en la espalda de su chaleco, en la nuca caminante donde se encrespan —bajo el pañuelo— sus hipercortos cabellos teñidos de naranja. Me he echado encima un aerosol entero de repelente y aun así me pican los jejenes. Casi me estampo con Garfio, que se ha detenido de improviso con la mano derecha alzada en señal de alto.

—¿Qué sucede? —indago. Un mono araña cruza delante de nosotros en una liana y nos arroja una cáscara de plátano.

—Allá, ¿no ves? Creo que hemos llegado.

Adelanto a Virginia y frunzo el ceño para aguzar la vista. Tras casi dos horas de caminata a través de ese apretado túnel de árboles y ramas, frente a nosotros se abre un claro donde se levantan docenas de palafitos.

—No sabía que los yomas construían sus casas así.

—Yo tampoco —confiesa Garfio.

Al notar nuestra presencia, decenas de yomas salen de sus viviendas para analizarnos. Se sientan en las plataformas sobre las estacas, se asoman por encima de las rústicas barandas de troncos entrelazados mientras Virginia y yo

recorremos con cautelosa timidez el pueblo en busca del Gran Jefe Yoma. Niños, adolescentes, adultos y ancianos nos miran riendo; visten calzones de manta, algunos chicos y muchachitas están descamisados, otros llevan holgadas camisolas de algodón, los mayores portan hopas de zalea parecidas a la de Andrea Duvel. Al fondo se divisa una cabaña tres veces más grande que el resto, sustentada sobre pies más cortos. Deducimos que se trata de la morada del líder y no nos equivocamos. En la gruesa viga que sirve de dintel han tallado la inscripción “Cacique Alguacil”. El vano que hace de entrada está precedido por una pequeña escalera y velado por una cortina de tiras verticales de lino con espejuelos. El techo es de palma, a dos aguas. En uno de los declives sobresale un pedestal hecho de cañas de bambú, sostenido por horquetas desde el alero. En él se asientan unos paneles solares y la antena satelital.

—¡Buenos días! —grita Virginia.

—Hola, hola —la secundo sin mucha convicción.

De la cabaña sale un joven de hopa color lila. Nos mira benevolente, entrelaza las manos y hace una reverencia. Nos dedica un hospitalario saludo en yoma, que por supuesto no entendemos. Se llama Sabino. En español pregunta en qué puede ayudarnos. Le explicamos cuál es el propósito de nuestra visita, de la manera más breve de que somos capaces, aunque acabamos enredándonos. Somos investigadores de la UDRI. Sabino nunca ha escuchado ese nombre. En realidad, somos académicos en suspenso, pues debemos competir entre nosotros para conservar una sola plaza disponible. Sabino ni se inmuta. A lo que vamos, queremos proponerles el mejor proyecto de desarrollo económico sostenido posible, ya sea en el ámbito del ecoturismo de aventuras o en el de la pesca responsable de pulpo. Nuestra última meta es acercar el progreso a su comunidad, o si se prefiere, que la comunidad colabore con su potencial indiscutible en el fortalecimiento de la nación. Sabino se desternilla y se soba con ambas manos la zona de su flaco abdomen, se palmea las rodillas bajo los calzones. Se enjuga las lágrimas de los ojos con su largo dedo moreno. Se ha levantado un calor húmedo repugnante. Garfio y yo nos sacamos las mochilas de la espalda y las ponemos en el piso. Estamos empapados en sudor. Pero qué queremos,

pregunta, ya repuesto. En específico. Volvemos, para mi sorpresa, a ser confusos. Garfio perora acerca de los derechos de igualdad en el mundo multicultural de nuestros días y del interés prioritario de la universidad de futura creación (¿cómo puede ser prioritario el interés si la universidad todavía no existe?) por llevar la civilización a las tribus de la selva y…

—En definitiva —la interrumpo—, nos gustaría tener una audiencia con el Gran Jefe Yoma y exponerle nuestras ideas.

—Y que nos permitan convivir con ustedes hasta el próximo mes de julio, cuando debemos regresar.

Y queremos también facilidades, añade Garfio. Una cabaña compartida donde alojarnos, si bien yo me apresuro a precisar que tendrían que ser dos individuales. Conexiones eléctricas e internet inalámbrico, demanda. Un refrigerador donde guardar la comida que compraremos en alguna de las chozas que seguramente funcionarán como tiendita. Ante la imposibilidad de usar mi teléfono móvil, yo solicito un locutorio desde donde llamar a Marcia para que sepa que estoy bien.

Respecto a lo primero, Sabino, a quien lo acometen repentinas oleadas de risa, nos advierte que el Gran Jefe Yoma casi nunca concede entrevistas a forasteros. Se lo preguntará, pero no promete nada. Podemos quedarnos el tiempo que nos plazca. Ordenará a unos parientes que desalojen unos bohíos fronterizos con el pantano, a unos quince minutos de andadura. Nos recomienda recogernos cuando todavía haya luz en el cielo, para evitar caer en arenas movedizas. Por lo que hace a lo demás, nos pone al tanto de que no hay electricidad en toda la isla, mucho menos internet o teléfono. Las mamparas de celdillas plateadas que nos deslumbran en lo alto de la residencia del máximo poder yoma constituyen la única fuente de energía procesada. Alimentan el televisor del Cacique Alguacil y una heladera de buen tamaño en la que, se ríe Sabino, todos quieren meter las cervezas que se agencian en el estanquillo de Santa María de Dolores. Pregunto dónde queda ese establecimiento (con certeza el sitio adonde acudió el hotelero para comprarme las Blancas Luna y la bolsa de papitas), pues no encontramos ningún comercio en aquel poblado. Bastante retirado,

responde, bien en las afueras. Si traemos con nosotros latas de bebida fermentada, Sabino está dispuesto a gestionar excepcionalmente ante el Gran Jefe Yoma un permiso especial para meterlas en su frigorífico. Gratis. De no ser así, también se las podemos comprar a él mismo por sólo… ¡75 albos unidad! Ah, el agua de los riachuelos no es potable. Hay que hervirla como mínimo tres veces. La de los mangles podría matar a un extranjero, no nos aconseja acercarnos allá, además hay lagartos y cocodrilos. Ahora, si lo deseamos, también podemos comprarle agua purificada en botella. ¿Algún peligro aparte de los animales del estero? Ninguno, salvo, ya se sabe, las víboras, los alacranes güeros —¡mu-cho cui-da-do con los *a-la-cra-nes güe-ros!*—, piaras de cerdos salvajes, dos leopardos que atacan intempestivamente a los pobladores. Negando con su índice, Sabino nos previene: aléjense de las morillas silvestres, sus frutos son venenosos. Tampoco pondera las virtudes de los hongos. A la gente de la ciudad se le dificulta distinguir los comestibles de los letales. ¿Plátano?, inquiero. Se puede consumir sin riesgo, todo lo que gusten. Lo mismo que las pitahayas. Sabino bate las palmas y al instante nos rodea una quinteta de sonrientes mocosos. Da unas instrucciones en yoma, los nenes se esfuman y nos pide que aguardemos a la sombra de un jacarandá cercano. Lo vemos desaparecer detrás de la cortina. Escuchamos que encienden la radio dentro de la cabaña. Debe de trabajar con pilas. Un nostálgico programa de boleros captado de quién sabe qué parte del cosmos.

A partir del encuentro con Sabino, el sábado 9 de junio, el tiempo astronómico en Isla Morgan transcurre de manera extraña, como si se hubiera detenido para siempre y los días y las noches sólo fueran una engañosa sucesión aparencial. La soledad de esas jornadas en árido contacto con la naturaleza, de sol corrosivo y homogéneo, privado del auxilio distractor de mi tele, no la podría describir aunque plagiara pasajes enteros de las novelas de la selva que devoré en mi juventud. “Cárcel verde”, “catedral de la pesadumbre”, “tremedal”, espacio telúrico de la redención del hombre a base de ronchas, pupas sangrantes, sarpullidos y diarreas. Afino mis apuntes día a día, me escondo en la maleza para hacer caca, tengo ya redactado el borrador de mi propuesta en el

cuaderno pero el Gran Jefe Yoma sigue sin brindarnos la oportunidad de entrevistarnos con él. Inclusive he abocetado el programa de una asignatura optativa que podría ajustarse a esa licenciatura tan rara en Desarrollo y Gestión del Patrimonio Cultural Yoma. Cuando la madrugada me halla envuelto en la oscuridad insomne, tendido en un desapacible lecho de paja, acudo a la advocación protectora de Santa Marcia, imploro por ver de nuevo a Emiliano y recibir en mis brazos, del cuello uterino de su madre, a Victoria; otro día solicito a Sabino, respetuosamente, instalen una hamaca en mi habitáculo, medida que favorece el descanso y me aleja unos centímetros del contoneo amenazante de alacranes güeros, marrones y colorados. El bohío no tiene ventanas, mi linterna apenas lo ilumina, una sensación de claustrofobia húmeda y ciega. Para espantar a los murciélagos, mantengo encendidas unas espirales repelentes que el secretario selvático me vendió a precio de oro. La desazón acecha y ronronea como un gato azul gordo y melancólico. No estoy enterrado en la trinchera de un campo de batalla, trato de consolarme. No tengo que sobrevivir a cañonazos entre los escombros.

Paliar los rigores de la espera a que nos somete el Gran Jefe Yoma exige inventarse una rutina. Me impongo extenuantes sesiones de ejercicio, caminatas matutinas de tres o cuatro horas por intrincados senderos que me resultan cada vez más familiares. Lavo mi ropa, la tiendo al sol; me hago unas sopitas en un pocillo gracias al frasco de Knorr Suiza que Marcia metió de contrabando en mi mochila. Me atasco de plátanos, sólo tengo que extender la mano y mondar una pitahaya con mi navaja suiza. Como no puede usar la computadora, Garfio se entretiene saliendo a pescar al mediodía con un arpón que le prestó Sabino; ella misma cocina lo que captura, alimenta la lumbre con ramojos y leños que ha ido apilando a la entrada de su casita de caña brava. Quiere convidarme, pero yo declino cortésmente la invitación. Cuando acepté me puse de muerte, el vómito no paraba. Por momentos la noto bastante alicaída, ingiere toneladas de una especie de pan ácimo que las aldeanas le han enseñado a cocinar. Imagino que eso explica que no haya bajado un gramo de peso, y las cervezas que compra a

Sabino, con quien porfía a gritos. Al principio, Garfio intentaba socializar, pero se ha cansado y desistido de cuestionarios y otros métodos heurísticos. A últimas fechas anda igual que yo, como alma errante penando por el purgatorio de la selva. Dijo que dejaría el vicio del cigarrillo, y que tampoco consumiría más *pos-tuc*. Me gustaría proponerle que volvamos antes, alegar en nuestro provecho que, con su actitud esquiva, los yomas imposibilitaron nuestra tarea. Pero desconfío, es muy capaz de usar eso en mi contra ante Berlanga Pereira.

El mayor escollo, curiosamente, no consiste en acercarse al Gran Jefe Yoma. De hecho, no es raro toparse con él en los habituales recorridos que emprende por el pueblo. Si me cruzo en su camino, me abraza con fuerza, se ríe y me palmea el hombro obligándome a seguir su paso firme ceñido a él. Cuando se encuentra a Virginia la rodea por su poco femenina cintura de salamandra de hierro y se la lleva arrastrando sin detenerse, como si fuese el remolcador de un carromato militar. Luego la suelta por ahí y continúa su marcha como si tal cosa. El Cacique Alguacil sólo usa hopa dorada y sandalias los domingos. El resto de la semana anda descalzo y viste unos pantalones de retor verde, camisa marrón escotada sobre la que se pone un peto de costillas de ballena. Una vez le pregunté por qué llevaba esa coraza, respondió que por los dardos venenosos que le arrojaban con cerbatana sus enemigos al salir de paseo. Me atemoricé a pesar de mi incredulidad. Cuando hablas con él te echa encima su aliento de ostión. Su piel de ébano renegrido es más oscura que la de la mayoría de sus súbditos, casi amoratada. Luce una formidable colección de plumeros sobre sus cabellos cano-azabache. Algunos muy austeros, como la diadema coronada con tres plumas brillantes de rey gallinazo; otros de un barroquismo fantástico, por ejemplo el penacho de vistosas barbas de pavo real y varitas de flores desecadas. De vez en cuando también le agrada encasquetarse una más discreta *cap* roja con el logo del equipo de beisbol de Blanco Trópico. Al caminar se contonea con garbo, los musculosos michelines de los brazos ligeramente separados de los costillares del peto. Sube los escalones y traspasa las hilachas de la cortina; el fiel centinela Sabino surge de algún punto y

nos ataja a Virginia y a mí con una sonrisa. Dentro, su amo enciende la radio. “Mi fin de trayecto eres tú” resuena en toda Villayoma.

Un día, por fin, Sabino me intercepta entre los matorrales. Me sorprende en trance de parálisis, con un palo izado entre los puños. Delante de mí se tiende algo que podría ser excremento de caballo o una culebra enroscada. Sabino le da una patada y la víbora se escurre despavorida siseando entre una piedra y el tocón de un árbol. El Gran Jefe Yoma ha accedido a darme una entrevista. Entro en la cabaña principal con la respiración agitada, he venido persiguiendo a Sabino entre los abrojos como quien se desliza con grilletes sobre una pista de hielo. Apenas conseguí convencerlo de que me permitiese pasar antes por mi Miquelrius.

No me esperaba la umbría sobriedad de la estancia, unas oscuras mantas de lana la mantienen relativamente fresca al tapar las escasas aberturas que se advierten por fuera. Hay cuatro hachones encendidos, un altar sobre el que descansan el Crucifijo y la figura sagrada del Rinoceronte Blanco. Hierbas esparcidas sobre una estera en el piso de tablones, ristras de ajos y cebollas cuelgan de trabes sobre los que se afirma el entramado del techo de hojas de palma y pajón. Unas ollas de peltre penden a un lado y otro del hogar, cuyo tiro se prolonga en una chimenea de ladrillo crudo y tiznado. Al fondo, carraspea a intervalos periódicos una colosal heladera picada de roña. Está conectada con alambres a una rudimentaria batería solar de grandes dimensiones que no ceja de producir un zumbido y sirve también de enchufe a un Sony de setenta pulgadas asentado sobre una mesa baja con rueditas. Dentro del mueble se aprecia un dispositivo de recepción satelital. Ninguna otra persona en Isla Morgan está autorizada a tener tele. A su dueño le encanta mirarla por las noches. Del susurrante acumulador se desparraman además otros cables blancos que serpentean por el suelo y trepan después adheridos con clavos a una viga vertical. Más arriba se unen al cableado negro de la conexión vía satélite y salen a la intemperie por un hueco. Distingo sobre una banca la consola de una vieja radio, con sus grandes perillas color hueso, las patitas de metal, el sintonizador y el enrejado cobrizo del altavoz. Le han adaptado una antena de conejo y

otra en forma de plato. Paquetes abiertos de pilas alcalinas se esparcen y amontonan dondequiera. En un rincón pende la hamaca, recogida y enrollada en uno de sus ganchos. Al tenue reverbero anaranjado de los pabilos, pese a que allá fuera el sol incendia de blancura mineral la selva, el Cacique Alguacil aguarda mis palabras repantigado con absoluta comodidad en una poltrona roja capitoné que desafina con las paredes de palos. Fuma un puro. De pie con mi cuaderno, todavía jadeante y sofocado, no soy invitado a sentarme. Sería inútil, no hay dónde. Me aclaro la garganta en preparación de un largo prolegómeno.

—Ve al grano. Tú esposa ya me puso en antecedentes.

El Gran Jefe Yoma habla un español neutro. Cuando indagué acerca de esta particularidad, me hizo saber que se había educado y residido muchos años en ciudad Blanco Trópico, de donde volvió desencantado y decidido a asumir el liderazgo de su pueblo. Abro mis notas. Como un barítono que inicia un difícil recital al borde del proscenio, ante el examen minucioso del público en platea, expongo la idea medular de mi propuesta. El postulado ético sobre el que se funda, los seis principios económicos que la justifican.

—En mi modesta opinión, Gran Jefe Yoma, las ganancias que se obtienen actualmente de la pesca de pulpo podrían verse incrementadas de manera significativa si se establecen en la isla granjas de *Octopus Yoma* en miniatura. Como ustedes mismos han constatado cada temporada, esta clase de pulpo, el *Octopus Yoma*, supera en nutrientes al *Octopus Vulgaris* y ocupa ya el primer lugar en la preferencia de los consumidores. El pulpo enano, por otra parte, ha incrementado exponencialmente su demanda internacional, entre otros factores gracias a la proliferación de restaurantes asiáticos en todo el mundo. Podemos conjuntar ambas ventajas, Cacique Alguacil, ofrecer un pulpo yoma de excelencia y reducido. Todo el año, no sólo de agosto a diciembre. Esta medida, el establecimiento de criaderos en Isla Morgan, sería respetuosa con el Informe Brundtland de la ONU de 1987, ya que satisfaríamos las necesidades del presente sin comprometer a las generaciones futuras. Siempre y cuando, desde luego, no caigamos en el error de limitarnos a sacar ejemplares madre de su hábitat y depositarlos en tinas

hasta que desoven, para vender las crías como si fueran enanas. Un experimento reproductivo de *Octopus Yoma* enano tuvo lugar en Sisal, Yucatán, y fue muy exitoso. Está documentado, si gusta puedo proporcionarle las referencias. Se efectuó gracias a la iniciativa de científicos de la UNAM. Lamentablemente, por una falla técnica, más tarde los depósitos se quemaron y los pulpitos murieron abrasados. Pero, bueno, eso fue en México, donde siempre ocurren accidentes.

El Gran Jefe Yoma me mira condescendiente desde su trono rojo, da caladas al cigarro y hace donas de humo. Se desperеza y emite un sonoro bostezo. No me amilano, prosigo.

—Y los seis principios que mencionaba. Los individuos responden a "incentivos", aunque no de manera necesariamente predecible. Si encontramos la fórmula para incentivar a sus pescadores, producirán más y estarán más contentos. Una mayor producción implicará más ingresos, los criaderos de pulpo representarán una "ventaja acumulativa", potenciará los efectos de crecimiento. El tercer punto —la ventaja acumulativa sería el segundo— se refiere al descarte de "externalidades negativas" en virtud de un sistema productivo organizado. Aquellos gastos no previstos: que se hunda una lancha, un fanal roto cuando la pesca se hace de noche, enfermedades, un neumático reventado de la camioneta repartidora y el consiguiente pudrimiento de la carga antes de ser congelada. Esos contratiempos podrían solventarse con la creación de un fondo común a partir de la venta masiva, pero controlada, del *Octopus Yoma* miniatura. Cuarta cuestión, los "sustitutos perfectos": conseguiremos comercializar un pulpo de calidad desplazando al *Octopus Vulgaris* (e incluso al pulpo rojo gigante) con un producto de fácil intercambio y más atractivo en cuanto a la relación calidad-precio. Con las granjas solucionaríamos otro problema clásico de la economía: el del "principal y el agente". Ya se sabe que dos partes de una actividad determinada, que parecen actuar bajo los mismos propósitos, pueden tender en realidad a finalidades muy distintas. El comisario que quiere acabar con la prostitución del barrio y el policía que prefiere beneficiarse de ella gratis. Si logramos

conciliar los intereses de las cooperativas bajo su digno cargo, Gran Jefe Yoma, se evitarán los conflictos que surgen con el reparto discrecional. Para ello tiene que haber una perfecta conciencia del volumen de producción. Más adelante nos redituará —disculpe, he estado hablando en plural, quiero decir les redituará— el fenómeno conocido como "insensibilidad al precio". La demanda de los deliciosos pulpitos llegará a un grado en que los potenciales pagadores estarán dispuestos a lo que sea. Por añadidura, se quebrará la lógica de las oportunidades de trabajo de corta duración. Piense en el Santa Claus disfrazado que sólo puede fotografiarse con los niños en época navideña. Como le decía, la "pesca" de pulpo, gracias a las granjas, podría realizarse los doce meses.

—Los occidentales no se resignan a entender —unas fragantes volutas de humo me acarician la cara— que nos resulte indiferente su concepción materialista de la sociedad evolucionada. La Raza Yogur jamás ha comprendido eso. Ni la de las Dos Orillas. Mucho menos los Yankee Doodle. Se lo hice notar también a tu esposa Virginia. Nuestra idea de cambio está asociada a la eternidad. ¿Por qué querríamos granjas de pulpos enanos si ya obtenemos del mar lo que necesitamos y hasta nos sobra para venderlo? Del mismo modo, ¿por qué habríamos de construir un complejo hotelero y explotar eso del ecoturismo de aventura? A Isla Morgan puede venir quien quiera. Lo que tú y doña Virginia nos proponen es inoperante. Hace unos años nos visitaron unos diputados del Partido del Pueblo de Blanco Trópico. Poco después vinieron otros del Partido Acción Popular Hoy. Centro-izquierda, como está de moda decir, centroderecha, ambos nos entregaron un subsidio. Luego regresaron, al mismo tiempo. Hicieron proselitismo y trajeron unas urnas. Cada bando procuraba que votáramos a favor de sus candidatos a no sé qué puestos. Isla Morgan ejercería la democracia por primera vez en la historia. Nuestros votos serían decisivos en el proceso, se sumarían al total de sufragios del país. Nos atacábamos de risa en las barandillas, era muy gracioso verlos afanarse a pleno sol para nada, con sus megáfonos y serpentinas. A una asesora de imagen la mordió una víbora. Recuerdo que Sabino les vendió varias

Blanca Lunas. En fin, furiosos ante lo que consideraron una intolerable muestra de pasividad propia de indios patarrajadas, en eso sí se pusieron de acuerdo, se amotinaron aquí para reclamarme. Cuanto más me gritaban menos podía dejar de reírme. Como no se retiraban y ya iban a poner un programa de la radio que me gusta mucho, amenacé con demandarlos ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Hasta la fecha seguimos disfrutando de sus subvenciones, nos da igual si nos las quitan. Los blancos llaman a esas dádivas "asistencia social". Nosotros, regalos de bobos. A los principios que has enumerado se antepone otro, también económico: no es posible poner en marcha una nueva práctica de comercio si no se cree en ella.

—Pero…, don Cacique Alguacil, apelo a su comprensión. No puedo presentar ante mi director un informe tan pesimista.

Aplasta la brasa contra el piso y remueve lo que queda del habano con el curtido pulgar del pie. Se retrepa contra el respaldo acolchado y entrelaza las manos detrás de la nuca. En la luz vacilante me parece percibir que el vello de sus sobacos es tan blanquinegro como la pelambrera bajo las plumas de pavo real y las ramillas. Hoy ha optado por ese penacho de gala, que entre las débiles sombras adquiere la consistencia de un nido de paloma. Se le han aflojado las cintas del peto. Aletea las piernas en su sillón, preocupante síntoma de impaciencia.

—Sería un informe realista, no pesimista. Dile a tu jefe que venga él mismo a comprobar la autenticidad de tus dichos. Le daremos la bienvenida.

—El sistema dual de cooperativas que usted conduce, con todo respeto, genera conflictos. ¿No cree que las granjas de pulpo aportarían alguna mejora?

—Ningún sistema ni método es infalible. Los presidentes de las cooperativas se quedan con parte de lo que pescan —no sólo pulpo— para ofrecérmelo en lo oscurito. Mi estrategia es llamarlos por separado, le digo a cada uno que pagaré por esa entrega adicional. Hay un nuevo reparto interno, consumimos lo que necesitamos y vendemos el resto. Son unos niños, si un jefe me pregunta si es verdad que estoy favoreciendo al otro, me río y digo que son puros chismes y envidia. Si quieren

pleitear, emito un laudo que no perjudica a ninguno. El dinero extra lo paga Sabino con la caja de ahorros comunal —hace un gesto con el penacho y en un rincón descubro un arca con candado—. Nos recuperamos con la venta a las plantas empaquetadoras. ¿Qué importancia tiene un par de sobornos si al final estamos todos contentos?

—Perdone que insista, pero con las granjas podría triplicar o cuadruplicar las ganancias. Contabilizar con precisión qué parte corresponde al consumo interno y cuánto se exporta.

—Veinte mil ochocientas toneladas, noventa millones de albos.

—¡¿Cómo?!

—Eso fue lo que el país exportó el año pasado. En buena medida gracias a mis chicos.

—¡Caramba, Gran Jefe Yoma, me está dando la razón! —hago una pausa para sacar mi boliatómica y registrar esas cifras. Noto un ligero temblorcillo en las rótulas. Debe de ser la ansiedad traicionera de quien aún confía en redondear una propuesta interesante y no perder su empleo—. ¡Imagínese si a esa abundancia se suman los pulpos de criadero! Además, podría implementar un mecanismo de control en todas las fases de la cadena productiva. Desde la captura en aguas, el traslado a Santa María de Dolores, su comercialización con las plantas de almacenamiento… Nadie podrá guardarse, a sus costillas, un solo pulpito.

—El mundo, amigo Juan, es ancho y ajeno —mi interlocutor continúa con los bíceps al aire, pero ha dejado de abrir y cerrar las piernas—. El universo subacuático donde se multiplican los moluscos, también. Sería inútil pretender fiscalizar cada ejemplar extraído por mis pescadores. Y no olvides que los yomas afincados en las ciudades escapan a mi jurisdicción —¡cómo olvidarlos, trasladaron en triciclos mis cajas de mudanza desde la oficina de correos!—. Ellos venden la mercancía por su cuenta. Lo mismo que muchos mestizos, negros y mulatos. Chinos y coreanos han empezado a especializarse en el oficio. Mucha competencia, me conformo con encabezar esta parcela isleña del sector pesquero.

Estoy por ensayar una nueva objeción a su falta de interés en mi proyecto cuando Sabino, que se había retirado luego de llevarme ante su señor, irrumpe en la cabaña. Dice algo en

yoma y el Gran Jefe inclina el penacho hacia adelante, se pone de pie y me abraza. Me concederá el privilegio de encaminarme, aunque no tengo claro adónde podría dirigirme. Él, por su parte, tiene que ir a confirmar si unas colmenas del ejido han sido colonizadas por abejas africanas. Al salir me encandila la luminosidad crepitante del cielo, hurgo con torpeza en mi camisa en busca de mis anteojos oscuros. El lustroso plumaje del Cacique Alguacil destella sobre mí como un ramillete de cálamos esmeralda mientras nos balanceamos uno junto al otro sobre el sendero de polvo.

— *Taj Pej cu-lek Puj* —me gritan desde un palafito.

—¿Qué han dicho? —pregunto.

—Dicen que tienes cara de pájaro. De garza ojona. Es un elogio.

Nos despedimos de Sabino la lluviosa mañana del martes 3 de julio de 2007. En la playa nos previene de que en la radio han dado una alerta de huracán. No son usuales en esta época, pero ya se sabe que en materia de meteorología en la actualidad todo es posible. Debemos apresurarnos antes de que se agite el oleaje. No sé por medio de qué lisonjas o artimañas, Virginia ha conseguido que nos presten una lancha a motor. La entregaremos en Santa María de Dolores al guía de las salitreras, quien resulta ser también primo de Sabino. Los yomas no son todos hijos de Dios sino primos entre sí. Ya la traerán de vuelta a Isla Morgan. No tengo la más mínima noción de cómo maniobrar ese artefacto a combustión, pero Garfio parece estar sobradamente capacitada.

—No se mostraron muy entusiasmados en colaborar con nosotros, ¿verdad, Ramírez?

La proa abre veloces surcos de espuma que nos salpican a través de la turbiedad verde del mar. Ella manipula con destreza el timón en popa.

—Cierto, no les interesa.

—¡Mira! —grita inopinadamente—. ¡A estribor, la aleta de un tiburón! —Garfio desacelera y la lancha se balancea.

Trastabillo hacia babor, siempre me hago líos con estos términos náuticos. Acudo al otro lado y me asomo sobre la precaria borda. Siento en la boca el golpe pleno del agua salobre, el chapuzón empapa mis prendas. Rescato de un manotazo mis gafas, zarandeo la cabeza, pataleo y floto con

desesperación entre el oleaje. Todavía confundido, la adrenalina a tope, escucho una aceleración atronadora. Metros más adelante Garfio saca mi cuaderno y tira mi mochila al agua, la cual se hunde rápidamente. "Vuelve acá, gorda pendeja", bramo. ¡Hija de la reputísima madre que te recontrarremilparió! Para pendejos, yo. ¡Moriré como un piojo vil en el océano!

Soy incapaz de remontar a nado kilómetro y pico de marejada. Braceo de perrito y trato de sacarme con los pies los botines. A través de los gránulos de sal adheridos a los cristales, diviso un bulto oscuro que se aproxima hacia mí en lontananza. ¡Dios Santo, es el tiburón! ¡Me va a matar, me va a matar! Lloro, doy estériles brazadas en círculo. Las olas me encaraman y me sumergen como un ovillo histérico. Imploro que no me duela mucho, que pierda la conciencia tan pronto la primera dentellada me desgarre carnes y tendones. Cierro los ojos y con todas mis fuerzas invoco a Marcia, a Emiliano, a la abstracción de esa niña linda que será algún día Victoria. Pataleo y berreo y muevo los brazos en ese abismo de agua.

Abro los ojos. ¡No lo puedo creer! El bulto que se acerca se ha desprendido de otra forma negra que reverbera difuminada a lo lejos. Quizá no sea un solo tiburón sino muchos. Mejor, entre todos acortarán mi agonía. Por momentos las figuras desaparecen bajo las crestas de las olas. Ahora no estoy tan seguro de que sean animales. Entre el vaivén de los muros de agua, recortada contra el horizonte nublado, distingo la estructura de una plataforma petrolífera. Lo que viene hacia mí es un barco ligero de la empresa Hidrocarburos de Blanco Trópico.

—¡Agárrese fuerte a la soga, compañero! —exclama desde cubierta un hombretón rubio de overol rojo.

Me izan, me dan una manta y un caldito de pescado para que el cuerpo recobre la temperatura. Mi rescatador, vaya coincidencia, es un ingeniero polaco con quien compartimos avión cuando Marcia y yo viajamos a la isla desde la ciudad de México. Recuerdo fugazmente que entonces yo no podía ir más comprimido entre el pasillo que bloqueaba Marcia y la ventanilla ocupada por este robusto y locuaz personaje, que había viajado por todos lados y no paraba de conversar interrumpiendo mi lectura de Philip Dick. El mundo, a fin de

cuentas, no es tan ancho como piensa el Gran Jefe Yoma. Le relato las estrafalarias peripecias que me han traído a esta crítica situación de naufragio. Declara no extrañarle nada de lo referido, ha sido testigo de cada cosa.

En Santa María de Dolores tengo que rogarle al posadero que me preste ropa seca y un poco de dinero para el autobús nocturno que cubre el trayecto a Blanco Trópico. Si consigo llegar a la ciudad pronto, todavía tendré tiempo de acudir a la cita del jueves 5 de julio ante Berlanga Pereira con un breve y deficiente reporte. Mejor eso que nada. Pondero la pertinencia de denunciar a Garfio ante el fiscal, pero mi historia es tan inverosímil que desecharían incluso el testimonio del polaco petroquímico como única prueba. Ya me las pagará la miserable, y también veré el modo de recuperar mi adorado Miquelrius. Conservo mis botines. Perdí la billetera y las tarjetas. Tendré que tramitar otro pasaporte, y contratar un nuevo servicio de telefonía móvil. Al chico le causan mucha risa mis explicaciones. Mi esposa pasó por acá hace unas horas, dice. Ella prefirió venir en la lancha del primo de su primo, que quedó en la playa. Agrega que iba muy apurada. Me proporciona un pantalón amarillo que huele a calamares y sardinas, con una rasgadura en el trasero y otro corrimiento a la altura del muslo, y una camiseta blanca (casi gris por lo transparente) con cuello en V agujereada por colillas. Y cinco albos para el ticket de un camión de una línea no autorizada que demora diecisiete horas en recorrer la distancia que Edgar Mauricio Oficial de Transporte cubrió en seis. Emprendo el tornaviaje azotándome costillas y riñones contra un respaldo de tubos metálicos; debo retirar de mi hombro a un campesino yoma que ronca con los labios babeantes y exhala una concentrada esencia a ajo. Dormito a los brincos, me asaltan pesadillas de devoradoras medusas gigantes, cocodrilos alados y simios cobra bicéfalos. El chofer para cada cinco minutos en cualquier asentamiento de casuchas, hace escalas eternas para departir con sus conocidos de la carretera y echarse pedos entre las matas. Afortunadamente no nos topamos con ningún retén militar o policiaco. En la estación, al mediodía siguiente, ningún taxi quiere subirme. En la calle tampoco, creen que soy un apestoso mendigo. Me encuentro al taxista

que alguna vez me llevó a la UDRI y contó que se había divorciado y tenido chorroscientas esposas e hijos. Le ofrezco triplicar el pago de la corrida al dejarme en Abedul 42 A. Acepta, pero en esta ocasión no habla más que para ordenarme que abra ambas ventanillas traseras. Se asoma por la suya a cada semáforo, para tomar aire.

En casa Marcia se lanza contra mí, me rodea con los brazos y luego me aparta. Me examina y pregunta si me ha dado pelagra, escorbuto o raquitismo. Estoy hecho un suspirito, bromea. Envidia mi silueta, ya le gustaría a ella que la mandaran a la selva a recopilar datos. Huelo a mierda, ¿dónde anduve metido? Tras un baño con agua caliente, ropa limpia y una buena taza de café, refiere sentados en el sofá que ese miércoles no ha podido acudir al vivero porque doña Evodia sintió unos vahídos y le pidió permiso para ir a la clínica. Estaba muy preocupada ya, sin noticias de Claudito. Emiliano está enorme, no lo reconoceré cuando despierte. El carpintero trajo el fin de semana la cama con barrotes. Menos mal, Emi ya no cabía en su cuna. Cuando por fin me vuelve el alma al cuerpo, le cuento todo lo que me ha pasado. Marcia, incrédula, se enfurece y amenaza con ir a partirle la jeta a la imbécil de la Garfio. Pero después se serena, lo importante es que mañana me presente a la cita con Berlanga Pereira y exponga con aplomo mis puntos, como si nada hubiese sucedido. Ya nos vengaremos de esa marrana. Habré tomado, en cualquier caso, algunos apuntes en la Moleskine de reserva. ¿La Moleskine también se hundió con la mochila?

Pasamos el resto del día descansando, mirando películas en dvd y jugando con Emiliano, a quien le ha brotado otro diente. Bosquejo en hoja suelta una especie de guión de lo que habré de decir mañana frente al director. Tampoco me esmero demasiado, tendré que improvisar, confiar en mi memoria al resumir la entrevista con el Gran Jefe Yoma. Devoro un exquisito almuerzo preparado por Marcia, tras casi un mes de sopitas Knorr, bananas y pitahayas. Sólo recordarlo me produce basca. Me siento más tranquilo. Al encender un rato el televisor por la tarde, nos enteramos de que la alerta de huracán se mantiene. Martina ha ascendido a categoría tres y se desplaza hacia acá desde las costas africanas de Cabo Verde. Esa noche me martirizan otra vez las pesadillas. Mi

mujer me sacude porque aúllo y tiemblo. Me muero de frío. Voy al baño, abro el botiquín y tomo dos grajeas extrafuertes de paracetamol para bajar la fiebre.

Cuando camino por la galería de la UDRI con el portafolios al hombro faltan cinco minutos para las doce del mediodía del jueves. Sopla el viento y caen goterones. Allí están todos, merodeando cerca del tamarindo. Me llama la atención que algunos tengan un crespón negro prendido a la ropa. ¿Será por mí? Junto a la puerta entornada de la oficina está la secretaria Susana García Mendiola.

—Pase por favor, doctor Ramírez.

Me siento junto a Virginia y contengo el impulso de estrangularla. Berlanga firma sin mirarnos unos papeles detrás del escritorio. Nada ha cambiado en la dirección: las persianas eléctricas, el mobiliario minimalista, la cadena musical con iPod. Suena a volumen moderado uno de los conciertos de Brandeburgo.

—¿Qué tal, Ramírez? —Berlanga ha optado hoy por una camisa estudiadamente *casual* de lino blanco, muy holgada y con dos cintas que cuelgan del cuello redondo.

—La doctora Garfio había comenzado a leer su reporte. Prosiga, Virginia, si es tan amable.

Garfio reacomoda su culo apestoso en la silla ergonómica a mi costado. Se aclara la garganta. Creo que ella también se ha dado una ducha. Sus bermudas siguen siendo de camuflaje, pero las motas verdes y marrones han mutado a azul celeste y marino, onda batalla naval. Escucho boquiabierto fragmentos íntegros de las notas de mi cuaderno. Donde yo había escrito "pesca responsable de pulpo" Virginia ha puesto "ecoturismo de aventura y hotelería".

—¡Esto es inadmisible! —exclamo—. La doctora Garfio se ha apropiado indebidamente de mi trabajo y me ha puesto en peligro de muerte.

—¿Tiene fundamento esa imputación, Virginia? —la mano de Berlanga Pereira queda suspendida sobre los documentos. Ahora nos mira de lleno con sus penetrantes ojos marrones enmarcados en ojeras purpurinas.

—Hasta cierto punto, doctor —la muy zorra finge esa hipócrita voz de niña dulce.

—¡¿Hasta cierto punto?! —me indigno.

—Eso sólo prueba dos cosas —interviene el director antes de que yo abofetee a Garfio— que hablan bien de ambos en distinta proporción. Usted, Virginia, ha actuado bajo la máxima universal de que el fin justifica los medios. La felicito. Y usted, Ramírez…, ¡carajo! Sea más celoso en el cumplimiento de sus responsabilidades. Hay que ser un baboso para dejarse plagiar. Pero, bueno, al menos ha demostrado capacidad para elaborar un informe académico aceptable.

Cada vez junto más y más vapor. Si me levanto y le doy un puñetazo a Berlanga en la nariz y un puntapié en la vagina a Garfio acabaré por sellar mi destino. Después de todo, quizá sea lo mejor. Volveré a las cafeterías con las señoras de camioneta, puliré *La garza ojona* y redactaré mi nuevo libro de cuentos *Rata rabiosa,* me masturbaré a escondidas en el baño, reincidiré en el desempleo entre las hamburguesas y la música igualmente vomitivas de Manolito, los rezos y el karaoke de Natalia. Le haré sombra a la nana doña Evodia. Encerrados en casa, competiré con ella en el cuidado de mis propios hijos. Eso sí está a mi alcance. Estoy por largarme con la frente bien en bajo cuando Berlanga Pereira me cuestiona:

—¿Cuál sería su conclusión, Ramírez?

—¿Respecto a qué?

—Respecto a la posibilidad de granjearnos el beneplácito de los yomas de la selva.

—Me parece, doctor, que habría que encontrar primero la forma de incentivarlos. Por otro lado, en cuanto al nexo que nos solicitó establecer con la licenciatura en ciernes, reconozco que mi aportación se reduce al diseño de una materia optativa.

—La mía también —me secunda con descarado cinismo Garfio, como si hubiese pergeñado sus propias ideas en lugar de robármelas.

—Por eso no se preocupen. El comité internacional de expertos sigue enfrascado en la discusión del plan de estudios. En cambio ha habido notables avances en los preparativos para que la UDRI y la URCT se fusionen y se cree la Universidad Nacional de Blanco Trópico. ¡Ay! —Berlanga emite un emocionado suspiro—, el ministro Novelo nos está apoyando incondicionalmente. De todas maneras, me permito

informarles que las circunstancias han cambiado. No será necesario esperar hasta mañana para que tome una resolución. Verán, ha ocurrido un hecho deplorable.

Murió Marvin Lavadores Rojas. Asesinado. Eso explica las señales de luto. La policía sostiene la hipótesis de que el homicida ha sido un académico. El comisario opina, nos participa Berlanga confidencial y extraoficialmente, cubriéndose la boca con la mano, que hay mucho oligofrénico suelto en el Peripato. Virginia y yo estamos desde luego exentos de cualquier sospecha, nos hallábamos en Isla Morgan cuando Lavadores pasó de estadístico a interfecto. Siempre aflige sobremanera, dice por mero formulismo Berlanga, la muerte violenta de una persona (asfixia por medio de una bolsa y treinta y ocho puñaladas). Otra novedad, que nos favorece a ambos, es que el inventor de la cafetera parlante ha sido cooptado por la Universidad de Harvard. No laborará, por tanto, en la URCT, de modo que mi ex plaza, la 00038-7, ha sido devuelta a la nómina de la UDRI y reetiquetada para el puesto de secretario académico, creado recientemente como parte de las políticas de respaldo auspiciadas por el ministerio. La 00056-1, que ocupaba hasta hace poco Garfio, sigue disponible.

—La cosa —dice Berlanga Pereira— está así: la 66666-66, que pertenecía a Lavadores, corresponde a una plaza de investigador. Pero lamentablemente no puedo ofrecerla a ninguno de los dos porque quedará congelada en tanto duren las pesquisas policiacas. Para no perjudicarlos, dado que en su última excursión mostraron ser elementos valiosos para la UDRI, propongo lo siguiente: Virginia, usted recupere la suya. Siga investigando como hasta ahora, la patria y la futura universidad se lo agradecerán. Juan, ocupe de nuevo la 00038-7, reetiquetada. Acepte ser el titular de nuestra Secretaría Académica.

¿Eso es, entonces? Ya no seré más cuentista ni investigador sino burócrata en Blanco Trópico. ¿Qué es lo que hace exactamente un secretario académico? ¿Podré destripar a Garfio desde mi flamante puestito? ¿Resarcirme del sufrimiento? Por lo pronto saldré de aquí e iré a casa a prepararnos para recibir al huracán Martina. Quizá tengamos que avituallarnos en Almacenes Manchester. Conservo mi

monedero electrónico. Aún quedan puntos por canjear.



Una isla a inmediaciones de lo ineludiblemente risible: el ser humano.

Del autor de *El Señor Amarillo* y *A bocajarro*, Adrián Curiel Rivera.

Juan Ramírez Gallardo es un hombre exitoso y feliz. No obstante, su alegría se ve interrumpida cuando le avisan que ya sea él o una colega deben dejar su trabajo. Así comienza una férrea competencia para conservar su empleo.

Después de una larga etapa de nomadismo por España y México, Juan Ramírez Gallardo se ha afincado en Blanco Trópico, una isla extraviada a mitad del océano Atlántico. Allí ha nacido su primogénito, y Marcia, su mujer, ha quedado embarazada de nuevo.

Cuando Juan cree estar disfrutando el momento más feliz de su vida, las cosas se arruinan por completo. Su jefe le informa que la unidad académica donde presta sus servicios como economista deberá prescindir de una plaza de trabajo. Entonces Juan y su colega, la inescrupulosa antropóloga Virginia Garfio, emprenderán un delirante viaje selvático para competir en la elaboración de un proyecto de desarrollo sustentable. Sólo uno de ellos conservará su puesto. A costa de lo que sea.

Con una prosa trepidante y un humor explosivo a cada línea, *Blanco Trópico* constituye el pormenorizado itinerario de un adulto que no logra conciliar la realidad con sus deseos, y es, al mismo tiempo, una original "novela de campus" que

retrata los vicios actuales de las universidades latinoamericanas.

Lo que ha dicho la crítica:

"La novela Blanco Trópico, de Adrián Curiel Rivera, atrapa al lector desde la primera página, al dejarnos claro que el personaje Juan Ramírez Gallardo, va en busca de la felicidad y que todo lo que hace tiene ese fin". - Jaime Luis Albores Téllez, *Revista Siempre!*

"Curiel Rivera (México, 1969) es autor de un conjunto de novelas, relatos y ensayos que tienen la virtud de atraparnos de inmediato". - *El Boomeran (g)*, blog literario en español.

Adrián Curiel Rivera (Ciudad de México, 1969). Doctor en Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha colaborado con artículos de crítica literaria, reseñas y relatos en diversos medios nacionales y extranjeros. Es autor de las novelas *Bogavante* (2000, 2008), *El Señor Amarillo* (2004), *A bocajarro* (2008) y *Vikingos* (2012); de los libros de narraciones *Unos niños inundaron la casa* (1999), *Mercurio y otros relatos* (2003), *Madrid al través* (2003, 2008); del texto ilustrado *Quién recuerda a Doña Olvido* (2012), así como de los ensayos *Novela española y boom hispanoamericano* (2006) y *Los piratas del Caribe en la novelística hispanoamericana del siglo XIX* (2010). Ha sido incluido en numerosas antologías: *La X en la frente. Nueva narrativa mexicana*, *Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI*, *Antología del cuento mexicano actual*, *Día de muertos*, *20 años de narrativa. Jóvenes creadores del FONCA*, *Más de lo que imaginas. Cuentos perversos*, entre otras.



Blanco Trópico
© 2014, Adrián Curiel Rivera
De esta edición: Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, Ciudad de México

ISBN: 978-607-11-3010-5
Conversión libro electrónico: Kiwitech

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro, se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de está obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución, y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.